El Poder del Pasado

150 AÑOS DE ARQUEOLOGÍA EN ESPAÑA

El Poder del Pasado

150 AÑOS DE ARQUEOLOGÍA EN ESPAÑA

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE
MAN MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL
AC/E ACCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA
PALACIOS &MUSEOS

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

MINISTRO
Íñigo Méndez de Vigo y Montojo

SECRETARÍA DE ESTADO DE CULTURA
Fernando Benzo Sáinz

DIRECCIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES Y PATRIMONIO CULTURAL
Luis Lafuente Batanero

SUBDIRECCIÓN GENERAL DE MUSEOS ESTATALES
Miguel González Suela

SUBDIRECCIÓN GENERAL DE PROTECCIÓN DEL PATRIMONIO HISTÓRICO
Elisa de Cabo de la Vega

MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL (MAN)

DIRECTOR
Andrés Carretero Pérez

SUBDIRECTORA
Carmen Marcos Alonso

COORDINADORA DE LA EXPOSICIÓN
Carmen Pérez de Andrés

DPTO. DE PREHISTORIA
Carmen Cacho Quesada
Eduardo Galán Domingo
Juan Antonio Martos Romero
Ruth Maicas Ramos

DPTO. DE PROTOHISTORIA
Alicia Rodero Riaza
Esperanza Manso Martín

DPTO. DE ANTIGÜEDADES EGIPCIAS
Mª Carmen Pérez Die
Esther Pons Mellado

DPTO. DE ANTIGÜEDADES GRIEGAS Y ROMANAS
Paloma Cabrera Bonet
Ángeles Castellano Hernández
Margarita Moreno Conde

DPTO. DE ANTIGÜEDADES MEDIEVALES
Sergio Vidal Álvarez
Isabel Arias Sánchez
Dpto. de Edad Moderna
Ángeles Granados Ortega
Juan María Cruz Yábar
Carmen Pérez-Seoane Mazzuchelli

DPTO. DE NUMISMÁTICA Y MEDALLÍSTICA
Paloma Otero Morán
Paula Grañeda Miñón
Montserrat Cruz Mateos

DPTO. DE CONSERVACIÓN
Teresa Gómez Espinosa
Bárbara Culubret Worms
Lourdes Mesa García
Margarita Arroyo Macarro
Durgha Orozco Delgado
Silvia Montero Redondo

DPTO. DE DOCUMENTACIÓN
Virginia Salve Quejido
Javier Rodrigo del Blanco
Begoña Muro Martín-Corral
Mónica Martín Díaz
Salomé Zurinaga Fernández-Toribio

ARCHIVO Y BIBLIOTECA
Aurora Ladero Galán
Elena de Benito Rodríguez
Concha Ballano Aguilar

ACCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA (AC/E)

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN
PRESIDENTE
Fernando Benzo Sáinz

CONSEJEROS
Rafael Carazo Rubio
María Ángeles González Rufo
Carlos Guervós Maíllo
Manuel Ángel de Miguel Monterrubio
Charo Moreno-Cervera Ramírez
Valle Ordóñez Carbajal
Ana María Rodríguez Pérez
Rafael Rodríguez-Ponga Salamanca
Cristina Serrano Leal
Alberto Valdivielso Cañas
Roberto Varela Fariña

SECRETARIO DEL CONSEJO
Miguel Sampol Pucurull

EQUIPO DIRECTIVO
DIRECTORA GENERAL
Elvira Marco Martínez

DIRECTOR DE PROGRAMACIÓN
Jorge Sobredo Galanes

DIRECTOR FINANCIERO Y DE RECURSOS
Carmelo Moisés García Ollauri

DIRECTORA DE PRODUCCIÓN
Pilar Gómez Gutiérrez

El lenguaje de los siglos

A través de los siglos, en un ademán de naturalidad, el hombre vuelve constantemente la mirada atrás. A veces por simple curiosidad, a veces con afán científico, a veces por la necesidad que tenemos de entender mejor el presente y por la avidez con la que tratamos de escudriñar el futuro. Y a veces por ser conscientes de la certeza que encierra el verso de Miguel Hernández: «Un día se pondrá el tiempo amarillo sobre mi fotografía». Y es que, en cierto sentido, donde mejor escrito está ese futuro es en el pasado; también en el más lejano de los pasados.

La arqueología, en su etimología grecolatina, concierne al estudio de las cosas del pasado y es el cimiento sobre el que tratamos de reconstruir lo que fuimos en tiempos pretéritos. Si los museos son los lugares donde preservamos las artes y las ciencias de todos los tiempos, el Museo Arqueológico Nacional representa la más genuina de estas «casas de las musas», guardando a su vez resquicios de cada una de las deidades que personificaban las nueve ramas del saber en la mitología griega: de la vida social a la historia, de la literatura a los rituales y danzas, de la música a la astronomía y las ciencias.

En ocasiones se presenta como primer arqueólogo al rey Nabónido de Babilonia que, si bien no atendía con diligencia sus regias competencias, fue en buena parte por su fanatismo arqueológico. Naturalmente, las excavaciones que ordenó en el siglo VI a. C. en su templo y sus hallazgos no pueden considerarse parte de una ciencia que, como tal, es mucho más reciente y metódica, pero ejemplifica bien el deseo humano de arañar la tierra en busca de respuestas y, más aún, la importancia de la conversación de los objetos e indicios obtenidos en esas búsquedas.

Esa aspiración por la mejor conservación del legado arqueológico estaría incompleta sin el anhelo de su divulgación, y en esa doble y noble tarea lleva inmerso el Museo Arqueológico Nacional en los 150 años de vida que ahora celebramos. Una ocasión especial que se conmemora con una exposición coral y novedosa, *El poder del pasado. 150 años de arqueología en España*, que constituye un homenaje a la historia y a la evolución de la ciencia arqueológica en España en el último siglo y medio.

En la muestra se exponen 150 piezas procedentes de 67 museos y colecciones públicas y privadas, y resulta una fotografía fidedigna de los grandes logros arqueológicos alcanzados en España y del excepcional registro de datos arqueológicos que disfrutamos. Se trata de la primera gran síntesis sobre esta materia dirigida a todo tipo de público, y una oportunidad única para ver juntos, reunidos en un único espacio, un elenco de objetos arqueológicos, históricos y artísticos de capital relevancia.

La exposición se presenta como una gran oportunidad para acercarse a los tesoros arqueológicos nacionales, pero también como una invitación a adentrarse en la sugerente ciencia que, con belleza y precisión, definió el arqueólogo griego Spyridon Marinatos: «Excavar es abrir un libro escrito en el lenguaje que los siglos han hablado dentro de la tierra».

A través de piezas de diferentes épocas y culturas, fruto unas veces de hallazgos casuales, otras, resultado de campañas sistemáticas de excavación, se muestran desde los descubrimientos más antiguos hasta otros fruto de los más recientes proyectos de investigación.

Otro aspecto destacable de la exposición y del presente catálogo es que nos permite recorrer la suma de conocimientos con los que se ha ido configurando nuestro pasado y ha evolucionado la ciencia arqueológica: desde la figura del aventurero y solitario anticuario hasta la tarea colectiva y especializada que hoy día significa el trabajo en este campo.

La oportuna coincidencia de la conmemoración del 150 aniversario del Museo Arqueológico Nacional y la muestra *El poder del pasado. 150 años de arqueología en España* se revela como una doble celebración, no solo del venturoso devenir de la Arqueología, sino también de la labor de los museos en la conservación, el estudio y la difusión de ese patrimonio cultural heredado. El decreto de fundación del Museo Arqueológico Nacional es también el marco legal para el surgimiento de una red de museos arqueológicos públicos en España, instituciones que poseen una historia y objetivos compartidos, y que aportan luz sobre las más remotas zonas de la prehistoria, de la historia al fin.

Para llevar a buen puerto el proyecto *El poder del pasado. 150 años de arqueología en España* ha sido necesario un gran esfuerzo de coordinación entre museos e instituciones. La entusiasta participación de todos ellos, aportando algunas de sus joyas más preciadas de sus salas para esta muestra, nos recuerda una vez más que en todo lo concerniente a la cultura, las artes, o la historia, la unión y la cooperación hace aún más sólido y rico el inmenso patrimonio nacional que compartimos todos los españoles.

Visitar *El poder del pasado. 150 años de arqueología en España* es también asomarse a la ventana de cada uno de estos museos, instituciones y colecciones privadas que participan en la muestra, y descubrir que esta exposición conmemorativa del Museo Arqueológico Nacional es solo el punto de partida de una larga y emocionante ruta que recorre los templos de la arqueología de toda la geografía española. Y un recordatorio inapelable de ser, en palabras del poeta «el olvido que seremos».

Iñigo Méndez de Vigo y Montojo
MINISTRO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE
Y PORTAVOZ DEL GOBIERNO

Celebrando nuestra historia

La celebración de los 150 años de la creación del Museo Arqueológico Nacional (MAN), una de las primeras grandes instituciones encargadas de la preservación del pasado en España, ha brindado una excelente oportunidad para presentar, a través de esta exposición, la historia y el desarrollo de la arqueología española reuniendo un simbólico conjunto de 150 objetos arqueológicos que son el hilo conductor del relato. En ellos se encuentran representados bienes culturales de todo el territorio nacional y de muy diversos contextos culturales. Elegir o excluir entre tantos ejemplos excepcionales y significativos como guardan nuestros museos, en un número ajustado a la efeméride, no ha sido una tarea fácil.

La exposición se articula en tres ámbitos que corresponden a otras tantas etapas de la historia de la arqueología, desde los pioneros de la segunda mitad del siglo XIX (1867-1912), a su consolidación como disciplina (1912-1960) y su evolución científica hasta nuestros días (1960-2017), un recorrido que muestra los cambios conceptuales y metodológicos que ha experimentado la arqueología en el último siglo y medio, descubriendo campos de estudio e introduciendo nuevas perspectivas. Todo ello personalizado a menudo por los yacimientos arqueológicos más importantes, los hallazgos que proporcionaron y los arqueólogos que los excavaron, los estudiaron y los dieron a conocer. Los objetos seleccionados hablan por sí mismos de la época a la que pertenecieron. Cada uno constituye un importante jalón en el camino hacia el conocimiento del pasado y en la configuración de la Arqueología como disciplina moderna.

El MAN se honra de ser el anfitrión de esta exposición y poner esta densa historia a disposición del público, apoyada por las colecciones de los museos españoles que, en su conjunto, han trazado la historia de nuestra arqueología. *El poder del pasado. 150 años de arqueología en España* es fruto de la colaboración de cerca de setenta museos, colecciones e instituciones culturales, y de un gran número de investigadores que con sus textos han enriquecido este catálogo, reunidos todos en torno al aniversario del Museo Arqueológico Nacional, con el objetivo de trasladar a la sociedad una parte del pasado que le pertenece. Desde aquí queremos agradecer el esfuerzo y la disposición de todos los participantes en la narración de esta historia común de la disciplina arqueológica.

Andrés Carretero

DIRECTOR

MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL

Índice

Una historia de la arqueología en España 9

Los orígenes de la arqueología moderna: el anticuarismo 15

La etapa pionera de la arqueología española (1867-1912) 25

De Embajadores a Serrano. Primeras décadas del Museo Arqueológico Nacional 30

Darwinismo y Prehistoria en la España decimonónica 38

El significado de Altamira 46

El imaginario de la primera Prehistoria 50

La consolidación de la arqueología moderna (1912-1960) 53

La estratigrafía. Del divorcio al encuentro del tiempo y el espacio en la arqueología española 60

La institucionalización de la arqueología clásica en España. Un proceso nunca culminado 64

Las relaciones internacionales de la arqueología española, 1912-1960 66

La distorsión de la arqueología en el primer franquismo 70

La arqueología en el NO-DO 74

La arqueología en la escuela y el imaginario popular 80

La configuración de la arqueología contemporánea en España (1960-2017) 83

La arqueología en televisión 88

Las revistas de arqueología en España 90

Museos arqueológicos, 1960-2010: la experiencia de la orfandad 98

La arqueología española en el extranjero 102

Las relaciones internacionales de la arqueología española, 1960-actualidad 106

La (incompleta) construcción institucional de la arqueología medieval 112

Arqueología pública hoy 118

La arqueología española: de hoy hacia el futuro 121

Catálogo 128

La etapa pionera de la arqueología española (1867-1912) 131

La consolidación de la arqueología moderna (1912-1960) 169

La configuración de la arqueología contemporánea en España (1960-2017) 205

Bibliografía 262

Una historia de la arqueología en España

La arqueología estudia el pasado pero refleja el presente. Los arqueólogos intentamos representar las sociedades y las formas de vida del pasado pero lo hacemos, necesariamente, desde cada presente. Es en el presente y cuando se practica la arqueología cuando se produce conocimiento sobre el pasado. Eso significa que en cada momento lo que las generaciones anteriores han interpretado pasa a ser también material de estudio; es más, las teorías y las hipótesis pretéritas se convierten en una gigantesca losa que pesa, condiciona, y actúa sobre cualquier intento de búsqueda explicativa nueva o alternativa. Es lo que Murray (2007:166) ha llamado la «inercia de la tradición». Las explicaciones del pasado que cada generación de estudiosos y académicos ha construido constituyen en arqueología un eslabón que conduce a la situación actual. Debemos estudiar esa cadena de eslabones para construir un nuevo conocimiento histórico sobre bases sólidas.

El valor de la historia de la arqueología

Resulta crucial trazar los procesos que determinan cómo conocemos lo que pensamos que sabemos del pasado (Corbey y Roebroeks 2001: 2). Porque en definitiva, la historia de la arqueología nos ayuda a entender algo fundamental: como nos hemos hecho a nosotros mismos como arqueólogos (Murray 2002).

Es muy importante conocer los caminos a través de los cuales el pasado ha sido concebido, investigado, reconstruido y representado a lo largo de las últimas décadas y siglos. La necesidad de esas perspectivas históricas e historiográficas está siendo cada vez más reconocida por los arqueólogos de las últimas décadas, con más formación teórica y mente más abierta que en tiempos anteriores. Y además va creciendo una amplia audiencia académica interesada en la historia de la arqueología, como historiadores, antropólogos, museólogos y expertos en patrimonio, historiadores de la ciencia y especialistas en estudios culturales. La arqueología, como historia material del pasado de las sociedades humanas, atraviesa las difusas fronteras de la especialidad, e interesa a especialistas en disciplinas colindantes además de a públicos no-expertos (Calcani 2007).

Antes de analizar la construcción de la historia de la arqueología española es necesario trazar un breve bosquejo de la situación de la historia de la arqueología a nivel internacional, para poder situar aquella en una perspectiva adecuada. Si la arqueología tuvo un proceso lento y complejo de nacimiento y reconocimiento académico, la autoconciencia de la disciplina —esto es la historia de la arqueología— ha tenido también un proceso lento y complejo de configuración y aceptación en el ámbito académico (Bahn 1996, Moro Abadía 2007, Ruiz Zapatero 2017).

La historia de la arqueología ha experimentado en los últimos veinticinco años —la aparición del libro de Trigger (1989) *A History of archaeological thought* (Trigger 1992 y 2006) marca un punto de inflexión fundamental— una auténtica eclosión que ha conducido a la construcción de una subdisciplina académica con entidad propia (Fagan 2005, Bahn 2014). La obra de Trigger supuso una «perdida de la inocencia» de toda la anterior historiografía arqueológica concebida como crónica de hallazgos e investigadores famosos desde la perspectiva anglosajona (Daniel 1971). Como bien ha señalado Tim Murray (2007:159) el valor de hacer historia de la disciplina es implicarse más activamente en su práctica; hacemos historia de la arqueología porque

estamos en el presente y porque la historia de la arqueología puede ser un instrumento muy eficaz. En palabras de Murray (2007:159-160) «uno de los problemas con los arqueólogos es que muchos son tan básicamente ignorantes de la historia de su propia disciplina que no pueden llegar a comprender la herramienta tan poderosa que puede llegar a ser». Quizás sea bueno recordar continuamente que «la historia de la arqueología no es nunca solo historia de la arqueología» (Moshenska 2013: 247), porque siempre la buena historiografía abre un fascinante abanico de posibilidades futuras, sugerencias antes no vislumbradas y contactos fructíferos con otras disciplinas [fig. 2].

Las historias de la arqueología estudian los propios «escombros» de la actividad de los arqueólogos, sean los restos hallados en las excavaciones, las notas, dibujos y fotografías generadas, las propias publicaciones, los museografías en las que se exhibieron las piezas arqueológicas, sus propias autobiografías, las teorías y métodos empleados. En una palabra, todo lo que hacemos los arqueólogos para conocer el pasado y todo lo que hacen las sociedades a las que pertenecemos con el pasado ofrecido por los arqueólogos; más todas las elucubraciones, fantasías y esoterismos creados a lo largo de los últimos siglos en torno al pasado. Al final la historia de la arqueología tendrá, sin duda alguna, un carácter totalizador, que indagará sobre todos los aspectos que intervienen en la producción de conocimiento sobre el pasado [fig. 3].

FIG. 1
Louis Siret trabajando con los materiales extraídos en sus excavaciones, 1920-1930. El Archivo Siret permitió erigir las bases de la Prehistoria del sudeste peninsular y es, incluso actualmente, una herramienta fundamental en los estudios arqueológicos.

La historia de la arqueología en España

El desarrollo de la Arqueología en España, desde sus inicios al presente, nunca ha sido historiado (Beltrán Fortes 2004, Díaz Andreu 2002, Ruiz Zapatero 2011), a diferencia de otras tradiciones arqueológicas de países de nuestro entorno, como Francia, (Gran-Aymerich 1998), Italia (Barbanera 1998) o el Reino Unido (Hudson 1981, Mardsen 1983). Lo cierto es que el interés por establecer una historia de la disciplina en nuestro país ha sido muy reciente, casi tanto como los primeros congresos especializados (Arce y Olmos 1991, Mora y Díaz-Andreu 1997), hasta el extremo de que he calificado los años 1990 como la «década prodigiosa» de la historiografía arqueológica española (Ruiz Zapatero 2011:67 ss.), por ser entonces cuando se sentaron sus bases (Díaz Andreu *et al*. 2009). Es cierto que contamos con algunas aportaciones valiosas pero, o bien son exclusivamente de ciertas etapas de nuestra arqueología (Almagro Gorbea 2002, Ayarzagüena 1992, Ayarzagüena y Mora 2004, Jiménez Díez 1993, Mora 1998), o bien se trata de estudios regionales — que generalmente tampoco cubren toda la historia de la arqueología —, estimulados por la construcción del «estado de las autonomías» y el interés de recuperar las trayectorias de cada territorio (Barandiarán 1985, Goberna 1985), dejando al margen los estudios sobre instituciones arqueológicas y biografías de arqueólogos que van contando, cada vez más, con estudios monográficos que no podemos detallar aquí. Más excepcionalmente se trata de estudios específicos sobre especialidades arqueológicas como la del Paleolítico (Éstevez y Vilá 2006) o metodologías concretas como el discurso de la fotografía en la arqueología (González Reyero 2006). Tampoco contamos con muchas síntesis publicadas en otros idiomas para tener visibilidad internacional (Martínez Navarrete 1998).

Este libro surge de la confluencia de varios factores. En primer lugar, el deseo de presentar una visión de conjunto de la Arqueología en España a lo largo de los últimos 150 años, que necesariamente es selectiva y esquemática pero tiene el valor de ser, como he indicado más arriba, la primera síntesis con este enfoque unitario y holístico. En segundo lugar, es un momento

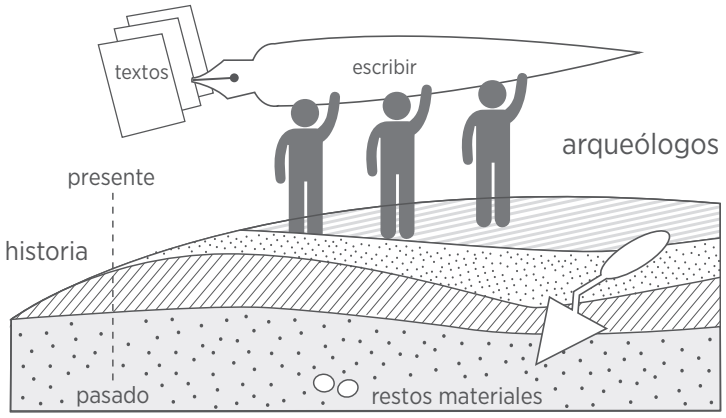


FIG. 2
La interpretación arqueológica: del pasado enterrado a la recuperación de objetos y restos materiales mediante la excavación para destilar su significado en textos, narrativas del pasado. Una pesada y compleja tarea. Todos los ámbitos de la actividad arqueológica son objeto de la historia de la arqueología.

oportuno para evaluar el proceso de las «arqueologías autonómicas» que han cumplido casi 35 años desde que se inició el traspaso de competencias del estado central a las Comunidades Autónomas. Por último, quiere ser la celebración de que esta recuperación de la propia memoria de la arqueología se hace sobre el valor, no siempre reconocido, de los numerosos estudios locales y regionales. Estudios que, desde distintos ángulos, llevan tiempo rescatando del olvido: instituciones, arqueólogos y estudiosos, publicaciones y documentos, fotografías y viejas diapositivas, epistolarios y artículos de prensa, referencias ocultas en obras literarias y libros de viajes, percepciones de la gente sobre museos y sitios arqueológicos encerradas en los libros de firma de visitantes, etc. En fin, un conjunto cada más diverso de materiales que amplían de forma notable la cartografía de la historia de la arqueología en España. Es, en definitiva, un primer paso para seguir construyendo una historia de la arqueología española — holística y parcelada, unitaria y diversa, «internalista» y «externalista», recopiladora y crítica —, al servicio de los especialistas y de los distintos públicos interesados en su pasado.

El poder del pasado. 150 años de arqueología en España

La exposición se ha articulado a través de una selección de 150 objetos, de más de 65 museos españoles, que constituyen el hilo conductor a través del cual se traman otros hilos que facilitarán la comprensión del desarrollo de la arqueología española: los contextos educativos, culturales y sociales en los que se produjo. La historia de los objetos es el campo de la arqueología o, lo que es lo mismo, el campo de la experiencia humana. Y la movilidad de objetos e ideas es fundamental en toda interpretación histórica. Los objetos son «mediadores de la experiencia», en palabras de Lucena Giraldo (2015), y tienen una eficacia simbólica añadida: no existen fuera de las culturas que los produjeron. Pero los objetos, los artefactos, son algo más, son «organizadores de sentido» (Broncano 2012). Y en todos los casos, con mayor o menor claridad, los objetos son iconos, trozos de historia, porque sin ellos la historia no sería la misma. Al fin y al cabo, con menor o mayor fortuna, los museos arqueológicos llevan presentando la historia de los objetos desde hace más de 150 años.

La tradición de historiar a través de objetos cuenta con una pequeña pero interesante trayectoria, como revelan los casos del *British Museum* (Mac Gregor 2010), de la *Smithsonian Institution* (Kurin 2013), o de la *Society of Antiquaries of London*[1] y otras experiencias similares[2]. Entre nosotros el libro reciente de Lucena Giraldo (2015) es una interesante y peculiar historia de España siguiendo las «biografías» de 82 objetos que «cuentan un país».

Los objetos son maneras de explorar los mundos del pasado y también las vidas de los hombres y mujeres que vivieron en ellos. Y también son elementos que permiten evaluar qué significado han tenido en la construcción de la arqueología como disciplina. Nos cuentan el pasado del que proceden pero también los pasados recientes en los que se descubrieron y fueron interpretados. Es decir tienen su historia pero también dicen las historias creadas sobre ellos. Una historia de los objetos es, sin duda, como bien señala Lucena Giraldo (2015: 21) la historia de sus interrelaciones y éstas se dan en contextos concretos. Lo que constituye una reflexión muy arqueológica de un historiador. Interpretar el objeto desde su contexto original, en la red de interrelaciones, con diferentes planos analíticos: arqueológico, científico y antropológico, ayudándonos de la «imaginación arqueológica» para acercarnos al contexto de vida original del objeto. Entendiendo por «imaginación arqueológica» la interpretación más plausible y con más fuerza explicativa de cuantas se nos puedan ocurrir; recordando que está basada en sensibilidades y actitudes hacia los vestigios y las huellas, la memoria, el tiempo y la temporalidad (Shanks 2012: 25).

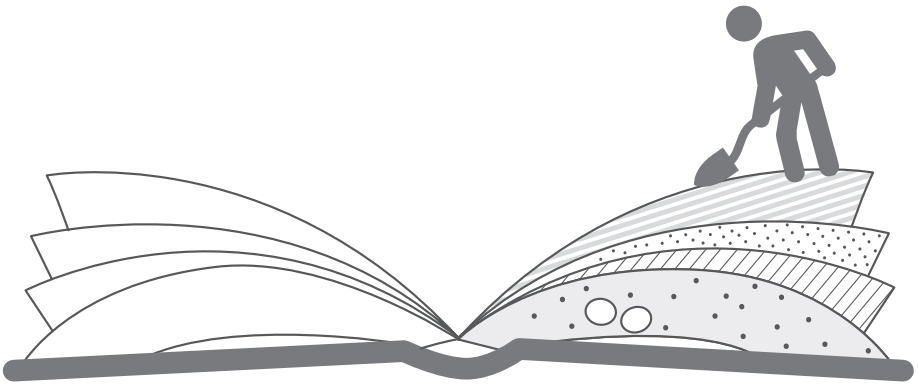


FIG. 3
La «excavación» de textos como método para (re)conocer las ideas, conceptos y categorías manejadas a lo largo de la historia de la arqueología.

Al final, pretendemos que los objetos ayuden a conocer las formas en que se fue construyendo la teoría y la metodología de la Arqueología. Los objetos son fascinantes pero las maneras en que hemos aprendido a hacer historia con los restos materiales no lo son menos. Los objetos y las narrativas que construimos a partir de su materialidad nos atraen y sus apariencias y las historias que desvelamos son atrayentes, intrigantes, y aún poderosas. Es el poder del pasado.

Mostrar cómo se ha configurado el patrimonio arqueológico y la historia material de nuestro pasado forma parte de los intereses actuales de la arqueología, que potencia el interés de la historiografía (Bahn 2014, Murray 2014, Schnapp *et al*. 2014) y de la llamada «historia profunda» (*deep history*) que construye narrativas temáticas de tiempo muy largo (Gamble 2014, Shyrock y Smail 2011, Gamble 2014). Además despierta el interés por la «arqueología pública», entendida como todo aquello que repercute, implica y moviliza a los no-expertos en el estudio del pasado arqueológico, incluyendo medios de participación y comunicación muy diversos[3].

La arqueología ha pasado de ser un objetivo de aficionados nobles y burgueses ilustrados y adinerados en el siglo XIX y comienzos del XX a convertirse en una profesión con múltiples salidas, con teoría y métodos propios, legislaciones específicas, reglamentos de intervención y códigos éticos. A comienzos del siglo XXI es apasionante asumir nuestra historia pasada para afrontar con más racionalidad el futuro que se abre ante nosotros. Futuro en el que el conocimiento del pasado es crucial porque atraviesa varios objetivos irrenunciables: primero, el interés que tienen muchos sectores de la sociedad actual por su historia; segundo, la necesidad de formar ciudadanos histórica y arqueológicamente alfabetizados, y tercero, la obligación de preservar nuestro pasado material para las generaciones futuras, y hacerlo de una manera que resulte accesible para todos.

Gonzalo Ruíz Zapatero
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID Y SEHA

1 2009, http:/ /makinghistory.sal.org.uk/page.php?cat=1
2 http://www.grandeexhibitions.com/traveling-exhibitions/101-inventions/
3 ver Moshenska 2009 y revista *Public Archaeology*: http://www.maneyonline.com/loi/pua

N-V-1
Biblioteca Real.
Museo de
Antigüedades.
Libro de Salidas

Los orígenes de la arqueología moderna: el anticuarismo

Gloria Mora, Universidad Autónoma de Madrid

El término «arqueología» no puede aplicarse con propiedad hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando los estudios sobre los restos materiales del pasado se profesionalizan al integrarse primero en la Escuela Superior de Diplomática, fundada en 1856, y después en la Universidad en 1900. Durante toda la Edad Moderna el término comúnmente utilizado es el de «anticuaria», entendiendo por tal el conjunto de estudios centrados en la recopilación y análisis de estos vestigios de la Antigüedad —fundamentalmente inscripciones y monedas, pero también escultura y pintura, monumentos y objetos de la vida cotidiana— con el fin de suplir las carencias o despejar las ambigüedades de las fuentes historiográficas.

Suele situarse el comienzo de la historia de la arqueología en España a finales del siglo XV con Elio Antonio de Nebrija, «debelador de la barbarie», quien introdujo en España la nueva consideración de los *vetera vestigia* de la Antigüedad clásica como fuentes para la Historia difundida por Petrarca y otros humanistas italianos. Designado primer cronista real en 1490, se ocupó de la historia antigua de España y de sus monumentos no solo como muestras de la grandeza de España, sino también con el objetivo de presentar argumentos que legitimaran la unificación de los reinos por los Reyes Católicos, tomando como modelo el Imperio Romano. Fue el primero también en estudiar las ruinas de Mérida y de su patria, Lebrija, recorrió la Vía de la Plata para averiguar la distancia exacta de la milla romana y disertó en sus *lectiones* en la Universidad de Salamanca sobre Numismática.

Las ruinas eran parte del paisaje histórico y geográfico de España, testimonios de la dominación de otros pueblos cuya importancia se intentó en algunos casos, o en algunas épocas, minimizar. De ahí el tratamiento despectivo que generalmente dan los cronistas a la presencia de griegos y fenicios o incluso romanos; para Florián de Ocampo, cronista de Carlos V, estos pueblos fueron meros accidentes en la milenaria historia de la población y la monarquía de España, que se remontaba a tiempos bíblicos (con Túbal, nieto de Noé) y mitológicos (con los trabajos de Hércules), en consonancia con las genealogías inventadas por Annio de Viterbo para Isabel y Fernando. Pero ya con anterioridad a los trabajos de Nebrija las antigüedades y los monumentos hispanos estaban presentes en la historiografía, tanto cristiana como islámica: eran la prueba visible de un pasado prestigioso y remoto y podían ser utilizados como argumento para afianzar el poder, tal como ocurre en la *Estoria General de España* elaborada en el taller historiográfico de Alfonso X el Sabio en torno a 1271 con el propósito de defender —en razón de esa misma antigüedad— sus pretensiones al trono del Sacro Imperio Romano Germánico.

Pero es en el siglo XVI cuando podemos constatar en España, como en otros lugares de Europa, un interés sistemático por coleccionar y estudiar los vestigios de la Antigüedad considerados como testimonios del pasado y, por tanto, como fuentes de conocimiento histórico. El gran humanista Antonio Agustín, considerado padre de la Numismática (y el primero en estudiar la moneda hispánica), resumía este sentir en el décimo de sus *Diálogos de medallas*, de 1587, al afirmar que concedía más valor a las monedas e inscripciones que a los escritos de los historiadores. Es decir, estos materiales, por su carácter objetivo, eran fuentes más fidedignas que las obras de los autores clásicos, impregnadas de subjetividad y parcialidad. ¿De dónde procedían estos objetos? Hasta mediados del siglo XVIII no comenzaron a hacerse excavaciones planificadas y sistemáticas, por lo que las piezas antiguas atesoradas, apreciadas y estudiadas por coleccionistas del XVI y del XVII eran fruto de hallazgos fortuitos, compras en el floreciente comercio de arte y antigüedades o regalos, llegando a desempeñar incluso un papel importante en los acuerdos diplomáticos. Un caso especial es el del coleccionismo de escultu-

FIG. 1
José Alonso del Rivero, *Carlos III entregando las tierras a los colonos de Sierra Morena* (1805).

FIG. 2
Ambrosio de Morales: *Discurso general de las antigüedades de España*, en *Las antigüedades de España que van nombradas en la Coronica con las averiguaciones de sus sitios y nombres antiguos*, t. IX, Madrid, Oficina de Benito Cano, 1792.

ra, que tenía otras connotaciones. Se buscaban y exponían estatuas clásicas, no tanto por su valor histórico (de hecho lo que se valoraba más no era la antigüedad de la pieza, ni siquiera su autenticidad, sino lo qué representaba), como por motivos estéticos e ideológicos: las estatuas y otros objetos excepcionales por la alta calidad de sus materiales y fabricación (vasos, joyas, camafeos, etc.) eran símbolos de prestigio social e intelectual. Eran sobre todo papas, cardenales, reyes y nobles quienes podían permitirse coleccionar estas piezas, raras por su escaso número y por tanto de gran valor, mientras que los eruditos y anticuarios debían conformarse con las monedas, epígrafes, estatuillas o pequeños útiles cotidianos, mucho más abundantes, como también señalaba Antonio Agustín. Y frecuentemente estos grandes coleccionistas se identificaban con los retratos que solían poseer de los hombres ilustres (*viri illustres*) de la Antigüedad, considerados modelos de virtudes cívicas y morales, haciéndose representar como ellos para transmitir una imagen de poder [fig. 1].

Por otra parte, el nacimiento del interés por las antigüedades no fue en principio, ni durante gran parte de la época moderna, estrictamente científico: el fin último de los estudios anticuarios era ayudar a la elaboración de una Historia nacional, y responde tanto a la admiración humanista por la Antigüedad clásica como a la idea de que era posible utilizar sus vestigios para defender ideas del presente. Así, Felipe II envió al cronista real Ambrosio de Morales a recorrer los reinos con el fin de encontrar documentos que, además de servir a la redacción de esta Historia, justificaran su política contraria a los intereses económicos y territoriales de la nobleza y de la Iglesia. Morales terminó en 1574 la *Coronica General de España* empezada por Florián de Ocampo, cuya intención era mostrar una historia de la España antigua semejante en grandeza a la de Carlos V, pero el método era muy distinto. A los textos Morales incorporó materiales como inscripciones y monedas, además de un novedoso e interesantísimo apéndice a la *Coronica* dedicado a las antigüedades de las ciudades de España (Alcalá 1575), en el que indicaba cómo reconocer las «señales» de vestigios antiguos [fig. 4]. También fue seguramente el impulsor de una serie de proyectos relacionados con el conocimiento de los restos materiales del pasado de España: la encuesta conocida como las *Relaciones Topográficas de los Pueblos de España*, que contemplaba preguntas concretas sobre la existencia de antigüedades en cada localidad; quizá también las *Vistas* de las principales ciudades de los reinos realizadas entre 1562 y 1571 por el pintor flamenco Anton van den Wyngaerde, quien incluyó dibujos de las ruinas y monumentos romanos de Tarragona, Sagunto (entonces Murviedro), Itálica («Sevilla la Vieja») y Mérida [fig. 2]; o la cartografía de los pueblos y lugares antiguos citados en las fuentes,

DISCURSO GENERAL
DE LAS ANTIGÜEDADES
DE ESPAÑA.

proyecto inconcluso que podemos poner en conexión con el mapa de la España antigua realizado por el cartógrafo real Abraham Ortelius y publicado en 1586 como parte de su *Theatrum Orbis Terrarum* [fig. 3].

El desarrollo de la arqueología española desde el siglo XVI en adelante se caracteriza, como en otros países, por el interés de los gobernantes en reconstruir la historia de la nación desde el pasado más remoto y en elaborar un mapa del país que recogiera los pueblos y ciudades antiguas mencionados en las fuentes grecolatinas, así como sus monumentos y restos arqueológicos. Este afán por localizar antiguas ciudades y estudiar sus restos fue especialmente notable en Andalucía, la Bética romana. Uno de los anticuarios más activos a finales del siglo XVI y primeras décadas del XVII fue Rodrigo Caro, quien recorrió incansable la región occidental para hacer la autopsia de los monumentos, es decir, para dibujarlos y describirlos con fidelidad e insertarlos en el discurso histórico contrastándolos con los textos [fig. 4]. Con esta actitud, que seguía las directrices dadas por Ambrosio de Morales, consolidaba una de las normas del anticuario: «quanto importa, que los ojos registren lo que ha de escribir la pluma: porque la materia de la antigüedad [...] contiene en sí mucha dificultad», decía en el prólogo al libro III de su *Antigüedad, y Principado de la Ilustrissima Ciudad de Sevilla* (Sevilla, 1634).

FIG. 3
Abraham Ortelius: *Hispaniae Veteris Descriptio*. En J. Jansonius, *Novus Atlas, sive Theatrum Orbis Terrarum*, Additamentum IV, Amberes, Plantino, 1590, 1638.

Al incorporar documentos no literarios (epígrafes, monedas y monumentos) a la redacción de la Historia de la nación, o al convertirlos en objeto principal de sus investigaciones, los cronistas y anticuarios de los siglos XVI y XVII (Ambrosio de Morales y su discípulo Juan Fernández Franco, Antonio Agustín, Rodrigo Caro o Vincencio Juan de Lastanosa, entre otros) contribuyeron decisivamente a la conformación de la anticuaria como ciencia en época posterior [fig. 5].

El siglo XVIII, con la Ilustración, es una época fundamental para el progreso en el conocimiento del pasado. Los Borbones, nueva dinastía que ocupa el trono de España tras la guerra de Sucesión, promovieron grandes transformaciones en todos los ámbitos de la vida política, económica y cultural del país. También la arqueología experimentó un gran impulso, especialmente con Fernando VI. Cabría mencionar como motores de estos avances una serie de necesidades: en primer lugar la legitimación de la familia real mediante su vinculación historiográfica y visual al pasado clásico y su integración en la genealogía que enlazaba la monarquía española con los reyes godos, los emperadores romanos y, en definitiva, con los primitivos habitantes de la península, tanto los descendientes de Noé según el relato bíblico como Hércules y otros personajes de la mitología clásica; en segundo lugar la recurrencia a la antigüedad de la nación y de la monarquía para argumentar los privilegios de la Corona frente a la Santa Sede y también para defender la cultura española de ataques antihispánicos como el de Nicolas Masson de Morvilliers en la voz *Espagne* de la *Encyclopédie methodique* (1782), donde formulaba la famosa pregunta: «Que doit-on à l'Espagne?».

Felipe V y sus sucesores dieron impulso a los estudios anticuarios a través de dos vías fundamentales. Por una parte, mediante la fundación de Academias según el modelo francés, entre las que destaca la Real Academia de la Historia en 1738, dedicada a la elaboración de una Historia nacional desbrozada de todas las leyendas sobre el origen mítico-bíblico de España propiciadas

Inscripciones
Antiguas que vio, y leio el liz.do
Rodrigo Caro
Visitando el Arcobispado de Sevilla
Años de.
M. DC. XXI. M. DC. XXII. M. DC. XXIII.
M. DC. XXIV. M. DC. XXV.

FIG. 4
Rodrigo Caro: *Inscripciones Antiguas que vio, y leio el liz^do. Rodrigo Caro visitando el Arçobispado de Sevilla* (1622 a 1625).

FIG. 5
Monumento de Caspe (mausoleo de Miralpeix, Caspe, Zaragoza), en *Baria erudicion para ilustrar la segunda impresion del Museo de las Medallas Desconocidas de España que publico Don Vincencio Juan de Lastanosa* [Huesca, 1645].

por Annio de Viterbo y los Falsos Cronicones. Paralelamente se pusieron en marcha los llamados «viajes literarios», ideados por el marqués de la Ensenada, ministro de Estado de Fernando VI, y llevados a cabo desde finales de los años cuarenta del siglo bajo la supervisión de la Academia de la Historia con el fin de recoger documentos de toda clase (textos, inscripciones, monumentos, monedas, objetos) que apoyasen las pretensiones de la Corona frente a las de la Santa Sede, justo en los años previos a la firma de un nuevo Concordato. La Real Academia de la Historia se convirtió en la institución responsable de las actividades anticuarias desde las *Instrucciones* para la protección de las antigüedades dadas por el marqués de la Ensenada el 8 de abril de 1752, en las que designaba a la Academia como supervisora de la Historia y la Arqueología, controlando cuantos hallazgos y excavaciones se hicieran en España así como la publicación de obras al respecto y el traslado de las antigüedades encontradas a Madrid para integrarlas en la colección real, en el Gabinete de Medallas de la Real Librería o en el museo de la Academia.

En la segunda mitad del siglo XVIII, la Academia emprendió una serie de proyectos de gran interés e importancia para el conocimiento del pasado de España. Algunos de ellos, como la Colección Lithológica o catálogo de inscripciones, no se completarían hasta finales del siglo XIX y durante el XX, pero otros resultaron fundamentales para el desarrollo posterior de la arqueología española: dibujos de los monumentos de Itálica y Mérida, excavaciones en Segóbriga («Cabeza del Griego»); una cartografía de la España antigua; un inventario de «despoblados» o lugares con vestigios antiguos;

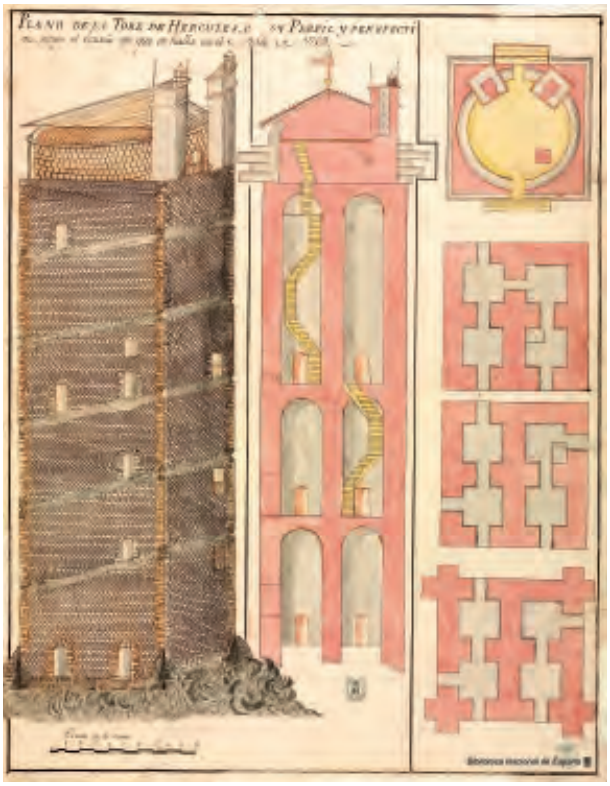
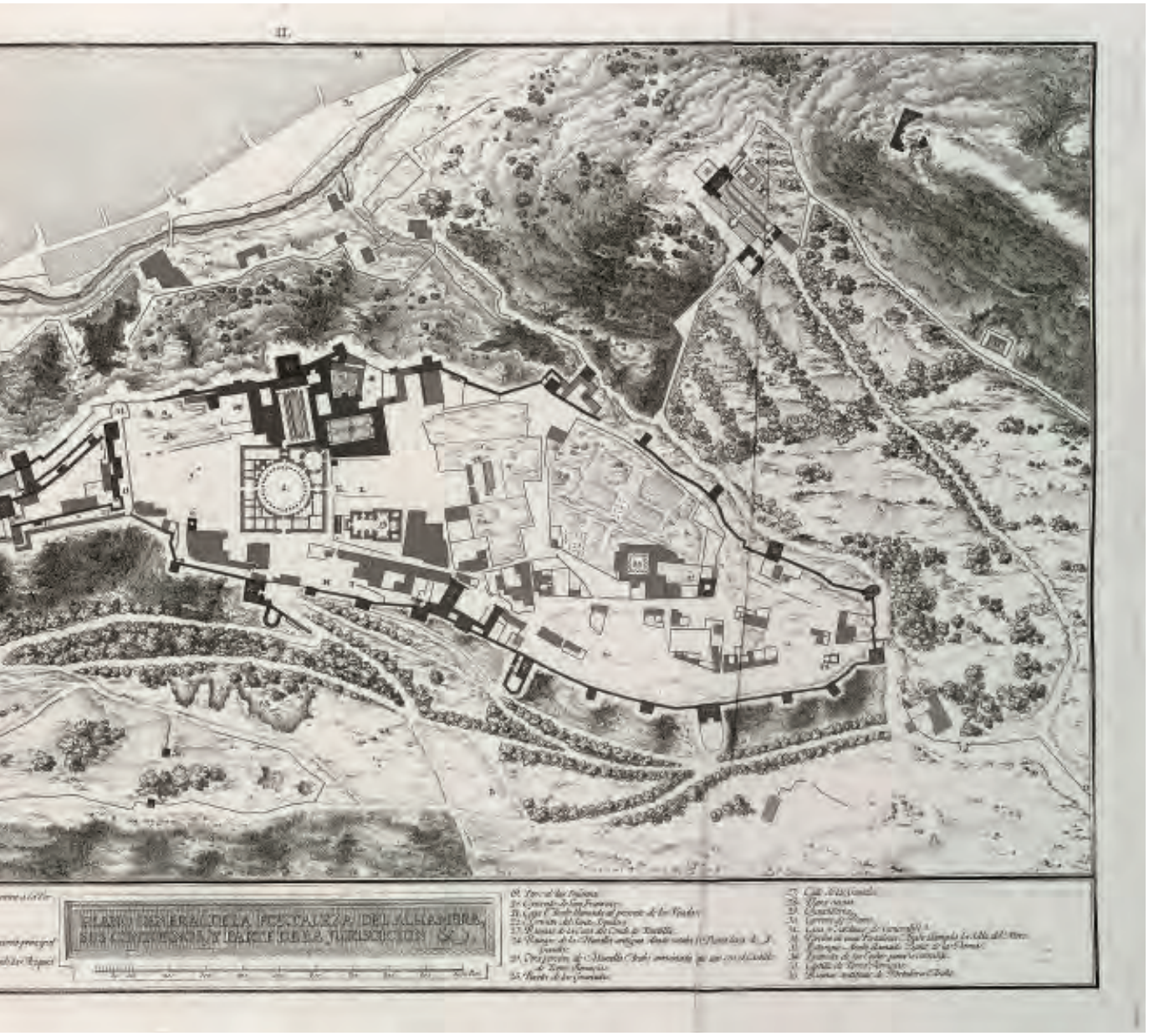


FIG. 6
José Cornide: *Plano de la Torre de Hércules en La Coruña*, 1762.

FIG. 7
José de Hermosilla y Juan de la Cruz Cano Olmedilla: Plano general de la fortaleza del Alhambra (estampa). En *Antigüedades árabes de España*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1787.

la formación de una colección epigráfica y numismática que, junto a los textos grecolatinos, sirviera como fuente para la nueva Historia de España; o la *España Sagrada* del padre Enrique Flórez, magna empresa que abarcó mucho más de lo que el título indica, pues se trata de una recopilación de todas las fuentes literarias y arqueológicas disponibles sobre la Historia de España. Son especialmente importantes los ya citados «viajes literarios» o de reconocimiento del patrimonio histórico-artístico-anticuario, que conllevaban la localización, descripción y dibujo de monumentos antiguos y yacimientos, como los de Luis José Velázquez de Velasco, marqués de Valdeflores, José Cornide, Francisco Pérez Bayer o José Ortiz y Sanz [fig. 6]. Así se cumplía el deseo de viajar por España para estudiar sus monumentos que Manuel Martí, Deán de Alicante, había expresado a comienzos del siglo en una carta a su amigo Bernard de Montfaucon, pero que había resultado irrealizable por falta de apoyo de la Corona. Muchas de estas empresas quedaron inconclusas por diversas razones, entre ellas una endémica: la permanente falta de financiación adecuada y regular. Los conflictos políticos y las guerras de principios del siglo XIX interrumpieron también interesantes proyectos como el del académico Juan Agustín Ceán-Bermúdez, que hasta 1832 no pudo ver publicado su *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, el primer inventario del patrimonio arqueológico nacional.



Es interesante destacar que en el XVIII no hubo interés solo por el mundo clásico, y en esto España se muestra original con respecto a otros países europeos. Ya en 1750 el jesuita Andrés Marcos Burriel aludía a la necesidad de integrar en la historia de España a aquellos pueblos «invasores», como los árabes, que habían dejado su huella en la península. Así, a mediados del siglo la Real Academia de San Fernando, fundada en 1752, emprendió un gran proyecto de descripción, dibujo y estudio de las antigüedades árabes de España, llevado a cabo por el académico José de Hermosilla y los arquitectos Juan de Villanueva y Juan Pedro Arnal [fig. 7]. Otro académico, Antonio Ponz, tras unos años de estancia en Roma como pensionado de pintura, fue designado por el ministro Campomanes para catalogar los bienes de los jesuitas expulsos, pero fue más allá: en realidad viajó por casi toda España interesándose por aquellos problemas y deficiencias del país susceptibles de ser solucionados por los reformistas ilustrados, y de paso describiendo las antigüedades y monumentos de todas las épocas, públicos o privados. El resultado fue el famoso *Viage de España* en 18 volúmenes publicados entre 1772 y 1794.

Hay otros dos escenarios para la arqueología en los que interviene España. En primer lugar, las excavaciones financiadas por Carlos VII de Borbón (futuro Carlos III) en las ciudades sepultadas por la erupción del Vesubio en agosto del 79 d.C., especialmente en Herculano (desde 1738), Pompeya (desde 1748) y Estabia (des-

FIG. 8
Carlos de Borbón (Carlos VII de Nápoles). Frontispicio de *Le Antichità di Ercolano esposte*, Napoli, Regia Stamperia, I, 1757.

FIG. 9
La Torre de Palenque, en Charles-Étienne Brasseur de Bourbourg, *Recherches sur les ruines de Palenqué et sur les origines de la civilisation du Mexique*, Paris, 1886, pl. 18: «Vue pittoresque de la tour» (dibujo de F. de Waldeck).

FIG. 10
Demetrio de los Ríos: «Conjunto y detalles del mosaico, vulgarmente apellidado el Grande, Itálica», litografía de J. Donon para *Monumentos Arquitectónicos de España*, Provincia de Sevilla.

de 1749). En realidad no fue una empresa propiamente española, sino de Carlos VII de Nápoles, futuro Carlos III de España, pero tradicionalmente se la ha identificado con este, «el rey arqueólogo» [fig. 8]. Pese a los evidentes errores cometidos por falta de experiencia, debemos señalar una serie de novedades promovidas por el rey y su ministro Bernardo Tanucci que sirvieron de modelo y contribuirían decisivamente al desarrollo de la práctica arqueológica desde sus primeros pasos como simple rescate de antigüedades. Las napolitanas fueron las primeras excavaciones sistemáticas y planificadas, de las que se hicieron planos y dibujos y sobre las que se redactaron diarios e informes semanales; por ellas se promulgó la primera legislación protectora del patrimonio (real) que conllevaba duras penas; se construyó el primer «museo de sitio» en el palacio de Portici, un gabinete de antigüedades de carácter público (aunque limitado) con los hallazgos al que se añadió la famosa colección Farnese de Roma, que Carlos había heredado de su madre Isabel de Farnesio; se fundó en 1755 una institución especial para estudiar los hallazgos, la Accademia Ercolanese, y una imprenta, la Regia Stamperia, para publicar los estudios, con el resultado de ocho lujosos volúmenes in-folio magníficamente ilus-

trados con grabados, las *Antichità di Ercolano esposte* (1757-1792). Otra empresa de la misma época fue el estudio de los templos dóricos de Paestum, redescubiertos con motivo de las obras para la construcción de una calzada entre Nápoles y el sur del Reino, causando el asombro de viajeros y anticuarios y desencadenando un intenso debate entre los académicos de toda Europa sobre la arquitectura griega.

El segundo escenario es América. La arqueología en los virreinatos americanos se desarrolla en la segunda mitad del siglo XVIII, precisamente gracias a la experiencia adquirida en Nápoles y siguiendo las *Instrucciones* de Ensenada de 1752. Las ruinas de la ciudad maya de Palenque (Guatemala), conocidas desde el siglo XVI, empezaron a ser estudiadas (y se conserva abundante documentación y dibujos) desde que en 1745 Antonio de Solís descubriera el conjunto de edificios en el lugar conocido con el significativo topónimo de «Casas de Piedra». El informe oficial redactado en 1784 por José Antonio Calderón, teniente de alcalde mayor de Palenque, decía que aquellas ruinas tan imponentes y perfectas eran dignas de conservarse y cuidarse por «el honor de la Nación», ya que los constructores tenían que haber sido romanos o cartagineses o españoles huidos de los moros [fig. 9]. Los ilustrados del Nuevo Mundo participaron también en el debate sobre el valor de la historia y la cultura nacional esgrimiendo la antigüedad y grado de civilización de las poblaciones de México y Perú; uno de ellos, el jesuita Francisco Xavier Clavijero, las comparaba con la Grecia y la Roma clásicas, anticipándose al pensamiento de Wilhelm von Humboldt. Al mismo tiempo se desarrolla un coleccionismo de piezas americanas, con envíos de piezas modernas o bien halladas en enterramientos antiguos. Estos objetos no se depositaron en la colección real ni en la Academia de la Historia, sino en el Real Gabinete de Historia Natural, fundado en 1771-1774, al igual que se hacía con la mayoría de los hallados en la península.

Pese al éxito de la experiencia napolitana, al acceder al trono español Carlos III no mostró interés por la arqueología del país, frustrando las esperanzas de anticuarios como Antonio Ponz, quien proponía excavar en ciudades antiguas con importantes restos visibles como Mérida, «la Herculano de España». En cambio su hijo, Carlos IV, sí impulsó trabajos arqueológicos en Mérida y otros lugares; a él se debe, además, la primera ley española para la protección de las antigüedades, incluida en la Real Cédula promulgada el 6 de julio de 1803.

La primera mitad del siglo XIX presenta un panorama oscuro para la arqueología y el patrimonio en general debido a varios factores. Por un lado, las empresas y proyectos anticuarios iniciados por los ilustrados son interrumpidas por los conflictos ya mencionados, como la Guerra de la Independencia y la primera guerra carlista, que además acarrearon la destrucción o saqueo de bibliotecas, obras de arte y antigüedades por los ejércitos contendientes. A esto se añade la desaparición por prisión o muerte o por el exilio exterior e interior de muchos intelectuales y académicos liberales durante el reinado absolutista de Fernando VII. La Desamortización de Mendizábal en 1835-1836 tuvo consecuencias inesperadas y muy negativas para los bienes artísticos del país, que fueron destruidos o malvendidos a coleccionistas españoles y extranjeros. Fueron años de expolio del patrimonio nacional por anticuarios, marchantes y viajeros como Alexandre de Laborde —quien por otra parte nos dejó su valioso *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne* (París 1806-1820)— o el Barón Taylor, enviado por Luis Felipe de Orléans con ese propósito y sobre cuyas intenciones advirtió públicamente en la prensa Mariano José de Larra.

Pero al tiempo que tenía lugar esta catástrofe patrimonial se fue activando lentamente la conciencia de valoración de nuestros monumentos, que eclosionó a finales de la década de 1830 gracias a la imitación de iniciativas francesas. La revista *El Artista* fue la primera en impulsar la realización de inventarios, dibujos y descripciones de monumentos como forma de salvar o conservar, al menos en imágenes (grabados, litografías), el patrimonio perdido o en peligro. Consecuencia de esta preocupación fue la publicación de series como *Recuerdos y bellezas de España* (1839-1865), de Francisco Javier Parcerisa, Pablo Piferrer y José María Quadrado; los *Monumentos Arquitectónicos de España* (1852-1881), empresa de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y de la Escuela Especial de Arquitectura de Madrid [fig. 10]; la *España Artística y Monumental* (1842) de Patricio de la Escosura, Jenaro Pérez Villaamil, Valentín Carderera y Valeriano Domínguez Bécquer, etc. En este mismo ambiente surgieron las primeras instituciones de protección del patrimonio, también siguiendo el modelo francés nacido tras la Revolución: en 1844 se crearon las Comisiones Provinciales de Monumentos Históricos y Artísticos y los museos provinciales; en 1856 la Escuela Superior de Diplomática con el objetivo de formar a los profesionales de los museos y las bibliotecas y a los especialistas en las nuevas ciencias auxiliares de la Historia (Epigrafía, Numismática, Arqueología); en 1858 el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios (más tarde Arqueólogos); finalmente en 1867 se fundó el Museo Arqueológico Nacional. Lentamente se va afianzando la conciencia de la necesidad de una legislación de protección del patrimonio y de control de las excavaciones y la exportación de bienes artísticos y arqueológicos, una larga historia que culminará a principios del siglo XX con la Ley de Excavaciones y Antigüedades de 1911 y su Reglamento de 1912.

La etapa pionera de la arqueología española (1867-1912)

Mariano Ayarzagüena Sanz. Universidad de Castilla La Mancha y SEHA
Jesús Salas Álvarez. Universidad Complutense de Madrid y SEHA

Se fija la fecha de 1859 como el del nacimiento de la Ciencia prehistórica. De la misma forma que pasó con otras disciplinas que surgieron en los siglos XVIII y XIX, como la Geología y la Paleontología, previamente se habían realizado importantes avances y descubrimientos para que ese reconocimiento tuviera lugar. En el caso de la Prehistoria, las importantes aportaciones previas de McEnery, Buckland, Schmerling [fig. 1], Boucher de Perthes, Eduardo Lartet [fig. 2] y un largo etc., en los dos primeros tercios del siglo XIX facilitaron que la Prehistoria fuese admitida en asociaciones científicas y museos, pues ya en 1859 tenía suficientes argumentos y apoyos para ser reconocida por la comunidad científica europea. Pero la Prehistoria tendría un nacimiento más problemático que otras disciplinas científicas, pues entre sus objeto de estudio se encuentra el origen del ser humano, lo que dio lugar al enfrentamiento de dos visiones antitéticas: la que hasta esos momentos se asumía, dando al ser humano un origen divino, y la que ahora se proponía, que el ser humano era fruto de la evolución desde otros seres inferiores. Por supuesto, entre ambas posturas había otras que trataban de conciliar ambas, como fue el caso de Juan Vilanova, y que en un principio fueron combatidas, tanto por los creacionistas como por los darwinistas.

Para que la Prehistoria se consolidara se necesitaba demostrar la alta antigüedad del ser humano y que este había coexistido con animales ya extinguidos, lo que Cuvier, el padre de la Paleontología, y diluvialista convencido, había planteado como imposible. La prueba definitiva se aportó tras los trabajos de William Pengelly en sus excavaciones en la Cueva de Brixham, en Devon (1858-1859), que motivó la creación de una comisión de la British Geological Society en la que se encontraba Hugh Falconer. Esta comisión trabajó entre 1858 y 1859 demostrando la existencia de herramientas de sílex en el mismo nivel que se encontraban huesos de animales extintos no solo en dicha cueva, sino también en Abbeville gracias a los trabajos y descubrimientos que Boucher de Perthes estaba llevando a cabo.

Tras el reconocimiento de la British Geological Society vino el de la Royal Society por parte inglesa, y el de la Académie des Sciences por parte francesa, todo en el mismo año de 1859. Por supuesto, no resultó ajena la formulación del darwinismo en 1858 y la publicación del *Origen de las especies* en 1859. De esta forma, a partir de 1860 la Prehistoria tuvo un desarrollo espectacular, tanto que aún no había terminado la década cuando Mortillet en 1869 ya podía establecer una clasificación de las culturas materiales del Paleolítico, siguiendo el modelo geológico de estaciones-tipo, de Achelense, Musteriense, Solutrense y Magdaleniense que, matizada y ampliada, ha llegado hasta nuestros días.

La consolidación de la Prehistoria como disciplina científica se plasmó en la puesta en marcha de instituciones especializadas, las cuales vieron la luz por primera vez en Francia y permitieron la formación y estructuración de una comunidad científica especializada, que ya no practicaba excavaciones por puro divertimento, afición y al margen de las investigaciones oficiales, sino que estas eran llevadas a cabo de una forma profesional, en el marco de unas instituciones que se ocupaban de los estudios prehistóricos.

En su nacimiento, la Prehistoria recibió aportaciones de otras ramas, especialmente de las Ciencias Naturales, mayoritariamente procedentes de la Geología y Paleontología, y también médicos y farmacéuticos; así como ingenieros, sociólogos, historiadores, historiadores del arte, antropólogos, periodistas e, incluso, clérigos. En esos momentos, y durante todo el siglo XIX, la Prehistoria estaba teóricamente marcada por un empirismo positivista, aunque en realidad pesaba mucho más la ideología de los investigadores que los datos que efectivamente aportaban las excavaciones arqueológicas. Se trataba de ajustar los resultados a la ideología de los investigadores.

FIG. 1
Cueva de Engis excavada por Schmerling en 1832-1833, donde aparecieron restos humanos de gran antigüedad que hoy se clasifican como neandertales.

FIG. 2
Representación humana realizada por Pierre Boitard en 1838 y que sirve para explicar cómo se imaginaba al ser humano medio-mono a partir del hallazgo de Eduardo Lartet de un fósil de *Pliopithecus* en Sansan (Francia). Nótese que lleva herramientas y, que, sin embargo, su cráneo parece casi el de un simio. Este grabado fue reproducido en la revista española *Museo Pintoresco* en 1840, con el sugerente título de «El hombre fósil».

FIG. 3
Cromolitografía de *Antigüedades prehistóricas de Andalucía.* Los objetos, pertenecientes al Calcolítico, se encuentran maravillosamente conservados a pesar de su antigüedad y expuestos en una sala del MAN.

El reconocimiento de los primeros yacimientos prehistóricos en España

Se da como punto de inicio de los estudios prehistóricos en España el descubrimiento de una pieza procedente del yacimiento madrileño de San Isidro recogida por Luis Lartet y Eduardo Verneuil a quienes acompañaba Casiano de Prado en la primavera de 1862. Lartet y Verneuil llevaron dicho útil a París (esta pieza, hoy denominada por su tipología «hachereaux», se encuentra depositada en el museo francés de Saint Germain-en-Laye), y ambos dieron a conocer el descubrimiento en la Sociedad Geológica de Francia, donde hacían notar que con este hallazgo ya eran tres los países en los que se había encontrado industria prehistórica: Francia, Inglaterra y España.

Sin embargo, los estudios prehistóricos no se iniciaron en España a partir de la nada. Como sucediera en otros países europeos contó con precursores que facilitaron esos inicios difíciles. De entre todos ellos podríamos destacar a Miguel Rodríguez Ferrer, por la búsqueda que realizó en las cuevas cubanas de industria y tipos humanos prehistóricos; el Marqués de la Ribera, por traer de Dinamarca objetos prehistóricos que remitió a la Escuela de Minas de Madrid , y, por supuesto, Casiano de Prado, que desde 1851 recogió, sigló y guardó útiles prehistóricos del valle del Manzanares (Madrid) de carácter claramente paleolítico. Estas piezas, guardadas en el Museo de la Escuela de Minas de Madrid, fueron descritas por Prado en su obra *Descripción Física y Geológica de la Provincia de Madrid* (1864). Asimismo practicó prospecciones en cuevas próximas a Riaza (Segovia), donde pudo comprobar que había restos de fauna extinta junto con restos de la industria humana bajo una gruesa capa estalacmítica. La Prehistoria, como disciplina científica, estaba dando sus primeros pasos en España, en paralelo con Europa, y los descubrimientos y nuevas interpretaciones llegaban con bastante celeridad no solo a los ambientes académicos, sino a la sociedad en general.

También se suele mencionar como elemento precursor de la Prehistoria en España el descubrimiento en 1848 de un cráneo en Gibraltar durante los trabajos de fortificación militar del Peñón. El resto humano, aunque fue inmediatamente presentado a la Gibraltar Scientific Society, no fue valorado convenientemente, pues la ciencia prehistórica no estaba desarrollada en ese momento. Pasarían casi 20 años, ya en otro ambiente científico, cuando el valioso resto se remitió al Colegio de Cirujanos de Londres, presentándose al mundo científico en 1864 por parte de George Busk.

Pero ya, desde 1862 el status de los estudios prehistóricos había cambiado de forma significativa. El descubrimiento de San Isidro había tenido rápida difusión internacional. La publicación que en 1863 Verneuil y Lartet hicieron del hallazgo motivó que al año siguiente los arqueólogos ingleses Falconer y Busk, de regreso de la inspección de las cavernas de Gibraltar antes mencionadas, visitaran a Prado, para conocer de cerca el yacimiento madrileño de San Isidro. Asimismo, pudieron analizar los objetos que existían en el pequeño museo que ya se había formado en la Escuela de Minas. Además, a su paso por Andalucía tomaron contacto con el naturalista Antonio Machado y Núñez, el abuelo de los hermanos Machado, uno de los primeros evolucionistas y a quien motivaron hacia los estudios prehistóricos.

Otra institución que acogió desde bien temprano los estudios prehistóricos fue la Real Academia de la Historia. La presentación de la Prehistoria en esta institución la realizó su correspondiente Agustín Pérez de Siles, en la sesión del 7 de junio de 1867 donde presentó «cuchillo de piedra» (Assas, 1867: 37). Pocos meses después José Amador de los Ríos elaboraba una interesante memoria para la Academia al dar cuenta de otro «un cuchillo de pedernal» descubierto por un ingeniero de minas en Cerro Muriano (Ríos, 1867). Pero sin duda, el espaldarazo más importante a los incipientes estudios prehistóricos por parte de la Academia, fue el aval dado por esta institución a la publicación de Manuel de Góngora *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía* (1868) [fig. 3]. El informe del libro hecho por los miembros de la Academia, Fernández-Guerra, Saavedra y Moreno Nieto era todo un soporte hacia los estudios prehistóricos.

No menos importante fue en su momento la Sociedad Antropológica Española, aunque tuviera una vida efímera y con frecuentes altibajos. Inició su andadura a finales de 1864 gracias a la iniciativa de diversos médicos y, muy especialmente de Pedro González de Velasco y nacía a imitación de la francesa, fundada por Paul Broca, de quien el doctor Pedro González de Velasco era amigo. Juan Vilanova fue también socio fundador y va a ser a partir de su incorporación a esta sociedad cuando Vilanova inicie las investigaciones prehistóricas. Así, la unión entre Prehistoria y Antropología se encuentra en los mismos orígenes de la disciplina en España. De hecho, en el verano de 1866 Vilanova procederá a la prospección de las primeras cuevas con un interés arqueológico, algunas de las cuales ha continuado su estudio hasta nuestros días, como son las cuevas valencianas del Parpalló y Cova Negra.

Mediante el Real Decreto de 20 de marzo de 1867 (Gaceta de Madrid de 21 de marzo), se creó el Museo Arqueológico Nacional, con sede en Madrid, y de otros de la misma clase «*en cada capital de provincia o pueblo notable, para los monumentos de la historia local y demás objetos que por su volumen, tamaño o índole, nada significan despojados de lo que naturalmente los cerca y acompañara*». Según el Preámbulo de la dispo-

FIG. 4
Tabula Hospitalitas, con la inscripción «CIL 1343», encontrada en el Peñón de Auditas (Ronda, Málaga), que ingresó en el MAN procedente del Gabinete de Antigüedades de la Real Biblioteca.

FIG. 5
Mosaico de *Astyanax* y *Kalendio*, encontrado en la *Via Apia* de Roma, que llegó al MAN desde el Gabinete de Antigüedades de la Real Biblioteca.

FIG. 6
Epígrafe dedicado a Nerva (CIL II 956), encontrada en 1762 Rio Tinto, que ingresó en el MAN procedente del Real Gabinete de Historia Natural.

sición normativa, el objetivo de estos *Museos de antigüedades* o arqueológicos era doble, por una parte «*juntar y ordenar los monumentos históricos que hablan a la vista, testigos incorruptibles de las edades que fueron, y comprobantes irrecusables del estado de la industria, de la ciencia, de las costumbres, de las instituciones y de la cultura general del país en las varias épocas de su historia*». El segundo objetivo era «*reunir estos vestigios, que tanto ayudan a esclarecer los anales de aquellas épocas que providencialmente vinieron preparando las vías de la civilización moderna*».

Se trataba de crear un nuevo símbolo del Estado que, siguiendo la tendencia europea de crear grandes museos nacionales, reuniese en una única institución las colecciones de antigüedades dispersas hasta entonces en diferentes establecimientos con el fin de representar la historia de España, desde los orígenes a los tiempos más recientes, y ofrecer un panorama de las antiguas civilizaciones del resto del mundo, de manera que cualquier visitante pudiese admirar el testimonio de la cultura «*de los muchos pueblos que pisaron nuestro suelo y la de otros tantos que sufrieron nuestra dominación*». Otra de las funciones del Museo era la poner estos objetos al servicio de los ciudadanos, contribuyendo de este modo a su formación e instrucción.

Por la Real Orden Circular de 6 de noviembre de 1867, los fondos que se le asignaron fueron las colecciones arqueológicas, artísticas, históricas, etnográficas y numismáticas de la Biblioteca Nacional, objetos americanos de época prehispánica guardados en el Real Gabinete de Historia Natural y materiales procedentes de la Escuela Diplomática y de las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando y de la Historia (Papí, 2008: 58-60).

A modo de ejemplo y solo por citar algunos de estas piezas fundacionales, mencionaremos la *Tabula Hospitalitas* [fig. 4] encontrada en las cercanías de Ronda (Málaga) y el Mosaico de Astyanax y Kalendio, encontrado en Roma [fig. 5], ambos procedentes del Gabinete de Antigüedades de la Real Biblioteca. Junto a ellos, destacar el epígrafe dedicado al emperador Nerva [fig. 6], hallado en el Pozo San Carlos de Rio Tinto.

También la Prehistoria fue representada en el recientemente creado Museo Arqueológico Nacional [fig. 7]. A finales de 1867 Vilanova dona a esa institución objetos prehistóricos procedentes de El Parpalló, Cova Negra, San Isidro, Imón (Guadalajara), Las Maravillas (Gandía), Tabernes, Cerro Muriano y de las francesas Dordoña, Saint Acheul, y Toulouse y de la Suiza Georgier Saint Auboin, lo cual motivó una Real Orden de gracias y la inserción en la *Gazeta de Madrid* de la Memoria que escribió conjuntamente con Tubino. De hecho, en 1867 se proyectó crear la Sociedad Prehistórica Española formada por Vilanova, Tubino y José Amador de los Ríos. La destitución de Amador de los Ríos como

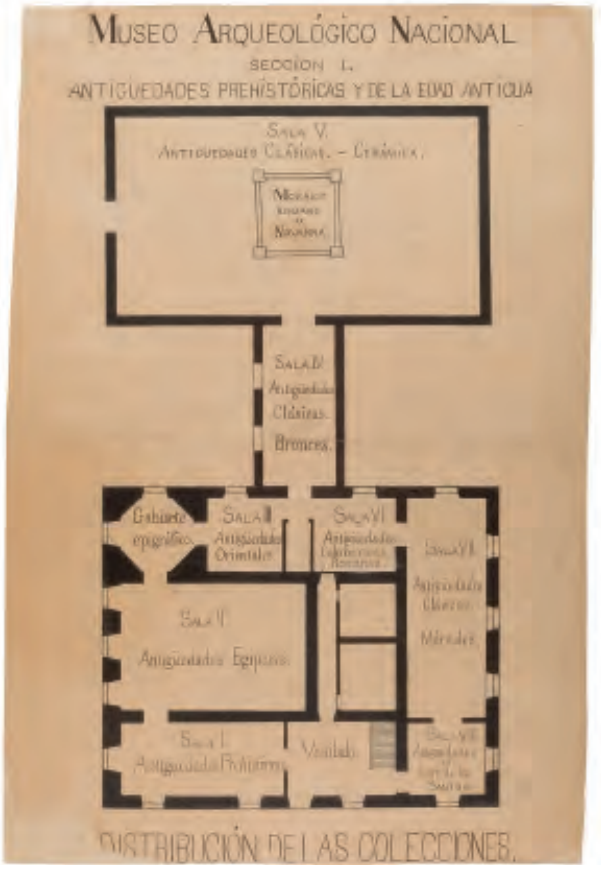


FIG. 7
El Museo Arqueológico Nacional tras su inauguración en 1871. La sección primera.

director del Museo Arqueológico Nacional, tras la Septembrina, dio al traste con el proyecto. Sin embargo, Amador de los Ríos, había incorporado al Museo Arqueológico Nacional, en el breve periodo de tiempo que había sido director, a Manuel de Assas (Mederos 2014: 156), el más importante estudioso de los dólmenes españoles del momento, como jefe de la Sección Primera del Museo, que se dedicaba principalmente a lo prehistórico. Fue sin duda en este contexto en el que en fecha tan temprana como 1867, Manuel de Assas en su Crónica de la Provincia de Santander, ya realizaba un primer trabajo de síntesis de lo conocido hasta el momento en España, comparándolo con los hallazgos realizados en el resto de Europa.

Esta nueva institución necesitaba un personal que hiciera frente a los retos de su puesta en práctica. En 1856 se había creado la Escuela Superior de Diplomática, a la que la Ley Moyano (1857) convirtió en una de las escuelas superiores de instrucción pública que proporcionaban enseñanzas técnicas al margen de la Universidad Central, pues dependía orgánicamente del Ministerio de Fomento. Desde 1865 la Escuela se encargó de la formación de los miembros del Cuerpo

De Embajadores a Serrano. Primeras décadas del Museo Arqueológico Nacional

Concha Papí Rodes. Dpto. de Documentación. Museo Arqueológico Nacional

La creación del Museo Arqueológico Nacional en la segunda mitad del siglo XIX es la continuación en nuestro país de un proceso iniciado en el resto de Europa en el siglo XVIII pero, fundamentalmente, es la respuesta a una necesidad acuciante de control y gestión del patrimonio.

España ya tenía museos de arte, de ciencias naturales, etc., pero carecía un establecimiento central para las antigüedades, que ya en 1830 comenzó a solicitarse desde la Real Academia de la Historia. El expolio de la guerra y, sobre todo, las consecuencias sobre el patrimonio de los procesos desamortizadores, explican la creación de las Comisiones Provinciales de Monumentos (1844), para recuperar, catalogar y custodiar los bienes culturales, creando para ello museos provinciales y previendo su Reglamento (1854) que, en el caso de ausencia de estos, fuera un «Museo Arqueológico General» el que albergara los objetos que recogieran.

El Real Decreto de creación del MAN de 20 de marzo de 1867, al tiempo que define qué son los objetos arqueológicos que deben estar en él, estipula cuáles serán sus primeros fondos: conocidos como «fundacionales» y considerados igualitariamente en el Decreto, conformaban realidades dispares: desde la Biblioteca Nacional, su Museo de Medallas y Antigüedades con más de 100.000 monedas y medallas y casi un millar de piezas —la mayoría de la Antigüedad Clásica y Edad Moderna— es la esencia del nuevo establecimiento y el que, junto a los objetos prehistóricos, americanos y etnográficos —fundamentalmente— llegados del Gabinete de Historia Natural, hace de él un museo. Los mínimos fondos de la Escuela Diplomática, con una finalidad didáctica, no admiten comparación.

La primera sede del Museo, con carácter «provisional» (1867-1893), fue el Casino de la Reina, una finca de recreo absolutamente inadecuada para esa función, a pesar de las constantes reformas realizadas. Puesto que en el Real Decreto también se estipuló que el Museo debía gestionarse por funcionarios del Cuerpo de Archivos y Bibliotecas (pronto ampliado con la sección de Anticuarios), que se titulaban en la Escuela Superior de Diplomática (ESD), no puede extrañar que el director de la misma, Monlau lo fuera también del MAN (1867-1868) y que ambas instituciones prácticamente compartieran la plantilla. Salvo excepciones, como la del numismático Bermúdez de Sotomayor que se llevó, junto a las colecciones de la Biblioteca Nacional, al personal del Museo, comenzando por su propio Director —médico higienista—, quien carecía de una formación estricta en arqueología o etnografía, materias en las que en estos años empezaban a surgir los primeros especialistas al amparo de la ESD (1856).

La breve dirección de Monlau (1867-1868) se centró en conseguir dotación económica para atender las necesidades básicas de funcionamiento, y la más corta aún de su sucesor, Amador de los Ríos (1868), en tratar de aumentar los fondos, haciendo efectiva la Real Orden circular de 6 de noviembre de 1867 en la que se pedía el traslado de piezas mediante cesión a otras instituciones como las Academias y se invitaba a los particulares a contribuir al crecimiento del Museo.

Para la gestión interna de los fondos y la temprana necesidad de redactar su inventario, Amador realizó una primera división del Museo en secciones provisionales: «Etnográfica», «Antigüedades Europeas», «Epigráfica» y «Numismática», que pronto Rada y Delgado, doctor en Derecho pero también titular de diversas cátedras en la Escuela, transformó en un sistema de clasificación coherente en otras cuatro que perdurarían hasta bien entrado el siglo XX, con ligeras variantes en sus denominaciones pero con los mismos contenidos: la primera, de «Tiempos Primitivos y Antiguos» o de «Prehistoria y Edad Antigua», o de «Civilizaciones Primitivas y Edad Antigua»; segunda, «Edades Media y Moderna»; tercera, «Numismática y Dactilografía»; y cuarta, «Etnografía». A partir de ellas, Rada quiso hacer un montaje científico-cronológico que resultó imposible en unos espacios que, baste decir, forzaban a comenzar la exposición con las antigüedades árabes y mudéjares.

Entre el personal del Casino, además de Bermúdez de Sotomayor, hay que destacar a Castrobeza, también en Numismática; Fulgosio, en la sección de «Tiempos primitivos y antiguos»; Escudero de la Peña, Assas y Ereño, en «Edades Media y Moderna»; en «Etnografía» Janer i Graells, Gorostízaga, Malibrán, Sala; y sobre todo, Rada, prácticamente siempre ligado a la sección primera y que, en la práctica, ejerció la dirección «científica» del Museo durante los mandatos de Monlau, del médico y poeta Ruiz Aguilera, y del dramaturgo García Gutiérrez [fig. 1].

Tras la dimisión de Amador de los Ríos llega a la dirección Ruiz Aguilera (1868-1872), que inaugurará el Museo el 9 de julio de 1871, y a cuya iniciativa el Ministerio aprobó el nombramiento de las «Comisiones Científicas», formadas por facultativos del Museo, que visitarían las provincias para incrementar los fondos no solo a partir de las incautaciones de los gobernadores, sino mediante donaciones, depósitos e incluso alguna com-

FIG. 1
Personal del MAN en la puerta del palacete del Casino de la Reina. Fechada entre 1876-1880, es la imagen más antigua que tiene el Museo de sus instalaciones, dependencias y personal. Siempre de izquierda a derecha, en la primera línea, sentados: Joaquín Salas Dóriga (Ayudante del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios), Ángel Gorostízaga y Carvajal (Ayudante), Francisco Bermúdez de Sotomayor (Jefe), Antonio García Gutiérrez (Director 1872-1884), Sergio Salves y Manzano (Escribiente), Paulino Savirón y Esteban (Oficial). En la línea central: Carlos Castrobeza (Oficial), Pedro de la Hoz y Calvo (Ayudante), Vicente Boronat Moltó (Ayudante), Juan de Sala y Escalada (Oficial), Manuel de Assas y Ereño (Oficial), Julián Gómez Vidal (Ayudante). A ambos lados, por encima de esta línea central: ¿Ángel Fernández de Velasco?, Mariano Bayona y Arteta (Oficial) y un vigilante inidentificado. En la parte superior, portero y dos vigilantes inidentificados.

pra. La de Rada y Malibrán, traerá al MAN el conjunto de San Isidoro de León; la de Savirón por Aragón, capiteles y fragmentos arquitectónicos de la Aljafería de Zaragoza... Si bien el resultado de estas expediciones será publicado, en el campo de la edición brilla con luz propia la revista *Museo Español de Antigüedades*, en origen *Museo Arqueológico Nacional* pues iba a presentar de forma exclusiva sus principales piezas, pero por decisión política finalmente amplió sus intereses.

También se publican las primeras guías y catálogos: *Noticia Histórico-Descriptiva del Museo Arqueológico Nacional* (1876), y el *Catálogo del Museo Arqueológico Nacional. Sección Primera, tomo I*, (1883) ambos salidos de la mano de Rada.

Durante los años de la dirección de García Gutiérrez (1872-1884), Bermúdez de Sotomayor (1884-1886) y Castellanos de Losada (1886-1891) el Museo se consolida, participando en exposiciones internacionales y aumentando los fondos con importantes colecciones típicas del XIX, formadas por grandes fortunas, viajeros y diplomáticos, como la de antigüedades clásicas italianas del marqués de Salamanca o las orientales y egipcias de Asensi, Abargues y Toda i Güell.

A Rada, ya convertido en director del Museo (1891-1900) corresponderá llevar a cabo la mudanza a la nueva sede, el Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales, iniciado por Jareño en 1866 y finalizado por Ruiz de Salces en 1892, que debía inaugurarse en ese año con la celebración de las exposiciones conmemorativas del IV Centenario del Descubrimiento de América. En su preparación, instalación y catálogo intervinieron casi todos los facultativos del Museo, aprovechando para trasladar y montar lo que luego serían algunas de las salas en su nueva sede, anticipando el traslado definitivo.

El nuevo edificio no resolvió los problemas de espacio y de exposición pues aunque en casi todos los proyectos el Museo ocupaba su mayor parte, finalmente perdió espacio en favor de la Biblioteca, por lo que de nuevo se exponen las colecciones sin conseguir el orden que se pretendía. En esta sede, inaugurada el 5 de julio de 1895, pronto comenzaron las obras de reparación y reformas. Los patios, proyectados como espacios de recreo descubiertos, debieron cubrirse precipitadamente para convertirse en salas, con constantes problemas para las piezas. Además, la exposición del Museo va a estar supeditada a cambios, montajes y desmontajes debido a la constante cesión de sus espacios a otras instituciones, convirtiéndose esta ocupación en un mal casi endémico.

En cuanto a la museografía a lo largo de esta época apenas refleja pequeños cambios y se ofrecen salas abigarradas con el mayor número de piezas posible, clasificadas atendiendo a los conceptos de «Historia», «Trabajo Humano» y «Vida Social» siguiendo —si era posible— un orden cronológico, geográfico o la clasificación por estilos y formas, pero sin transmitir, como criticaría años más tarde Pierre Paris (1936: 11) información sobre la «vida» de las sociedades antiguas.

A Rada le sustituyen Juan Catalina, catedrático de Arqueología, Numismática y Epigrafía en la Universidad Central (1900-1911) y Rodrigo Amador de los Ríos (1911-1916), uno de los máximos especialistas en arqueología hispanoárabe de finales del XIX y principios del XX. Se incorporan al Museo, entre otros, Gil y Flores, Ignacio Calvo y Casto María del Rivero, a Numismática; Sentenach a Etnografía; o Álvarez-Ossorio a la sección primera. A él se debe, con la ayuda Rada y Méndez, la principal guía de esta etapa *Breve Resumen o Guía explicativa del MAN* (1900).

La misión docente que por ley tenían los museos va a ir perdiéndose al avanzar el siglo XX con una nueva política educativa que favorecerá la creación de otras instituciones de investigación en arqueología, por lo que el MAN irá perdiendo gradualmente su papel rector oficial de la arqueología española.

Asignatura	Cursos Académicos	Profesor
Arqueología y Numismática	1856 a 1863	Juan de Dios de la Rada y Delgado
Numismática antigua y de la Edad Media, y en especial de España	1863 a 1869	Juan de Dios de la Rada y Delgado
Epigrafía y Geografía Antigua y de la Edad Media	1863 a 1865	Antonio Delgado Hernández
	1865 a 1867	Manuel Oliver y Hurtado
Elementos de Arqueología	1869 a 1880	Manuel de Assas Ereño
Arqueología Artística y Monumental	Hasta 1888	Juan Facundo Riaño
Arqueología e Historia de las Bellas Artes	1884 a 1888	Juan Facundo Riaño
Numismática antigua y de la Edad Media, y en especial de España, y Epigrafía	1869 a 1900	Juan de Dios de la Rada y Delgado
Arqueología y Ordenación de Museos	1884 a 1897	Juan Catalina García y López

FIG. 8
Cuadro resumen de la presencia de la Arqueología en los Planes de Estudio.

Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios, que en 1867 pasó a denominarse Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios (en 1897 se llamaron Arqueólogos).

A partir de este momento, y hasta 1900, la Escuela fue la institución encargada de impartir las enseñanzas de Arqueología, y la incorporación a su claustro docente de los miembros del Cuerpo Facultativo redundó en una mayor presencia de la Arqueología dentro de los Planes de Estudio, tal y como se aprecia en el cuadro resumen [fig. 8].

El personal que quedó adscrito al Museo, comenzó en 1868 una serie de Comisiones Científicas (Franco 1993a, Franco 1993b), consistentes en una serie de viajes por toda la geografía peninsular, con el fin de recopilar obras de arte y materiales arqueológicos para los fondos del nuevo museo.

Respecto a la arqueología protohistórica, hay que destacar los trabajos de Luis Maraver y Alfaro, Inspector de Antigüedades de Córdoba, en las necrópolis de Fuente Tójar y Almedinilla (Córdoba) (Maier y Salas 2007). También hay que destacar la participación de este inspector en el proyecto hispano-francés para ubicar geográficamente el escenario de la batalla de Munda.

En cuanto a arqueología romana, tenemos noticias de la realización en el año 1867 de diversos trabajos arqueológicos en los yacimientos de *Lancia* (León) por parte de Eduardo Saavedra y Moragas, de Aguilafuente (Segovia), por parte de José Asensio, y de Belmonte de Calatayud (Zaragoza), llevadas a cabo por Paulino Savirón y por Francisco Zapater, en los que la Real Academia de la Historia insta a dichos eruditos a la recuperación de los mosaicos romanos.

En 1867 se creó la Subcomisión de Monumentos de Mérida (Ortiz Romero 2003), con el objeto de defender y conservar los restos arqueológicos de la ciudad emeritense, que no llegó a poner en marcha, debido a las continuas desavenencias entre sus miembros. Igual ocurre en Puente Genil, donde un grupo de correspondientes de las Reales Academias en la localidad, emprendieron excavaciones en las inmediaciones de Fuente Álamo, y pretendieron crear una Subcomisión de Monumentos, que les fue denegada.

Es también destacable que en abril de 1867, Luis Maraver y Alfaro inicia excavaciones en distintos puntos de la provincia de Córdoba, con el objeto de obtener piezas para el Museo Arqueológico de Córdoba, que pretendía llevar a cabo la Comisión Provincial de Monumentos. Así, comenzó a excavar en Fuente Tójar (Córdoba) (Vicent 1984-1985: 31-55; Maier y Salas 2007: 205-208), en una necrópolis situada en el denominado *Cerro de las Cabezuelas*, que relacionó con la antigua *Iluturgicola*. La importancia de los resultados radicó en que, por primera vez, se había excavado una necrópolis ibérica conservada casi intacta, pudiéndose documentar diversos tipos de tumbas y sus ajuares: urnas, platos, lucernas, fíbulas y armas, entre los que destacaban los ejemplares de falcatas.

Los materiales encontrados fueron depositados en el Museo Provincial de Córdoba, por aquel entonces ubicado en el antiguo Hospital de la Caridad, y el propio Maraver redactó una memoria explicativa de sus trabajos que remitió a la Real Academia de la Historia[3].

En septiembre de 1867 comenzó a realizar en Almedinilla (Córdoba) una excavación en la *Necrópolis de Los Collados* (Maier y Salas 2007: 208-210). Es interesante, en este caso concreto, comentar la metodología empleada para excavar las tumbas, que comenzaba con una localización espacial para, a continuación, «*descubrir las losas colocadas de pie, que formaban las paredes de los cuadrados sepulcrale*s»[4].

FIG. 9
Falcata ibérica procedente de la Necrópolis de Los Collados de Almedinilla, (Córdoba), conservada en el MAN.

Descubrió aproximadamente unas 250 tumbas de la necrópolis, en la que documentó tanto inhumaciones como incineraciones, destacando, en especial la presencia de los ajuares, compuestos casi por completo por armas: falcatas, *soliferrum*, puñales, lanzas, puntas de flecha, [fig. 9], etc, que fueron destinados al Museo Arqueológico Provincial de Córdoba, siendo una de sus colecciones fundacionales.

En febrero de 1868, Luis Maraver y Alfaro fue nombrado miembro del equipo de trabajo de las excavaciones a realizar por la Comisión de Monumentos de Córdoba en la población de Espejo, bajo la supervisión de las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando y de la Historia. El objetivo de los trabajos era ilustrar parte de las campañas de Julio César en la Bética y localizar el lugar donde tuvo lugar la batalla de *Munda*[5].

Estos trabajos vendrían a complementarlos trabajos que del Barón Stoffel en las campiñas cordobesas, reflejo de la política cesarista del gobierno de Napoleón III, que le llevó a visitar los principales escenarios bélicos de la presencia de Julio César en el mundo mediterráneo, con el objeto de finalizar su *Historia de Jules Cesar* (1865-1866).

Luis Maraver realizó una serie de excavaciones en el *Cortijo de Casablanca* (Espejo, Córdoba) y tras reconocer el terreno, ubicó el *campus mundensis* en una amplia llanura denominada «los llanos de Vanda», entre las localidades cordobesas de Espejo —la antigua *Ucubi*— y Montilla, ambos en la provincia de Córdoba, porque, a su entender, las características de ese lugar encajaban con la descripción de las fuentes antiguas, lo que le llevó a identificar Montilla con *Munda* (Salas 2015). Sin embargo, el surgimiento de discrepancias entre los miembros de la Comisión de Monumentos de Córdoba y el estallido de la Revolución de Septiembre de 1868 dieron al traste con este proyecto franco-español, que quedó inconcluso y los materiales encontrados acabaron dispersados entre el Museo Arqueológico Nacional y el Museo Arqueológico de Córdoba (Pavón 1995).

En 1868, bajo la dirección de José Amador de los Ríos, académico de la Historia y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, se comienza con una política de acrecentamiento de los fondos del Museo, con la llegada de piezas procedentes de la Real Academia de Bellas Artes y de las Comisiones Provinciales de Monumentos, lo que provocará una remodelación del espacio expositivo del museo.

En los últimos años del gobierno de Isabel II se dieron los primeros pasos para la elaboración de un Plan General de Excavaciones, hasta entonces inexistente y que se venía demandando desde años atrás por parte de las instituciones e intelectuales[6]. El gobierno solicitó, mediante la Real Orden del 15 de abril de 1868, un informe a la Real Academia de la Historia acerca de la elaboración de un proyecto de Ley sobre Excavaciones y Antigüedades y, especialmente, de un Plan General de Excavaciones. La institución encargó el 27 de abril de 1868 la redacción de un informe a José Amador de los Ríos, como Presidente de la Comisión de Antigüedades, documento que fue elaborado y presentado a la propia Academia, para su estudio y aprobación, en la Junta del 8 de mayo de ese mismo año, siendo los firmantes de dicho documento Aureliano Fernández-Guerra, Eduardo Saavedra y Moragas y Manuel Oliver Hurtado[7].

Pero esta iniciativa no pudo llevarse a cabo por el estallido a finales de septiembre de 1868 de *La Gloriosa* o *La Septembrina*, revolución que acabó con el reinado de Isabel II y con sus iniciativas en materia arqueológi-

FIG. 10
Sala Clásica del Museo. Viñeta publicada en *La Ilustración Española y Americana*, nº 33, 1872, pp. 520-521.

ca, poniéndose un punto y aparte en el desarrollo que la arqueología española había tenido hasta ese momento.

El *Sexenio Revolucionario* o *Sexenio Democrático* (1868-1874) y su relación con la arqueología

Como consecuencia de los cambios políticos, se produjo una paralización administrativa, que también afectó, parcialmente, a la arqueología. Así, se paralizó el proyecto de elaboración de un Plan General de Excavaciones Arqueológicas, así como las excavaciones arqueológicas que se estaban realizando en esos momentos, como las de *Ucubi* (Espejo) o *Lancia* (Villasabariego, León), a las que nos hemos referido anteriormente. Fueron cesados de sus cargos o dimitieron de los mismos, los Inspectores de Antigüedades, Buenaventura Hernández Sanahuja, en el caso de Tarragona, y Luis Maraver y Alfaro, en el caso de Córdoba.

Pero la revolución trajo consigo nuevos ataques al Patrimonio Histórico, que se centraron en las murallas y edificios religiosos, que presentaban en ambos casos un estado de conservación defectuoso y que eran contrarios a los nuevos planes urbanísticos previstos por los nuevos ayuntamientos. Las Comisiones Provinciales de Monumentos lucharon para evitar la pérdida de dichas edificaciones, aunque en muchos de los casos su labor puede ser calificada como de «pasiva», pues solo se limitó, en el mejor de los casos, a levantar un plano o una vista del edificio, o a tomar unas simples fotografías, documentación que en muchos casos no permiten hoy en día hacernos idea de cómo eran estos elementos integrantes del patrimonio. Si cabe mencionar algunos arqueólogos, como Manuel Gómez-Moreno o Francisco Mateos Gago, quienes se opusieron a estas destrucciones.

Dentro de estas medidas revolucionarias, hay que incluir el Decreto de 1 de enero de 1869 del Ministro Ruiz Zorrilla, por el que se disponía que todas las bibliotecas —con excepción de las de los Seminarios— y colecciones artísticas o científicas de las catedrales, cabildos, iglesias, monasterios y órdenes militares pasaran a poder del Estado, a fin de proteger todos esos tesoros artísticos. El resultado fue la creación de una serie de bibliotecas públicas, un aumento de los fondos de los museos ya existentes desde 1867, y la fundación de nuevos museos: León (1869), el Museo de Antigüedades y Bellas Artes de Burgos (1871), el Museo Provincial Artístico y Arqueológico de Huesca (1873), el Museo de Bellas Artes de Guadalajara (1873), e incluso de carácter local, el Museo de Yecla, Murcia (1873).

Otra de las consecuencias del movimiento revolucionario fue la supresión de la *Academia Real de Geografía y Arqueología del Príncipe Alfonso*, cuyas colecciones pasaron a incrementar los fondos del Museo Arqueológico Nacional (Luzón 1993: 271-272). Igualmente, las distintas delegaciones o diputaciones arqueológicas también fueron suprimidas, aunque algunos de sus miembros trataron de incorporarse a las Comisiones de Monumentos y, otros, en otras instituciones que se crearon en este momento, como en el caso de Sevilla, donde se creó la Academia de Arqueología de la Provincia de Sevilla, como una sección de la Sociedad Económica de Amigos del País de Sevilla.

En 1868, José Amador de los Ríos dimitió de su cargo, siendo sustituido por Ventura Ruiz Aguilera, bajo cuya dirección se produjo una reorganización de los espacios expositivos del Museo, a fin de dar cabida a las piezas que iban incorporándose gracias a la labor desarrollada por las Comisiones Científicas creadas por el propio Museo en 1868, con el objetivo de enrique-

cer las colecciones del MAN, capacitando a una serie de facultativos y ayudantes para que recorran España para «*investigar, adquirir y trasladar al Museo Arqueológico Nacional objetos propios de este establecimiento, que se hallaban esparcidos en varias provincias de España*». Es el propio Juan de Dios de la Rada y Delgado quien, años después, nos informa del modo de conseguir dichos objetos: «*trabajos propios, compras, cambios y donaciones*» (1883: XX).

En el transcurso de estos trabajos, Juan de Dios Rada y Delgado y Juan de Malibrán visitan Oviedo y Santander, León, Palencia, Toledo, Alicante (Papí 2002) y Murcia. Por su parte, Paulino Savirón se dirige a Aragón y junto a Malibrán, a quien sustituye después el propio Ruiz Aguilera, encabeza las expediciones al Cerro de los Santos (Albacete) (Savirón 1875).

Para llevar a cabo este proyecto, José Amador de los Ríos decidió la creación de la figura del «*corresponsal del Museo Nacional de Antigüedades*», que debería recaer en aquella «persona considerada experta por sus fines demostrados», y sobre la que recaería la misión de «*poner a su cuidado la designación y adquisición de los monumentos*» (Papí 2002: 9). Esto provocó que muchos intelectuales realizaran donaciones al Museo, como son los casos de Luis Maraver y Alfaro, Juan Vilanova o Francisco María Tubino y Oliva, por citar algunos ejemplos.

La idea era reunir el mayor número posible de objetos para el nuevo Museo, que fue inaugurado por Amadeo I de Saboya el 9 de julio de 1871, del que tenemos información por la prensa del momento, que además incluyen grabados con la disposición y la museografía de las Salas de Antigüedad Clásica [fig. 10].

Entre los facultativos del MAN también existía la idea de enviar una misión científica española al extranjero para obtener piezas con las que acrecentar los depósitos museísticos de la institución (Marcos Pous, 1993: 53). Esta se materializó con la llegada al trono español del italiano Amadeo de Saboya, quien aprobó, mediante la R.O. de 10 de junio de 1871, la realización de un viaje más propagandístico que arqueológico, puesto que uno de los objetivos de la misión era que «*la bandera española recorriese algunos puertos de [Italia], Grecia y Turquía y otros de Oriente, donde un tiempo ondeó victoriosa*», y donde además en «*un tiempo señorearon nuestras armas y fueron florones de la Corona de Aragón*»(Chinchilla 1993a: 287).

Pero el viaje también supuso una oportunidad perdida para modernizar la arqueología y la metodología que se empleaba en aquellos momentos en los yacimientos españoles. Rada visitó las ruinas de Pompeya y conoció de primera mano la metodología arqueológica que empleaba en aquellos momentos por la *Scuola Archeologica di Pompei*, dirigida por Giuseppe Fiorelli, para quien la topografía juega un papel fundamental y en el que se excavaba mediante estratos horizontales artificiales y documentando todos los derrumbes y estructuras.

Posteriormente, durante su estancia en tierras de Grecia, Líbano y Chipre, también pudo conocer de primera mano las excavaciones realizadas por el Instituto Germánico, la Escuela Francesa de Atenas y la Escuela Británica, así como la metodología empleada en las mismas, donde predominaba la sistematización y la programación anticipada de los trabajos.

El resultado del trabajo fueron una serie de piezas de Sicilia (Salas 2006), Grecia, Chipre, Próximo Oriente y Egipto, que pasaron a engrosar los fondos del Museo, y que acrecentaron su fama internacional. A ellos se sumarían una serie de vaciados de relieves griegos [fig. 11], que también pasaron a engrosar los fondos del propio museo.

En cuanto a las excavaciones, merece la pena destacar las dos Comisiones Científicas enviada al Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). La primera de las cuales fue llevada a cabo en septiembre de 1871 por J.A. Malibrán y P. Savirón, quienes adquirieron una serie de piezas a Vicente Juan Amat, el relojero de Yecla. En octubre de 1871, volvió P. Savirón al yacimiento, esta vez acompañado de Vicente Ruiz Aguilera, Director del Museo, quienes volvieron a comprar piezas a Amat y comenzaron a realizar excavaciones arqueológicas (Savirón, 1875; Sánchez Gómez 1999), levantando la planimetría del edificio de culto documentado, que publicaría posteriormente Rada (Rada 1875). Se trataba de un santuario fechado entre los siglos IV a.C. y la Romanización, cuyas esculturas permiten estudiar la evolución de la escultura ibérica y la romanización de los pueblos ibéricos.

El origen de estas excavaciones hay que buscarlas en la publicación de la *Memoria sobre las notables excavaciones hechas en el Cerro de los Santos* (1871), en cuya redacción participó Carlos Lasalde, profesor en el colegio de los Padres Escolapios de Yecla (Murcia), donde había reunido una pequeña colección de esculturas procedentes del lugar [fig. 12].

Tras las excavaciones practicadas en el lugar, se pudieron documentar los restos de un gran templo ibérico que estuvo en funcionamiento entre los siglos IV a.C. y la Romanización, y donde las esculturas encontradas son reflejo de la muestra de la diversidad y de la evolución final de la escultura, así como la influencia que tiene en la misma los modelos romanos.

Como resultado de estos trabajos y de diversas compras a Vicente Juan Amat y otros coleccionistas, se incorporaron al Museo, en 1873, una serie de piezas ibéricas, entre las que destaca la Gran Dama Oferente. Ese mismo año diversos materiales del yacimiento —incluida la Gran Dama (Chapa 2013: 120-122)—, se presentaron en la Exposición Internacional de Viena.

FIG. 11
Vaciados de los frisos del Partenón, traídos de Atenas por la Comisión Arqueológica de Oriente, y publicado en *Museo Español de Antigüedades* IV (1875), pp. 41-57.

FIG. 12
Colección arqueológica de los Padres Escolapios de Yecla (Murcia), donde se observan esculturas y piezas arqueológicas procedentes del Cerro de los Santos (Chapa, 2003: 126).

Esto llevó a que ciertos investigadores europeos considerasen falsos algunos de los objetos expuestos, a pesar de que Juan de la Rada (1875) defendió su autenticidad en el discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia.

En 1869 aparece el volumen dedicado a *Hispania* del *Corpus de Inscriptionum Latinarum*, en el que E. Hübner recogió las inscripciones latinas antiguas no cristianas, estructuradas geográficamente según la división administrativa de Augusto, y que se convirtió, a partir de ese momento, en una obra de referencia para todos los especialistas en la arqueología hispanorromana. La importancia de la obra reside en que «*se ofrecía, por vez primera, a la comunidad científica todos los textos epigráficos de la Hispania Romana en una edición crítica y ponía al servicio de la Arqueología Hispánica un caudal inmenso de informaciones que iban a permitir no sólo la localización de ciudades hasta entonces desconocidas al ofrecer nuevos topónimos inéditos sino reconsiderar muchas localizaciones falsas que se había arraigado entre los historiadores españoles y portugueses por erróneas tradiciones historiográficas*» (Stilow y Gimeno 2004: 338).

Para realizar su trabajo fueron fundamentales los viajes realizados por España, que le pusieron en contacto con la realidad arqueológica del país. En ellos copió y cotejó personalmente las inscripciones existentes in situ o en colecciones públicas y privadas o bien la trascripción de las mismas existentes en la Biblioteca Nacional o en la Real Academia de la Historia. Esto le puso en contacto con los intelectuales y arqueólogos más afamados del momento: Antonio Delgado, Aureliano Fernández Guerra, Manuel Rodríguez de Berlanga, José y Manuel Oliver y Hurtado, Aureliano Ibarra, Manuel de Góngora y Francisco Mateos Gago.

La Revolución del 68 supuso el advenimiento de un dinamismo en Ciencia como pocas veces ha sucedido en la Historia de la Ciencia española. En relación con la Prehistoria, la irrupción del darwinismo permitió que tomara fuerza el nuevo paradigma sobre el origen del ser humano y su cultura en sus primeras fases. Las luchas entre creacionistas y evolucionistas marcarían todo el siglo XIX y buena parte del XX. Y en el caso de la Prehistoria, esa distinta forma de enfrentarse al origen del ser humano queda de manifiesto en nuestros dos grandes prehistoriadores del último tercio del siglo XIX, Vilanova y Tubino; si Vilanova era un destacado creacionista, Tubino era evolucionista.

De este periodo podemos poner como hitos más importantes el renovado impulso que se dio a la Sociedad Antropológica Española, la construcción del Museo Antropológico del Doctor Velasco [fig. 13] y la creación de la Sociedad Española de Historia Natural, que tanto estimuló las investigaciones prehistóricas en España durante el siglo XIX. En esa línea de estudios,

FIG. 13
Museo Antropológico del Doctor Velasco. En el su dueño había pensado instalar una Cátedra Libre de Medicina en 1875 donde se impartiría Prehistoria, sin embargo la cátedra no llegó a ponerse en marcha.

en 1871 Antonio Machado y Núñez crea la Sociedad Antropológica de Sevilla.

El interés por la Prehistoria en Andalucía en los primeros momentos de la Revolución del 68 será muy destacado, pues a la labor de Machado en estos primeros momentos hay que señalar la de Guillermo MacPherson, hermano del famoso geólogo, José MacPherson, quien excava en la Cueva de la Mujer (Alhama, Cádiz) en el año 1869 (García Sánchez y Jiménez Brobeil, 1985: 69).

Tampoco habría acabado de la década de los 60 cuando un ingeniero, Rogelio de Inchaurrandieta, excavando La Bastida (Totana, Murcia) descubría en 1869 una necrópolis de la Edad del Bronce cuyos resultados presentó al IV Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistóricas que se celebró en Copenhague en 1869. Dada la trascendencia del descubrimiento se remitieron los materiales al año siguiente al Museo Arqueológico Nacional.

En 1872 Juan Vilanova daba a la imprenta en 1872 la obra *Origen, Naturaleza y Antigüedad del Hombre*, donde hace un trabajo de síntesis de los descubrimientos realizados en España y en el extranjero. En este mismo año se iniciará la publicación de la revista Museo Español de Antigüedades, órgano oficioso del Museo Arqueológico Nacional creado bajo el impulso de Juan de Dios de la Rada y Delgado, quien más tarde llegaría a ser director del Museo. Esta revista, que permanecerá durante nueve años, dará amplia acogida a los estudios prehistóricos, acogiendo a los, por entonces, más destacados especialistas en la materia, Vilanova, Tubino, Fulgosio, etc., facilitado, sin duda, por el hecho de que la dirección estuviese ejercida por Rada y Delgado, jefe de la Sección Primera del Museo Arqueológico Nacional (Papí 2013: 7). Y precisamente el primer tomo se abría con un artículo de Tubino sobre la «Historia y

Darwinismo y Prehistoria en la España decimonónica

Francisco Pelayo. Instituto de Historia (CSIC)

En 1859 comenzaría el proceso de construcción de la arqueología prehistórica como disciplina científica. Arqueólogos y geólogos británicos y galos visitaron el yacimiento francés de Abbeville (Somme) para comprobar las evidencias que Jacques Boucher de Perthes había atribuido al «hombre antediluviano». La inspección confirmó las pruebas que atestiguaban la realidad y existencia de industria lítica a ambos lados del canal de la Mancha, en Abbeville y en Brixham (Devon) respectivamente. Tras demostrarse la coexistencia de humanos y fauna extinguida, se alcanzó un consenso sobre la gran antigüedad de la humanidad. La discusión y negociación para consensuar una práctica y metodologías científicas propias de la nueva disciplina tuvieron lugar en instituciones académicas, sociedades científicas, revistas especializadas y en los congresos internacionales de antropología y arqueología prehistórica (Hurel y Coye 2011).

En noviembre de ese mismo año, 1859, Charles Darwin publicó *On the Origin of Species,* obra en la que expuso su teoría de la descendencia con modificación, fundamentada en el mecanismo de la selección natural. Aunque otros autores ya habían recurrido antes que el naturalista inglés a la evolución para explicar el desarrollo y la historia del mundo orgánico, ninguno había conseguido exponer sus argumentos con la persuasión y contundencia que lo hizo Darwin en su libro.

La conexión entre la antigüedad del género humano y la aparición de la teoría de la evolución de Darwin sería planteada por el geólogo Charles Lyell en el discurso inaugural de la *British Association for the Advancement of Science*, que tuvo lugar en el otoño de 1859 en Aberdeen. La traducción al español de este discurso de Lyell, publicado en 1860 en la *Revista de los Progresos de las Ciencias*, órgano de difusión de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, fue el medio a través del cual se conocieron en España tanto el consenso franco-británico sobre la gran antigüedad de la humanidad, como la publicación de la obra de Darwin sobre el origen de las especies [fig. 1].

FIG. 1
Chiste gráfico decimonónico sobre la teoría de la evolución de Darwin (Inglaterra, s./f.). EL SR. BERGH AL RESCATE. EL GORILA DEFRAUDADO: «Ese hombre quiere reclamar mi árbol genealógico. Dice que es uno de mis descendientes.» SR. BERGH: «Vamos, Sr. Darwin, ¿cómo pudo insultarlo?

El contexto de la recepción y difusión del darwinismo y la Prehistoria en España

El factor externo que condicionó durante la segunda mitad del siglo XIX la recepción de novedades científicas en España, como el origen de la humanidad y su lugar en la naturaleza, fue la influencia en la política gubernamental de sectores católicos intransigentes, que restringieron de libertad de enseñanza e impulsaron la existencia de una estricta censura oficial. Esta coyuntura limitó la circulación impresa de cuestiones ideológicas perturbadoras para el estatus político dominante, como podían ser que las investigaciones de la moderna geología y de la teoría de la evolución pusieran en duda la veracidad de la cronología bíblica y el relato de la creación del Génesis. Así, no solo la primera traducción íntegra al español de *On the Origin of Species* se hizo esperar hasta 1877, sino que hasta la llegada de los gobiernos democráticos durante el Sexenio Revolucionario (1868-1874), que promovieron las libertades públicas (libertad religiosa, de imprenta, de enseñanza…), no comenzó a difundirse y discutirse la teoría de la evolución. La nueva coyuntura fue resultado de la reforma educativa impulsada por el grupo de intelectuales liberales partidarios de la filosofía de K.C. Friedrich Krause. La concepción de este filósofo alemán sobre la evolución de la naturaleza, junto con otras tradiciones científicas y culturales procedentes de Francia y Alemania, fue determinante para que se admitieran las tesis darwinistas en España. Tras la restauración en 1875 de la monarquía en España y en un ambiente social muy polarizado, la controversia evolucionista traspasaría los medios científicos y llegaría a muchos ámbitos de la sociedad (Pelayo 2008).

Por lo que se refiere a la antigüedad del género humano, y a pesar de la oposición religiosa, esta fue asumida por la comunidad científica. Así, Juan Vilanova, catedrático de Paleontología de la Universidad de Madrid, conservador, antidarwinista y docente de cursos de Prehistoria en el Ateneo de Madrid, apoyó los estudios de esta ciencia frente al apologista católico Francisco Caminero Muñoz, quien negó

FIG. 2
Daguerrotipo de Juan Vilanova, alrededor de 1850.

la realidad de las teorías sobre el hombre prehistórico [fig. 2]. Caminero planteó que los restos considerados como fósiles humanos y restos de industria lítica quizás pudieran pertenecer a animales que habían precedido en el tiempo a los humanos y que habían sido muy semejantes a ellos. Esta polémica se produjo en el marco del debate sobre la existencia de la humanidad en el período geológico terciario. La cuestión del «hombre terciario» afectaba a dogmas religiosos como el de la creación del hombre por Dios, la unidad de la especie humana y la existencia de preadamitas o de precursores humanos.

Las ideas evolucionistas de Darwin y la expansión de la nueva visión del pasado de la humanidad transmitida por la Prehistoria fueron secundadas en este período por autores, como Antonio Machado Núñez y Francisco M. Tubino. En 1869 Machado, profesor de historia natural en la Universidad de Sevilla, fundó junto con el krausista Federico de Castro la *Revista Mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias* de Sevilla, a través de la cual introdujo y divulgó las ideas de Darwin y difundió temas relacionados con la Prehistoria. Por su parte Tubino, además de traducir al español una amplia y extensa exposición de la teoría evolucionista de Darwin, llevaría a cabo una importante actividad de difusión en el campo de la Prehistoria, acudiendo en 1869 con Vilanova al Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistórica de Copenhague. Ambos, Vilanova y Tubino, legaron colecciones y objetos prehistóricos al Museo Arqueológico Nacional [fig. 3].

FIG. 3
Familia en ambiente primitivo. En J. Vilanova y Piera y Juan de la Rada (1892): *Geología y Protohistoria ibéricas*. Madrid, El Progreso Editorial.

La configuración en España de la arqueología prehistórica

El primer descubrimiento de materiales paleolíticos en España lo realizó en 1862 el ingeniero de minas Casiano de Prado, en el yacimiento de San Isidro (Madrid), junto con los geólogos franceses Edouard de Verneuil y Louis Lartet. El hallazgo de dicha herramienta lítica implicaba que habían existido seres humanos en un pasado lejano, a más de un millar de kilómetros al sur de las excavaciones de Francia e Inglaterra, donde se había encontrado las primeras evidencias de la antigüedad de la humanidad. Este descubrimiento fue el resultado del interés por la nueva disciplina que manifestó un pequeño núcleo muy activo y bien informado de ingenieros de minas, como Prado, y paleontólogos y naturalistas, como Vilanova y Machado, pertenecientes a instituciones académicas y docentes. Otros como Tubino no tuvieron una vinculación oficial pero desarrollaron una importante labor de comunicación científica. Ellos fueron los encargados de transmitir las evidencias de la remota presencia de la raza humana en la Tierra. Participaron en congresos internacionales y construyeron una red de contactos con colegas franceses y británicos, con quienes intercambiaron materiales y realizaron conjuntamente trabajos de campo (Pelayo y Gozalo 2013).

FIG. 14
«Plano geológico de San Isidro», en el *Museo Español de Antiguedades*, tomo I, lám. 6, expuesto en el Museo Arqueológico Nacional.

progreso de la Arqueología prehistórica» (Tubino 1872). La importancia que el uso de la estratigrafía había alcanzado en estos momentos queda de manifiesto en la adquisición que hace el MAN de uno de los diversos cortes estratigráficos de San Isidro que elabora Emilio Rotondo (López Rodríguez 2014) [fig. 14]. Todo ello nos indica el peso que tuvo la Geología en los inicios de la disciplina.

Asimismo, la asistencia de Vilanova y Tubino a diferentes Congresos Internacionales de Antropología y Arqueología Prehistóricas, y muy especialmente el ya mencionado y que tuvo lugar en 1869 en Dinamarca y Suecia, permitió a los sabios españoles establecer contacto con los nuevos estudios prehistóricos europeos y dar a conocer en el extranjero los descubrimientos que se realizaban en España. Ya en estos momentos podemos encontrar algunas de las líneas teóricas que marcarán los estudios prehistóricos españoles durante buena parte del siglo XX: historicismo, positivismo y autoctonismo y todo con la impronta del krausismo, que permaneció hasta la Guerra Civil de 1936. El autoctonismo tuvo gran repercusión en cuanto a la defensa de la existencia de periodos intermedios, como el Mesolítico (entre Paleolítico y Neolítico) (Ayarzagüena 2000a) o Edad del Cobre (entre Neolítico y Edad del Bronce) (Puche y Ayarzagüena 2016). En este aspecto los prehistoriadores españoles se alinearon, frente a los planteamientos mayoritarios de los del resto de Europa debido al difusionismo imperante, con quienes defendían la existencia de estos periodos intermedios.

Otro aspecto en el que se va notar el autoctonismo es en el de las clasificaciones: Gabriel de Mortillet presentó en 1869 a la Academia de Ciencias de París una clasificación de los tiempos prehistóricos basada en estaciones-tipo a la manera de como lo hacían los geólogos y paleontólogos y, al igual que con los yacimientos geológicos y paleontológicos se buscaba el «fósil director» de cada estrato que, además, al tratarse de una clasificación en la que ya existía el ser humano, se hacía especial hincapié en los elementos culturales. Mortillet planteaba para el Paleolítico la existencia de Achelense, Musteriense, Solutrense, Magdaleniense y para el Neolítico, el Robenhausiense (el definitivo reconocimiento del Auriñaciense fue muy complejo y no se resolvió hasta finales del siglo XX). Vilanova, tras el Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistóricas de 1874, que tuvo lugar en Estocolmo, adaptó la clasificación de Mortillet, pero utilizando yacimientos españoles, denominando Matritense al Achelense (por San Isidro), Camerense al Musteriense (por Cueva Lóbrega en la Sierra de Cameros), del Solutrense no encontraría correspondencia en España, Argecillense al Magdaleniense (por la cueva de Argecilla en Guadalajara) y

Granatiense al Robenhausiense (por la Cueva de la Mujer, en Granada).

Se trata también estos años de un momento en el que comienzan a aparecer una serie de revistas tanto de divulgación, *La Ilustración Española y Americana* (1870), como científicas, como son la *Revista de Bellas Artes, histórico-arqueológica* (1867-68), el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (1871), la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1871) y, en especial, el *Museo Español de Antigüedades* (1871).

Hasta ese momento, los estudios sobre arqueología se publicaban como memorias o informes, destinados a las Reales Academias y enfocados hacia un restringido grupo de intelectuales, todos ellos pertenecientes a un mismo círculo cultural. La inclusión de ilustraciones y el propio tipo de la publicación responden a una voluntad de captación de un nuevo y numeroso público, en este caso burgués, que hasta entonces había estado excluido de las capas intelectuales, y que estaban demandando su espacio dentro de la Nación.

El *Museo Español de Antigüedades*, considerada como la primera revista española de arqueología, fue una publicación periódica de carácter monumental en la línea de las grandes publicaciones europeas del xix, que entre los años 1872 y 1880 dirigió Juan de Dios de la Rada y Delgado El objetivo de la revista, según consta en su primer número era «*publicar las monografías de los principales objetos de los museos Arqueológico Nacional, de pintura y escultura provinciales, los que existen en las Academia de la Historia y de San Fernando y otros muchos notables, de propiedad particular*», si bien es cierto que el hecho de que la dirección estuviese ejercida por Rada y Delgado, jefe de la Sección Primera del Museo Arqueológico Nacional hizo que los estudios sobre los objetos de esta institución tuvieran un gran peso.

Otro de los puntos importantes de la revista radicaba en la profesionalidad de sus autores, pertenecientes en gran número al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, y, por lo tanto, eran auténticos especialistas en las materias sobre las que trataban. De ahí, que en sus páginas escriban gentes como Tubino, Vilanova, Fernández-Guerra, Madrazo, Demetrio de los Ríos, Fita, Rada, Assas, José Amador de los Ríos, Villa-amil, Savirón, Fernández y González, Saavedra o Janer, entre otros

Por último, hacer constar que se pretende crear una cierta estructura descentralizada para la protección del Patrimonio Histórico y Arqueológico, cuando en 1873 la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando reconoció la figura del Corresponsal de la Comisión Provincial de Monumentos en los pueblos que se establecían en las cabezas de partido judicial, eligiéndose para ello a una serie de personas ilustradas.

La Restauración Borbónica (1874-1900)

Con el reinado de Alfonso XII se inicia una nueva etapa histórica en nuestro país, que también influirá en la arqueología del momento, en parte por la presencia de Antonio Cánovas del Castillo al frente de la Real Academia de la Historia, que veló por el funcionamiento de las Comisiones de Monumentos, hasta entonces muy irregular, debido al escaso apoyo tanto de las autoridades provinciales como municipales.

Uno de los problemas con los que tenían que enfrentarse las Comisiones fue la ausencia de un plan nacional de excavaciones, cuyo estudio había quedado en suspenso tras la Revolución de septiembre de 1868. Será la Comisión Provincial de Monumentos, gracias a su vicepresidente Demetrio de los Ríos, la que retome de nuevo la iniciativa, encargándose de redactar una ley de Monumentos, entre 1874 y 1876, que rápidamente contó con el apoyo de las Comisiones de Badajoz, Lugo, Oviedo, Zaragoza y Barcelona (Lara 2007:87). En mayo de 1876 se remitió a las Reales Academias un borrador de trabajo, y estas establecieron un Comisión Mixta para analizar la viabilidad del proyecto, que no tuvo resultado visibles (Maier y Salas 2000: 357).

Es también el momento en el que surge el intento de creación, al igual que en Mérida y en Puente Genil, de Subcomisiones de Monumentos en distintos puntos, como es el caso de Jerez de la Frontera (1876), pero que no llegaron a buen puerto. Incluso las propias Comisiones de Monumentos llegaron a sufragar con parte de sus fondos excavaciones arqueológicas, como el caso concreto de la de Burgos, que llegó a ofrecer 2000 pesetas en febrero de 1880 para la realización de trabajos en el yacimiento de *Clunia*.

Pero la realidad era bien distinta, como lo demuestra el texto enviado por Demetrio de los Ríos en mayo de 1876 a la Real Academia de la Historia, denunciando el continuo expolio al que venían sometiendo las ruinas de Itálica[8], en especial tras los trabajos efectuados en el yacimiento entre 1872 y 1874, que habían exhumado mosaicos de la denominada Casa de Hylas, y que sirvió para el conocimiento del urbanismo y de las viviendas romanas (Luzón 1999: 95-103).

Buena muestra de esta falta de control sobre el patrimonio arqueológico, lo encontramos en la Comisión Científica llevada a cabo en 1875 y 1876 por Juan de Dios de la Rada y Delgado en Osuna (Sevilla), donde contó con el apoyo de Francisco Mateos-Gago, miembro de la Comisión de Monumentos de Sevilla (Salas 2002: 67-70). En el yacimiento había aparecido en 1870 una serie de tablas de bronce que habían sido adquiridas por el académico sevillano Francisco Caballero-Infante y Zuazo, y donde pudieron ser admiradas por los principales eruditos del momento.

FIG. 15
Retrato de Juan Vilanova y Piera el más grande prehistoriador español del siglo XIX, con la medalla de académico de número de la Real Academia de la Historia. Retrato existente en el Ateneo de Madrid.

En 1873 salieron a la venta otras dos tablas broncíneas, por las que pujaron los Museos del Louvre y de Berlín pero, ante la posible venta al exterior, intervino el Museo Arqueológico Nacional, que comisionó a Rada para que comprase dichas piezas realizase una excavación en el lugar, en busca de nuevas tablas, obteniéndose un fragmento de una de las ya adquiridas, así como numerosos objetos escultóricos, que fueron remitidos al Museo (Salas y Beltrán 2008).

Pero prueba de la inacción de las Comisiones Científicas en materia de arqueología, fue la aparición de una serie de sociedades arqueológicas que, en algunos casos, tendrán un papel predominante en las excavaciones arqueológicas de algunas regiones y comarcas. Entre estas destacan la *Sociedad Arqueológica Valenciana* (1871) (Goberna 1981), la *Asociación Artístico Arqueológica Barcelonesa* (1877), la *Sociedad Arqueológica Lulliana* (1881) (Salvá 1985), la *Sociedad Arqueológica* de Vic (1882) la *Sociedad Arqueológica de Carmona* (1885) (Maier 1997) el *Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla* (1887) y su filial la *Sociedad Arqueológica de Osuna* (1887) (Salas 2002), la *Asociación Artístico Arqueológica Mataronesa* (1882) o la *Sociedad Arqueológica de Pontevedra* (1894) por citar algunos ejemplos bien conocidos.

En otros casos, la creación de sociedades apareció bajo el paraguas de sociedades excursionistas, como en Cataluña, donde se crearon la *Sociedad Catalanista* (1876) y la *Sociedad Catalana* (1878), que acabarían unificándose en 1890 en el *Centre Excursioniste de Catalunya* (Cortadella 1997; Cortadella, 2004), o la *Sociedad Artístico Arqueológica de Excursiones de Cádiz* (1893).

Pese a la corta duración de muchas de ellas, durante la misma llegaron a publicar una serie de revistas que contenían las aportaciones de los miembros. Ente estas publicaciones destacan, por mencionar algunas, las *Memorias de la Sociedad Arqueológica Valenciana* (1871-1880), el *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana* (1878-90), *Galicia Diplomática* (1882-1893), el *Boletín* y luego *Revista de la Asociación Artístico-Arqueológica Barcelonesa* (1891-96, 1896-1913) y el *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, creado en 1885 y que todavía continúa en activo a día de hoy. A ellos habría que unir también el *Boletín de la Real Academia de San Fernando*, creado en 1881 y que tuvo una tirada periódica hasta 1900.

Muchas de estas sociedades y asociaciones jugaron un papel importante en la creación de nuevos museos, como el Museo Arqueológico Central de Galicia (1884), el Museo Provincial de Antigüedades de Barcelona (1888) o el Museo Episcopal de Vic (1891). Junto a ellos, se creó por iniciativa de D. Antonio Cánovas del Castillo, por entonces Presidente del Gobierno, el Museo Nacional de Reproducciones Artísticas (1877) a imitación de otros centros europeos parecidos, con fines eminentemente didácticos, para enseñanza y disfrute del arte. Dichas colecciones están conformadas por copias de obras famosas, logradas mediante la técnica del vaciado a partir de los propios originales.

A partir de 1875, la Ciencia prehistórica española entró en un periodo de cierta estabilidad, en lo que en terminología de Kühn llamaríamos «ciencia normal». Fue aceptada de forma definitiva en la Real Academia de la Historia con el ingreso de Vilanova como académico de número en 1889 [fig. 15] y se inició su enseñanza en la Universidad en el año 1892 gracias a la concesión a Antón de la cátedra de Antropología, disciplina que, como hemos visto, incluía entre sus contenidos la Prehistoria. En la cátedra de Antón se formaron algunos que en la primera mitad del siglo XX hicieron importantes aportaciones a la Prehistoria, como Aranzadi y Hoyos. Previamente se había creado la cátedra de Prehistoria en la Escuela Libre de Medicina del doctor Velasco. Se pensaba poner en marcha en 1875 y su titular iba a ser Tubino, pero desgraciadamente esta Escuela Libre tuvo poco éxito y no se llegaron a iniciar las clases en casi ninguna de las materias, y una de ellas fue Prehistoria.

Poco a poco los prehistoriadores de primera hora fueron desapareciendo, en algunos casos por el falleci-

OBJETOS PREHISTÓRICOS EN LA PROVINCIA DE SANTANDER
Lámina 3ª
Pinturas en la bóveda de una cueva en el Ayuntamiento de SANTILLANA DE LA MAR

FIG. 16
Primera publicación del Techo de Policromos de la cueva de Altamira. En Sanz de Sautuola, Marcelino (1880): «Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander». Lámina 3ª.

miento, pero en otros casos porque los debates causaban más disgustos que prestigio. Ese será el caso, por ejemplo, de Tubino, Góngora y Machado. Mientras tanto ese espacio iba siendo cubierto, de manera muy precaria por extranjeros. En este campo sobresalen los hermanos Siret y Cartailhac. Este último en 1886 publica *Les Âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal,* obra de síntesis fruto de las excavaciones practicadas en el Levante durante los años 1880 y 1881.

Aún mayor relevancia internacional tuvo el descubrimiento de las pinturas de Altamira por Marcelino Sanz de Sautuola en 1879, publicándolas en 1880 (Sanz de Sautuola, 1880) [fig. 16]. Contó con el apoyo de Juan Vilanova, quien fue a defender la autenticidad y antigüedad de las pinturas al Congreso Internacional de Arqueología y Antropología Prehistóricas que tuvo lugar en Lisboa en septiembre de ese mismo año, y aunque se le comisionó para que llevase a unos cuantos congresistas a ver directamente la cueva, unos despreciaron el viaje directamente en Lisboa, y otros, tras las malas referencias que les dieron en Madrid, prefirieron marcharse directamente a su país de origen (Ayarzagüena 2006). La comunidad científica guardaba grandes reticencias ante las pinturas de Altamira. Independientemente de que, sin duda, en un ambiente muy influido por el nacionalismo, a los países más adelantados del momento les costaba admitir que se les adelantase otro país con un descubrimiento tan espectacular; sin embargo, el principal problema para su reconocimiento consistió en que no existían precedentes, ni siquiera aproximados de un descubrimiento en tal sentido. A todo ello había que añadir que las falsificaciones arqueológicas eran muy frecuentes y que los creacionistas, entre los que se encontraba Vilanova, podían utilizar las pinturas para desacreditar el evolucionismo, encontrándose fuerte oposición por parte española en la Sociedad Española de Historia Natural. Así pues, los evolucionistas, que eran mayoría entre los prehistoriadores, no aceptaron las pinturas y hubo que esperar a principios del siglo XX para que fueran admitidas de forma mayoritaria.

Tras los silencios de Cartailhac (1886), que había recogido todo lo que se sabía de la Prehistoria española aunque ignorado las pinturas de Altamira y las duras críticas de Cartailhac y Mortillet sobre la publicación de las pinturas de Altamira (1880), el arte rupestre paleolítico quedó prácticamente en el olvido hasta finales de siglo.

Nuevos hallazgos, como el de Font de Gaume, facilitaron que se volvieran a tomar en consideración las pinturas de Altamira. La llegada a España de Cartailhac y Breuil, acompañados, en esta primera visita por Hermilio Alcalde del Río, junto con Menéndez Pelayo y Pérez del Molino, marca un cambio de actitud radical por parte de Cartailhac, publicando su famosa *Mea culpa d'un sceptique* (1902). La firma en 1906 de un primer contrato entre el Príncipe de Mónaco y Alcalde del Río para fomentar el estudio de la Prehistoria en la región cantábrica devendrá en el trabajo en la zona de Breuil y Obermaier junto con el propio Alcalde del Río y Lorenzo Sierra y provocará toda una revolución en la dinámica investigadora en Prehistoria existente hasta ese momento en España.

Aparte de las excavaciones antes citadas, se realizarán trabajos arqueológicos en *Itálica* (Santiponce, Sevilla), en el campamento romano de *Juliobriga* (Reinosa, Santander) o los trabajos de Jorge Bonsor en la comarca sevillana de Los Alcores, a los que hay que añadir los hallazgos de esculturas ibéricas en *Ilici*

FIG. 17
Invitación para reunión arqueológica en la Necrópolis romana de Carmona (6 de junio de 1886).

FIG. 18
Lámina del yacimiento de El Argar. El descubrimiento de la Cultura de El Argar por parte de Siret revolucionó el conocimiento de la Edad del Bronce en el oeste del Mediterráneo, de la misma forma que Schliemann acababa de hacer en la parte opuesta del mismo mar. Siret era un excelente dibujante y utilizó el mismo modelo representativo de las láminas que había utilizado Schliemann.

FIG. 19
Primera fotografía de la Dama de Elche (1897), cuando todavía se encontraba en propiedad del Dr. Campello.

(Elche, Alicante), la *esfinge de Agost* (Vinalopó), los *bronces de Costitx* (Mallorca) o la denominada *Dama de Elche*, que desde ese mismo momento se convertirá en un icono nacional.

En la segunda mitad del XIX comienzan a llegar a España diversos arqueólogos europeos que tendrán un papel destacado en el desarrollo de la arqueología española. Entre todos ellos destacan Jorge Bonsor y Luis Siret, quienes, sin contar con el apoyo académico de sus países de origen, pero siempre en contacto con los principales investigadores europeos, desarrollaron su investigación en nuestro país, publicando sus trabajos, colaborando e integrándose en las instituciones españolas, y aplicando las nuevas metodologías arqueológicas en sus trabajos de campo (Beltrán 2006).

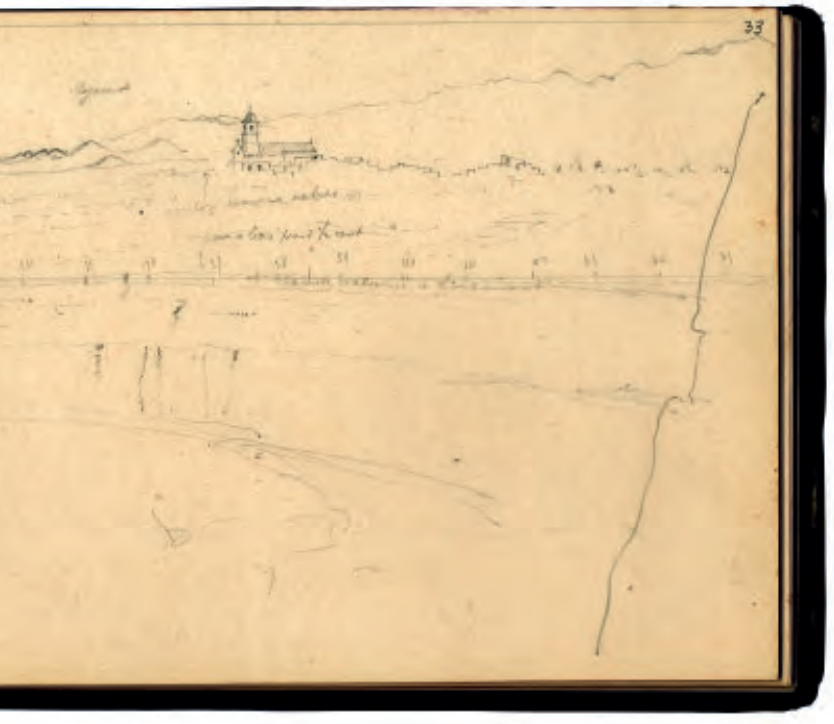
George Edward Bonsor comenzó sus excavaciones en la Necrópolis de Carmona en 1882 (Maier 1999), en unión de los hermanos Fernández López, continuando posteriormente en el Anfiteatro (Bonsor 1887), levantando una importante documentación gráfica de sus trabajos. El Conjunto Arqueológico de Carmona fue inaugurado en mayo de 1885 y se convirtió en el primer yacimiento arqueológico de España abierto al público [fig. 17].

En relación con los hermanos Siret, Henri y Louis, su actividad arqueológica se inicia en 1881 descubriendo yacimientos como El Argar, Fuente Álamo, La Gerundia, Cabezo del Oficio y Gatas. De sus excavaciones salió una voluminosa obra en dos volúmenes, *Les premiers âges du metal dans le sudest de l'Espagne* (1887), con magníficos dibujos de Louis Siret [fig. 18]. Esta obra se publicó en castellano tres años más tarde en castellano tras ganar el premio Martorell.

Es el momento en que en Europa se desarrolla una carrera colonial, principalmente entre Francia y Alemania, por establecer nuevos lugares de trabajo, donde obtener piezas arqueológicas que llevar a sus museos nacionales. Entre todos estos destacan los franceses A. Engel y P. Paris, quienes alentados por la figura de León Heuzey, conservador del Departamento de Antigüedades Orientales, intentan buscar nuevas evidencias del arte ibérico. Sus pesquisas se verán recompensadas con el hallazgo de la *Esfinge de Agost* (Vinalopó) en 1893 y, en especial, con el hallazgo en 1897 de la *Dama de Elche* [fig. 19] adquirida por Pierre París al Dr. Campello y trasladada al Museo del Louvre (Manso Martín, 1997).

Esta venta provocó una agria disputa entre los intelectuales españoles del momento, como José Ramón Mélida o Pedro Ibarra, quienes publicaron diversos trabajos en revistas y en prensa, llamando la atención sobre la importancia del hallazgo, así como sobre la escasa protección que tenían los bienes arqueológicos en ese momento en nuestro país.

Prueba de ello fueron los trabajos arqueológicos desarrollados en 1898 por Arthur Engel, George Bonsor y Archer Milton Huntington, junto a Antonio María Ariza y Montero-Coracho, en una de las necrópolis de Itálica y en la Colina de San Antonio, y cuyos materiales pasaron a engrosar los fondos de la *Hispanic*



El significado de Altamira

Marco de la Rasilla Vives. Universidad de Oviedo

Altamira es un símbolo. Y un magnífico ejemplo de la tensión dialéctica producida durante la génesis e implantación de la teoría de la evolución y el asiento epistemológico de la Prehistoria.

Altamira es también una paradoja al compaginar con denuedo lo sublime y lo dramático. La visita de Marcelino Sanz de Sautuola al Pabellón de Antropología de la Exposición Internacional de París en 1878 le hizo buscar materiales arqueológicos en la cueva y, tras hallarlos, los asignó al paleolítico según la información disponible. Así cuando se descubrieron las representaciones artísticas, consciente además del derrumbamiento que obstruía la entrada, actuó con toda lógica y las atribuyó a ese momento. Sin embargo, la propia esencia del llamado evolucionismo lineal, el veredicto del paleontólogo Edouard Harlé en su visita a la caverna en 1881 y la presencia en Santillana del Mar de Paul Ratier —un pintor protegido de Sautuola—, se confabularon para la emisión de una sentencia devastadora que supuso un poderoso lastre para el yacimiento y para la investigación prehistórica en general: las pinturas y grabados de Altamira no fueron hechos por los grupos paleolíticos, sino que fue algo realizado en épocas recientes [fig. 1].

Esto queda patente tras la presentación pública de Altamira en el Congreso Internacional de Arqueología y Antropología Prehistóricas celebrado en Lisboa en 1880, a partir del cual el tema quedó zanjado y en un profundo olvido hasta que desde 1895 se descubrieron en Francia varias cuevas con arte parietal y se impusieron las abrumadoras evidencias arqueológicas. Con todo, hay que reivindicar a algunos personajes españoles y franceses que apoyaron desde el principio la autoría paleolítica de las pinturas, como por ejemplo Juan Vilanova, Augusto González de Linares, Luis de Hoyos Sainz, Edouard Piette y Henri Martin.

Desde 1902 Altamira fue el buque insignia del estudio del arte rupestre cavernario pues algunos de los que apoyaron el dictamen negativo, caso de Emile Cartailhac, se pusieron

FIG. 1
Cueva de las Estalactitas. Visita de Alfonso XIII en 1928.

FIG. 2
Cartel anunciador de la Exposición Arte Prehistórico Español, 1921.

con ahínco a la tarea de análisis y prospección acompañados de jóvenes investigadores como Henri Breuil. Este hecho generó dos procesos de envergadura: por un lado, la ávida búsqueda de sitios con arte rupestre, con protagonistas como Hermilio Alcalde del Río, Lorenzo Sierra o Juan Cabré y, por otro, la carrera por hacer el corpus de yacimientos con arte rupestre hispano liderada por Breuil. Sin embargo, ciertas actitudes y desavenencias entre distintos personajes e instituciones generaron efectos muy negativos para el impulso docente e investigador de la Prehistoria, acompañados de los perniciosos efectos de la I Guerra Mundial.

El punto de inflexión de esos efectos ocurrió en 1915 tras la publicación por Juan Cabré y el Marqués de Cerralbo de la monografía Arte rupestre en España editada por la Junta para Ampliación de Estudios, pues le habían quitado la primicia, tras una osada y pertinaz acaparación de esa investigación, a Breuil. Este escribió unas demoledoras recensiones que supusieron un antes y un después de esos estudios en España, impidiendo un relativamente normal desenvolvimiento institucional de la disciplina.

El desagravio llegó en 1921 con la exposición titulada Arte Prehistórico Español exhibida en la Biblioteca Nacional. En ella se mostraron fotos, reproducciones, maquetas y piezas arqueológicas de los yacimientos con arte rupestre, y un acto específico en recuerdo de Sautuola y Vilanova. La muestra es la primera exposición mundial sobre ese impactante tema, y tuvo una más que destacada repercusión cultural, mediática y social [fig. 2].

Desde 1917 la caverna fue acondicionada para las visitas, entrando ingentes cantidades de personas que contribuyeron, junto a los efectos de las explosiones de una cantera próxima, al deterioro de las condiciones ambientales y físicas de la misma. La primera alarma saltó en 1925 creándose la Junta Protectora de la Cueva de Altamira que acometió diferentes acciones: levantamiento de un muro en la zona de la Sala de las Pinturas, colocación de una lechada de cemento en el exterior y en las grietas, rebaje del piso de la sala, instalación de luces eléctricas, construcción de varias edificaciones anexas y realización de excavaciones arqueológicas en el vestíbulo.

Altamira es también inspiración para diferentes miembros y estamentos culturales (artistas, historiadores del arte...) como, entre otros, lo atestigua la llamada Escuela de Altamira creada en 1949; y fue la base para la ejecución de las dos primeras réplicas mundiales de una cueva con arte, según idea de Ernst Piestch, cuya razón de ser no fue la conservación sino la exposición de la primera tecnología química humana. Esas réplicas se inauguraron en 1962 en el Deutsches Museum de Munich y en 1964 en el jardín del Museo Arqueológico Nacional de Madrid [fig. 3].

La segunda alarma saltó hacia 1977 debido al manifiesto deterioro de algunas figuras, y comenzó un amplio proyecto de conservación del arte rupestre que continúa hasta la actualidad. Está claro que, aparte de los inexorables procesos naturales, los humanos somos los agentes desestabilizadores más perniciosos, máxime en un bien patrimonial que se comporta como un sistema vivo muy sensible a los cambios. Una buena fórmula para descongestionar la presión sobre estas cuevas es la realización de réplicas exactas como la inaugurada en 2001 de la Sala de las Pinturas de Altamira, sumándose así a las ocho existentes actualmente entre Francia y España.

No cabe duda, pues, que Altamira es un buen resumen de lo excelso y lo trágico del ser humano.

FIG. 3
Chiste gráfico «Un cabaret prehistórico en las cuevas de Altamira» de Bagaria, sobre la Exposición de Arte prehistórico de 1921.

FIG. 20
Piezas encontradas en las excavaciones de Ciempozuelos de 1894 y 1895. Las de ese último año las llevó a cabo el Marqués de Cerralbo en sus primeras excavaciones arqueológicas.

Society of New York, junto con otros objetos comprados por el propio Huntington a diversos coleccionistas locales (Luzón 1993: 103-117; Bendala 2007).

Tras la muerte de Vilanova en 1893 se había producido un parón en los estudios prehistóricos en España que duró unos veinte años y que coincide con el estancamiento que la ciencia en general tuvo a finales del siglo XIX. Asimismo, con los inicios de siglo, la labor individual que había sido característica de la Prehistoria en el siglo XIX, va a ser sustituida por una actuación más profesional y planificada a cargo de instituciones públicas o privadas (Moure 2006:79). En el marco del yacimiento prehistórico que había sido estrella durante el siglo XIX en España, San Isidro y sus alrededores, las investigaciones prehistóricas prácticamente desaparecieron, y la iniciativa más importante en este sentido fue la creación del Museo Protohistórico Ibérico el 11 de abril de 1897 en el local de las madrileñas Escuelas Aguirre, con las colecciones de Emilio Rotondo Nicoláu (Ayarzagüena 2002:44).

Aun así, al finalizar el siglo XIX se descubre la necrópolis de Ciempozuelos en 1894 datándola acertadamente en la Edad del Cobre sus investigadores (Riaño, Rada y Catalina, 1894) [fig. 20], que continuará al año siguiente el Marqués de Cerralbo (Ayarzagüena 2000b) y al iniciarse el siglo XX tenemos las excavaciones del Marques de Cerralbo en Torralba (entre 1909 y 1913) y Ambrona (entre 1914 y 1916), que en muchos aspectos podrían catalogarse como de carácter decimonónico, pero que fueron las dos primeras excavaciones de Paleolítico inferior que se realizaron en España en el siglo XX (Santonja, Pérez González y Flores 2005).

Previamente, se había producido el hallazgo de la «mandíbula de Bañolas». primer resto humano del paleolítico encontrado en España y uno de los primeros de Europa. Descubierta de manera fortuita por un maestro cantero, Pere Alsius se dio cuenta de su gran antigüedad, en parte gracias a su contexto geológico (Ayarzagüena 1989: 436). Alsius pudo comprender de la antigüedad de la pieza toda vez que él ya había realizado previamente un estudio geológico de la cuenca de Bañolas. Podemos darnos cuenta de lo que este hallazgo supuso, ya que, junto a los hallazgos atribuidos del Paleolítico, no se habían encontrado hasta ese momento los restos de aquellos seres humanos que los habían realizado, lo que proporcionaba argumentos a los detractores de la Prehistoria por la ausencia de hallazgos fósiles humanos. Así pues, la mandíbula de Bañolas (cat. 3), bien contextualizada geológicamente, supuso un impulso para los estudios prehistóricos en España.

El primer decenio del siglo XX (1900-1911)

Mediante el Real Decreto de 18 de abril de 1900 se creó el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, una de cuyas primeras medidas fue la reforma de los estudios en las Facultades de Filosofía y Letras, con la creación de la Sección de Historia, lo que ineludiblemente condujo al ministro García Alix a la supresión de la Escuela Superior de Diplomática, y el traslado del personal adscrito a la misma a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. En este mismo proceso de reforma, Juan Catalina García y López, Catedrático de Arqueología y Ordenación de Museos, pasó a desempeñar la cátedra de Arqueología y de Numismática y Epigrafía en la Universidad Central, a la par que director del Museo Arqueológico Nacional (en sustitución de Juan de Dios de la Rada y Delgado, quien había presentado la renuncia en 1900), cargos que compatibilizará hasta su fallecimiento en 1911.

Una de las primeras decisiones que tomaron los nuevos rectores del Ministerio de Instrucción Pública, fue la elaboración del *Catálogo Monumental de España* (López Yarto 2010), con la idea conocer el patrimonio de la nación, si bien el proyecto fracasó por la escasa preparación de algunas de las personas elegidas para llevarlo a cabo.

Dentro de este ambiente reformista, en 1907 se creó la *Junta para la Ampliación e Investigaciones Científicas* (1907- 1939). El Real Decreto de 18 de marzo de 1910 había creado, dentro de esta junta el *Centro de Estudios Históricos* (CEH), que tuvo una sección de Arqueología, que comienza a funcionar a partir de 1914, bajo la dirección de Manuel Gómez-Moreno Martínez, y bajo cuya tutela se formaron Juan Cabré, Cayetano de Mergelina y Juan de Mata Carriazo y Arroquia. Igualmente, dependiente del CEH se encontraba la *Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma* (Olmos *et alii*, 2010).

También creó una política de becas para estancias en universidades del extranjero, en Alemania en su gran mayoría, de las que participarán personas como Pedro Bosch Gimpera, Antonio García y Bellido, Martín Almagro Basch, Julio Martínez Santaolalla, Alberto del Castillo y otros (Díaz-Andreu 1996).

Pero se trata de un período caracterizado por la presencia de numerosos arqueólogos extranjeros en territorio español —A. Engel, P. Paris, E. Albertini, R. Thouvenot, J. Bonsor, A. Schulten, A.M. Huntington— que excavarán en numerosos puntos de la península ibérica, bien solos, bien en asociación con arqueólogos españoles: Los Alcores (Maier 1999), Osuna (Beltrán y Salas 2002), Almedinilla (1903), Elche (1905), Numancia (Blech 2002; Casado 2006) y Baelo Claudia (1907-1921) (Rouillard 2002) son buenos ejemplos de estos trabajos, en muchos de los cuales aún predomina la arqueología filológica, cuya consecuencia será la internacionalización de la arqueología española.

FIG. 21
Sala Hispaniae de la Mostra Archeologica en las Termas de Diocleciano, en el que se aprecian tanto la Bicha de Balazote como los Toros de Costitxt. *Catalogo della Mostra Archeologica nelle Terme di Diocleziano*, 1911.

También es el momento en que se crea el primer centro permanente extranjero para el conocimiento de la arqueología española, el *Institut des Hautes Études Hispaniques*, posteriormente denominado Casa de Velázquez (Delaunay 1994), al que se adscriben todos los investigadores y que dará el soporte necesario para el desarrollo de sus trabajos.

Frente a este hecho, los arqueólogos españoles, con menor preparación metodológica, todavía participan de la arqueología anticuarista de la centuria anterior. También fue el momento en el que empiezan a aparecer diferentes movimientos políticos regionalistas, que se interesarán por la arqueología (Gracia y Cortadella 2007; Gracia Alonso 2013; Beltrán 2013).

Otro elemento de esa internacionalización fue la participación española en la *Mostra Internazionale di Archeologia* que se organiza en las Termas de Diocleciano de Roma en 1911 [fig. 21], siendo los encargados de la organización de la sección española José Ramón Mélida y Manuel Gómez Moreno, desde nuestro país y,

El imaginario de la primera Prehistoria

Gonzalo Ruiz Zapatero. Universidad Complutense de Madrid y SEHA

La Prehistoria fue imaginada y representada en grabados, dibujos y reconstrucciones artísticas del mundo de la Humanidad primitiva antes de que los eruditos y estudiosos presentaran conclusiones científicas de los restos fósiles, las herramientas de piedra y los contextos de vida de las gentes del Paleolítico. Porque la propia arqueología, como ha señalado la arqueóloga australiana S. Moser (1998), es una disciplina fuertemente visual. Y es que el casi todo el pasado prehistórico resulta, en gran medida, reducible a imágenes.

La Prehistoria del último tercio del siglo XIX pretendía ser positivista y científica y por ello favoreció, por un lado, los dibujos realistas de objetos y piezas arqueológicas y, por otro lado, la fotografía. Esta última se consideró la forma más objetiva y rigurosa de presentar los materiales arqueológicos. Pero los vestigios arqueológicos que han sobrevivido a los estragos del tiempo son solo una pequeña parte de los mundos pasados y desaparecidos para siempre. Por eso la materialidad del pasado no proporciona una visión completa de las poblaciones prehistóricas. Existen lagunas, aspectos perdidos en el registro arqueológico que se tienen que rellenar con la interpretación arqueológica, recurriendo a la analogía etnográfica y la etnoarqueología. Interpretar es, en definitiva, activar la *imaginación arqueológica*, para ser capaces de pensar escenarios plausibles que mejor expliquen los datos arqueológicos (Shanks 2012).

Las recreaciones artísticas son una manera poderosa de imaginar la Prehistoria pero los arqueólogos de las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del siglo XX pensaron que no se podía conciliar el respeto y la fidelidad a los datos arqueológicos con la creatividad y subjetividad de los dibujos de recreación. Por eso las ilustraciones de reconstrucciones artísticas de los primeros homínidos solo encontraron acomodo en libros de divulgación; como *L'Homme Primitif* de Figuier (1870), con los espléndidos grabados a plumilla de Bayard, que crearon un canon para las décadas venideras y en las páginas de revistas generalistas ilustradas como *The Illustrated London Review.* Las publicaciones académicas se quedaban solo con los *huesos fósiles* y los instrumentos de piedra porque se entendía que las imágenes de reconstrucción de las poblaciones paleolíticas eran subjetivas y artísticas y, por tanto, no-científicas. El discurso científico escrito se oponía claramente a la ficción gráfica «inventada». Así la demarcación ciencia / popularización pretendía ser nítida y contundente [fig. 1].

Pero habría que recordar que antes de contar con restos fósiles humanos hubo representaciones artísticas de las gentes del más remoto pasado: las ilustraciones de escenas «antediluvianas» de comienzos de 1830. Una suerte de —aquí sí en sentido fantástico—, *Prehistoria soñada o imaginada* (Mann 2003) que solo recientemente la lúcida obra de S. Moser, *Ancestral Images* (1998), ha analizado y diseccionado en profundidad. Porque, a fin de cuentas, resulta cierto que los «hombres prehistóricos» fueron «inventados» antes de llegar a ser descubiertos (Stozkowski 2000). Y esas imágenes han sido muy poderosas, se copiaron y re-dibujaron con el convencimiento de que las imágenes de la Prehistoria remota la acercaban a los ojos de las gentes contemporáneas. Y de ahí saltaron al cine, los cómics, los manuales escolares, los cromos, la publicidad y otras manifestaciones de *memorabilia* efímera.

FIG. 1
Buster Keaton como cavernícola en el film *Les trois âges* (1923).

José Pijoán, como Secretario de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (EEHAR).

A la muerte de Juan Catalina García y López, se decidió dividir la cátedra en dos disciplinas independientes: Epigrafía y Numismática, ocupada por Antonio Vives Escudero, y Arqueología, que pasó a desempeñar José Ramón Mélida Alinari, ambos con méritos diversos, pero que no contaban con la titulación necesaria de doctor, de ahí que no se hicieran oposiciones sino que obtuvieron el puesto por la promoción extraordinaria prevista en la Ley de Instrucción Pública. José Ramón Mélida puede considerarse el primer profesional que organiza la didáctica en la disciplina de las Antigüedades a nivel universitario en nuestro país. A él se debe la elaboración del *Programa de Arqueología* (1913), primer programa docente sobre Arqueología que conocemos en una universidad pública española.

En 1911 se publica la *Ley General de Excavaciones,* en la que se establecían «*las reglas a que han de someterse las excavaciones arqueológicas... y la conservación de las ruinas y antigüedades*». Esta fue la primera ley de excavaciones española y su objetivo, entre otros, era el de limitar los expolios que realizaban arqueólogos y aficionados extranjeros del patrimonio arqueológico español (Yáñez 1997). Su objetivo principal era parar el expolio al que se veían sometidos los yacimientos españoles de mayor renombre, por ejemplo las coronas de Guarrazar, que habían salido para Francia a mediados del siglo XIX, o la Dama de Elche, con el mismo destino y ya a finales del siglo XIX. También a finales del siglo XIX y principios del XX saldrán fuera de nuestras fronteras parte de las colecciones de los hermanos Siret, así como buena parte de los bronces ibéricos de El Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén).

Al año siguiente se creará la Junta Superior de Antigüedades y Excavaciones que será el organismo administrativo encargado de que dicha ley de excavaciones se cumpla. La Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas se crea en 1912, también en el seno de la Junta para Ampliación de Estudios. Eduardo Hernández Pacheco coincide en una estancia en París con Enrique de Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo, donde acuerdan crear una institución española que controlara las investigaciones prehistóricas que se hicieran en nuestro país, centrándose en el periodo Cuaternario. Cerralbo pasaría a ser el primer director de esa institución y Hernández-Pacheco, el Jefe de Trabajos y Director de Publicaciones (Rasilla 1997: 433).

1 Sociedad Española de Historia de la Arqueología (SEHA) y Universidad de Castilla La Mancha. mariano.ayarzaguena@gmail.com

2 Sociedad Española de Historia de la Arqueología (SEHA) y Universidad Complutense de Madrid. jessalas@ucm.es. ID Identificador Orcid: orcid.org/0000-0002-7364-4347, Research ID: B-7805-2015. El presente trabajo se realiza dentro de las actividades del Grupo HUM 402 de la Junta de Andalucía y del Proyecto de Investigación I+D+i HAR2015-65451-C2-2-P del Ministerio de Economía y Competitividad.

3 Maraver Y Alfaro, L. (1867): *Expedición arqueológica a Fuente Tójar*. Mss. en la Real Academia de la Historia. CACO 9/7951/38(2).

4 Maraver Y Alfaro, L. (1867): *Expedición arqueológica a Almedinilla*. Mss. en la Real Academia de la Historia. CACO 9/7951/39(4).

5 Archivo de la Real Academia de la Historia. CACO 9/7951/41(1).

6 Archivo de la Real Academia de la Historia. CAG/9/7980/038(1) y GA 1858/2(2).

7 Acta de Sesiones de la Real Academia de la Historia de 8 de Mayo de 1868.

8 Archivo de la Real Academia de la Historia. CASE/9/7970/25(1).

La consolidación de la arqueología moderna (1912-1960)

José Beltrán Fortes. Universidad de Sevilla
Jordi Cortadella Morral. Universitat Autònoma de Barcelona

Los cerca de cincuenta años que se acumulan en el período que estudiamos recogen acontecimientos trascendentales para la historia reciente de España y, por ende, de su arqueología. El período se inaugura en el marco de la que ha sido llamada la Edad de Plata de la cultura española, desarrollada sobre todo a raíz del movimiento regeneracionista surgido en España tras el Desastre del 98, y finaliza con los epígonos de la etapa autárquica de la España franquista, que inicia unos nuevos aires aperturistas hacia la Europa surgida tras la Segunda Guerra Mundial en el marco del enfrentamiento con la URSS y los países satélites del llamado Telón de Acero. Lógicamente el acontecimiento central que determina ese período es el de la traumática Guerra Civil de 1936-1939, que quiebra las expectativas de la España de inicios del siglo XX, que continuaban y reactivaban las orientaciones del Estado liberal español forjado durante el siglo XIX (Pasamar 1991).

En el análisis de la arqueología de este período constatamos una expansión importante hasta la Guerra Civil y una reformulación institucional a partir de esta, en un marco autárquico que hasta la década de 1950 se caracterizó por la preeminencia de la facción falangista, travestida bajo el régimen dictatorial del general Franco, pero en el que no se llevó a la práctica un cambio significativo en el desarrollo de los paradigmas disciplinares, con base en el historicismo cultural imperante desde finales el siglo XIX para la arqueología prehistórica y con un enfoque histórico artístico y monumental, de corte historicista, respecto a la arqueología clásica, que se mantendrían prácticamente hasta la muerte de Franco y el comienzo de la democratización española, fuera ya del espacio cronológico que analizamos.

La ley de excavaciones arqueológicas

En 1912 se promulgó el reglamento que desarrollaba la trascendental Ley de Excavaciones Arqueológicas de 1911 que, según se indica en el preámbulo, establecía las «reglas a que han de someterse las excavaciones arqueológicas, artísticas y científicas y la conservación de las ruinas y antigüedades», con el objetivo de «la defensa de los vestigios artísticos que vinculan el recuerdo de nuestras glorias pasadas, constituyendo un elemento insustituible de la riqueza nacional» (Ley de 7 de julio de 1911, Preámbulo). Era esta una ley largamente demandada por los círculos culturales españoles que tenían que ver con el patrimonio arqueológico, como demuestra, por ejemplo, el borrador realizado en 1875 en el marco de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Sevilla, bajo la tutela de su vicepresidente, el arquitecto Demetrio de los Ríos, que no culminó, como otras justas iniciativas de la centuria decimonónica (Quero y Pérez 2002; Belén y Beltrán 2007).

El nuevo Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, constituido en los inicios del siglo XX, pudo así articular en varios años una propuesta en el marco legislativo que intentaba ordenar el panorama de las excavaciones arqueológicas en España que hasta entonces estaba prácticamente a merced de las intervenciones de los aficionados y coleccionistas o de las asociaciones de diversos tipos, así como de la actividad de los arqueólogos extranjeros, sobre todo franceses y alemanes, lo que ocasionaba que las piezas arqueológicas más valiosas abandonaran frecuentemente nuestro país hacia museos y colecciones de fuera de España. El caso de la compra de la Dama de Elche por el Museo del Louvre en 1897 es el más conocido, al igual que el de la importante serie de relieves romanos republicanos procedentes de los descubrimientos y excavaciones de Arthur Engel y Pierre Paris en Osuna en 1907, que también viajaron a París.

Junto al reglamento de la ley de 1911, en 1912 también se creó la Junta Superior de Excavaciones y Anti-

güedades (JSEA), como organismo encargado de su aplicación en el ámbito nacional y que complementó la labor de la Inspección General Administrativa de Monumentos Artísticos e Históricos (Real Decreto de 8 de julio de 1910), que se había creado el año anterior en el seno del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. La creación de la JSEA sustituyó el protagonismo que habían tenido hasta entonces las Reales Academias de Bellas Artes y de la Historia y si bien muchos de sus miembros eran académicos, procedían especialmente del campo universitario y de los museos. La junta estaba formada por seis miembros, siendo el primer director Antonio Gimeno, exministro de Instrucción Pública, y siendo vocales el artista Mariano Benlliure, el director de la sección de Arte del Centro de Estudios Históricos de la JAE, Elías Tormo, y los marqueses de Comillas, de la Vega Inclán y de Cerralbo, que dirigirá la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, creada ese mismo año 1912. En el año 1917 se ampliaron sus funciones con las dispuestas en la Ley de 4 de marzo de 1915 sobre la conservación de Monumentos Artísticos e Históricos y se ampliaron asimismo sus miembros a doce, incorporando entre otros a Manuel Gómez-Moreno, Francisco de Paula Álvarez-Ossorio (entonces conservador del Museo Arqueológico Nacional y más tarde su director) y al arquitecto Vicente Lampérez.

La JSEA funcionará hasta que en el marco de la Segunda República española sus atribuciones sean asumidas en 1933 por una Junta de Defensa del Tesoro Artístico Nacional. Durante su período de existencia la JSEA llevará a cabo el control de la arqueología oficial en España, incluyendo tanto la aprobación de solicitudes de excavaciones como la concesión de subvenciones públicas, así como la edición de los informes y memorias científicas que obligatoriamente los beneficiados tenían que presentar. El texto plantea la necesidad de desarrollar los trabajos arqueológicos con un método científico, mediante remociones de tierra «deliberadas y metódicas», con capacidad de anulación del permiso concedido en caso de una mala práctica arqueológica (art. 23 del reglamento), si bien ello no quiere decir que se llevaran a cabo excavaciones estratigráficas en el sentido actual. Sin embargo, sorprende que los directores españoles de aquellas intervenciones autorizadas y subvencionadas por el Estado pasaban a ser propietarios de las piezas arqueológicas recuperadas (art. 15), y que incluso los directores de nacionalidad extranjera podían sacar del país los materiales que no fueran «únicos», sino que estuvieran «duplicados» (art. 19), en un concepto ciertamente ambiguo en su interpretación. Finalmente la JSEA nombraba una serie de inspectores de las excavaciones, que debían ser académicos, o del cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos, o jefe de museo o catedrático de universidad o de otro cuerpo docente con asignaturas relacionadas con la arqueología (art. 40).

Las universidades y la Junta de Ampliación de Estudios

Los otros dos pilares en los que se fundamentó el regeneracionismo arqueológico en España tienen una cronología anterior a 1912, si bien sus actuaciones marcaron todo el período en lo referente al ámbito universitario y la fase anterior a la Guerra Civil en el caso de la Junta de Ampliación de Estudios (JAE). Así, en primer lugar, debe destacarse la reforma docente que ocasionó, en 1900, que la enseñanza arqueológica se incorporara de manera ya definitiva a la universidad, alejándose de la Escuela Superior de Diplomática, en donde se había impartido durante los últimos decenios del siglo XIX junto a otras disciplinas afines, como la Epigrafía y la Numismática. El nuevo siglo trajo nuevos aires al entendimiento de lo que debía ser la educación superior, derivados en parte de experiencias como las de la Institución Libre de Enseñanza. El mismo Francisco Giner de los Ríos propuso en el año 1902 la autonomía de las universidades para programar los planes de estudio dentro de un marco general, aunque ello no se llevó a la práctica y las principales innovaciones afectaron a la Universidad Central de Madrid, la única institución universitaria española donde se podían cursar estudios de doctorado hasta aquel momento.

Fue en la Universidad Central donde se creó, en 1900, la primera cátedra universitaria de Arqueología, Epigrafía y Numismática que fue ocupada por Juan Catalina García (1845-1911), catedrático de esta misma materia en la extinta Escuela Superior de Diplomática. A su muerte fue seguido en la cátedra por José Ramón Mélida Alinari (1856-1933), reputado arqueólogo que se había formado en la Escuela Superior de Diplomática y que simultaneó el desempeño de la cátedra con la dirección del Museo Arqueológico Nacional entre los años 1916 y 1930. Finalmente, le sucederá a su vez Antonio García y Bellido (1903-1972), quien desarrolla la arqueología clásica en España a lo largo de todo el período que estudiamos, como se dirá.

En este período anterior a la Guerra Civil se dotarán cátedras de Arqueología, Epigrafía y Numismática en las Universidades de Valencia (1904), Barcelona (1914) y Valladolid (1925). En otros casos los estudios de carácter arqueológico se vincularon a cátedras no específicas, como ocurre en el caso de las cátedras de Historia Antigua y Media o de Historia del Arte. Por otra parte, la Prehistoria, que había empezado a enseñar Hernández-Pacheco en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, en 1922 pasó, tras un considerable conflicto universitario, a impartirse formalmente en la de Filosofía y Letras. La nueva cátedra, llamada de Historia Primitiva del Hombre, fue ocupada, hasta el año 1936, por el sacerdote alemán Hugo Obermaier (1877-1946) (Mederos 2010-2011).

FIG. 1
Hugo Obermaier con los obreros en la excavación de la Cueva de Monte Castillo en 1914.

Durante los años anteriores a la Guerra Civil, Obermaier fue una de las figuras centrales de la Prehistoria española. Antes de la Primera Guerra Mundial ocupaba la cátedra de Geología del Cuaternario en el *Institut de Paléontologie Humaine* que acababa de fundar el príncipe Alberto I de Mónaco en París (1910). Su trabajo en el *Institut* lo trajo a España, donde, desde 1911, dirigió las excavaciones en la cueva del Castillo (Cantabria), fundamentales para el establecimiento de la secuencia crono-cultural del Paleolítico europeo. Excavando en este yacimiento, le sorprendió el estallido de la Primera Guerra Mundial, viéndose obligado a permanecer en España. Las buenas relaciones que estableció con personas muy influyentes (en particular el duque de Alba) le permitieron rehacer su vida profesional en España, consiguiendo integrarse en las principales instituciones científicas y académicas del país (Cañete y Pelayo 2014) [fig. 1].

Antes de esta primera cátedra, algunos catedráticos de materias no específicas fueron protagonistas del desarrollo de la arqueología prehistórica, como ocurre en la Universidad de Barcelona con el caso de Pere Bosch Gimpera (1891-1974), catedrático de Historia Antigua y Media desde 1916 y solo desde 1933 catedrático de Prehistoria e Historia Antigua. Bosch Gimpera había estudiado derecho y filología clásica en la Universidad de Barcelona (1910), pero gracias a una beca de la JAE (1911-1914) se trasladó a Berlín donde entró en contacto con la arqueología prehistórica y protohistórica de la mano de Hubert Schmidt y Gustav Kossinna, quienes le formaron en escuela histórico-cultural (Cortadella 2003; Gracia 2011) [fig. 2].

También sabemos que en la Universidad de Sevilla el catedrático de la misma titulación, Juan de Mata Carriazo (1899-1989), comenzó a impartir docencia de Prehistoria a partir del año 1928, por su propia formación en el seno de la JAE junto a Gómez-Moreno.

El segundo pilar del regeneracionismo arqueológico fue la creación del Centro de Estudios Históricos, en 1910, en el seno de la Junta de Ampliación de Estudios (JAE), conformada a su vez en 1907 bajo el corto gobierno del marqués de la Vega de Armijo y la influencia de los postulados de la Institución Libre de Enseñanza. Fue el sabio granadino Manuel Gómez-Moreno Martínez (1870-1970) el responsable de la sección de arqueología, donde impuso un tipo de arqueología basado en mediciones precisas y fotografías, pero deudor del concepto del patrimonio artístico, entendido como signo de identidad española, propio del siglo XIX, que se desarrollará en aquella institución extrauniversitaria junto a la sección de Arte, de la que fue responsable Elías Tormo Monzó (1869-1957). En 1925 se creó entre ambas secciones la revista *Archivo Español de Arte y Arqueología*, que se editó con este nombre hasta 1937, y ambas secciones colaboraron desde 1931 en la elaboración del Fichero de Arte Antiguo. Destacada actividad de la JAE fue la dotación de becas en el extranjero, para dotar a los jóvenes investigadores españoles de una formación adecuada en las principales escuelas europeas.

La arqueología española se benefició de estas becas de manera especial, habida cuenta de la ausencia de una actividad arqueológica fuera de nuestro país durante el siglo XIX a la manera de la grandes potencias

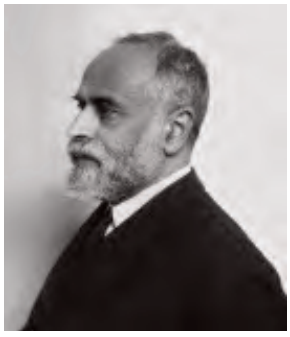


FIG. 2
Pere Bosch Gimpera (1891-1974).

FIG. 3
Manuel Gómez-Moreno (1870-1970).

FIG. 4
Lluis Pericot (1899-1978) hacia 1930 en la Cova del Parpalló de Gandia.

europeas, protagonistas de la llamada arqueología imperialista o colonialista, que en España no tendrá lugar hasta los primeros decenios del siglo XX en el marco del Protectorado en el norte del actual Reino de Marruecos. Será precisamente en 1910 cuando se crea la única institución arqueológica española en el extranjero (y así continúa siendo), la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, dependiente de la JAE, que ha sido justamente titulada como «un Guadiana junto al Tíber» por los avatares de su historia y que ilustra las carencias de sus momentos iniciales (Olmos, Tortosa y Bellón 2010).

Respecto a la relación entre los dos ámbitos de desarrollo arqueológico, el universitario, liderado por José Ramón Mélida, y el de la JAE, encabezado por Manuel Gómez-Moreno, algunos autores (Díaz-Andreu 2004) lo han entendido como dos verdaderos polos de poder académico enfrentados en la lucha por el control de la investigación arqueológica, de subvenciones oficiales y de puestos académicos universitarios, mientras que otros (Casado 2006) consideran que existió una convivencia más pacífica. Como ejemplo de ese posible enfrentamiento podemos traer a colación el caso de la sucesión en la cátedra de Arqueología de Madrid, a la jubilación de Ramón Mélida en 1927, para la que compitieron como candidatos principales Antonio García y Bellido, discípulo de Mélida, que había ocupado interinamente la plaza y contaba con el apoyo de su maestro (presidente del tribunal), y Juan de Mata Carriazo, formado en la JAE y que era catedrático en Sevilla desde 1927, pero que fue derrotado, con el único voto de su maestro Gómez-Moreno (Mederos 2010) [fig. 3].

En la Universidad de Barcelona se creó un importante núcleo arqueológico, formado por los alumnos de Bosch Gimpera, entre los que se encontraban Lluís Pericot (1899-1978), Alberto del Castillo (1899-1976), Josep de C. Serra Ràfols (1902-1971) y Josep Colominas (1883-1959). Tras la finalización de la Guerra Civil en 1939 y el exilio del maestro, Pericot se hizo cargo de la dirección de lo que quedó de la «escuela catalana», tras pasar por la cátedra de la Universidad de Valencia, donde asimismo formó una nueva generación de arqueólogos, como Domingo Fletcher (1912-1995), Julián San Valero (1913-1997) o Francisco Jordá (1914-2004). Precisamente en Valencia, siguiendo el modelo catalán, cabe señalar la creación en el año 1927 del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación Provincial de Valencia, bajo la dirección de Isidro Ballester Tormo (1876-1950), y en relación con la cátedra universitaria de Pericot, siguiendo el modelo catalán. Pocos años antes, en el curso 1924-1925, se había constituido el Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia, el cual constituyó un excelente marco de confluencia entre profesores universitarios, estudiantes y eruditos locales [fig. 4].

No obstante, a pesar de lo expuesto hasta el momento, en este período las instituciones académicas heredadas del siglo anterior todavía mantuvieron parte de su poder y lograron no quedar desbancadas totalmente en las diferentes reformas. Entre las iniciativas que salieron de su seno está el Catálogo Monumental de España, organizado por una comisión mixta de la Academia de la Historia y de la Academia de Bellas Artes.

Investigaciones arqueológicas desde 1912 hasta la Guerra Civil

Como destacó M. Díaz-Andreu (2003: tabla 1), para el período de 1912-1934 los yacimientos que acapararon el mayor montante económico de subvenciones de la JSEA fueron Madinat al-Zahra (403.750 pts., 21,6% del total), Mérida (319.000 pts., 17,1%), Itálica (235.000 pts., 12,6% del total), Numancia (108.750 pts., 5,8%) y Sagunto (89.250 pts., 4,8%), lo que se justifica no solo por el protagonismo histórico, arqueológico y patrimonial, sino por el hecho del interés para crear áreas arqueológicas de aprovechamiento turístico y porque uno de los vocales de la JSEA era el director de la Comisión Regia de Turismo [fig. 5].

Ello explicaría la importancia concedida a Madinat al-Zahra a pesar de no tratarse de un yacimiento romano, pero que enlazaba además con el destacado interés por el pasado musulmán de España desde la Ilustración. El interés por las antigüedades árabes de España durante el siglo XIX se había basado en un enfoque histórico artístico y monumental, de corte historicista, que tuvo en los restos arquitectónicos de Granada, Córdoba y Sevilla sus principales intereses. En el caso de Madinat al-Zahra hay que destacar la actividad del arquitecto Félix Hernández Giménez (1889-1975), que fue director de las excavaciones desde 1924 en sustitución del asimismo arquitecto Ricardo Velázquez Bosco (1843-1923), y que llevó a cabo la restauración del Salón Rico, desde 1944, con el objetivo de reconstruir su forma original a partir de la integración de piezas originales y reproducciones.

La tradición de ese enfoque histórico artístico aún se advierte en la actuación de Manuel Gómez-Moreno en sus estudios de arqueología árabe, que propiciaron la dotación en 1913 de una cátedra especial de Arqueología Árabe en la Universidad Central, pero que no tuvo continuidad tras su jubilación, por lo que no enlaza con el desarrollo de la arqueología medieval española de la segunda mitad del siglo XX. Como recordaba Antonio Beltrán Martínez (1916-2006), al ganar la oposición de catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática en el año 1949 y elegir la plaza de la Universidad de Zaragoza, en la escuela de Gómez Moreno, en la que incluía a Cayetano de Mergelina (1890-1962) y Joaquín María de Navascués (1900-1975), «se denostaba la Prehistoria y se alababa hasta con exceso la teoría de las formas, que no la Arqueología, de la Edad Media» (Beltrán Martínez 1988: 96) [fig. 6].

Las excavaciones de Mérida y de Numancia se vinculan a la figura de Mélida, que fue director de ambas por nombramiento de la JSEA. En el primer caso destaca asimismo la figura de su colaborador emeritense Maximiliano Macías (1867-1935), que llevaba a cabo el día a día de los trabajos, centrados especialmente en los dos edificios de espectáculos del teatro y el anfiteatro romanos. En el caso de Numancia, las excavaciones estaban promovidas por el significado dado a la gesta heroica del *oppidum* celtibérico en su enfrentamiento con Roma, como símbolo del nacionalismo español frente al invasor. Así, las primeras excavaciones oficiales se habían realizado entre 1861 y 1867, por la iniciativa de la Real Academia de la Historia y la dirección del académico Eduardo Saavedra Moragas (1829-1912), que volvió a dirigir una nueva comisión de excavaciones entre 1906 y 1912, tras las polémicas excavaciones del alemán Adolf Schulten en 1905. A la muerte de Saavedra, los trabajos en el *oppida* continuaron hasta 1923 bajo la dirección de Mélida con el apoyo de su discípulo Blas Taracena Aguirre (1895-1951), primer director del Museo Numantino y posteriormente del Museo Arqueológico Nacional en 1939. Por su parte, Schulten escavó los campamentos de Escipión entre 1906 y 1912 (Wulff 2004).

En el caso de Sagunto, la tradición literaria que asimismo vinculaba la defensa de la ciudad frente al invasor cartaginés y la destrucción de la misma por parte de Aníbal con el carácter nacional español, se completaba con la importancia de los restos arqueológicos, especialmente su teatro romano, que fue objeto de una especial atención por parte de los ilustrados españoles durante todo el siglo XVIII y los inicios del XIX. En el período regido por la JSEA debe destacarse la actividad de Manuel González Simancas (1885-1942), militar jubilado y académico, que realizó las campañas de excavación en el yacimiento saguntino desde el año 1921, y cuyos resultados publicó en la serie de *Informes y Memorias* de la JSEA en 1921-1922, 1925-1926 y 1932, de los cuales algunos materiales fueron expuestos en el Museo Histórico Militar de la ciudad.

Finalmente, los trabajos que se generaron en Itálica bajo el nuevo marco creado por la ley de 1911 se plasmaron en las excavaciones del anfiteatro a cargo de Rodrigo Amador de los Ríos (1843-1917) entre 1912 y 1916. Precisamente en ese año de 1912 se llevó a cabo la declaración de las «Ruinas de Itálica» como Monumento Nacional, incluyéndose al año siguiente el anfiteatro, cuyos trabajos de excavación se reemprendieron, entre 1919 y 1933, bajo la dirección del pintor Andrés Parladé (Amores y Beltrán 2012).

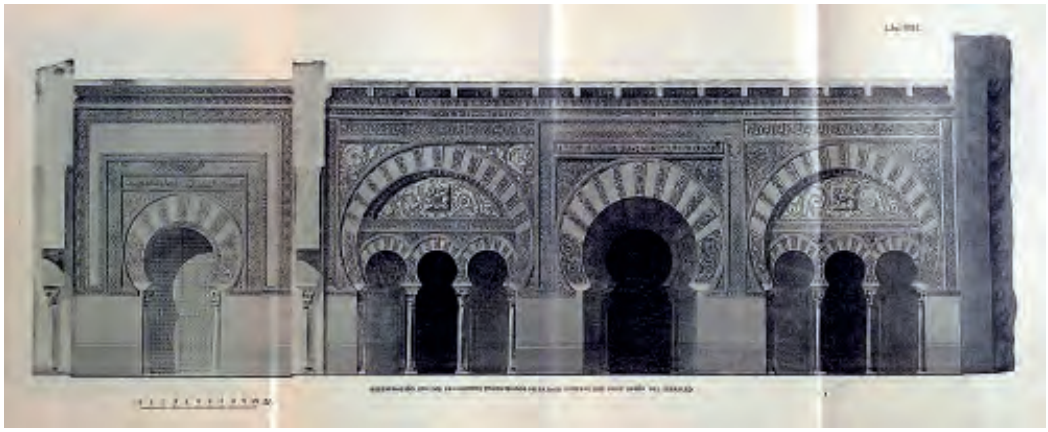


FIG. 5
Restauración con los fragmentos encontrados de la sala central del gran salón del serrallo, Madinat al- Zahra (1923).

FIG. 6
Fotografía antigua del teatro romano de Mérida, cuyo frente escénico fue reconstruido con los restos localizados entre 1910 y 1920.

En Itálica también puede apreciarse las consecuencias que ocasionaron la ley de 1911 y su reglamento de 1912, ya que de manera paralela se realizaban excavaciones de particulares para su venta a coleccionistas en un importante mercado de antigüedades que en la propia Sevilla se había organizado desde finales del siglo XIX. Otro sistema que llevaban a cabo los ricos coleccionistas era alquilar los terrenos donde realizar las excavaciones para obtener materiales escultóricos, epigráficos, monedas, cerámicas, etc., y, sobre todo, los ricos mosaicos de teselas o *sectilia*, que eran trasladados a viviendas particulares sevillanas.

Un ejemplo de las actividades arqueológicas en el ámbito provincial propiciadas por la JSEA lo encontramos en el caso de la ciudad de Cádiz, a raíz de las intervenciones arqueológicas de Pelayo Quintero Atauri (1867-1946), que llegó a la ciudad como director del Museo de Bellas Artes (Parodi y Gonzalbes 2011). Los esfuerzos por llevar a cabo excavaciones en las necrópolis fenicio-púnicas y romanas de Gadir-Gades arrancan al menos de 1912, infructuosamente. Cuando fue nombrado delegado de la JSEA en Cádiz pasó a controlar la mayor parte de las excavaciones arqueológicas gaditanas, realizadas ya desde el año 1915 en adelante de forma casi ininterrumpida, según se demuestra en la nueva serie de *Informes y Memorias de la JSEA* durante los años 1916 a 1920, 1926 a 1929, 1932 y 1933. A pesar de lo meritorio y continuado de su actividad, la labor de Quintero muestra carencias sobre todo metodológicas y refleja la triste realidad de la arqueología de campo en el ámbito español de carácter provincial.

La arqueología catalana de este período, fruto del regeneracionismo catalán que encarna el «Noucentisme», queda en cierto modo fuera de la actividad de la

JSEA. Esta se vincula, por un lado, a la actuación del Institut d'Estudis Catalans, creado en 1907 en el marco de la Diputación Provincial de Barcelona, con una Secció Històrico-Arqueològica desde 1911, y un Servei d'Investigacions Arqueològiques des de 1905 a cuyo frente estuvo Pere Bosch Gimpera, a su vez catedrático de Historia Antigua y Media Universal de la Universidad de Barcelona, como ya hemos mencionado.

La labor arqueológica del Institut d'Estudis Catalans no fue en modo alguno despreciable: desde 1907 el *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans* da noticias puntuales de las abundantes iniciativas arqueológicas de la institución (especialmente en la arqueología ibérica del Bajo Aragón), aunando los esfuerzos de la generación anterior (M. Cazurro, Ll. M. Vidal), con la de jóvenes autodidactas (J. Colominas, A. Durán i Sampere, M. Pallarés) y las primeras promociones de formación universitaria (Ll. Pericot, A. del Castillo, los hermanos Serra- Ràfols) (Gracia y Cortadella 2007). En la arqueología clásica catalana de este período destacan los trabajos realizados por el eminente arquitecto y político José Puig i Cadafalch (1867-1956), quien desde 1908, a través de la Junta de Museos de Barcelona, impulsó el inicio de las excavaciones de Ampurias. En octubre de 1909 se encontró la estatua en mármol del dios Esculapio, considerado entonces una obra del siglo IV a.C., y en diciembre del mismo año la de Artemisa-Afrodita. Las dos controvertidas esculturas fueron tomadas como pruebas palpables de la herencia helénica de Cataluña. Pero la culminación de la obra de Puig como arqueólogo clásico fue sin duda *L'arquitectura romana a Catalunya* (1934), síntesis de tres decenios de estudios que desbordaba los límites del simple catálogo de materiales para estudiar la arqueología y la arquitectura romana provincial en su entorno social (Cortadella 2016).

En el País Vasco se creó la Sociedad de Estudios Vascos/Eusko Ikaskuntza (1918), dedicada especialmente a promover y financiar prospecciones y campañas metódicas de excavaciones en yacimientos con cronologías del Paleolítico Inferior en la Edad del Bronce, con especial incidencia en el Paleolítico Superior y en la etapa dolménica, y a difundir sus resultados mediante monografías específicas en las que colaboran José Miguel de Barandiarán (1889-1991), Telesforo Aranzadi (1860-1945) y Enrique de Eguren (1888-1944).

En Galicia, los trabajos de catalogación y excavación de yacimientos arqueológicos tuvieron el respaldo institucional de la Real Academia Galega (1905), de la Sociedad Arqueológica de Pontevedra (1894) y en especial del Seminario de Estudos Galegos (1923), en cuyos *Arquivos do Seminario de Estudos Galegos* publicaron sus trabajos Florentino López Cuevillas (1886-1958) y Fermín Bouza Brey (1901-1973), entre otros.

En general, en el marco teórico, durante este período la arqueología prehistórica española dejó de lado la obsesión por los catálogos, propios del positivismo decimonónico, para abrazar los métodos del nuevo paradigma impuesto por la escuela histórico-cultural, cuyo principio fundamental consistía en rastrear el origen y la difusión de los grupos humanos a través de su cultura material. *El hombre fósil* (1916) de Obermaier junto con la *Etnologia de la Península Ibèrica* (1932) de Bosch Gimpera representaron la culminación teórica de esta corriente en la arqueología española. Entre sus características destaca la importante labor de sistematización pero también el excesivo tipologismo y la proliferación de «culturas» particulares en un afán regionalista no justificado, así como el tratamiento bélico de las «influencias» en un claro paralelismo con las conquistas e invasiones de la historia política al uso.

Excavaciones extranjeras en España de los primeros decenios del siglo XX

Las excavaciones extranjeras en España antes de la ley de 1911 no estaban sujetas a ningún control y fueron desarrolladas —salvando los casos excepcionales del inglés Jorge Bonsor (1855-1930), del belga Henri y, sobre todo, de Louis Siret (1860-1934)— por arqueólogos franceses y alemanes. Jorge Bonsor dedicó un importante esfuerzo a la investigación arqueológica de época romana, tanto en las excavaciones de la necrópolis occidental de Carmo (Carmona, Sevilla) como en otras necrópolis romanas en la zona de Los Alcores (Maier 1999; Beltrán *et al.* 2009). El reconocimiento da la estratigrafía y el análisis de los contextos tenían una sólida presencia en estos trabajos más avanzados, según se testimonia, por ejemplo, en la documentación de sus excavaciones de El Gandul entre 1908 y 1911, pero que lamentablemente quedó inédita. Finalmente deriva hacia el estudio del mundo de la protohistoria de la zona de Los Alcores, analizando el mundo funerario tartesio [fig. 7].

Desde el ámbito alemán sobresale la figura del arqueólogo Adolf Schulten (1870-1960), de gran importancia para el desarrollo de la arqueología española en aquellos decenios iniciales del siglo XX. Es significativo que, a la par que se estaban desarrollando las excavaciones dirigidas por Eduardo Saavedra en el sitio de Numancia, el alemán excavó desde 1906 a 1912 en los campamentos romanos de Escipión Emiliano, que rodeaban la ciudad celtibérica, si bien él había llevado a cabo en 1905 una intervención en el interior de la ciudad, como ya hemos mencionado. Además del interés de lo que hoy llamamos arqueología militar por parte de la escuela alemana a raíz de sus extensas investigaciones arqueológicas en los campamentos romanos del *limes* germano desde finales del siglo XIX, el hecho

La estratigrafía. Del divorcio al encuentro del tiempo y el espacio en la arqueología española

Arturo Ruiz. Instituto Universitario de Investigación en Arqueología Ibérica. Universidad de Jaén

En 1869 Antonio Machado y Núñez escribía *«... la obra del Sr. Góngora produce una impresión desagradable y un doloroso sentimiento...* ». Sorprende que una obra tan novedosa en el tratamiento de la prospección arqueológica como «Antigüedades Prehistóricas de Andalucía» produjera este efecto crítico, sin embargo sus palabras se explicitan unas líneas después *«... absortos en la contemplación de la sencilla alfarería, olvidaron que hay una ciencia positiva, exacta, que investiga las capas de los terrenos para remontarse a su origen.....»* lo que hace que estos estudios imposibiliten *«...el conocimiento de la superposición de los objetos: y al ofrecerlos todos en conjunto...., no pueden deducirse legítimas consecuencias de su antigüedad y colocación geológica o de su cronología positiva...»"* (Machado, 1869: pp. 37-38). Como bien propone J. Beltrán en este debate hay una doble tradición académica: la formación humanística en Góngora y la formación naturalista de Machado y efectivamente ambas sostienen dos corrientes teóricas distintas: el historicista idealista del primero y el evolucionismo darwinista del segundo. El caso es que de la mano de esta última corriente llegó a la Prehistoria en España, la estratigrafía geológica, aunque en su desarrollo posterior por razones académicas y políticas, se acabó configurando un hibrido conceptual, que asoció el positivismo metodológico de tradición naturalista con el difusionismo historicista, que no con el evolucionismo, como hubiera gustado a la tradición darwiniana.

Sobre la base de este planteamiento conceptual, al paso de los años, se desarrollaron dos tradiciones de investigación distintas metodológicamente, en función del tratamiento dado al tiempo y al espacio en arqueología, como si el investigador estuviera obligado a elegir entre dos dimensiones «naturalmente» divorciadas: o bien una arqueología estratigráfica o por el contrario una arqueología estilística de la arquitectura. Sin embargo, como se ha señalado, la base conceptual de ambas corrientes era la misma, pues se conformaba por una metodología positivista ordenada por tipologías o estilos según el caso, con una base teórica sentada desde el idealismo teórico [fig. 1].

El personaje más representativo de la metodología estratigráfica, fue sin lugar a dudas Luis Siret, que procedía de una formación naturalista, era ingeniero de minas y buen conocedor de la estratigrafía geológica, y defendía una lectura difusionista de la historia, en la que unas culturas sucedían a otras, gracias al impacto de su prima-

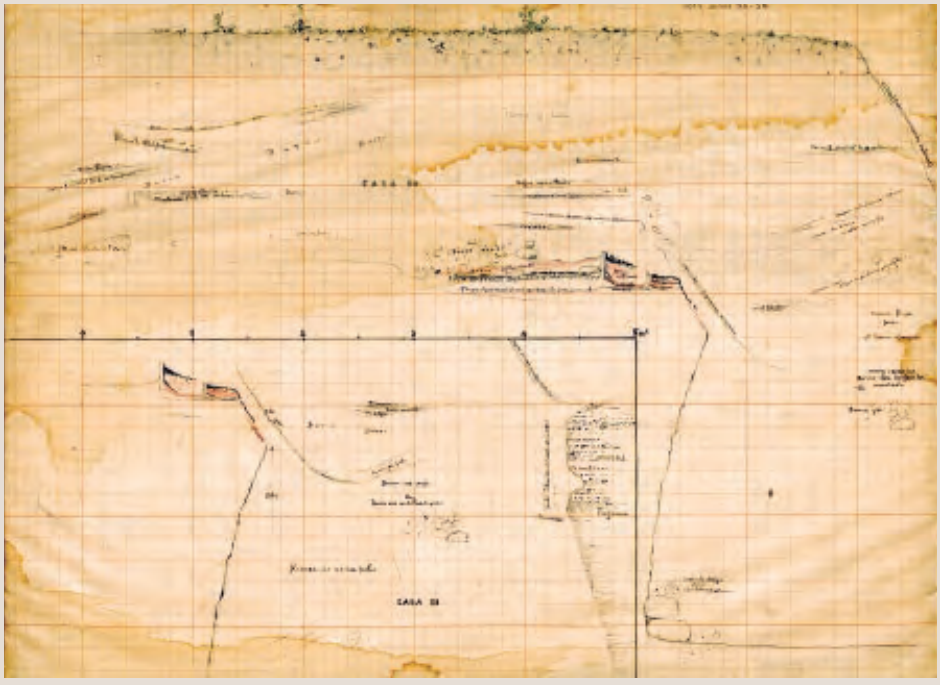


FIG. 1
Dibujo de estratigrafía de Almizaraque (Almería) por L. Siret (excavaciones de 1903-1906).

cía cultural y política, lo que determinaba una secuencia histórica, justificada desde el punto de vista estratigráfico, en la que los materiales encerrados en cada estrato, caracterizan tipológicamente cada fase cultural invasionista: los fenicios en la Edad del Cobre, los celtas en la Edad del Bronce Argárica, los cartagineses en la Edad del Hierro, etc. Esta lectura teórica se sigue muy bien, como muestra J. P. Bellon, en la correspondencia de Siret y Gómez Moreno (VV.AA. 2011). Sin embargo hay momentos de la investigación de esta etapa en que varió sutilmente la base del discurso, al cambiar la escala del análisis estratigráfico, así sucedió cuando Luis Siret (1906) en la secuencia de Villaricos, leyó en un estrato la destrucción del sitio durante la Segunda Guerra Púnica, tal y como lo escribían los historiadores romanos y posteriormente ha confirmado J.L. Lopez Castro, o en Bonsor, en el túmulo A de Carmona en 1899, cuando distinguió estratigráficamente la superposición de una fase orientalizarte y los enterramientos en silos de una fase «neolítica» anterior. En ambos casos la arqueología estratigráfica, abandonó la «Gran Secuencia» en las que unas culturas sustituían a otras, para resolver problemas de la microhistoria del sitio excavado. Esta excepción metodológica anunciaba el necesario encuentro entre el tiempo estratigráfico y el contexto espacial, fuera esta de escala macro o microespacial. Sin embargo, faltaba aun tiempo para que ello se produjera de forma definitiva y las dos dimensiones continuaron caminos divergentes.

La historia de la investigación desde la estratigrafía vertical y el dominio del tiempo alcanzó su zenit, aunque también hizo notar sus límites científicos, cuando a inicios del decenio de los sesenta del siglo XX, se produjo la articulación de las secuencias estratigráficas, fundamentadas en el difusionismo cultural y el método Wheeler-Kenyon. Este nuevo marco tuvo una de sus referencias más significativas en la protohistoria andaluza, en dos cortes estratigráficos, realizados en Carmona, Sevilla, en 1960, por Raddatz y Carriazo y en el Cerro del Real en Galera, Granada, por Schule y Pellicer en 1962. Ambos partían de una misma tradición académica, el Instituto Arqueológico Alemán, y se caracterizan por el uso del reglamentario damero wheeleriano de cortes estratigráficos y la obtención de las correspondientes secciones estratigráficas de sus perfiles. En realidad centraban su interés en la articulación de cada estrato con sus materiales arqueológicos, al modo clásico de la Geología, buscando en ellos los «fósiles guía» capaces de fijar las cronologías relativas de cada unidad estratigráfica y establecer así la secuencia cronológico-cultural del yacimiento. El método era ultra-cronológico en sus objetivos, pues aunque teóricamente Wheeler pretendía articular tiempo y espacio, el modelo jerarquizaba el análisis del tiempo sobre el del espacio, que quedaba relegado a la fase de laboratorio, consiguiendo que el dialogo espacial no se desarrollara durante la fase de intervención de excavación, frente al debate del tiempo, que en cambio tomaba el protagonismo en el campo. En términos conceptuales el aparente éxito del modelo wheeleriano destrozó el eje teórico positivismo-difusionismo historicista, al romperlo en favor del primer campo del eje, pues las dos secuencia citadas confirmaron las continuidades del poblamiento y redujeron el papel de las civilizaciones invasoras a meras influencias culturales, cuando existieron, lo que minimizó el papel de la tradicional secuencia de las grandes culturas mediterráneas como constructoras de la civilización en España. Esta crisis del viejo esquema teórico terminó de forjar un modelo de dominio absoluto del positivismo sostenido por una «teoría blanca e inocente», que llevo a producir en la arqueología española una inacabable reiteración de conjuntos de materiales estratificados que solamente satisfacían como objetivo la infinita construcción de una cronología relativa, ello en un momento en que los métodos de cronología absoluta comenzaban a suplir, con resultados más efectivos, los obtenidos en las versiones estratificadas del «fósil guía» .

Y fue ante el agotamiento del modelo wheeleriano de la estratigrafía, cuando se produjo el necesario rencuentro entre estratigrafía, entendida solo como tiempo, y el contexto espacial. Este hecho se hizo patente en las reuniones de arqueología espacial de Teruel, y sus reivindicaciones de un cambio en la arqueología española, fundamentalmente en el encuentro sobre el microespacio de 1986. No es ajeno seguramente a ello la llegada a España en aquellos años de los materiales de innovación metodológica de la arqueología anglosajona de los años setenta, sobre todo tras la primera edición en 1979 de «Principles of Archaeological Stratigraphy» de Harris o las aplicaciones de esta, como en el caso de Settefinestre. La primera de las dos obras tuvo su edición española en Crítica en 1991 y la segunda una versión restringida publicada en 1984, con el nombre de «Arqueología y Cultura Material» debida a A. Carandini. Desde entonces y en un lento, demasiado lento, proceso, los principios de la estratigrafía arqueológica han venido sustituyendo la lógica de la estratigrafía geológica, tan querida a la metodología Wheeler, y ha impuesto conceptos e instrumentos metodológicos nuevos claves para esta nueva etapa, como el diagrama multiestratigráfico de la matriz Harris, o la excavación en extensión como sustitución de los cortes o sondeos estratigráficos tradicionales y sus limitadas secciones verticales. Precisamente E. Junyent (1991) realizó un magnifico análisis de la inserción en la arqueología española de estas innovaciones y sus resistencias, en el prólogo a la edición primera edición en la Editorial Crítica de la obra de Harris.

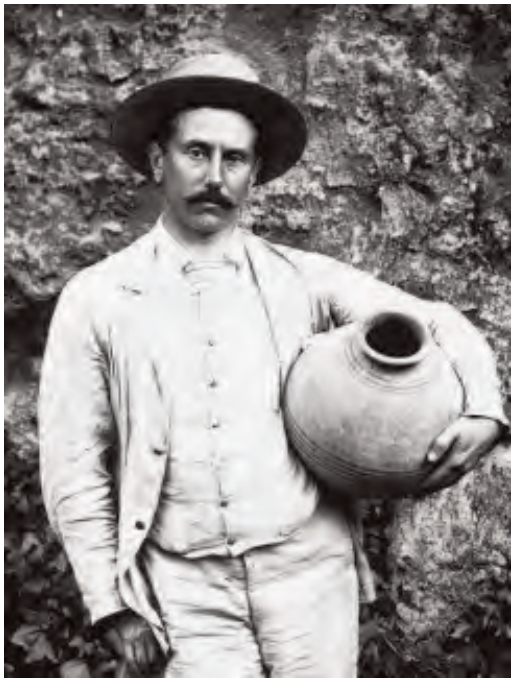


FIG. 7
Jorge Bonsor (1855-1930)

FIG. 8
Adolf Schulten (1870-1960).

de que Schulten se restringiera a las excavaciones de los campamentos de Escipión y el abandono de los trabajos en 1912, fue en parte consecuencia del interés nacional por aquellos restos, sobre todo, a raíz del nombramiento de Mélida como director de las excavaciones, que fueron visitadas por el mismo Rey Alfonso XIII el 17 de septiembre de 1919. Es sabido que, con posterioridad a 1912, Schulten basculará hacia el estudio y la búsqueda de Tarteso, entusiasmado por la arqueología protohistórica del suoroeste peninsular [fig. 8].

La excavación de Baelo Claudia (Bolonia, Tarifa, Cádiz) realizada entre 1917 y 1921 dirigida por el hispanista francés Pierre Paris (1859-1931) es un buen ejemplo de una intervención llevada a cabo por una misión arqueológica extranjera poco después de la promulgación de la ley de 1911, y que destaca como contrapunto de las realizadas por él mismo en los comienzos del siglo XX, en Osuna (Sevilla), en 1903, y en Almedinilla (Córdoba), en 1904. Pierre Paris había creado en 1909 l'Ècole des Hautes Études Hispaniques, que sufragó los trabajos arqueológicos en el yacimiento baelonense, y posteriormente, desde los años 1916 a 1928, fue impulsor de la creación de la Casa de Velázquez en Madrid. Aunque colaboraron con él en Baelo otros dos reputados arqueólogos franceses, Andre Laumonier y Robert Ricard, es de destacar asimismo la presencia del citado Jorge Bonsor, que como especialista en el mundo funerario romano llevó a cabo la excavación de la necrópolis oriental de Baelo, cuyo trabajo fue publicado en dos espléndidos volúmenes dedicados respectivamente a la ciudad y a la necrópolis.

La internacionalización de la arqueología española. El Protectorado de Marruecos hasta la Guerra Civil

La internacionalización de la arqueología española se llevó a cabo de una manera que podríamos denominar personalizada, marcada sobre todo por la presencia de arqueólogos españoles en el extranjero mediante becas de larga duración, así como de una manera más institucional, mediante la colaboración en proyectos internacionales o incluso en la organización de algunos eventos. Así, podemos mencionar entre los primeros la colaboración en los proyectos de la *Tabula Imperii Romani* (iniciado en 1928 y al que se sumó España, pero sin resultados en toda esta etapa) (Olmos 1993), y del *Corpus Vasorum Antiquorum* (iniciado en 1920, aunque el primer volumen español se editó en 1930) (Olmos 1989), además de la *Mostra Archeologica nelle Terme di Diocleziano*, del año 1911, en que una sala estaba dedicada a Hispania y estuvo ilustrada con fotografías de monumentos y reproducciones en yeso de esculturas e inscripciones. Entre los segundos, debe destacarse la organización en Barcelona, en septiembre del año 1929, del IV Congreso Internacional de Arqueología, que coincidió en la misma ciudad con la Exposición Universal de ese mismo año, claros ejemplos del aperturismo español hacia Europa, y especialmente de Cataluña [fig. 9].

La proyección española sobre el norte de África, que se manifestó de manera fallida durante la segunda mitad del siglo XIX, encuentra una cierta recompensa en los comienzos del nuevo siglo XX mediante la participación en los repartos coloniales de África previos a la Primera Guerra Mundial, que se plasma para España

FIG. 9
Asistentes destacados al IV Congreso Internacional de Arqueología celebrado en 1929 en Barcelona (23-29 Septiembre de 1929). De izquierda a derecha: Ferrandis, Pearson, Lantier, Obermaier, Albertini, Taracena, Álvarez Ossorio, Bosch Gimpera, Thomas, Rodenwalt, Mélida, Pellati y Taramelli.

en el año 1912 mediante la constitución del Protectorado del norte de Marruecos (Beltrán y Habibi 2008). La estructura de la arqueología española conformada precisamente ese año tuvo reflejo en el Protectorado, pero con su propia singularidad colonial por la influencia de los militares españoles y la presencia de las autoridades locales representantes del sultán de Marruecos. Así, el 13 de agosto de 1913 se promulgará un decreto del Jalifa de Tetuán para la «conservación de los monumentos y objetos artísticos e históricos» y en 1919 se creará la Junta Superior de Monumentos Históricos y Artísticos del Protectorado, aunque sin una efectiva actividad por la falta de recursos y las circunstancias políticas y militares, que llevaron al Desastre de Annual de 1921. La pacificación efectiva no llegó hasta el año 1927, en que se creó la Junta de Investigaciones Científicas de Marruecos y Colonias, y solo entonces se observa una actividad digna de mención en la figura de César Luis de Montalbán, cuyas principales actividades fueron las excavaciones de los yacimientos de Lixus (Larache) y Tamuda (Tetuán) y del dolmen de Mazora, con una actividad potenciada en el período republicano por el interés oficial en Marruecos, aunque en general los resultados no fueron insatisfactorios.

Una efímera experiencia

El crucero universitario por el Mediterráneo, en el que coincidieron a bordo del Ciudad de Cádiz tres generaciones de arqueólogos y prehistoriadores, puede considerarse el símbolo de una época de la arqueología española y la culminación de sus anhelos y esperanzas. El crucero fue organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central durante el verano de 1933. El barco zarpó de Barcelona el 15 de junio y realizó el siguiente itinerario: Túnez, Malta, Egipto, Palestina, Creta, Rodas, Turquía, Grecia, Italia y Mallorca, hasta regresar al puerto de Valencia el 1 de agosto. No fue concebido como una «misión arqueológica» al estilo de los viajes del siglo XIX, sino como un acto académico, una «universidad flotante» en la que se alternaban las conferencias y las visitas a museos y yacimientos arqueológicos con el objetivo de mejorar la formación de los jóvenes universitarios. Era también una embajada cultural de la floreciente Segunda República española, un aparador de la renovación pedagógica del ministro de Instrucción Pública, el socialista Fernando de los

La institucionalización de la arqueología clásica en España. Un proceso nunca culminado

Lorenzo Abad Casal. Universidad de Alicante

Las primeras cátedras de Arqueología en España surgen en 1837 vinculadas al Colegio Universal de Humanidades y al Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. Basilio Sebastián Castellanos de Losada, su primer catedrático, fue autor de un *Compendio elemental de Arqueología*, publicado en tres volúmenes entre 1844 y 1845, que podemos considerar el primer manual de la disciplina. Era una arqueología artística y monumental, en línea con la europea de la época, orientada al estudio de las antigüedades de Roma y de Grecia, aunque en este caso se incluían también aspectos generales, fuentes literarias, Persia y Egipto [fig. 1].

A partir de 1856 estas enseñanzas continuaron en la Escuela Superior de Diplomática, hasta que en 1900 sus estudios, y con ellos sus cátedras y catedráticos, se integraron en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Cátedras similares se crearon en Valencia (1908), Barcelona (1915) y Valladolid (1925), al tiempo que se consolidaban instituciones como el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, ubicado en su sede actual desde 1893.

Este pequeño recorrido histórico nos permite ubicar a una figura clave en el desarrollo de la arqueología clásica española: José Ramón Mélida, que fue archivero, bibliotecario y arqueólogo, excavador de Numancia y de Mérida, miembro de las Academias de la Historia y de Bellas Artes, director del Museo Arqueológico Nacional y desde 1912 catedrático de Arqueología en la Universidad Central [fig. 2].

La cátedra que ocupa Mélida existía desde 1900, a diferencia de otra de Arqueología Arábiga, de nueva creación, que ocupará poco después Manuel Gómez Moreno. Ya jubilado, José Ramón Mélida publicó en 1933 una *Arqueología Clásica* que recoge su experiencia docente. Su enfoque es artístico y monumental, como era propio

FIG. 1
Basilio Sebastián Castellanos de Losada (1808-1891). Retrato del MAN con sus años como Director del mismo.

FIG. 2
José Ramón Mélida (1856-1933). Retrato del MAN con sus años como Director del mismo.

de la arqueología clásica europea del momento, aunque en cada capítulo incluye unas páginas dedicadas a sus respectivas 'industrias'. Antonio García y Bellido, que había sido su ayudante durante algún tiempo, le sucede en la cátedra en 1931 y seguramente mantendría este enfoque, pues es el que encontramos en su célebre *Arte Romano* publicado en 1955 [fig. 3].

Estas circunstancias consolidarían la idea de que la cátedra de la Universidad Central era de Arqueología Clásica. En algún momento el Seminario de Arqueología en el que García y Bellido impartía sus clases pasó a denominarse *Seminario de Arqueología Clásica*, como reza el rótulo que muchos conocimos y que se conserva en el Aula de Historiografía de la Universidad Autónoma de Madrid. Su visión cotidiana haría que la cátedra de Arqueología de la Universidad Central primero y Complutense después se identificara definitivamente con una cátedra de Arqueología Clásica que nunca existió.

Pero podría haber existido, pues los trabajos de su propietario estaban en plena sintonía con la arqueología clásica europea, principalmente en su orientación alemana. Su objeto era el estudio de los grandes monumentos de las culturas griega y romana, a partir de una minuciosa descripción, de la identificación de sus paralelos y del establecimiento de una cronología lo más ajustada posible. En su orientación, la arqueología clásica incluía también el mundo indígena que había entrado en relación con Roma y dedicaba atención a los textos clásicos y a la historia antigua.

Donde este ideal de arqueología clásica estuvo más cerca de alcanzarse fue en el Instituto Español de Arqueología Rodrigo Caro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, creado en 1951 y del que Antonio García y Bellido fue su primer director. Aunque este organismo nunca llevó el calificativo de arqueología clásica, en sus primeros tiempos potenció una intensa actividad investigadora en este ámbito.

El instituto de García y Bellido era un centro de estudio e investigación recogido y silencioso, un tanto elitista, puesto que conseguir un puesto de simple lector en aquellas mesas de la entrada no estaba al alcance de cualquiera. El Instituto inició una incipiente institucionalización con la creación de plazas de colaborador e investigador científico, algunas de las cuales llevaron el perfil de arqueología clásica. El mismo que llevaba también alguna de las que por entonces se dotaban en el Museo Arqueológico Nacional.

La situación cambió al fallecer don Antonio, cuando le sucedió en la dirección José María Blázquez. El Instituto se hizo multitudinario y su orientación científica basculó hacia la historia antigua clásica y prerromana. Se inició un proceso de identificación de la historia antigua con la arqueología que ha abierto nuevas líneas de investigación y producido importantes resultados, pero que ha generado buena parte de la confusión que todavía hoy existe a nivel institucional entre ambas disciplinas.

La arqueología que se impartía en la Universidad era deudora de los antiguos programas de Mélida y García y Bellido. Poco a poco el foco se ha ido abriendo y la arqueología clásica ha acabado por incorporar las tendencias de la arqueología actual. En ello tiene bastante que ver su relación con la Protohistoria, por una parte, y con la arqueología medieval, por otra.

Pero este proceso no ha tenido un reflejo institucional. El desarrollo esperable hacia cátedras especializadas nunca se produjo. La arqueología clásica no ha contado con ninguna plataforma específica y si poco a poco ha ido tomando carta de identidad ha sido a través de la incorporación de perfiles a las plazas que se convocan en aplicación de los criterios de la LRU. Estos perfiles son «apellidos» de titularidades y cátedras, con la finalidad tanto de promover la investigación en temas o periodos en los que cada universidad se ha ido especializando como de realizar una primera criba de candidatos. Al ser complementarios ni siquiera se incluyen en los nombramientos oficiales, pero al menos han dado un cierto soporte a investigadores y grupos de investigación que están desarrollando excelentes trabajos en muy variados ámbitos de la disciplina.

FIG. 3
Antonio García y Bellido, 1945.

Desde la época del Instituto Rodrigo Caro ha habido algunos intentos de crear instituciones orientadas a la arqueología clásica. El primero, el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, creado en 1986, con una orientación principal museística. Y sobre todo el Institut Català d'Arqueologia Clásica (ICAC), promovido por la Generalitat catalana y asociado a la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona, ciudad en la que tiene su sede. Desde el año 2000 viene desarrollando una intensa labor de estudio y publicación de temas relacionados con la arqueología clásica en sus diversas facetas y orientaciones.

Las relaciones internacionales de la arqueología española, 1912-1960

Margarita Díaz-Andreu. ICREA y Universidad de Barcelona

Desde sus comienzos la arqueología se ha caracterizado por la existencia de una intensa comunicación internacional entre expertos, lo que permite el rápido traspaso de nuevas ideas y metodologías entre distintos países. Las vías de transmisión han sido diversas e incluyen congresos, estancias más o menos prologadas en el exterior, publicaciones y traducciones, las relaciones personales establecidas en proyectos de investigación internacionales y por correspondencia. En el periodo que analizamos, la Guerra Civil española de 1936-39 representa un parón que se extiende temporalmente por la confrontación a nivel mundial y el posterior aislamiento político de España a nivel internacional, solamente superarado a partir de los años cincuenta. Hay rupturas entre el antes y el después, pero también continuidades.

En la España de los años 1912 a 1960 las relaciones internacionales más intensas se producen sin duda alguna en los congresos internacionales, alguno de los cuales se celebraron en España, como en 1929 el *IV Congreso Internacional de Arqueología*. La historia misma de estos congresos refleja los avatares internacionales de la época y un ejemplo de esto es la aparición del Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (CISPP en sus siglas en francés) en 1932, en cuya formación tuvieron un papel protagonista Pere Bosch Gimpera (1891-1974) y Hugo Obermaier (1877-1946), catedráticos de las universidades de Barcelona y Madrid respectivamente. Tras la Guerra Civil, el empeño de los académicos de reintegrarse en la comunidad internacional se ve finalmente premiado en 1954 con la celebración del IV Congreso de la CISPP en Madrid. A este le había precedido el Congreso Arqueológico de Marruecos de Tetuán en 1953 con delegados provenientes de Europa y África. A otro nivel se encuentran los cursos realizados en Ampurias desde 1947, que sirven de verdadero crisol internacional y vía de transmisión de técnicas e ideas desarrollados fuera de las fronteras españolas. También la refundación en 1954 del Instituto Arqueológico Alemán tendrá un papel fundamental en esta transferencia.

Más allá de los encuentros en reuniones internacionales, la realización de estancias de estudio en el extranjero constituyó en el periodo en cuestión, otra forma alternativa de acceso al conocimiento producido en otros países. En este sentido, el gran esfuerzo realizado en España a través de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) de potenciar estas estancias y viajes entre 1907 y 1939 llevaría a un número importante de investigadores nóveles y profesionales a desplazarse al extranjero, fundamentalmente a Italia, Alemania y Francia. Tras la Guerra Civil española estos viajes continuarían sobre todo a partir de los cincuenta, ahora financiados por el CSIC.

Relacionado tanto con las conferencias internacionales como con la formación en el extranjero, existe una larga lista de investigadores desplazándose a otros países en viajes de estudio para visitar museos y yacimientos arqueológicos y, en ocasiones, también para impartir charlas en centros de investigación. La información sobre todos estos intercambios internacionales de tipo menor —pero de igual forma influyentes— es escasa y difícil de recuperar y ,solo el estudio pormenorizado de documentos en archivos puede sacarla a la luz. Uno de estos es el Fons Pericot de la Biblioteca de Catalunya, en la que la gran cantidad de la correspondencia mantenida por el profesor de la Universidad de Barcelona Lluís Pericot indica un alto número de estos desplazamientos tanto por parte de profesionales asentados como de estudiantes en formación. También nos revela un número relativamente alto de visitas de arqueólogos extranjeros a España. A su vez los españoles se desplazan y ofrecen conferencias en los países más importantes del momento, incluyendo Estados Unidos.

La transmisión internacional de ideas en arqueología se ha visto apoyada a lo largo de la historia por los profesores que han impartido docencia en otros países diferentes a los suyos de origen, habiéndose desplazado por razones políticas, económicas o personales. A pesar de que el número de personas que se incluyen en esta categoría es limitado, en España podemos señalar el caso del alemán Hugo Obermaier, quien se vería obligado a pedir asilo político por los problemas derivados del estallido de la Primera Guerra Mundial. La Guerra Civil le llevaría a dejar el país, del que también saldría exiliado hacia México el catedrático de la Universidad de Barcelona, Pere Bosch Gimpera. Una característica generalizada entre los profesores extranjeros que hace que se incremente su influencia es la publicación de obras más generales de las que habrían producido en sus propios países de origen, lo que les convierte en figuras clave en la internacionalización del conocimiento.

La publicación de artículos de investigadores extranjeros, de reseñas y traducciones y los proyectos internacionales permiten igualmente la transferencia de conocimiento de un país a otro, a la vez que reflejan el desequili-

brio en estas debido a una desigual estima de lo producido en el otro país. En todo caso, mientras que los artículos y las reseñas informan sobre la investigación en otros países en aquel momento, las traducciones se pueden demorar, siendo un ejemplo los 39 años que separan la publicación en 1929 del libro de Gordon Childe *New Light on the Most Ancient East* y su traducción como *El nacimiento de las civilizaciones orientales* en 1968. En cuanto a proyectos de investigación internacional solo son los países económicamente más ricos los que invierten en ellos y en el periodo en discusión son de tipo unipersonal. En España se encuentran ejemplos en los trabajos del alemán Adolf Schulten, el francés Pierre París o equipos en los que se combinan los de fuera y algunos locales, como los financiados por el príncipe Alberto de Mónaco sobre el Paleolítico cantábrico a partir de 1909, en las que eruditos regionales, como Hermilio Alcalde del Río, colaboraron con los prehistoriadores Henri Breuil y Hugo Obermaier [fig. 1]. Como proyectos colectivos destacan los de arqueología clásica concernientes a cerámica o a vías romanas, destacando la elaboración del *Corpus Vasorum Antiquorum* desde 1920, con participación española en 1930, 1934, 1957 y 1965 y la *Tabula Imperii Romani* desde 1928 (cuyas hojas sobre España preparadas antes de la guerra no se llegaron a imprimir. Otro proyecto resultante de una colaboración internacional es las *Fontes Hispaniae Antiquae*, desde 1922.

¿Cómo traspasan las fronteras los nuevos términos científicos y las técnicas y métodos recién inventados? Todos los procesos destacados anteriormente actúan como posibles vías de transmisión: los encuentros personales en congresos internacionales o en viajes de estudio, la correspondencia internacional entre colegas, el intercambio de publicaciones y la reseña y traducción de las mismas, además de los encuentros producidos en proyectos de investigación internacionales. Rastrear las formas concretas en que se desarrolló ese proceso resulta complicado para un momento en el que la historia oral ya es casi imposible. Quedan métodos como el análisis detallado de las publicaciones y en especial de las citas, co-autoría de artículos, presentaciones en congresos, de proyectos comunes y de correspondencia. A fin de cuentas, a través de la colaboración internacional se producen muchos de los progresos y avances en el conocimiento, pero no se puede ignorar la red de relaciones interpersonales que, junto a la política, influye en los alcances y en las limitaciones de los contactos internacionales entre los arqueólogos y arqueólogas de cada país [fig. 2].

FIG. 1
Altamira, 1925. Conde de la Vega del Sella, Henri Breuil, Compte Bégouen y Hugo Obermaier.

FIG. 2
Curso de Verano de 1940 en Ampurias (Girona) con investigadores españoles —en el centro de oscuro José Ramón Mélida— y el profesor italiano Lamboglia (tercero por la derecha en la primera fila).

FIG. 10
Puesta en escena en el teatro de Mérida de *Medea* de Séneca (en versión de M. de Unamuno) el 18 de junio de 1933 con asistencia del Presidente del Gobierno, ministros e intelectuales, con un teatro abarrotado.

Ríos, que inspirado en las teorías pedagógicas de la Institución Libre de Enseñanza, había iniciado una profunda reforma de los planes de estudio universitarios. No obstante, la caída del gabinete de Azaña en septiembre de ese mismo año puso fin al programa de viajes de estudio y el desmantelamiento de las reformas. El triunfo del Frente Popular en las elecciones de 1936 no supusieron el retorno de los viajes de estudio colectivos, y se prefirió potenciar las ayudas individuales a los investigadores (Gracia y Fullola, 2006).

El 18 de junio de ese mismo año se estrenó en el recién restaurado teatro *romano* de Mérida la *Medea* de Séneca, con traducción de Miguel de Unamuno. La iniciativa fue fruto de la colaborar entre el ministro Fernando de los Ríos y la compañía teatral de Margarita Xirgu (Dominguez 2008). Con este acto no solo se cerraba el círculo del proyecto global excavaciones que R. Mélida y M. Macías iniciaron en Mérida en 1910, la intención también era retomar el teatro clásico desde una óptica cultural y popular. El embrión del Festival de Mérida nació, así, como el Primer Festival de Arte Clásico, dentro del Ciclo de Expansión Cultural organizado por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Los elementos eran clásicos (una tragedia latina escenificada en las ruinas de un teatro romano) pero su significado iba más allá y respondía a un proyecto de «educación popular» en plena consonancia con las «Misiones Pedagógicas» que se pusieron en marcha durante su mandato [fig. 10].

Aunque al año siguiente se continuó con la programación, la vinculación de este actos con los ideales educativos y culturales de la República los puso en el punto de mira de la oposición, y el gobierno de Alejandro Lerroux, en coalición con la CEDA, dejó de patrocinar el evento hasta que, diecinueve años después, desde el contexto universitario madrileño, en 1953 se retoman las funciones de lo que es ahora el Festival Internacional de Teatro Clásico de Mérida (López 2011).

Los cambios institucionales en la arqueología durante el período franquista

Con el final de la Guerra Civil en 1939, los cambios que afectan a la arqueología española se refieren especialmente a la consolidación de la estructura institucional del bando vencedor y al nuevo marco ideológico del franquismo, en el que de manera general se vinculaba la interpretación histórica a una ideología política de carácter nacional-católica, con planteamientos que enlazaban en muchas ocasiones con posturas de investigación de corte anticuarista o con enfoques provincianos.

La victoria de Franco supuso la inmediata supresión de las instituciones arqueológicas anteriores; así la JAE fue sustituida por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), dentro del cual se creó el nuevo Instituto de Arte y Arqueología Diego Velázquez, que incluyó a buena parte del personal, como ocurrió con Manuel Gómez-Moreno, aunque la figura en alza fue el catedrático de Arqueología de la Universidad de Madrid, Antonio García y Bellido, quien desde 1940 aparece como refundador y director de la revista *Archivo Español de Arqueología*. En 1951 dirige a su vez el nuevo Instituto Español de Arqueología y Prehistoria Rodrigo

Caro, con delegaciones en Barcelona y en Valencia, orientadas al estudio de la Prehistoria y la Protohistoria. El desarrollo de la arqueología prehistórica en el marco del CSIC paliaba en cierto modo la desaparición de la antigua Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas de la JAE, producida en 1939.

El inicio de la Guerra Civil en 1936 sorprendió a Hugo Obermaier fuera de España y ya nunca volvió, por lo cual su antigua cátedra de Historia Primitiva del Hombre antiguo fue ocupada interinamente por un discípulo suyo (ayudante de cátedra desde 1931), Julio Martínez Santa-Olalla (1905-1972). Hijo de un eminente militar franquista, el general Martínez Herrera, buen amigo de Franco, Martínez Santa-Olalla es la nueva figura ascendente en la arqueología de la España de la posguerra en el período marcado por la influencia de los falangistas germanófilos hasta mediados de la década de 1950; a su influencia política unía su propia ideología pronazi, así como su formación en universidades alemanas antes de la Guerra Civil. Junto a la interinidad en la cátedra durante cerca de quince años, fue nombrado responsable, como Comisario General, del nuevo organismo creado para el control del patrimonio arqueológico y su investigación, la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas (CGEA), fundada en 1939 para sustituir al Servicio de Defensa y Recuperación del Patrimonio Histórico Nacional. En los años 1940-1941 se completó la red de Comisarios Provinciales e Insulares que controlaron buena parte de la práctica arqueológica española hasta el año 1955, con una extracción heterogénea, que muchas veces eran simples aficionados y que no pueden considerarse en general como arqueólogos profesionales, del ámbito de universidades y museos. Con el control de los medios oficiales la CGEA puso en marcha la edición de las principales series arqueológicas de posguerra, como el *Noticiario Arqueológico Hispano*, el *Acta Arqueológica Hispana* y los *Informes y Memorias de la CGEA*, continuación de los comenzados por la JSEA en 1912 [fig. 11].

La valoración tanto de la actividad de la CGEA como de la figura de Martínez Santa-Olalla, que creó en la Universidad de Madrid el seminario de Historia Primitiva, con la organización de cursos internacionales y de varios proyectos en las colonias africanas del Sáhara y Guinea ecuatorial, ha sido diversa según los autores, siendo muy crítica para algunos (Díaz-Andreu y Ramírez, 2001; Gracia, 2009) y más positiva según otros (Castelo *et al.* 1995). Lo que sí existió fue un claro alejamiento entre los estamentos arqueológicos de las universidades y la nueva CGEA, controlada por Martínez Santa-Olalla.

El período de la Guerra Civil y los primeros años del franquismo supusieron un atraso en el ámbito universitario (Beltrán, 1988: 98). En ese páramo sobresale desde Barcelona la figura de Martín Almagro Basch (1911-1984), que se formó con Pericot en Valencia y con Obermaier

FIG. 11
Julio Martínez Santa-Olalla, hablando con Himmler en Madrid (1941).

La distorsión de la Arqueología en el primer franquismo

Francisco Gracia Alonso. Universidad de Barcelona

Finalizada la Guerra Civil, la investigación arqueológica se reorganizó a través de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, regulada por Orden Ministerial de 9 de marzo de 1939 (BOE 14/03) y ratificada mediante decreto del 7 de diciembre de 1940 (BOE 11/12), a partir de la transformación del proyecto del fallido Instituto Nacional e Imperial de Arqueología presentado en 1938 al Ministerio de Educación del Gobierno de Burgos por Julio Martínez Santa-Olalla (1905-1972), quien, gracias a su militancia en Falange y sus contactos con las altas esferas del nuevo régimen, asumirá el cargo de comisario general de Excavaciones Arqueológicas que detentará hasta la desaparición de dicho organismo en 1956. La politización de la arqueología al servicio del régimen será evidente, en especial tras la depuración del personal de las universidades y museos, y el exilio de los dos referentes internacionales de la Prehistoria española antes de la guerra: Pedro Bosch Gimpera (1891-1974) y Hugo Obermaier Grad (1877-1946). Debido a sus relaciones con la arqueología nazi y fascista italiana, Martínez Santa-Olalla detentará un amplio poder entre 1939 y 1945 aunque contestado por los sectores monárquicos del régimen, en especial por el director general de Bellas Artes, Juan de Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya (1893-1978). Durante los primeros años de su mandato intentará imponer una visión colonialista e imperialista de la arqueología a través de la realización de expediciones al Sahara español y Guinea, una línea de trabajo que será aplicada también durante casi dos décadas por el Alto comisariado en Marruecos. Pese a perder parte de su poder tras la derrota del Eje, Martínez Santa-Olalla consiguió establecer una fiel red de colaboradores, externos en su mayoría a las universidades e instituciones científicas a las que consideraba focos de liberalismo, que controlarán la investigación sobre el terreno a través de las comisarías provinciales, insulares y locales. Martínez Santa-Olalla empleará los congresos plenarios de su organización para aleccionar a sus comisarios y defenderlos de los ataques cada vez más reiterados lanzados contra ellos por los investigadores profesionales.

La adaptación por los arqueólogos de la explicación interpretativa del discurso histórico a los postulados ideológicos del régimen será determinante. El estudio de las principales obras de síntesis durante el primer franquismo muestra una convergencia temática en torno a cinco ideas esenciales: la definición de la esencia y de la antigüedad de los españoles identificando bajo dicho termino a todos los pobladores de la península Ibérica sin excepción de cronología; la estructuración de la unidad política y territorial de la península ibérica desde la Protohistoria final en la mayoría de los casos e incluso desde el Calcolítico en otros; el análisis de la unidad lingüística peninsular como ejemplo determinante de cultura unitaria; la defensa de la romanización como base de la España imperial; y la importancia de la extensión del cristianismo en la formación del espíritu y el pensamiento de los españoles. Dichos postulados significaban la descalificación explícita de quienes, como Bosch Gimpera en su obra *Etnología de la península Ibérica* (1932), habían construido sus tesis explicativas de la Prehistoria final y la Protohistoria peninsulares sobre la base de diversidad territorial a partir del análisis arqueológico, unas ideas contestadas ya por Manuel Gómez Moreno (1870-1970), y que ahora se veían como un apoyo científico e ideológico a los planteamientos políticos de la descentralización autonómica emprendida durante la Segunda República, con especial énfasis en los postulados anticatalanistas. Siguiendo las directrices políticas del «nuevo estado» franquista, entre los temas de investigación destacarán: el análisis de la cultura del vaso campaniforme como primer imperio español; las migraciones indoeuropeas y la importancia de los celtas en la estructura del poblamiento peninsular, unido a la negación de un papel relevante a la cultura ibérica, así como a la colonización fenicia y púnica mediante críticas, en este caso, de claro contenido antisemita, y las migraciones poblacionales durante el Neolítico. Relevante será también el discurso ideológico vinculado al arte parietal cantábrico y levantino, presentados como ejemplos de la expresión artística de los primitivos españoles, cuyas temáticas y técnicas podían reseguirse hasta el presente. En su obra *Esquema paletnológico de la península Ibérica* (1941 y 1946), y en otros escritos, Martínez Santa-Olalla defenderá la importancia de la unidad racial, política y territorial de la España primitiva achacando a facciones a las que calificará en algún caso sin el menor rubor de rojo-separatistas, la quiebra de los sucesivos imperios españoles, cuya cronología extenderá sin complejo alguno desde el Paleolítico, al Mesolítico, el Vaso Campaniforme y la Edad del Bronce, al tiempo que planteará una visión esperpéntica de la Segunda Guerra Púnica en la que los españoles, sublevados contra la dominación cartaginesa, recibirán el apoyo de los romanos para expulsarlos de la península [fig. 1].

FIG. 1
Madrid, 14 de enero de 1950. Julio Martínez Santa-Olalla, comisario general de Excavaciones Arqueológicas, se dirige a los participantes en la I Asamblea Nacional de Comisarios de Excavaciones Arqueológicas para explicar sus tesis sobre la *expansión hispánica* del vaso campaniforme como puede apreciarse en el mapa. En la presidencia del acto figuran, de izquierda a derecha, Luís Morales Oliver, director de la Biblioteca nacional ; el marqués de Lozoya, director general de Bellas Artes, Casto María del Rivero y Julián San Valero Aparisi.

Si bien será el más ideologizado, Martínez Santa-Olalla no será el único en adaptar su discurso interpretativo al ideario franquista. Luís Pericot García (1899-1978) mantendrá en sus sucesivas obras: *Grandeza y miseria de la prehistoria* (1948), *Las raíces de España* (1952), *Los primeros españoles* (1953), *Medio siglo de prehistoria hispánica* (1964) y *Reflexiones sobre la prehistoria hispánica* (1972), una línea argumental orientada a definir la continuidad genética y especialmente cultural de los españoles desde el Paleolítico hasta el presente, resiguiendo en las diferentes etapas los elementos definitorios del carácter español, haciendo de auriñacienses y gravetienses los primeros artistas españoles; configurando la esencia del alma patria en el ámbito celtibérico-numantino, o vinculando las raíces culturales de la Andalucía contemporánea con el mundo tartesio. Entendía, sin embargo, que el orgullo por los pueblos de la Protohistoria peninsular no podía suponer obviar el reconocimiento de la trascendencia de la misión política, económica, lingüística y de unidad territorial que significaba la romanización como base de la civilización española impulsada por la acción del cristianismo, considerando también que la conquista romana significó el afianzamiento de la conciencia unitaria como hispanos de las poblaciones peninsulares. Un discurso en el que, no obstante, y a diferencia del caso anterior, subyace un profundo conocimiento de la investigación arqueológica, y del que puede deducirse una composición para su consumo en el interior de España diferente al que Pericot utilizaba en el extranjero.

Martín Almagro Basch (1911-1984) analizará también el problema de la estructuración de la historia de España, entre otras, en sus obras: *Nuevos avances científicos sobre la unidad de España* (1950), *El hombre ante la Historia* (1957), *La Historia como sustentación espiritual del hombre* (1957) y *Origen y formación del pueblo hispano* (1958). Iconoclasta de la obra de Bosch Gimpera, y en especial de su opúsculo *España* (1937) y de las sucesivas síntesis publicadas durante su exilio mexicano como *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España* (1944), Almagro defenderá, desde sus primeros artículos de prensa tras la guerra, la importancia de la colonización griega como básica para el acceso a la civilización y el desarrollo cultural de los pueblos peninsulares, y la acción de Roma en tanto que forjadora de unidad y destino, en la construcción de la Historia de España, rechazando las tesis de la diversidad territorial durante la Protohistoria, y denostando el sistema tribal enunciado en las fuentes clásicas como una muestra de barbarie. De igual modo, definirá las bases de la unidad política y territorial en torno al año 1.000 a.C., y defenderá el destino imperial y evangelizador de la España surgida de la unidad política y del cristianismo tanto en España como en América.

Los citados son probablemente los ejemplos más destacados de entre quienes se plantearon presentar una síntesis interpretativa de la historia de la península desde la Prehistoria, pero lo hicieron mediante unas ideas adaptadas a la realidad social del momento que no desmerecen los logros científicos de sus autores. Pero no fueron los únicos. Antonio García y Bellido (1903-1972) explicará la romanización como el factor clave para la civilización de los pueblos ibéricos, entendiendo su mayor florecimiento durante el período ibero-romano, al tiempo que rechazará las tesis celtistas que caracterizaron en gran medida las décadas de 1940 y 1950; Julián San Valero Aparisi (1913-1988) criticará a Bosch Gimpera y Obermaier defendiendo también el concepto temprano de unidad de España desde la negación de la diversidad territorial explicitada en función de las tipologías materiales.

Repetidas de forma constante durante el franquismo en todos los niveles educativos y culturales, las ideas surgidas de la investigación arqueológica y adaptadas al discurso ideológico del régimen calarán profundamente en la conciencia colectiva mayoritaria de la población, siendo posible reseguir en síntesis editadas a finales del siglo XX ideas similares o ligeramente modificadas que intentan explicar a un tiempo el pasado desde el presente y el presente desde el pasado.

FIG. 12
Grupo de participantes en el Primer Curso Internacional de Arqueología y Prehistoria en Ampurias (verano de 1947). De izquierda a derecha: Panyella, Lamboglia, Tarradell, Pericot, Apraiz, Palol, Panizzi y Muntanyola.

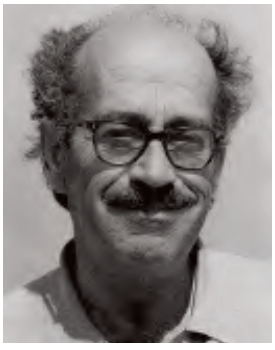


FIG. 13
Martín Almagro Basch, Joan Maluquer y Miquel Tarradell, activos prehistoriadores en los años 1950.

en Madrid, del que será ayudante entre 1932 y 1934. La Guerra Civil le sorprende como becario en Austria y Alemania y se incorpora al bando de los sublevados, siendo nombrado en 1939 director del Museo Arqueológico de Barcelona y director del Servicio de Arqueología de la Diputación de Barcelona, que conllevaba la dirección de las excavaciones en Ampurias. Catedrático desde 1940 consolida su puesto en la Universidad de Barcelona desde 1943 como titular de Prehistoria e Historia Antigua y Media (Gracia 2012). Desde 1947 organiza los cursos internacionales de Ampurias, con la presencia destacada del arqueólogo italiano Nino Lamboglia (1912-1977), especialista en cerámica romana y que aporta asimismo sus conocimientos sobre estratigrafía arqueológica, con lo cual a finales del período que estudiamos se publican ya en Ampurias resultados en el marco de estratigrafía arqueológica (Cortadella 1997) [fig. 12].

En Valencia, finalizada la Guerra Civil, el Servicio de Investigación Prehistórica se integró en la Institución Alfonso el Magnánimo e Isidro Ballester fue nombrado Comisario de Excavaciones Arqueológicas de la provincia. A su muerte fue sustituido en la dirección del Servicio por Domingo Fletcher con Enrique Pla Ballester (1922-1988) como subdirector. La recuperación de la actividad arqueológica se completó con la llegada de Miquel Tarradell, del que hablaremos más adelante, a la cátedra de Arqueología de la Universidad de Valencia (1956) y la creación de la revista *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* (1962).

La actividad arqueológica en el País Vasco durante los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil se canalizó a través de instituciones como la Sociedad de Ciencias Aranzadi (1947) y especialmente la Institución Príncipe de Viana (1940), perteneciente a la Diputación Foral de Navarra, con la que colaboraron arqueólogos como Blas Taracena y, a su fallecimiento, Joan Maluquer de Motes. En Francia, desde el exilio Barandiarán fundó el Institut Basque de Recherches, cuyos órganos de expresión eran las revistas *Ikuska* (1946) y *Eusko Jakintza* (1947), llenando esta última el vacío dejado por la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, desaparecida en 1936. La influencia de Barandiarán se hizo sentir sobre todo tras su vuelta a España, cuando la Sociedad de Ciencias Aranzadi le apoyó y logró así resucitar proyectos anteriores como el *Anuario de Eusko Folklore* (1955) [fig. 13].

Las escasas relaciones internacionales de Santa-Olalla unido a los profundos traumas que habían afectado al mundo académico en general influyeron en el desinterés por proyectos internacionales como el

Corpus Vasorum Antiquorum, que se encauzó hacia un producto más local, el *Corpus Vasorum Hispanorum*. En paralelo, se publicó el *Corpus Vasorum Antiquorum* del Museo de Barcelona (Bosch Gimpera, Serra Ràfols y Colominas, 1957 y 1965), y el posterior de Ullastret e Ibiza, obra de Maluquer y sus colaboradores. Otro caso, reemplazado por una variante menos pretenciosa, fue la *Tabula Imperii Romani*, proyecto internacional de investigación histórica y cartográfica del mundo romano iniciado en 1928, que después de la guerra se reconvirtió en las *Cartas Arqueológicas Provinciales*, orientadas a la elaboración de un índice de yacimientos arqueológicos de la Antigüedad, con resultados más bien escasos. España no se incorpora, al menos de forma activa a un proyecto internacional, hasta el *Corpus Signorum Imperii Romani*, puesto en marcha en 1963 (Rodà, 2001: XI).

La arqueología española en el norte de Marruecos desde 1939 a 1956

Los territorios del Protectorado español en Marruecos presentaron un carácter especial en la España franquista por la singularidad política que detentaba el Alto Comisariado y por la existencia de instituciones propias, con un Servicio de Arqueología del Protectorado. De hecho, la CGEA, que tuvo comisarios insulares para Canarias y Baleares, no poseyó competencias en este territorio. En el año 1941 se creó el Patronato de Investigación y Alta Cultura de Marruecos, por orden del Alto Comisario español en el Protectorado. Estas circunstancias explican que en el año 1939 se nombre al referido Pelayo Quintero Atauri, que había desarrollado una intensa actividad arqueológica en Cádiz, como responsable de la arqueología del Protectorado, siendo Inspector General de Excavaciones y director del Museo de Tetuán a pesar de su avanzada edad, con más de 70 años y estando ya jubilado de su puesto como director del Museo de Bellas Artes de Cádiz.

Pelayo Quintero desarrollará su actividad arqueológica casi fundamentalmente en Tamuda, entre los años 1940 y 1946, aunque desde el año 1943 su actividad se verá mermada por problemas de salud. El año de su muerte, la campaña de 1946 será realizada por el padre César Morán Bardón, que tenía cierta experiencia en la arqueología marroquí, pero la sustitución de Quintero no recabó en este sacerdote agustino sino en un miembro de la nueva arqueología universitaria, Miquel Tarradell (1920-1995), que se había formado en la Universidad de Barcelona entre los años 1940 y 1944, colaborando en las excavaciones de Ampurias y en el Museo Arqueológico de Barcelona. Entre 1946 y 1947 Tarradell había dirigido el Servicio de Arqueología Provincial de Granada. A partir de 1948, como nuevo Inspector General de Excavaciones y director del Museo Arqueológico de Tetuán, realizó una importante actividad arqueológica, que no solo supuso la continuación de la excavación del yacimiento, sino también en los de Lixus y El Benian, además de otros estudios del territorio y de sitios prehistóricos, que culminaron en 1953 con la organización en Tetuán del I Congreso Arqueológico de Marruecos Español. Tras el desmantelamiento del Protectorado y la entrega de estos territorios a Marruecos en 1956, Tarradell volvió a España y ganó una cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática en la Universidad de Valencia en ese mismo año.

El aperturismo en la arqueología española durante la década de 1950

La ley de 29 de julio de 1943 sobre ordenación de la Universidad española fue un revulsivo para los estudios y la organización de la arqueología. No solo organizaba la estructura universitaria en facultades y cátedras (con profesores adjuntos y ayudantes) sino que proponía una vinculación más efectiva con los institutos del CSIC, en el marco de doce distritos universitarios, con otras tantas universidades (Barcelona, Granada, La Laguna, Madrid, Murcia, Oviedo, Salamanca, Santiago, Sevilla, Valencia, Valladolid y Zaragoza).

La situación de la arqueología española cambió de forma inexorable durante la década de 1950 por diversos factores, entre los que sobresalen el aperturismo del régimen franquista, la desaparición de la CGEA y el desarrollo de las cátedras universitarias de Prehistoria y de Arqueología, Epigrafía y Numismática, así como la creación de los Institutos de Arqueología y Prehistoria Rodrigo Caro (1951) y Español de Prehistoria (1958) del CSIC, como hemos tenido ocasión de mencionar.

En el marco de la preparación del IV Congreso de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas que iba a celebrarse en Madrid en 1954, bajo la presidencia científica de Lluis Pericot y la secretaría de Antonio Beltrán, cuenta este en su autobiografía (Beltrán, 1988: 105) que Franco, al que presentaban el proyecto, hizo patente sus reticencias de las aptitudes y capacidades de Martínez Santa-Olalla para dirigir la arqueología española. Aunque Martínez Santa-Olalla fue uno de los ponentes del Congreso (Neolítico y Edad del Bronce), junto a Pericot (Paleolítico) y Almagro (Edad del Hierro), su suerte estaba echada.

El primer episodio lo marcó el hecho de que, convocada por fin en el mismo año de 1954 la cátedra de Prehistoria de la Universidad de Madrid que ocupaba interinamente Martínez Santa-Olalla, el vencedor de la oposición fuese Martín Almagro. El segundo episodio se llevó a cabo con la entrega en 1955 al ministro de Educación, Joaquín Ruiz Jiménez, de una carta en con-

La Arqueología en el NO-DO

Gonzalo Ruiz Zapatero. Universidad Complutense y SEHA

El *Noticiario Cinematográfico Español*, popularmente el NO-DO, creado en 1942 por el régimen franquista, fue un noticiario de obligada proyección en todos los cines españoles (Sánchez-Biosca y Tranchet 2006). Así fue desde 1943 a 1976; luego sobrevivió hasta 1981 pero ya con exhibición voluntaria. El NO-DO es una pieza esencial de la «memoria sentimental» de varias generaciones de españoles que empieza a ser analizado desde una perspectiva histórica (Cardona y Abella 2008). Los noticiarios, de entre 10 y 15 minutos, eran ágiles con noticias diversas que pretendían, como rezaba la leyenda de su cabecera, poner «el mundo al alcance de todos los españoles», aunque en realidad la autopropaganda y la presencia abrumadora de Franco constituían el objetivo fundamental. La presencia del dictador en la década de los años sesenta alcanzó su máxima expresión, especialmente con ocasión de inauguraciones de obras públicas, sobre todo pantanos, que llegaron a crear una imagen tópica en la memoria colectiva de los españoles, como bien ha destacado S. Elwood (1988).

El NO-DO fue sin duda alguna un instrumento de propaganda política, un auténtico «catecismo social» (Rodríguez Martínez 1999) pero también al mismo tiempo un testimonio —ciertamente sesgado—, de la vida cultural, artística y aún del entretenimiento y ocio popular del franquismo. Y hay que recordar que entre los años 1940 y 1970 el cine en España era una de las principales distracciones populares a la que accedían todos los públicos, un auténtico fenómeno de masas. Y encima hasta la generalización de los aparatos de televisión a lo largo de la década de 1960 (cerca de 3 millones de receptores) casi el único medio audiovisual accesible para la inmensa mayoría de la población. De ahí la importancia que, sin duda alguna, tuvo el NO-DO en la sociedad española de aquellos años [fig. 1].

Por eso, también la Arqueología, el patrimonio histórico y los museos arqueológicos aparecieron —de forma discreta y limitada eso sí—, en algunos de los miles de noticiarios que se proyectaron a lo largo de casi cuarenta años en todos los cinematógrafos el país. En el NO-DO aparecieron noticiarios relacionados con la historia y la arqueología que se han agrupado en cinco categorías (Gurruchaga 2017): 1) restauraciones y recuperaciones de sitios y monumentos dañados en la Guerra Civil y la II Guerra Mundial, para señalar a sus culpables y mostrar que «reconstruir ese pasado sirve para revivirlo»; 2) aniversarios (centenarios y milenarios) de relevantes hechos de la Historia de España, como la construcción del acueducto de Segovia, el final de la Reconquista, la creación del reino de Castilla, el reinado de los Reyes Católicos, los viajes colombinos, la batalla de Lepanto o el 2 de Mayo de 1808; 3) actos políticos y recepciones de instituciones del régimen que tuvieron

FIG. 1
El NO-DO recogió un número significativo de noticias relacionadas con la vertiente más social de la arqueología. Inauguración de Franco de las nuevas salas del Museo Arqueológico Nacional (23-III-1970), con su director, Martín Almagro, dirigiendo la visita.

FIG. 2
Fotogramas del NO-DO con Franco en la inauguración del Museo Arqueológico de Sevilla (10-VI-1946).

como fondo distintos escenarios del Patrimonio Histórico, Artístico y Arqueológico, con el objetivo de engrandecer el presente, como El Escorial, la Alhambra, el teatro romano de Mérida, el acueducto de Segovia o las murallas medievales de Ávila; 4) recreación divertida y en clave humorística de pasados tópicos sin ningún ánimo de rigor histórico, como fiestas o parodias con disfraces de trogloditas y de otros periodos históricos; y 5) arqueología, museos y restauración en sentido estricto.

Si atendemos a la última categoría, la específicamente arqueológica (Gurruchaga 2017: 1032 ss.) constatamos que en las primeras décadas, las noticias giran en torno a unos temas que se repiten continuamente. En primer lugar, las excavaciones arqueológicas y los hallazgos que deparaban, desde las terrazas paleolíticas del Manzanares madrileño, a los restos de la ciudad de Ampurias (Gerona) pasando por la Alcazaba de Málaga. De las que se destacan su gran antigüedad o su valor estético y artístico y sirven para ofrecer imágenes de «excavaciones en acción», con el atractivo de los hallazgos recién efectuados o exhibidos en el propio yacimiento arqueológico ante las cámaras. Los hallazgos casuales y espectaculares como el tesoro de Villena (Alicante) también se abren paso en los noticiarios. En segundo lugar, los museos arqueológicos son noticia por sus inauguraciones —como el de Sevilla o la reproducción de Altamira en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid—, o ciertas piezas arqueológicas de notable valor, casi siempre artístico. Aquí el proceso más buscado es el del siglado, restauración y exposición museográfica de los objetos. En este caso, algunas imágenes de salas, con detalles de vitrinas y paneles pueden servir para cubrir la pérdida de documentación de museologías de aquellos años como herramienta historiográfica de la museografía arqueológica (Gurruchaga 2017: 1034) [fig. 2].

Por tanto, de alguna manera los documentales arqueológicos del NO-DO de la primera época expresan bien el interés por la excavación en marcha, y sobre todo los objetos hallados y su instalación en los museos. Mientras que en una segunda etapa (las décadas finales entre 1960 y 1981) a esos temas tradicionales se añaden algunos congresos arqueológicos destacados y la dimensión turística de ciertos sitios y yacimientos arqueológicos. No fueron muchos los arqueólogos que se asomaron a las pantallas del NO-DO pero parece que Martín Almagro Basch (1911-1984), que en los años de apogeo del noticiario llegó a ser el arqueólogo más famoso, por sus investigaciones y publicaciones y por los cargos que acumuló como catedrático de la Universidad Complutense, Director del Museo Arqueológico Nacional e Inspector General de Excavaciones Arqueológicas, fue el que más se prodigó.

El interés por relacionar el turismo con la cultura —también la arqueología— constituyó un ingrediente más de aquel eslogan *Spain is different* atribuido al Ministro Manuel Fraga Iribarne. Poco a poco se iba abriendo paso, tímidamente, la idea de rentabilidad social y económica del Patrimonio Arqueológico.

Un análisis detallado y contextualizado de la arqueología, mostrada por los noticiarios del NO-DO, proporcionará sin duda más información cualificada de uno de los medios de difusión de noticias más poderoso de la arqueología en las décadas del ecuador del siglo pasado. Y con todo su testimonio, es un reflejo de la consideración social que la arqueología tenía en la España de Franco: escasa y limitada.

FIG. 14
Antonio Beltrán Martínez y su esposa, Trinidad Lloris Miralles, en un yacimiento arqueológico no identificado hacia mediados de los años 1950.

tra de la CGEA, firmada por destacados catedráticos universitarios: Lluis Pericot y Alberto del Castillo de la Universidad de Barcelona, Antonio García y Bellido y Martín Almagro de la de Madrid, Antonio Beltrán Martínez de la de Zaragoza, Cayetano de Mergelina de la de Murcia, y Joan Maluquer de la de Salamanca, con lo que se logró la suspensión de la CGEA en 1955. En su lugar se creó ese año el Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas, estructurado en diversas delegaciones que respondían a los distritos universitarios, a cuyo frente estaría un catedrático universitario de Prehistoria o de Arqueología. No obstante, se observó un período de transición en el que siguió actuando el propio Martínez Santa-Olalla y algunos de sus comisarios en el marco provincial, amén de la continuidad de servicios arqueológicos en el ámbito de las Diputaciones Provinciales, como ocurre en Barcelona, Valencia y Madrid, o incluso la creación de algunos otros, como es el caso de Granada (1946-1947), Gerona (1950), Asturias (1952), Salamanca (1954) y Vizcaya (1958).

En el ámbito universitario, una nueva generación de arqueólogos va ocupando cátedras, actualizando y normalizando la docencia de la disciplina y las intervenciones arqueológicas. Así, al igual que Antonio Beltrán obtuvo la cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática en la Universidad de Zaragoza en el año 1949, Joan Maluquer accedió a la de Salamanca en el mismo año, mientras que Miquel Tarradell accedió a la de la Universidad de Valencia en 1956. Además, Pere de Palol (1923-2005) obtuvo la cátedra de Arqueología de la Universidad de Valladolid en 1956, iniciando las excavaciones de la ciudad romana de Clunia, aunque su orientación investigadora derivó hacia la arqueología paleocristiana y medieval. En el último año del período que consideramos, Gratiniano Nieto Gallo (1917-1985), discípulo y yerno de C. de Mergelina, ocupó la cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática en la Universidad de Murcia, mientras que Antonio Blanco Freijeiro (1923-1991), discípulo dilecto de García y Bellido, ganó la oposición de esa misma titulación para la Universidad de Sevilla, tras la jubilación de J. de M. Carriazo [fig. 14].

Asimismo, hay que tener presente la consolidación de los Congresos Nacionales de Arqueología, a raíz de la iniciativa llevada a cabo por Antonio Beltrán de organizar los Congresos Arqueológicos del Sudeste. El primero de estos últimos se realizó en 1945 en Cartagena, donde Beltrán era el director del Museo Arqueológico Municipal. Aunque contó con el apoyo inicial de la CGEA y del propio Martínez Santa-Olalla, que incluso inauguró el II Congreso de 1946, celebrado en Albacete, ya en el III Congreso del Sudeste, celebrado en Murcia en 1947, la presencia determinante fue para los profesores universitarios y directores de museos, como C. de Mergelina, B. Taracena, A. García y Bellido, M. Ballesteros, M. Almagro, J. M. de Navascués y J. Cabré. Finalmente, en su quinta celebración, realizada en Almería en 1949, el V Congreso Arqueológico del Sudeste (que a la postre sería el último) tuvo asimismo la consideración de I Congreso Nacional de Arqueología, y a partir de aquí se celebraron periódicamente, por lo general de manera bianual. Durante el período que nos ocupa se celebraron respectivamente en Madrid (1951), Galicia (1953), Burgos (1955), Zaragoza (1957), Oviedo (1959) y Barcelona (1960).

Presencia de instituciones arqueológicas extranjeras

Exponente asimismo del aperturismo español del momento y de su arqueología fue la presencia de instituciones extranjeras en nuestro país. La más trascendental para el desarrollo de esta disciplina en España

durante la segunda mitad del siglo XX, sobre todo en el ámbito de la metodología arqueológica, fue la del Instituto Arqueológico Alemán. Su sede se inauguró en 1954, el mismo año de la celebración en Madrid del IV Congreso de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas. Su primer director, Helmut Schlunk (1906-1982), especialista en arqueología de la Tardoantigüedad, dirigió el estudio de la villa y mausoleo tardorromanos de Centcelles (Tarragona). Desde un primer momento, también se incorporaron al Instituto el arquitecto T. Hauschild y W. Grünhagen, que dirigió las excavaciones en la ciudad romana de Munigua (Villanueva del Río y Minas, Sevilla), y los prehistoriadores E. Sangmeister y H. Schubart, que tendrán un protagonismo importante en el desarrollo de la Prehistoria Reciente y Protohistoria peninsulares. Exponente de ello son los abundantes e importantes proyectos de investigación en todo el territorio peninsular y desde la Prehistoria hasta la Edad Media, así como la publicación de la revista *Madrider Mitteilungen* y las series de monografías *Madrider Forschungen*, *Madrider Beiträge* e *Iberia Archaeologica*.

De menor trascendencia, pero ciertamente representativo de aquel momento, fue el inicio de la colaboración de la norteamericana William L. Bryant Foundation, que promocionó desde el año 1952 las excavaciones en la ciudad romana de Pollentia (Mallorca), bajo la dirección de M. Tarradell, A. Arribas y D. Woods, así como en la necrópolis de Son Real (Mallorca), desde 1957, antecedentes de otras importantes intervenciones en otros yacimientos arqueológicos españoles a partir de 1960, como Tarragona, Ampurias o Carteia.

Finalmente, exponente de ese mismo proceso de apertura, de manera excepcional España tuvo una presencia en la arqueología internacional con la constitución en 1959 del Comité Español para el Salvamento de los Tesoros de Nubia, en el marco de la UNESCO, con una serie de campañas realizadas desde 1960, que fueron dirigidas por Martín Almagro Basch y en las que intervinieron otros investigadores, futuros catedráticos universitarios, como Francisco José Presedo Velo (1923-2000) o Manuel Pellicer Catalán (1926).

FIG. 15
Portada de la obra de H. Obermaier y A. García y Bellido *El Hombre prehistórico y los orígenes de la Humanidad* (Madrid, Revista de Occidente, 1941).

Desarrollo de la investigación

Paleolítico y Mesolítico

Para Obermaier, el abate Breuil y Bosch Gimpera, la cultura franco-cantábrica y la denominada cultura capsiense representaban las dos grandes unidades étnicas de la península que, una vez formadas, se encontraban casi siempre por debajo de los grupos étnicos posteriores. Ellas habrían sido las autoras de dos concepciones artísticas perfectamente diferenciadas, el arte rupestre franco-cantábrico (con sus representaciones de animales aislados) y el arte capsiense del Este y del Sur (con escenas complejas de animales y hombres), que respondían, según Obermaier y Bosch, a una diferente psicología étnica [fig. 15].

En aquella época se había observado en los yacimientos paleolíticos de buena parte de la península una industria lítica caracterizada por el uso de microlitos totalmente diferente a la del paleolítico superior europeo (Auriñaciense, Solutriense y Magdaleniense). A aquella industria lítica peninsular se le asociaban las pinturas rupestres levantinas. Las cosas cambiaron cuando se conoció mejor el capciense africano y, al mismo tiempo, se descubrió una industria microlítica mediterránea en Francia e Italia parecida a la peninsular (Gravetiense).

Un primer toque de atención fueron los hallazgos del Parpalló (Gandía), donde Pericot identificó la secuencia cultural Auriñaciense, Solutrense Magdaleniense en una zona meridional en la que teóricamente debía predominar el Capsiense. Paralelamente, la cronología del mal llamado «arte levantino» derivó en un intenso debate entre investigadores españoles y extranjeros o entre diferentes escuelas nacionales (la de Obermaier y Bosch contra la de Gómez-Moreno y Hernández Pacheco). Bosch mantuvo hasta su muerte la cronología paleolítica de aquel arte, defendida por Breuil y Obermaier. En cambio Gómez-Moreno, Hernández Pacheco y Cabré creían que eran más bien mesolíticas y neolíticas ya que no aparecía en ellas fauna cuaternaria, algunas escenas mostraban hombres con rebaños, cestos y tejidos, y además la industria lítica de las cercanías no era paleolítica. Por su parte Pericot propuso una evolución de las pinturas desde el Paleolí-

tico superior al Mesolítico, aunque nunca rompió totalmente con los viejos moldes creados por la se ha dado en llamar «prehistoria de los Abates» (Obermaier y Breuil) (Fernández Martínez 2001).

Neolítico y Edad del Bronce

Para Bosch Gimpera, la cultura más importante derivada del capsiense desde el eneolítico fue la «cultura de las cuevas». El término lo acuñó en su primera obra de síntesis (*Prehistòria catalana*, 1919) para referirse a la primera cultura neolítica de Cataluña. Con tal nombre quería indicar que no hubo una rotura absoluta con el poblamiento del Paleolítico Superior, también en cuevas. En cierta medida, el término respondía a la realidad de la investigación del momento ya que las cuevas eran fáciles de localizar y los materiales arqueológicos podían ser recuperados sin grandes dificultades. En el esquema de Bosch, los grupos más importantes, evolucionados a partir de la «cultura de las cuevas», fueron la «cultura del vaso campaniforme» (formada por agricultores del valle del Guadalquivir) y la «cultura portuguesa», creadora del megalitismo.

La «cultura de las cuevas» de Bosch, o «hispano-mauritana» según Santa-Olalla, fue perdiendo su filiación africana, fue llamada posteriormente «Neolítico I» y «Neolítico Antiguo», aunque otros investigadores prefirieron el término «cultura cardial». Conforme se conocía mejor esta cultura en todo el arco del Mediterráneo occidental, desaparecía la hipótesis africana en beneficio de una cultura neolítica occidental mediterránea anterior al vaso campaniforme. Sobre este último, la famosa «teoría del reflujo», planteada por Edward Sangmeister en 1963, ponía en duda el esquema defendido por Bosch y Alberto del Castillo. Para Sangmeister hubo un primer movimiento difusor, desde la desembocadura del Tajo hacia Europa («flujo»), que provocó la aparición de dos nuevos tipos campaniformes en los Paises Bajos y Bohemia-Hungría, y que a su vez se expandieron hacia el Sur («reflujo») (Hernando 2001).

En cuanto a Los Millares, para los hermanos Siret había sido el resultado de la llegada de pueblo forastero de origen oriental, y la cultura de El Argar consecuencia de una invasión de celtas centroeuropeos durante la Edad del Bronce. En cambio, para Bosch, los Millares representaban una invasión de la «cultura megalítica portuguesa» y El Argar era el momento culminante de una evolución o resurgimiento indígena (la llamada «cultura de Almería», de origen africano), como sostenía su maestro Hubert Schmidt.

Las fechas del Carbono 14 y el mejor conocimiento de la arqueología norteafricana han modificado completamente estos planteamientos. Se ha demostrado que la «cultura de Almería» no era un bloque homogéneo y no es fácil encontrar esa unidad planteada por Bosch. Respecto a El Argar, se trataría más bien de un fenómeno más local, lejos de la supuesta gran expansión peninsular imaginada en la Edad del Bronce (Lull *et al.* 2015).

Las colonizaciones

En cuanto a fenicios y griegos, en aquellos años se compartía la idea de que la batalla de Alalia (535 a.C.) fue un punto de inflexión histórico que cortó los contactos de los griegos con el sur peninsular. Simplificando el esquema interpretativo, después de Alalia fenicios y cartagineses se quedarían con el control del sudeste e Ibiza, mientras que los griegos controlarían la costa del Noreste y en particular Cataluña.

La cultura ibérica

Hasta finales del siglo XIX los estudios sobre los íberos se basaban casi exclusivamente en las fuentes literarias clásicas. La situación empezó a cambiar cuando se atribuyeron restos materiales a este pueblo. En este aspecto fue importante el descubrimiento de la *Dama de Elche* (1897) y la obra de Pierre Paris, (*Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive* 1903-1904) al permitir abordar nuevos problemas como las áreas de ocupación, la etnia e influencias, pero quedaba pendiente el tema cronológico. Fue aquí donde la tesis doctoral de Bosch Gimpera sobre la cerámica ibérica (1915) consiguió datar esta cerámica tomando como «fósil director» la cerámica griega a ella asociada. De 1916 a 1939, se realizaron excavaciones sistemáticas de los yacimientos conocidos buscando solucionar problemas culturales e históricos, pero a partir de 1940 y hasta 1952 la situación cambió drásticamente. Durante el primer decenio posterior a la Guerra Civil se asistió a una exaltación de lo céltico como base de los antecedentes étnicos y culturales de los españoles. Martínez Santa-Olalla negó la existencia misma de la cultura ibérica y propuso en su lugar la idea de un territorio celta mediterraneizado por las influencias griegas, púnicas y romanas. En el mismo marco de referencia puede situarse el debate sobre la cronología del mundo ibérico. García y Bellido, a partir de 1941, avanzó el desarrollo del arte ibérico hasta los siglos III y I a.C. Para él, solo la penetración romana hizo posible el nacimiento y el desarrollo de una estatuaria, cerámica y arquitectura propiamente ibéricas, ya que la escultura y la orfebrería consideradas como ibéricas eran en realidad —según afirmaba— un arte griego provincial, hecho por griegos y para griegos. Hemos de esperar a los años cincuenta para que algunas voces se alzaran contra esta cronología alta de la cultura ibérica. Pericot y Fletcher defendieron la existencia de una auténtica identidad ibérica con influencias hallstáticas y romanas, pero la aportación más importante vino de la mano de Nino Lamboglia y su tipología de la cerámica campaniense (1952), fósil director para los yacimientos ibéricos a partir de la conquista romana. El mejor conocimiento de los datos arqueológicos ayudó a que Maluquer destacara la

base uniforme del substrato hallstático del NE peninsular que, a partir del siglo V y IV, se habría iberizado progresivamente en su cultura material. Para Maluquer, los romanos, a su llegada al NE, encontraron a los invasores hallstáticos de los campos de urnas fundidos con la masa de población preexistente y en posesión de una cultura ibérica. En los años sesenta y setenta, fruto de los nuevos descubrimientos, se insistió más en las influencias fenicias y del Mediterráneo oriental sobre la cultura ibérica (Ruiz 1993; Olmos 1994a).

Los celtas peninsulares

Después de la Guerra Civil, como ya hemos dicho, Martínez Santa-Olalla hizo desaparecer a los íberos para convertir a los celtas en el elemento europeo en el marco cultural y racial. Lo ibérico, para él, no existió. En su lugar hubo una tendencia iberizante debida a las influencias mediterráneas empezando por los fenicios y terminando con los romanos. En la misma línea, Almagro Basch presentaba una total celtización de la península, en la que la cerámica y las armas ibéricas tenían precedentes centroeuropeos y lo ibérico quedaba reducido a un fenómeno cultural fruto de influencias mediterráneas tardías paralelas a la romanización (Ruiz Zapatero 1993).

Arqueología clásica

La renovación de la arqueología clásica en España está ligada directamente con la figura Antonio García y Bellido. Había conseguido la cátedra de Arqueología clásica en 1931 con solo 28 años, merced al apoyo de sus maestros Mélida y Obermaier, tras una intensa formación en el extranjero, especialmente en Alemania, mediante el disfrute de diversas becas. Aunque en sus primeros años ocupó de la arqueología protohistórica peninsular hispana, en concreto del mundo ibérico y del de las colonizaciones griega y fenicia, su investigación se centró posteriormente en el campo de la arqueología e Historia Antigua de Hispania, campo en el que alcanzó sus principales logros científicos (Olmos 1994b; Blázquez y Pérez 2004; Bendala *et al*. 2005).

La postura de García y Bellido fue la de desarrollar una disciplina alejada de la ideología imperante, dentro de las posibilidades y las limitaciones siempre presentes. Por un lado, el estudio de la antigüedad hispanorromana no ofrecía tantas dificultades ideológicas como otros períodos de la Protohistoria peninsular para eludir el debate ideológico-político de fondo, que sí se percibe con claridad en el caso del binomio íbero-celta. Por otro lado, la dictadura franquista, ya consolidada a la par que cambiaba el panorama político mundial enfrentado en dos bloques, no echaba en falta una ideología fascista que afectara a los estudios históricos o arqueológicos como había sucedido en Italia y que alejaba al régimen de los posibles aliados del bloque occidental.

Dentro del historicismo cultural propio de la arqueología europea, García y Bellido pretendía que la disciplina arqueológica fuese de rigor y altura científicos, y que llegara a estar a la par de las del resto de países del entorno cultural, en especial de la escuela alemana. Hasta aquel momento, las grandes figuras de la arqueología clásica clásica española de principios de siglo, como Ramón Mélida o Gómez-Moreno, no eran historiadores al uso, sino que combinaban en sus trabajos diversas disciplinas (la arqueología, la numismática, la epigrafía o la historia del arte). El avance de la centuria hizo que los límites entre estas especialidades se dibujasen con mayor nitidez y obligó a un mayor rigor de método, basado en la elaboración de amplios catálogos de materiales que debían constituir un punto de referencia y base para cualquier estudio posterior. Con este propósito nacieron su *Hispania Graeca* (1948), sus *Esculturas romanas de España y Portugal* (1949) y otros *corpora* de Mosaicos y retratos romanos. Es a través de estas catalogaciones (tanto arqueológicas como textuales, epigráficas o numismáticas) que se esperaba llegar a conclusiones históricas.

Sobre estas conclusiones históricas, debemos señalar que para García y Bellido «lo español» se remontaba a la Hispania antigua. Bellido, al igual que Américo Castro y Sánchez Albornoz, tuvo siempre como supuesto básico la existencia de un ser colectivo de los españoles. Las discrepancias estaban en el origen de la condición de español. Castro negaba que hubiera existido «el hombre español» antes de la invasión musulmana. Bellido en cambio, como Albornoz y Menéndez Pidal, creía que no hubo solución de continuidad entre antes y después del 711 y, por tanto, en la realidad de un *homo hispanicus* que había pervivido durante siglos, a pesar de las invasiones e influencias exteriores.

Si bien esta idea debió acompañarle toda su vida, es a partir de 1945, con su discurso de ingreso a la Academia de la Historia (*Bandas y guerrillas en las luchas con Roma*) cuando sus trabajos se decantaron más hacia temas directamente históricos como la revuelta social e insatisfacción de los provinciales por la política de sometimiento y brutalidad de Roma en sus provincias conquistadas, el ejército romano y su papel en el desarrollo de la conquista, y el estatuto y significado de las colonias romanas (Arce 2015). En este sentido, la obra de Bellido fue completamente renovadora de la tradición arqueológica española, puesto que ya no se trataba de la arqueología clásicacomo historia del arte, que era lo que se había cultivado hasta entonces, sino de un acercamiento riguroso a problemáticas históricas.

La arqueología en la escuela y el imaginario popular

Gonzalo Ruiz Zapatero. Universidad Complutense de Madrid y SEHA

Desde finales del siglo XIX la enseñanza de la más antigua Historia de España en la escuela jugó un papel fundamental, reforzando nociones importantes de la España Contemporánea como la patria y sus héroes, el concepto de «raza» y el nacionalismo (Boyd 2000). Los dibujos y grabados que ilustraban los libros de texto abordaban imaginativamente el pasado creando modelos que serían repetidos durante décadas. Y es que ciertamente los manuales escolares son una expresión clara de las formas de enseñanza y de los discursos ideológicos —dominantes en cada época— que subyacen en sus contenidos y mensajes. En otras palabras, constituyen un buen termómetro de la historia enseñada.

Los períodos más remotos, como la Prehistoria y la Hispania romana, tenían una endeble aproximación arqueológica, porque la «verdadera historia» era la elaborada con los textos escritos. Pero ese «pasado arqueológico», especialmente el prehistórico, ha sido un «pasado excluido», un pasado brevemente tratado que se movía entre la deformación y distorsión de los datos arqueológicos de cada época, el didactismo con afán simplificador y la manipulación ideológica para alecionar a los escolares. Todavía a comienzos del siglo XX los manuales recogían un doble origen histórico de España: Túbal, hijo mítico de Jafet y nieto de Noé —que recogía la tradición religiosa— y los primeros pobladores de nombre conocido por las fuentes clásicas: los íberos y celtas, identificados como los «primeros españoles». Sobre ese sustrato «indígena» actuarían luego los colonos y «conquistadores extranjeros»: los fenicios, griegos, cartagineses y romanos [fig. 1].

El nacionalismo español había hecho una lectura reduccionista: los *hombres prehistóricos* apenas se valoraron más allá de clichés estereotipados dibujando un pasado primitivo, bárbaro, machista y sin apenas evolución. El desfase entre los manuales escolares y la investigación arqueológica era grande, por ejemplo, el arte paleolítico se incorporó casi veinte años después de su reconocimiento internacional en 1902. Solo entonces los bisontes de Altamira se convirtieron en el más antiguo icono nacional: en la mente de todos los estudiantes quedo la imagen del bisonte.

La pedagogía escolar desde mediados del siglo XIX mantenía que lo que más facilita la comprensión de la historia en la infancia es «la pintura exacta (?!) de los hechos históricos que se explican». Por eso las heroicas resistencias de Numancia y Sagunto se traducían en dramáticas ilustraciones de manuales que se inspiraban en los cuadros de pintura histórica y se repetían y copiaban, con ligeras variantes, hasta la saciedad. Ilustraciones completamente ajenas a la documentación arqueológica, por otra parte no muy rica. La obsesión nacionalista y patriótica del franquismo, especialmente el de las primeras décadas (1939-1960), establecía conexiones explícitas entre los primeros héroes como Viriato, Indíbil y Mandonio y el propio general Franco, así como numantinos y sagun-

FIG. 1
Portada con la caída de Numancia en un manual escolar de Sucesores de Hernando (1914).

FIG. 2
Portada de la famosa *Enciclopedia Álvarez*, de Segundo Grado (años 1960).

FIG. 3
Portada del primer cuadernillo del tebeo El Jabato, un peculiar héroe íbero (Editorial Bruguera, 1958).

FIG. 4
Emilia Pardo Bazán, *En las cavernas*, ilustración de Luis Checa (1912)

tinos preludiaban la resistencia de los «nacionales» en el Alcázar de Toledo. Aunque es cierto que el franquismo reelaboró y exageró al extremo aspectos del nacionalismo español decimonónico, pero no inventó realmente nada que no estuviera ya en esa agenda.

El pasado es un pasado accesible, en la medida en que puede ser visualizado, por eso la imagen arma la historia. Además, las imágenes son tozudas, permanentes, casi indestructibles y nunca llegan a desaparecer del todo. La iconografía del mundo romano con el acueducto de Segovia o los retratos de los grandes emperadores de origen hispano, Adriano y Trajano, poblaron las páginas de muchos manuales escolares; pero los materiales arqueológicos de la vida cotidiana romana como cerámicas, armas e instrumentos, monedas, casas y *villas* estaban virtualmente ausentes. El discurso histórico aplastaba el discurso arqueológico. Para la Edad Media y Moderna solo existían ya los monumentos como las grandes catedrales góticas o el Monasterio de El Escorial, que ningún estudiante relacionaría con la arqueología.

El poder de influencia de los textos escolares fue muy grande. La famosa *Enciclopedia Álvarez,* de la que su autor ha reconocido que había que falsear la historia para burlar la censura, alcanzó a ocho millones de escolares [fig. 2].

Los escolares recibieron también muchas imágenes de la Historia de España a través de otros medios ajenos a la escuela, entre ellos algunos tebeos y ciertas colecciones de cromos. Así en la primera posguerra *Flechas y Pelayos* incluyó una serie de estampas y hechos gloriosos de la Historia de España que fue escrita por Fray Justo Pérez de Urbel. Culturas y hechos destacados de la Protohistoria y la España antigua, como Tartessos, Numancia, Sagunto y Viriato entre otros, se asomaron a sus páginas. Otros tebeos de editoriales valencianas (Marco, Arco y Maga) se atrevieron con héroes y acontecimientos de la España Antigua hasta que *El Jabato*, un íbero cristianizado, apareció en los quioscos en 1958 y adquirió buena fama siguiendo la estela de los grandes héroes medievales: *El Capitán Trueno* y *El Guerrero del Antifaz,* más exitosos todavía. Por otro lado, álbumes de cromos, algunos específicos de Historia de España, publicados en muchos casos por Fábricas de Chocolate (*Hueso, Juncosa*, *Nestlé* y otras), recogían e inmortalizaban en cromos de vivos colores los episodios más relevantes de la Historia de España —siempre repitiendo los mismos iconos—, con una evidente vocación didáctica [fig. 3].

La narrativa de ficción constituye otro ámbito poco conocido de cómo el pasado y la arqueología influyeron en las percepciones de la gente, con amplio cultivo en otros países (Fernández Martínez 1991). En España grandes novelistas cultivaron el género, aunque fuera de forma muy esporádica o excepcionalmente (Martín Rodriguez 2015). Quizás el máximo exponente sea Emilia Pardo Bazán (1851-1921) que publicó en 1912 *En las cavernas,* una recreación hipotética del origen del hombre y de su civilización [fig. 4]. A esta importante obra siguieron cuentos de escritores como Antonio de Hoyos y Vinent o José María Pemán, cuyas historias constituyen parábolas fantásticas sobre nuestros orígenes culturales. En cambio la novela *El Rey de los Trogloditas* (1925), del paleontólogo Jesús Carballo —la primera novela prehistórica española—, perseguía conferir cierto realismo a sus fábulas de la cultura. Algo más evidente todavía en el «primer ciclo» de *La novela de España* (1928) del sabio y polígrafo Manuel Gómez Moreno, una recreación mítica de la Historia de España desde los «preadamies» a la aparición de las primeras ciudades. Un paleolítico idealizado como una *edad feliz* y teñida de religiosidad (Martín Rodríguez 2015: 177-78).

En las últimas décadas se ha reanudado la ficción prehistórica y antigua. Un estudio reciente de A. Vizcaíno (2017) ha recogido más de 30 novelas sobre los íberos a lo largo del siglo XX hasta nuestros días. Sorprende su número, aunque la mayoría de las ediciones fueran cortas y su impacto nos sea desconocido. Un exponente más de los territorios inexplorados en las muchas fronteras de la historia de la arqueología.

La configuración de la arqueología contemporánea en España (1960-2017)

Gonzalo Ruiz Zapatero. Universidad Complutense de Madrid y SEHA

La historia de la arqueología española de los tiempos más recientes ha sufrido un importante *decalage historiográfico* porque ha habido renuencia a escribirla. Y ello fundamentalmente por dos hechos: primero, por un conservadurismo que mantenía que no había suficiente perspectiva histórica para hacerlo y segundo, porque se consideraba muy delicado tratar con los arqueólogos protagonistas más relevantes que no habían muerto todavía (Martínez Navarrete 1997). No deja de resultar extraño y un tanto anómalo que el primer ensayo historiográfico sobre la arqueología del Franquismo se publique en las páginas de *Antiquity* (Díaz Andreu 1993) casi veinte años después de la muerte del dictador y que solo desde hace menos de una década contemos con la primera síntesis extensa, el libro del profesor Gracia Alonso (2009) *La arqueología durante el primer franquismo (1939-1956),* una referencia imprescindible en la actualidad.

Y si eso se refiere al Franquismo se comprenderá bien que la «arqueología de la democracia», durante los últimos cuarenta años, haya corrido peor suerte (Díaz Andreu 2002, VV.AA. 2002). Historiar esta etapa encuentra algunos escollos en la abrumadora cantidad de datos, la sutil lente distorsionadora de la historia personalmente vivida, la difícil adopción de una perspectiva holística más allá del entorno inmediato, la difusa visión a caballo entre una sociología y una genuina historiografía disciplinar y, en fin, la tentación permanente de una comparación con otras tradiciones arqueológicas europeas que inequívocamente tienden a subrayar nuestra excepcionalidad (Almagro Gorbea 2002). Por no hablar del inevitable tinte ideológico que de una u otra manera resulta casi imposible evitar. No resulta sencillo historiar la arqueología con todos esos condicionantes. Pero al mismo tiempo el esfuerzo de hacerlo confiere a la tentativa el valor de desmenuzar, reflexionar sobre la información disponible e intentar una visión plausible, aunque sin duda distorsionada, de una trayectoria, una determinada historia de la arqueología que desemboca en la situación actual.

Los agentes contemporáneos de la arqueología española

La arqueología en España está casi completamente descentralizada —desde que se traspasaron las competencias de la administración central a las Comunidades Autónomas entre 1983 y 1985—, y se encuentra estructurada por cuatro grandes agentes o sectores: las administraciones, especialmente la Autonómica, los museos, las universidades y las empresas de arqueología. A continuación veremos una breve introducción a la situación de cada agente.

1) Las Administraciones Autonómicas, que cuentan con todas las competencias relacionadas con las actuaciones arqueológicas, incluyendo la legislativa y normativa (Querol y Martínez 1996). En otras palabras las Comunidades Autónomas organizan los escenarios de los restantes agentes. Lo que significa que la legislación, la reglamentación y todas las disposiciones sobre investigación, protección, conservación y presentación de yacimientos y monumentos arqueológicos son responsabilidad de las Comunidades Autónomas, salvo unos pocos museos de titularidad estatal y algún organismo más. Las diferentes Consejerías de Cultura o Educación (con denominaciones muy diversas) a través de Direcciones Generales, normalmente de Patrimonio, incluyen la arqueología en sus competencias. A lo largo de las últimas tres décadas las administraciones autonómicas han gestionado, con acierto desigual, todo lo relacionado con la arqueología, fundamentalmente mediante: a) concesión de permisos de excavación y medios de financiación; b) promulgación de leyes de Patrimonio, reglamentos de actuaciones arqueológicas y categorías de protección de sitios y monumentos; c) creación de

FIG. 1
Sala de mosaicos romanos en el Museo Arqueológico Nacional.

bases de datos informatizadas con inventarios arqueológicos y otra información relevante; d) publicación de revistas o anuarios que recogen las intervenciones realizadas y de monografías con los resultados finales de proyectos; e) programas de divulgación y presentación al público de sitios arqueológicos, parques de arqueología, aulas arqueológicas y museos.

La «arqueología preventiva», el conjunto de medidas y disposiciones tendentes a preservar y proteger el registro arqueológico, ha adquirido una gran importancia (Martínez y Castillo 2007), especialmente en el caso de las ciudades, donde la arqueología urbana ofrece una problemática bastante compleja que ha merecido mucha atención (Domínguez et al. 1994, Quirós Castillo 2005, Rodriguez Temiño 2003).

Las administraciones autonómicas tienen pequeñas plantillas especializadas pero reúnen a arqueólogos con experiencia en la gestión y, además de los que trabajan en los servicios «centrales» de cada autonomía, cuentan con los llamados arqueólogos territoriales que se ocupan de la gestión en cada provincia o por comarcas como en Cataluña. Algunas Comunidades Autónomas han creado institutos o centros especializados de gran interés como el Instituto de Patrimonio Andaluz, el Instituto de Arqueología de Mérida (Junta de Extremadura) en colaboración con el CSIC, el ICAC (Institut Català d'Arqueologia Clàssica) radicado en Tarragona o el IIIPC (Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria) en colaboración con la Universidad de Cantabria.

2) Los Museos arqueológicos, que conservan y protegen los restos arqueológicos procedentes de las excavaciones y prospecciones oficiales, los exhiben y también desarrollan investigación en ocasiones (Hernández 2010). Los Museos arqueológicos o con secciones de arqueología tienen tres categorías: a) nacionales, como el Museo Arqueológico Nacional en Madrid, el Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira (Santillana del Mar, Cantabria), el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida (Extremadura) y el Museo Nacional de Arqueología Subacuática en Cartagena (Murcia) entre otros; b) autonómicos, especialmente relevantes los emplazados en prácticamente todas las capitales de provincia y c) municipales, que en algunas Comunidades Autónomas, como Cataluña, Valencia o Andalucía llegan a crear redes densas y con fuerte arraigo local [fig. 1].

3) Las universidades, que forman a los arqueólogos y conducen proyectos de investigación arqueológica, como también lo hacen varios institutos del *Consejo*

Superior de Investigaciones Arqueológicas (CSIC). Las universidades, el lugar de formación de todos los arqueólogos, cuentan con la mayor plantilla ya que todos los profesores de las distintas especialidades suman más de 400 expertos. Las universidades con departamentos más grandes como Complutense, Barcelona, Autónoma de Barcelona, Granada y Sevilla han creado Grados en Arqueología y masteres y disponen de laboratorios y bibliotecas especializadas. Prácticamente todas las universidades, hasta las más pequeñas, cuentan con profesorado en materias de Arqueología y Prehistoria. Las universidades realizan el grueso de la investigación arqueológica y sostienen un elevado número de series y revistas especializadas. Quizás en los tiempos agitados y líquidos en los que vivimos lo que mejor puede ofrecer la universidad sea tiempo, reflexión y un poco de inteligencia como sabiamente se ha dicho (Abad 2016-17: 15). Y además desde posicionamientos independientes, de valor libre y no comprometidos con intereses inconfesables.

El CSIC reúne un grupo reducido de arqueólogos pero en centros bastante activos y con buena productividad investigadora: Prehistoria y Arqueología en Madrid, el INCIPIT (Instituto de Ciencias del Patrimonio) en Santiago de Compostela, la Institución Milá y Fontanals en Barcelona y el Instituto de Arqueología de Mérida. Por otro lado, las misiones arqueológicas españolas en el extranjero, canalizadas por el IPCE del Ministerio de Educación, sostienen una aceptable presencia en varios continentes, con proyectos focalizados en Egipto y Próximo Oriente, Norte de África y Sudamérica (ver pp. 102-103).

Francia y Alemania, sostienen en España centros que realizan investigaciones arqueológicas: la Casa de Velázquez (Rouillard 2002) y el Instituto Arqueológico Alemán (Blech 2002), ambos en Madrid. Con una larga trayectoria su influencia es significativa, han jugado un papel muy positivo en la arqueología española y cuentan con bibliotecas y publicaciones relevantes.

4) Las empresas de arqueología, la arqueología contractual o comercial, con diversas fórmulas organizativas (Moya Maleno 2010:13 pero ver más interesante Díaz del Río 2000: 15 y ss.), que se ocupan del trabajo de intervención arqueológica determinado por ley, bajo la tutela de las administraciones autonómicas. Las empresas de arqueología, que iniciaron tímidamente su andadura a finales de la década de 1980 y crecieron fuertemente en la siguiente hasta comienzos de este siglo (Domínguez et al. 1994), han sufrido gravemente la crisis económica de 2008, y se han visto obligadas a diversificar sus actividades. Siguen siendo el colectivo arqueológico más grande, aunque sus cifras son las más difíciles de estimar por su carácter muy fluido y los altibajos inevitables ligados al ritmo de la economía y al desarrollo urbano y de infraestructuras. Para tener una idea del impacto de la crisis económica, en 2013 un estudio del CSIC estimaba que habían desaparecido alrededor del 35% de las 275 empresas de arqueología que había registradas en 2009 (Parga Dans 2012).

Podemos empezar considerando alguno de los parámetros fundamentales de la comunidad arqueológica española. El primero de todos, su tamaño y perfil para tener una idea de la fragilidad de la información disponible. Se ha estimado que el número de arqueólogos europeos deben estar alrededor de 30.000 y la comunidad arqueológica nacional más grande es la británica con unos 7.000. Pero apenas podemos evaluar groseramente el tamaño de la española. Es posible que sumando distintos colectivos la cifra pueda estar entre algo más de 1700 y unos 2300, de forma muy imprecisa, considerando la fluidez y que la crisis ha afectado al colectivo más grande, los arqueólogos de empresa. También es seguro que las cifras debieron ser algo superiores (2.500-3.000) en el periodo del *boom* inmobiliario de los años 1990 (Ruiz Zapatero 2005: 256), sobre todo en el sector citado. Quizás algo excesiva resulta la estimación de 5.000 arqueólogos españoles, si entendemos ejerciendo trabajo como tales (Lorenzo 2009: 26).

Por otra parte, la comparación entre Comunidades Autónomas resulta virtualmente imposible por la falta de datos. Y no digamos lo lejos que estamos de conseguir una radiografía completa del perfil de los arqueólogos españoles comparable, por ejemplo, a la del Reino Unido (Aitchison y Rocks-Macqueen 2013 y 2014).

El escenario descrito de la arqueología española se empezó a dibujar con la transición democrática y la configuración del estado de las autonomías, a partir de finales de los años 1970 y mediados de la década de 1980 (Ruiz Zapatero 1993). Sin duda, hubo un cierto optimismo con la ilusión de la mayoría de las Comunidades Autónomas por establecer sus modelos de gestión arqueológica, como bien se puede ver a través del caso de Andalucía (Salvatierra 1994), a lo que contribuyó también el crecimiento y expansión de los departamentos universitarios (Querol 1998), la creación de empresas de arqueología (Parga-Dans y Varela 2011), sobre todo a partir de la aprobación de la ley 16/ 1985 de Patrimonio Histórico Español (García Fernández 2008) y, por último, a través de una cierta renovación de los museos arqueológicos, a veces como únicas instituciones arqueológicas en algunas provincias.

Pero el error de aquellos tiempos fue no establecer alguna agencia, instituto o cualquier otro tipo de institución pública que, desde la administración central, se ocupara al menos de coordinar, reunir y actualizar toda la información relativa a la arqueología de todo el país. De alguna manera, el despegue de la arqueología de las

FIG. 2
Diagrama de la trama institucional de la Historia de la arqueología en España.

Comunidades Autónomas significó el final de una «arqueología nacional», entendida simplemente como la disponibilidad de datos e información de todos los aspectos de la arqueología a nivel de estado. Hasta el punto de que la afirmación de que no existe hoy una gestión arqueológica nacional es rotunda y lamentablemente cierta (Vigil Escalera 2011: 19). Al resultar casi toda la gestión de la arqueología de titularidad autonómica la generación de datos se hacia dentro de cada Comunidad Autónoma y la Subdirección General de Arqueología, que en 1985 desaparecería, careció de medios para ejercer esa labor de centralización de información. A finales de los años 1990, fue imposible reunir la información de las diecisiete Comunidades Autónomas sobre el estado de la cuestión de inventarios y cartas arqueológicas en España (Ruiz Zapatero y Jimeno 1999). Esta era la cara oculta de un país, sin duda alguna descentralizado, pero incapaz al mismo tiempo de centralizar información.

Historiografía arqueológica: una especialidad reciente

Como vimos en el primer apartado de este libro, el interés por establecer una historia de la disciplina en España país ha sido muy reciente (Olmos y Arce 1991, Mora y Díaz Andreu 1997), tanto que los años 1990 han constituido la *década prodigiosa* de la historiografía arqueológica española (Ruiz Zapatero 2011:67 ss.), por ser entonces cuando se sentaron sus bases disciplinares. Aún cuando sus raíces se hunden en las décadas centrales del siglo XIX (Peiró y Pasamar 1989-90). Menos son aún los intentos por divulgar la historia de los descubrimientos arqueológicos más apasionantes (Casado Rigalt 2009).

La trama institucional que explica esa *década prodigiosa* es a su vez relativamente endeble. Por un lado, la *Sociedad Española de Historia de la Arqueología* (SEHA) se fundó en Madrid, en 1997, por un grupo de investigadores y entusiastas de la historiografía y desde entonces ha ido creciendo y ampliando sus intereses, actividades y publicaciones[1]. En el 2000 apareció *Archaia,* revista oficial de la SEHA y poco después *Gazesha,* un Boletín interno para incrementar los contactos entre sus miembros. La SEHA ha organizado múltiples reuniones y congresos de historiografía arqueológica, en varias series y colecciones, el más reciente *150 años de Historia de la Arqueología: Teoría y método de una disciplina* (2017) [fig. 2].

Otro referente importante fue la participación, desde 1998, de la Universidad de Jaén (Centro Andaluz de Arqueología Ibérica) como representante español en el Proyecto europeo AREA (*Archives on European Archaeology*), con aportaciones muy relevantes (Ruiz *et al.* 2006). AREA es una red europea de investigación[2] de historia de la arqueología cuyo objetivo básico es la recuperación de documentos de toda índole. Por su parte un activo grupo investigador de la Universidad de Sevilla —dirigido el catedrático de Arqueología F. Beltrán—, ha realizado un buen número de reuniones científicas, bajo la denominación genérica de *Reuniones Andaluzas de Historiografía en Arqueología,* publi-

cando sus correspondientes actas con notables estudios que rebasan ampliamente el marco regional en la Serie Monografías de la revista SPAL de la misma universidad (Beltrán 2004). Desde la Universidad Autónoma de Madrid el equipo del profesor Blánquez cuenta con una ya larga trayectoria recuperando archivos fotográficos antiguos de diferentes arqueólogos y yacimientos con los que se han realizado exposiciones y buenos catálogos para una historia de la fotografía en la arqueología española (González Reyero 2006).

Cabe añadir a esa infraestructura institucional dos proyectos historiográficos generales, pero que han dedicado —y dedican— atención a la historia de la arqueología española. Se trata de la *Revista de Historiografía* publicada por el *Instituto Julio Caro Baroja* de la U. Carlos III de Madrid desde 2004, que suele incluir artículos sobre arqueología e historia antigua y la Editorial Urgoiti[3] que, en sus colecciones Grandes Obras e Historiadores, reedita libros clave clásicos, precedidos por extensos ensayos historiográficos introductorios a cargo de los mejores especialistas. Bastantes de los más prestigiosos arqueólogos, como Obermaier, Mélida, Bosch Gimpera, Gómez Moreno, García y Bellido y Maluquer han merecido por ahora su inclusión.

La formación profesional en arqueología

En la actualidad la formación en arqueología profesional se articula en dos ámbitos un tanto desiguales: la conservación y restauración de bienes culturales y los grados universitarios. Las escuelas de Conservación y Restauración de Bienes Culturales forman profesionales para trabajar con el patrimonio arqueológico mueble e inmueble. Algunas, como la Escuela de Madrid, llevan casi cincuenta años impartiendo la titulación oficial, que ha sido actualizada por RD 635/2010 de 14 de mayo y existen ya másteres a nivel europeo.

Los nuevos Grados de Arqueología cuentan con las primeras promociones de egresados y tienen una duración de cuatro años (240 créditos ECTS). En paralelo siguen los antiguos Grados de Historia, Humanidades y alguna otra titulación donde se siguen formando arqueólogos aunque sin titulación específica. En uno y otro caso los estudios de máster, de un año de duración (60 créditos ECTS) ofrecen cada vez más una amplia diversidad de especializaciones. El peldaño siguiente es la tesis doctoral, con una doble vía: la tesis tradicional con tres años oficiales y el doctorado por publicaciones, que como su nombre indica otorga el título de doctor considerando los méritos de unos pocos artículos de investigación (Ruiz Zapatero 2015).

El Instituto del Patrimonio Cultural de España (IPCE) —con esa denominación desde 2008— se creo en 1985, como resultado de la fusión de varios organismos anteriores. Coordina cuestiones relacionadas con la arqueología, como las Misiones Arqueológicas en el extranjero, con una plantilla diversificada que reúne arquitectos, arqueólogos, restauradores y conservadores, documentalistas y especialistas en varios campos de ciencias aplicadas a la arqueología.

Las salidas profesionales para los graduados y conservadores se centran en los Museos, y para los primeros se añaden el CSIC, las Universidades, las empresas de arqueología y los distintos niveles de la Administración, especialmente la autonómica. Con el doctorado se puede optar a plazas en el CSIC y las Universidades, aunque la realidad resulta bastante negra porque las oportunidades son muy escasas.

Pero los estudios de arqueología también tienen sentido más allá de la formación de arqueólogos. La arqueología es atractiva, muy social y comprometida con el presente, desarrolla muy diferentes habilidades y conocimientos y aborda cuestiones fundamentales de la condición humana. Por eso prepara bien para trabajos relacionados con la enseñanza, la gestión cultural, los medios de comunicación y el patrimonio. Graduados y doctores trabajan de muchas maneras dentro y fuera del campo de la arqueología. Por ejemplo, como dibujantes e ilustradores arqueológicos, un trabajo de creciente demanda. En 2015 se constituyó una Asociación nacional, ADARQ, que publica una interesante revista electrónica[4]. En otras ocasiones, se trata de experiencias únicas y extraordinarias como el estudio de la cocina y los alimentos del pasado en un famoso restaurante-laboratorio, pero también en agencias de viajes arqueológicos, publicando revistas de divulgación y varias iniciativas más que continuamente los jóvenes arqueólogos van descubriendo e implementando.

La arqueología en la universidad

Desde la entrada de la arqueología en los estudios de Filosofía y Letras de las universidades españolas, a comienzos del siglo pasado, los arqueólogos enseñaban un elenco reducido de asignaturas en un número limitado de universidades. Por eso el colectivo de docentes universitarios de la materia era relativamente bajo.

Después de la Guerra Civil (1936-39), la expansión tímida de los estudios de Filosofía y Letras permitió un ligero crecimiento del profesorado de Arqueología, en el que eran mayoritarios los prehistoriadores. Así las cosas, en el año 1955 la solicitud de un grupo de profesores destacados —entre los que se encontraban Martín Almagro, Juan Maluquer y otros cinco o seis colegas de distintas universidades— de que la Prehistoria pasara a formar parte de las asignaturas obligatorias del Plan de Estudios de Filosofía y Letras fue aprobada por

La arqueología en televisión

Gonzalo Ruiz Zapatero. Universidad Complutense y SEHA

Desde el mítico y pionero programa *Animal, Vegetable, Mineral?* conducido por Mortimer Wheeler (BBC, 1952-1960), la arqueología se ha asomado de manera importante en la pequeña pantalla, pero solo en los últimos 25 años y en países como Reino Unido, Francia o EE.UU. [fig. 1]. En Europa, sin duda, han sido los británicos los más activos (Kulik 2006, Paynton 2002) con programas de documentales como *Chronicle* (1966-1991), la serie más longeva por ahora. La BBC produjo la serie *Meet the Ancestors* (1998-2003) de una gran calidad y éxito de audiencia. Otro programa que ha alcanzado cuotas de más cuatro millones de televidentes en el Reino Unido es *Time Team,* de Channel 4 (desde 1994). Aunque no es frecuente en las páginas de las revistas especializadas de arqueología, un dossier muy interesante, mirando al futuro, se ha publicado recientemente en *The Archaeological Record* (VV.AA. 2015), la revista de la *Society for American Archaeology,* que es la más grande del mundo. Entre otras cosas, se aborda la posibilidad de interactuar con los *detectoristas* de una forma positiva.

En España hay que comenzar por recordar el programa de TVE *Misión Rescate,* organizado por Radio Nacional de España y TVE en colaboración con la Dirección General de Bellas Artes, siendo Director General el profesor Gratiniano Nieto de la Universidad Autónoma de Madrid (Lucas Pellicer 1991) que se emitió entre mediados de los años 1960 y finales de 1970. Su eco, generado por la nostalgia de los *niños-arqueólogos* de aquellos años, se abre paso hoy día de forma amplia en muchas páginas de internet que rememoran la experiencia de cuando jugaron a ser arqueólogos conducidos por maestros y curas bien intencionados, pero que produjeron algunos pequeños desastres en el patrimonio arqueológico. Estaban organizados en grupos numerados de *Batidores* por localidades, con varios centenares repartidos por todo el país y se otorgaban premios nacionales a quienes lograban los mejores «objetivos». Fue casi la única vía por la que la arqueología, los monumentos y restos del pasado se asomaban a la pequeña pantalla. En Inglaterra veían los buenos documentales de *Chronicle* y aquí contemplábamos una *pseudoarqueología* rural [fig. 2].

Ya en tiempos más recientes el panorama en España sigue siendo bastante limitado (Ruiz Zapatero 2009: 20-21). Dejando aparte algunos documentales de hace años y la

FIG. 1
Imagen del programa *Mineral, Vegetal, Animal?*, el primer programa de televisión sobre arqueología, BBC (1952-1959), Mortimer Wheeler. De izquierda a derecha, Piggot, Daniel y Wheeler.

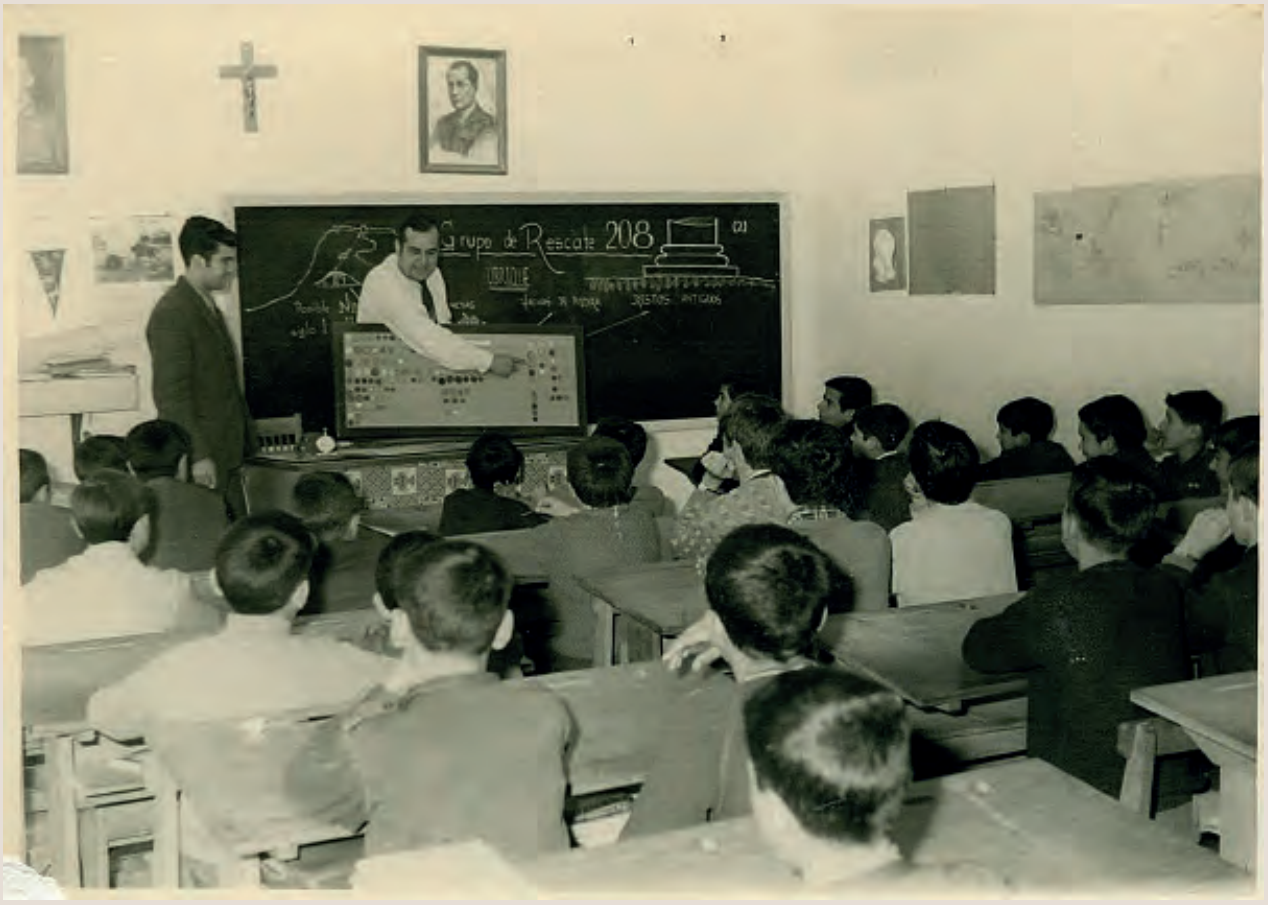


FIG. 2
El programa de Radio Televisión Española *Misión Rescate* reunió a cientos de colegios de toda España que formaban grupos de «batidores» con la idea de descubrir restos históricos y arqueológicos. El grupo de Batidores 208 de *Misión Rescate* de Ubrique, 1967.

serie *Historia de España* (2004) de TVE —que dedicó a la Prehistoria y mundo antiguo episodios con enfoque arqueológico, con una pobre puesta en escena—, el panorama actual no ha mejorado gran cosa. Desde 2011 se emite *Arqueomanía* de TVE 2, dirigido por Manuel Pimentel, que ofrece reportajes y entrevistas de los principales sitios y descubrimientos de la arqueología española, además de noticias relacionadas[5]. Con buena intención y realización pero con pocos medios el programa *La aventura del saber* de TVE ofrece en *El túnel del tiempo* (desde 2013) documentales sobre yacimientos importantes que dan toda la palabra a los arqueólogos que los excavan. Se han exhibido ya más de medio centenar de documentales de sitios repartidos por toda España, que, en sí mismos, ya constituyen un documento historiográfico de primer orden para la arqueología de inicios del siglo XXI. Dentro de fórmulas más o menos discutibles, el *Canal de Historia* emitió en 2013 una serie de episodios en los que personajes famosos son «arqueólogos por un día». Por último, el programa catalán de TV3 *Sota Terra,* desde 2011, ha pretendido ser una versión hispana de *Time Team* con el asesoramiento del profesor Eudald Carbonell[6]. Y, por supuesto, como cualquier programa cultural en la televisión española la arqueología obtiene muy discretas cuotas de pantalla.

En definitiva, al menos en España, la arqueología y la televisión son dos mundos que se ignoran y sigue siendo necesario ver los buenos documentales extranjeros que, cada vez en mayor número, programan distintas cadenas, especialmente las públicas. Un seguimiento interesante, con información detallada, puede hacerse en el portal *Historia y Arqueología Televisión*[7]. La tendencia mundial es clara: la mayoría de las audiencias declaran su preferencia por aprender arqueología a través de la televisión y en los países más desarrollados culturalmente la programación arqueológica crece continuamente.

Las revistas de arqueología en España

Xosé-Lois Armada. Instituto de Ciencias del Patrimonio (Incipit). Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

Las revistas constituyen una fuente de primera importancia para el estudio de la historia de la arqueología. El encuadre de la disciplina en el campo de los saberes y en la academia, las redes de investigación y de poder, las formas de representación gráfica del registro o los cambios teórico-metodológicos son —entre muchos otros— aspectos que podemos reconstruir a partir de la cuidadosa exploración de nuestras publicaciones periódicas.

La creación de estas revistas está vinculada a la constitución de la arqueología como un campo de saber autónomo y a su institucionalización académica. Así, mientras en Inglaterra o Francia ya encontramos revistas específicamente arqueológicas en la primera mitad del siglo XIX, en España nuestros pioneros seguirán publicando en cabeceras misceláneas hasta las primeras décadas del XX.

Entre 1870 y 1872 se crean cuatro revistas de orientación diversa que acogerán buena parte de los estudios arqueológicos en las décadas posteriores. En 1870 aparece *La Ilustración Española y Americana*, un semanario ilustrado y orientado a la burguesía culta, creándose al año siguiente el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Mención específica merece la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, fundada en 1871 como órgano oficial del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, que a su vez se nutre principalmente de la Escuela Superior de Diplomática (ESD), creada en 1856, dos años antes que el cuerpo, para formar a los primeros profesionales de la archivística, la bibliografía y los museos. Esta génesis profesional de los primeros arqueólogos en la ESD, entre los que destaca José Ramón Mélida, influirá durante esos años en la orientación de la disciplina. Una cuarta cabecera relevante es *Museo Español de Antigüedades*, creada por Rada y Delgado en 1872 y vinculada al Museo Arqueológico Nacional, que había nacido en 1867. De gran formato y lujosamente ilustrada con litografías y grabados, la revista acogerá numerosos estudios sobre los fondos del museo.

Aunque con presencia frecuente en las publicaciones de la capital, los estudios arqueológicos realizados en otras áreas del estado también buscan salida en revistas de cobertura geográfica más restringida, similar orientación miscelánea y mayores dosis de amateurismo. Si bien en las décadas finales del siglo XIX surgen cabeceras como *Galicia Diplomática* (1882) o *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana* (1885), es en el cambio de siglo cuando se detecta un auge en la aparición de nuevas publicaciones periódicas como *Revista de Estudios Extremeños* (1899), *Boletín de la Real Academia Gallega* (1906), *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans* (1907), *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón* (1907) o *Euskalerriaren Alde. Revista de la cultura vasca* (1911) [fig. 1].

Así pues, los primeros estudios arqueológicos realizados en España conviven en el ámbito editorial con disciplinas como la historia, la etnografía o la historia del arte. Estas publicaciones periódicas suelen caracterizarse por su corta duración o su inestabilidad, así como por el variado formato de sus contenidos, pues junto a estudios o artículos suelen incluir noticias, comentarios bibliográficos o información sobre la actividad de la entidad editora.

La obtención de cátedras por parte de Bosch Gimpera en Barcelona (1916) y Obermaier en Madrid (1922) resulta decisiva para la estructuración de la arqueología como saber universitario. En esos momentos la Junta para Ampliación de Estudios comienza a editar sus publicaciones periódicas especializadas, entre las cuales se encuentra *Archivo Español de Arte y Arqueología* (1925). De ella surgirán sendas revistas de arte y arqueología, comenzando a

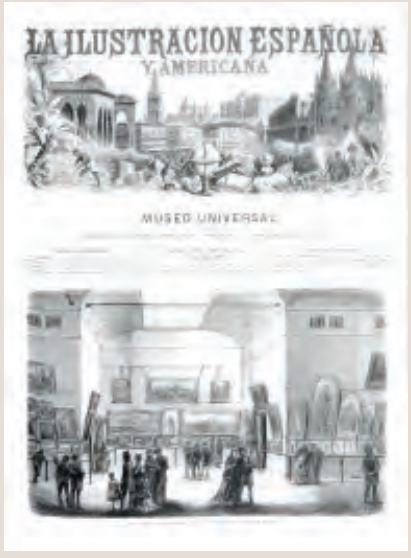



FIG. 1
Revistas de la etapa pionera, *El Museo Español de Antigüedades* (1872) y *La Ilustración Española y Americana*, revista generalista (1870).

FIG. 2
Selección de revistas españolas vivas de arqueología por Comunidades Autónomas

publicarse *Archivo Español de Arqueología* en 1940.

Archivo de Prehistoria Levantina, fundada en 1928 por Isidro Ballester Tormo y Luis Pericot, es la más antigua de las revistas de arqueología actualmente activas. En los años inmediatamente posteriores se unirán otras, en algunos casos de duración efímera como *Anuario de Prehistoria Madrileña*, que se publica entre 1930 y 1935. Mejor fortuna tendrán *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* (*BSAA*) (1932), *Ampurias*, fundada por Almagro Basch en 1939, o *Zephyrus* (1950) y *Pyrenae* (1965), impulsadas por Maluquer en sus etapas salmantina y barcelonesa. La dictadura franquista supone una cierta tendencia centralizadora que, sin embargo, en el plano editorial se concreta no tanto en publicaciones periódicas como en la creación de colecciones de monografías seriadas (*Acta Arqueológica Hispánica*, *Informes y Memorias* y *Noticiario Arqueológico Hispánico*). También como colección nace *Trabajos de Prehistoria* en 1960, convirtiéndose en revista en 1968.

Con la llegada de la democracia y la extensión del sistema universitario se produce un fuerte crecimiento en el número de revistas, un proceso que, no obstante, es coetáneo en otros países de diferente trayectoria sociopolítica. En España existen actualmente unas 70 revistas activas, de las cuales 39 se fundaron en las tres décadas que transcurren entre 1971 y 2000. Aunque con raíces en las décadas anteriores, es en estos momentos cuando se consolida el modelo actualmente existente, caracterizado por: 1) universidades públicas y CSIC como entidades editoras más frecuentes (muy por delante de museos, diputaciones, colectivos o empresas); 2) predominio de revistas generalistas, a lo sumo centradas en Prehistoria o arqueología clásica, o en áreas geográficas concretas; y 3) publicación tanto en papel como electrónica en acceso abierto. En este modelo encajan revistas como *Cuadernos de y Arqueología de la UAM* (1974), *Saguntum* (1977), *Lucentum* (1982), *Anales de Prehistoria y Arqueología* (1985), *Complutum* (1991), *Revista d'Arqueologia de Ponent* (1991) o *Spal* (1992). No obstante, nuestra arqueología cuenta también con revistas de temática más acotada, entre las que podríamos citar *Archaeofauna* (1992), *Arqueología y Territorio Medieval* (1994), *Arqueología de la Arquitectura* (2002) o *Virtual Archaeology Review* (2010) [fig. 2].

En 1999 España se incorpora al sistema Latindex, cuyos criterios de calidad editorial se convierten en el referente para la mejora y estandarización formal de nuestras revistas (evaluación externa, puntualidad, resúmenes y palabras clave en dos idiomas, etc.). Este esfuerzo colectivo viene posibilitando el posterior ingreso de algunas de ellas —actualmente algo más de una docena— en Web of Knowledge y/o Scopus, las dos bases de datos bibliográficas de referencia internacional.

La exploración de los aproximadamente 150 años de historia editorial que he resumido aquí es una de las mejores maneras de comprender lo que ha cambiado nuestra disciplina en todo este tiempo. No solo en sus teorías y métodos, sino también en su dimensión social, desde una práctica elitista, masculina e individual a una investigación mucho más plural, integradora, interdisciplinar y en equipo. La actualización de esta historia, dentro de unos años, tendrá que considerar la incorporación de nuestra arqueología a los foros de publicación internacionales, que está siendo rápida e intensa. Son precisamente esta internacionalización y la crisis socioeconómica que nos azota los factores que están quebrando la tendencia ascendente en la creación de revistas arqueológicas emprendida en España a inicios de la democracia.

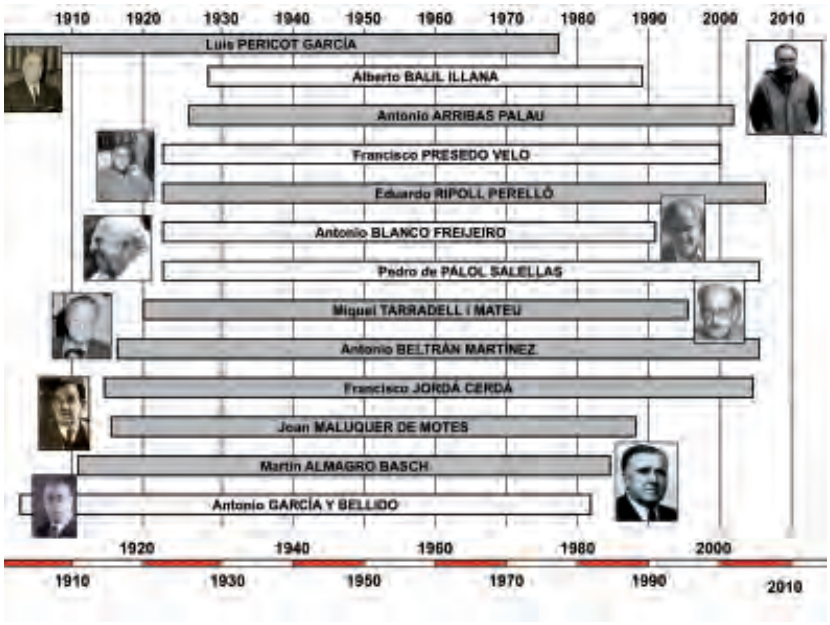


FIG. 3
La proyección comparada de las vidas de los principales catedráticos de universidad nacidos a principios del siglo xx. En gris oscuro: catedráticos de Prehistoria y en gris claro: catedráticos de Arqueología.

el Ministerio de Educación, a la sazón dirigido por Joaquín Ruiz-Giménez. Este hecho, aparentemente menor, tuvo una consecuencia muy importante. Al impartirse la Prehistoria en los cada vez más nutridos cursos de Filosofía y Letras se iban necesitando más profesores para atender a un alumnado en continuo crecimiento. Eso aseguró la expansión de profesores de Prehistoria, cuyo número fue aumentando poco a poco. De hecho, esa es la explicación fundamental de porqué en la actualidad el profesorado del área de Prehistoria es más numeroso que el del área de Arqueología.

A lo largo de la década de 1960 esa tendencia se mantuvo, junto al profesorado más escaso ligado a las cátedras de Arqueología, Epigrafía y Numismática. En los años 1970 con el crecimiento demográfico del *baby boom* en las grandes universidades de Madrid y Barcelona, y en menor medida en otras de tamaño medio, los numerosos estudiantes de Filosofía y Letras se tenían que desdoblar en varios grupos y con ello se tuvo que ir contratando profesores jóvenes —los famosos Profesores No Numerarios (PNNS)— para poder atenderlos. En la Complutense a finales de los años 1970 y primeros años 1980 llegó a haber hasta diez grupos de primer curso, en el que se impartía la Prehistoria. Con ello, entre 1970 y finales de 1990 se contó con profesorado suficiente para que se pudieran constituir departamentos específicos en las universidades más grandes. La creación de departamentos, con variadas denominaciones, que reunían a prehistoriadores y arqueólogos clásicos, fue un acontecimiento crucial en la consolidación de la arqueología en la Universidad española y con ello se emprendieron proyectos de campo más ambiciosos, se afianzaron las revistas especializadas y las series monográficas y se alentó la lectura de tesis doctorales (Ruiz de Arbulo 1998).

Se ha criticado en ocasiones el poder omnímodo de los catedráticos de aquellos años, las componendas en las oposiciones, tratando cada uno sacar a sus alumnos o negociando y recordando favores para futuras ocasiones; y sin duda todo eso, en mayor o menor medida existió. Pero seria injusto sino se reconociera paralelamente que aquellos catedráticos que compartieron largas décadas —especialmente desde los años 1950 a mediados o finales de 1980—, en investigaciones, tribunales, oposiciones, congresos, revistas y colecciones, fueron en muchas ocasiones la primera generación de catedráticos y marcaron una honda huella en sus universidades [fig. 3]. Martín Almagro y Antonio García y Bellido en la Complutense, Antonio Blanco Freijeiro primero en Sevilla y luego la Complutense, los catalanes Pericot, Maluquer, Tarradell y Palol en la Universidad de Barcelona, Francisco Jordá en Oviedo primero y luego Salamanca, Antonio Beltrán en Zaragoza, Eduardo Ripoll primero en la Autónoma de Barcelona y luego en la UNED, Francisco Presedo en Sevilla, Alberto Balil en Valladolid —el más prematuramente desaparecido— o Antonio Arribas en Granada y después en la Universidad Islas Baleares fueron algo más que catedráticos. Ellos, en gran medida, crearon las infraestructuras de trabajo y los modos académicos, fomentaron la formación en el extranjero y sintieron y transmitieron el orgullo de ser buenos universitarios. Universitarios que formaron bien a alumnos que ocupan hoy muchas de las plazas de Prehistoria y Arqueología. Sus universidades tienen contraída una gran deuda con ellos y la arqueología española de la segunda mitad del siglo xx

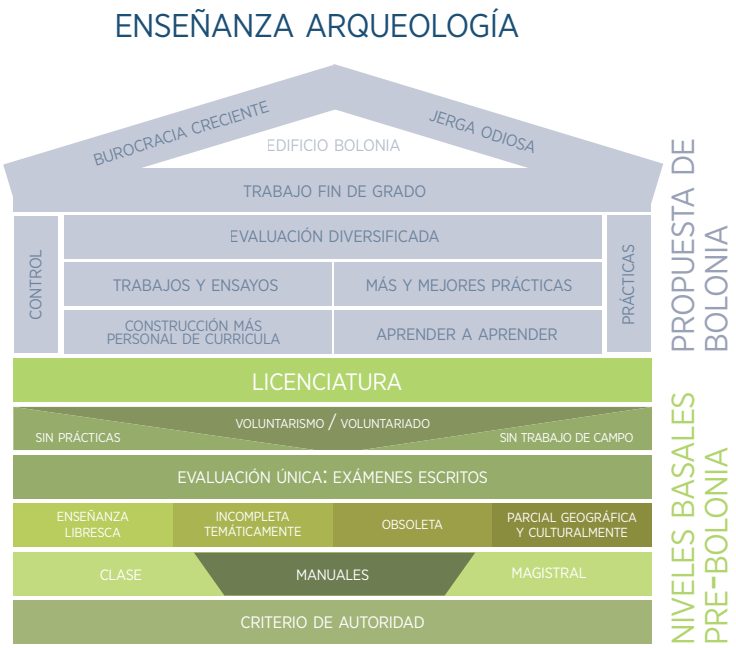


FIG. 4
La estratigrafía de la enseñanza tradicional de la arqueología y las innovaciones teóricas del nuevo plan Bolonia.

no será bien conocida hasta que, por un lado no contemos con monografías sobre su vida y obra académica—sin duda todos lo merecen —, y por otro lado, con un estudio de conjunto sobre las interacciones de esa docena larga de catedráticos que dieron un gran salto adelante y asentaron la investigación y la enseñanza de la arqueología en nuestro país. No menos cierto es que labor de los profesores en otros escalafones resulto muy importante para consolidar los proyectos colectivos. Y algunos de ellos sin duda merecieron por méritos propios alcanzar cátedras, que fueron inviables por los escasos recursos disponibles en la Universidad española de aquellas décadas.

La situación más arriba descrita ayuda a comprender el anhelo de aquellos años por lograr un reconocimiento más profundo de la Arqueología, como título universitario específico (Querol 1998, 2001, Ruiz Zapatero 2005). A finales de la década de 1990 se remontan los primeros intentos de lograr una especialidad propia (Junyent 1993) y de hecho las Universidades de Barcelona y Tarragona llegaron entonces a tener títulos propios de Arqueología. En 1999 la Declaración de Bolonia pretendía establecer una homogeneidad en las titulaciones de los países de la Unión Europea a través del Espacio Europeo de Educación Superior (EEES). Con ese objetivo se comenzó a reflexionar sobre qué arqueología enseñar en la universidad (Ruiz Zapatero 2009). Las Universidades Autónoma de Barcelona, Barcelona y Complutense crearon los primeros Grados de Arqueología en España, entre 2009-2011, a los que posteriormente se sumo el de Sevilla-Granada (Hernando y Tejerizo 2011: 60-63). Habían transcurrido 110 años desde la primera incorporación de la Arqueología a la universidad española. Un largo sueño se había cumplido, al menos parcialmente.

Bolonia y el EEES (Espacio Europeo de Educación Superior) pretendían reorientar los estudios universitarios, midiendo la enseñanza y el trabajo a través de los famosos Créditos ECTS (horas-dedicación), y la necesidad de cambiar algunos paradigmas. En el caso español de forma específica la superación del principio de autoridad, el memorismo de los viejos manuales, la falta de prácticas y *la clase magistral* como única herramienta docente. Porque la enseñanza de la arqueología a finales del siglo XX era fundamentalmente libresca, incompleta temáticamente, obsoleta en algunos aspectos y bastante parcial desde una perspectiva geográfica y cultural. Sobre esa tradición docente se quiso asentar el modelo Bolonia, enfatizando los trabajos y ensayos, más y mejores prácticas, la posibilidad de construir personalmente los *currícula,* y un *mantra* repetido hasta la saciedad: «aprender a aprender» [fig. 4].

Los nuevos Grados en Arqueología, han surgido en el escenario de la crisis iniciada en 2008, a coste cero y casi siempre sin poder contar con los medios necesarios para impartir una formación arqueológica del siglo XXI con todo lo que ello implica (Bendala Galán 2016). De hecho, el plan Bolonia quedó muy desvirtuado entre la burocracia universitaria y los recortes económicos de la crisis (Hernando y Tejerizo 2011: 59-60).

A pesar de ello existen razones para el optimismo si consideramos que el número de estudiantes de arqueología hoy crece continuamente y que los nuevos Grados de Arqueología de las universidades catalanas,

FIG. 5
Mapa con polígonos Thiessen (influencia teórica) de las universidades españolas con nuevos Grados de Arqueología y las posibles universidades que podrían ofrecerlo en un futuro próximo.

andaluzas y la Complutense tienen notas de corte significativamente por encima de la media de las Facultades de Letras, lo que demuestra una atracción importante de la arqueología. Por otra parte, el lado «oscuro» es el reclutamiento del profesorado con indicadores altísimos de endogamia, lo que genera falta de criticismo y el mantenimiento de redes clientelares (González Ruibal 2011). Y este punto, sin discusión alguna, es la piedra angular de todo el sistema universitario. La endogamia tiene su última explicación en la autonomía universitaria porque cada Comunidad Autónoma defiende ciegamente que su sistema universitario es bueno y no sobra nada ni nadie; algo que a todas luces no es cierto y además bloquea así cualquier posibilidad de debate crítico y toma racional de decisiones. Otro aspecto «oscuro» del sistema universitario es su rigidez, si no se flexibiliza seguiremos perdiendo contacto con la realidad arqueológica. Se tienen que conseguir fórmulas de contratación rápidas, temporales y atractivas para que expertos de diversos campos de la arqueología de fuera de la academia puedan llevar sus conocimientos a los futuros arqueólogos. Esto es especialmente grave en el caso del CSIC, pero también lo es con el mundo de los museos, las empresas de arqueología y las administraciones.

Por otra parte, no contamos con estudios ni encuestas sobre lo que se percibe como relevante para desarrollar una carrera en arqueología, aunque alguna pista nos puede proporcionar una encuesta internacional, con representantes de más de 30 países (Smith et al. 2015: 304 ss.) que identifica como habilidades más importantes la experiencia de campo (29,3 %), las publicaciones (17,7 %), y el trabajo en red (14,6 %). Pero las percepciones del valor relativo de las distintas habilidades varía según los países.

En conjunto, el ingreso en los nuevos grados se sitúa en algo más de 200 estudiantes. Hace solo unos pocos años que salieron los primeros graduados que, a pesar de todos los problemas, obtienen una formación aceptable, como comprueban cuando salen al extranjero. Algunas pocas universidades podrían implantar el grado por la plantilla docente pero no lo hacen porque temen no alcanzar un número suficiente de estudiantes y/o comprometer el futuro de otros grados [fig. 5]. En todo caso, a través de otras titulaciones —por ejemplo Historia y Humanidades— se siguen formando muchos arqueólogos en la mayoría de las universidades españolas. La afluencia importante de estudiantes en los nuevos Grados de Arqueología quizás este marcando la tendencia de que cada vez más estudiantes buscan estudiar un grado específico para ser arqueólogos. Aunque los problemas y puntos oscuros no son pocos de cara al futuro y es preciso reconocer las críticas (Almansa 2011) hay margen para un cierto optimismo y para confiar en las jóvenes generaciones de arqueólogos.

Los museos arqueológicos

Los últimos años del franquismo vieron el languidecimiento de los tradicionales museos arqueológicos, sin cambios notables ni en sus museografías y discursos ni en el aumento de interés de la sociedad por ellos (Hernández 2010). Los últimos museos «refundados» al fi-

nal del franquismo fueron los de Jaén, Málaga, Murcia y Segovia, intentando hacerlos «más modernos», con contenidos a veces mixtos (no solo arqueología) y evitando el término de provinciales, atisbando que el signo de los tiempos estaba cambiando. Con la llegada de la democracia y la construcción del estado de las autonomías la situación empezó a cambiar radicalmente. El Museo Arqueológico Nacional —como símbolo de la museología arqueológica española— remodeló de manera profunda su exposición permanente, a mediados de los años 1970 bajo la dirección de Martín Almagro Basch, ofreciendo un museo nacional a la altura de la museografía europea de la época. Ese museo es el que prácticamente permaneció estable y resistió dignamente más de 30 años hasta su reciente transformación y reapertura en 2014.

En el resto del país las cosas también cambiaron. Los museos provinciales que fueron casi la única política museística estatal desde hacía casi un siglo, apenas tenían alternativa en la fórmula de museos locales o municipales. Con la democracia y la Constitución española de 1978 se abrirán espacios para —con las transferencias del estado central a las Comunidades Autónomas pocos años más tarde— la ruptura de la política museística centralista, la liberalización de la rígida reglamentación anterior con la gestión de los viejos museos por las nuevas administraciones autonómicas y, de manera muy especial, la creación y fundación de numerosos nuevos museos por las administraciones municipales (Azuar 2013).

Con la democracia el crecimiento de los museos se disparó. Si en 1970 había 17 museos arqueológicos a finales de los años 1980 eran 47 los fundados, con un crecimiento del 1,3 % anual y en la última década del siglo XX continuaron creciendo todavía más llegando a un ritmo anual del 2,6 %. Como ha señalado Azuar (2013: 113) es muy relevante que con la democracia y las autonomías se cerró la articulación territorial del patrimonio arqueológico y su gestión exclusiva por parte de los antiguos museos provinciales, con más de 100 años de antigüedad y que habían sobrevivido a las dos repúblicas y a las dictaduras del general Primo de Rivera y de Francisco Franco.

Antes de las transferencias a las Comunidades Autónomas, el Ministerio de Cultura, sin conocer exactamente como iba a ser la transición política y cultural pero acaso sospechando lo poco que quedaría en manos del Estado central, reconoció al Museo de Mérida como Museo Nacional de Arte Romano (1975), al antiguo Museo de Prehistoria de Altamira como Museo y Centro Nacional de Investigación de Altamira (1979) y al Museo de Tarragona como Museo Nacional de Arqueología de Tarragona (1981). Mientras que en 1980 se creo el Museo y Centro Nacional de Investigaciones Submarinas en Cartagena [fig. 6].

En la década de 1980 se empezaron a crear los nuevos museos municipales (fueron pioneros los de Caravaca de la Cruz, Cehegín, Calahorra, Nájera y Agramunt) y un nuevo tipo de museo arqueológico: los «museos de sitio», al lado de los propios yacimientos arqueológicos, como los de Clunia, el castro de Viladonga, Pollentia y Tiermes, que fueron los primeros y sentaron las bases de lo que habrían de ser estos museos (Azuar 2013: 115). La Ley 16/1985 de Patrimonio Histórico Español y los desarrollos legislativos y normativos de las Comunidades Autónomas impulsaron la creación de museos y en la última década del siglo pasado casi se fundaron los mismos que en los 20 años anteriores. Gobiernos autonómicos y muchos Ayuntamientos se empeñaron en la recuperación de las raíces históricas —apuntalando así sus identidades políticas, todo hay que decirlo— y también, es verdad, con el deseo de hacer llegar a la ciudadanía la cultura y la historia de forma más efectiva.

Los años de comienzos del siglo XXI han contemplado una nueva etapa definida por las ayudas al desarrollo de la Unión Europea (programas Leader, Feder y Proder) que han permitido a muchos municipios seguir con la fundación de nuevos museos arqueológicos y por otra parte a las Comunidades Autónomas implantar nuevos modelos como los Parques Arqueológicos (Querol 1992-93), los Centros de interpretación y las Aulas arqueológicas —con desigual éxito según Comunidades— o las redes y rutas autonómicas de yacimientos arqueológicos. Por su parte, el desarrollo urbanístico y especulativo estimuló el crecimiento de museos y de los nuevos modelos de presentación del patrimonio arqueológico, para convertirlos en herramientas de políticas de turismo cultural, especialmente en las regiones mediterráneas. Al final de la primera década del siglo actual había unos 180 museos arqueológicos —y más de medio centenar de «museos de sitio»—, que atrajeron a algo más de siete millones de visitantes (Azuar 2013: 174), una cifra nada despreciable aunque quizá efecto de una «burbuja museística» (ver pp. 98-99) casi paralela a la burbuja inmobiliaria de aquellos años. Pero este escenario se vería pronto gravemente alterado por la crisis económica. Los efectos de la crisis iniciada en 2008 —y en cierto modo no cerrada todavía— restan por ser conocidos en detalle. Pero el estancamiento en el ritmo de nuevas fundaciones museísticas y el cierre de ciertas experiencias nuevas, como el caso de los Parque Arqueológicos de Castilla la Mancha o el deterioro y cierto abandono de algunos centros de interpretación y aulas arqueológicas, son algunos síntomas inequívocos del efecto de los recortes en Arqueología y cultura en general. Problemas que se están comenzando a afrontar y que no resultarán de fácil solución.

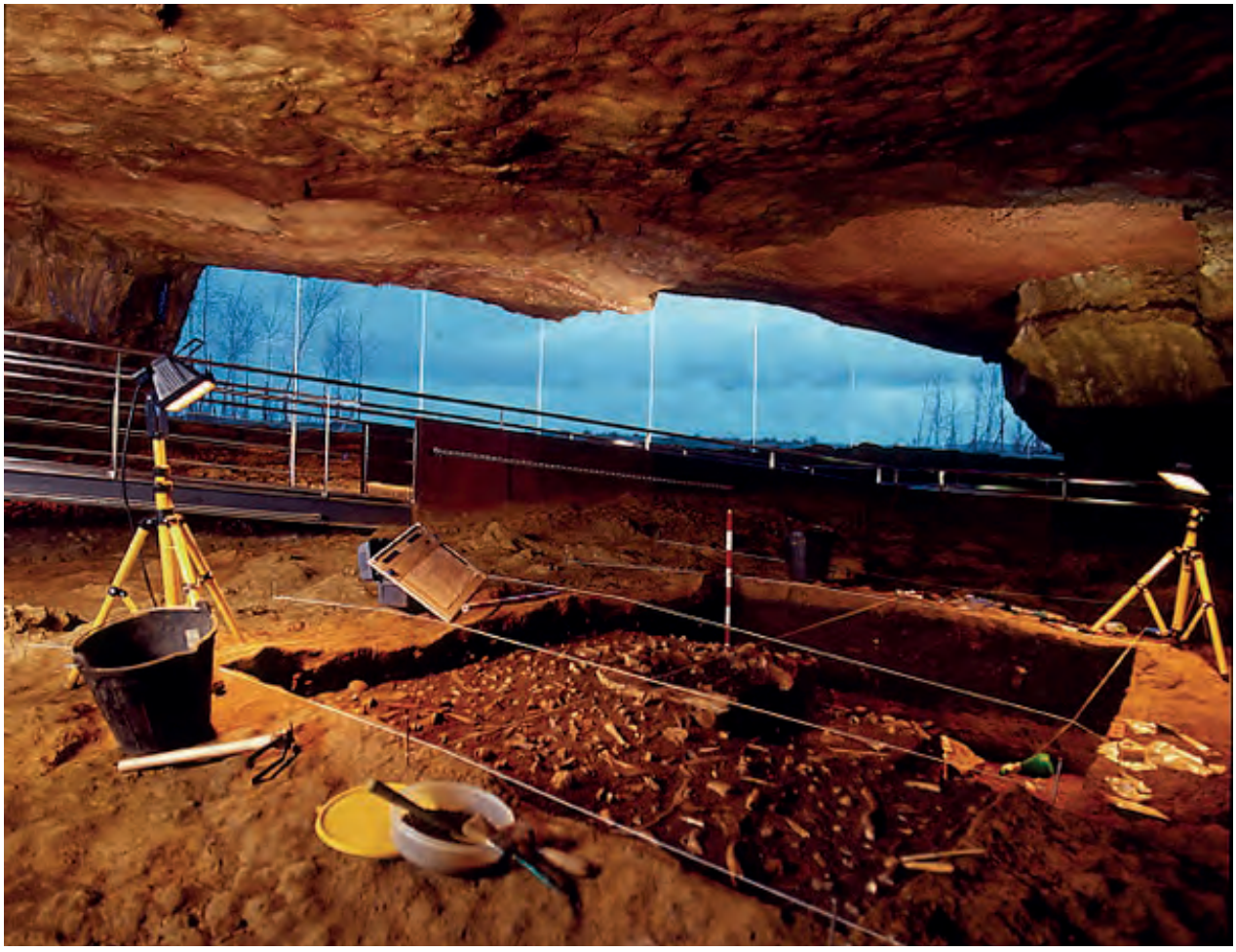


FIG. 6
Vista de la recreación de un área de excavación en la Neocueva de Altamira Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira, MECD.

Desde el punto de vista de la innovación museográfica e influencia en el sector merece la pena destacar que por un lado, el nivel de la museografía arqueológica ha mejorado sensiblemente en las últimas décadas (Hernández 2010, Santacana y Hernández 2006). Y por otro lado, que algunos de los nuevos museos con más atracción —como son los casos del Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid (1999), Museo de Altamira (2001), Museo Arqueológico de Alicante (2002), Museo de Almería (2006), Museo de la Evolución Humana de Burgos (2010) y Museo Arqueológico Nacional (2014)—, están consiguiendo ampliar la captación de públicos, cada vez más diversificados, gracias a sus museografías innovadoras, programas de actividades complementarias y adaptación a los nuevos entornos de las tecnologías de información digital [fig. 7].

Otra cosa es reflexionar sobre los discursos de los museos arqueológicos. La mayoría, como bien indica Azuar (2013: 169-70), siguen sin reflexionar sobre su función en la sociedad actual, casi vaciados de un discurso identitario (en el mejor sentido de la palabra) o de memoria de la comunidad a la que pertenecen. A pesar de que el carácter publico de la gran mayoría de museos, como depositarios del patrimonio arqueológico, les obliga, por imperativo constitucional además, a la conservación y presentación de la «memoria identitaria» de los ciudadanos y de los pueblos de España. Y aunque algunos consiguen presentaciones más o menos coherentes muchos siguen ofreciendo un amontonamiento de piezas descontextualizadas, en una contemplación más o menos «bonita» e impactante pero sin captar realmente la memoria de los objetos ni ofrecer una visión de verdadera alteridad de los distintos pasados materiales (Lull 2007: 364-66).

En el momento actual los museos arqueológicos y los entes asociados —museos de sitio, centros de interpretación, aulas arqueológicas, yacimientos presentados al público y parques arqueológicos—, afrontan una serie de retos casi comunes (Ruiz Zapatero 1998, 2010). Pero antes de considerarlos merece la pena destacar que a pesar de las erráticas políticas de presentación

FIG. 7
Museo Arqueológico Nacional. Sala 4 del módulo de Prehistoria, dedicada a los orígenes de la Humanidad.

del patrimonio arqueológico, a nivel nacional, autonómico y de administración local, el número de entidades arqueológicas ofrecidas al público es relativamente alto, de aceptable calidad y atrae a un público cada vez más numeroso. Quizás la clave futura sea como articular una complementariedad adecuada entre todas esas entidades arqueológicas para construir un «ecosistema arqueológico» racional, sostenible y atractivo para el mayor número de públicos.

Los Congresos Internacionales sobre *Musealización de Yacimientos Arqueológicos* que se celebran desde el año 2000, con la primera edición en Alcalá de Henares, han tenido carácter bianual y constituyen una referencia fundamental sobre uno de los aspectos más recientes, polémicos y con importante crecimiento futuro: la presentación *in situ* del patrimonio arqueológico. Las actas publicadas, ofrecen un buen estado de la cuestión aunque recogen un cierto triunfalismo administrativo con escasa autocrítica y poca participación de arqueólogos de la universidad.

Los retos de futuro, salvando las especificidades de unos y otros (Azuar 2013: 219-45), se pueden resumir en los siguientes:

1) La necesidad de resolver el importante «déficit» de profesionales, ya que la inversión en personal cualificado es muy baja, ni siquiera llega a la mitad de la media europea. No en balde la base de los museos son sus recursos humanos.

2) El impulso decidido para la completa informatización de fondos y colecciones así como el ofrecimiento de una buena batería de recursos *on line* a disposición de la ciudadanía. Lo mismo vale para su publicidad y visibilidad en el ocio cultural de cada comunidad.

3) La renovación y actualización de las museografías con especial atención a las nuevas tecnologías de la información y comunicación pero sin renunciar a los valores esenciales y fortalezas del «museo físico», especialmente las visitas guiadas y la enorme diversidad de experiencias participativas.

4) Reconsiderar los públicos interesados y los refractarios de cada tipo de entidad para así «repensar»

Museos arqueológicos, 1960-2010: la experiencia de la orfandad

Luis Grau Lobo. Director del Museo de León

Como puede suponerse, compendiar en tan breve espacio quizás el medio siglo más vertiginoso y profuso de la museística arqueológica española resulta arduo, sino irrealizable, más teniendo en cuenta que primero habría que definir qué entendemos hoy por tal. Esquivando este espinoso asunto y aquella crónica imposible, ensayaremos una periodización que permita otear ese panorama, aun con el lógico riesgo de que no sirva a todos y en todo momento, pero sí lo haga en casos suficientes.

Con más de siglo y medio de una biografía claroscura, marcada a hierro por su obstinación en amparar gran parte de nuestro legado histórico y público, los museos arqueológicos provinciales disfrutaron de una prometedora mocedad que la Guerra Civil desbarató, arrastrándolos a una tesitura menesterosa durante toda la dictadura. En ese sentido, los sesenta y principios de los setenta supusieron una etapa de *impasse*, de agotamiento acompasado a los estertores del franquismo. Museos instalados precariamente en una ranciedad e inmovilismo que consolidaba su estatuto popular de lugares polvorientos y caducos, exponían muestrarios tipológicos o recopilatorios de un saber, el arqueológico, al tiempo añejo y escasamente vinculado con corrientes museológicas renovadoras, que ni estaban ni se las esperaba. Bien es cierto, que algunos centros disfrutaron una relativa autonomía, ceñida a magros presupuestos, fiscalización caprichosa y frecuente arbitrariedad, y una intimidad con la lacónica actividad arqueológica que se llevaba a cabo en sus «demarcaciones». En todo caso, las operaciones de *aggiornamento* fueron escasas y adolecieron de planificación tanto como de reflexión museística, siendo esas exposiciones las más de las veces la presentación vitrificada dispuesta por un arqueólogo para sus colegas arqueólogos; para estudiantes de arqueología en el mejor de los casos.

Por el contrario, durante los últimos setenta y los ochenta asistimos a una profunda «metamorfosis», al reconocimiento de una crisis de identidad y la construcción de un nuevo paradigma en los museos y en la arqueología, que cambió decisiva y permanentemente la idea que de estos centros y de esa actividad se tiene. Ello coincidió, o más bien fueron fenómenos interferentes, con una descentralización profunda y acelerada que conformó un horizonte drásticamente distinto. A diferencia de otro tipo de museos, en este caso tales cambios incidieron determinantemente en las propuestas exhibitivas, por la mayor vinculación de la disciplina arqueológica con la interpretación del territorio. La descentralización se fraguó en dos niveles fundamentales: la crítica a la asimilación «nacionalista» del pasado remoto —aún con nuevas lecturas «identitarias»— y el cambio de gestión de los museos provinciales (arqueológicos, para entendernos) junto a la proliferación de museísticas «de detalle» en municipios, enclaves, y un etcétera de varia condición, acelerado en la etapa siguiente.

En el primero de esos casos, el de los «provinciales», la palabra clave es «orfandad»: museos huérfanos de madre y de padre. El padre perdido fue el Estado, merced a una transferencia competencial apresurada, sin modelo, sin desarrollo, sin objetivos, sin evaluación... Tales prisas, derivadas de una época efervescente y algo atolondrada, trajeron como consecuencias desamparo, precariedad, marginalidad y disfunción para muchos de esos antiguos museos, que, por ser de todos, ya no eran de nadie. Y la *mamma morta* (fugada más bien) fue la arqueología, aquel cordón umbilical con la tierra en que enraizaban. Este despojamiento competencial surgió de un viraje llamado a considerar la arqueología como una instancia administrativa, compartimento estanco para nuevas normativas y pautas patrimoniales. La arqueología ya no era tanto una actividad científica llamada a nutrir los almacenes de los museos (según aquel obsoleto planteamiento decimonónico), sino una parcela de la herencia patrimonial con características peculiares. Los museos, en consecuencia, pasaron a comportarse como meros receptores, almacenes cuya relación con los yacimientos se limitaba a una custodia precaria con limitaciones conceptuales evidentes y perversas. Los restos recuperados arqueológicamente (tal tautología define el patrimonio arqueológico) no tenían nada que ver con los museos arqueológicos hasta que la arqueología cesaba casi definitivamente. Una patrimonialización un tanto mostrenca, con escasa visión global y provecho ulterior, que ofrecía una imagen pública desacorde con la efervescente actividad de la disciplina.

Existieron, por supuesto, opciones a ese modelo: museos ligados a la arqueología, por ejemplo, definidos a la manera malrauxiana, no como un edificio aislado, sino como una idea abierta a múltiples formulaciones (museos locales, de yacimiento, *in situ*, centros de interpretación, subsuelos visitables...) que completasen los tratamientos íntegramente; con su «retorno» museístico. Una arqueología inspirada desde los museos, acorde con un análisis patrimonial (no circunstancial) de los re-

cursos: dando preferencia a aquellos que pudieran musealizarse (léase poner a disposición del público en las mejores condiciones), a aquellos que ofrecieran más contrapartidas sociales, más accesibilidad, aquellos que pudieran dar más de sí a la ciudadanía. En definitiva, hacer lo que hacen los museos. Pero el camino fue otro...

Y en medio de ese itinerario, los noventa y primeros años de este siglo supusieron la hidropesía de una suerte de «burbuja museística», común a otras instancias. Década y media de multiplicación y exhibicionismos, a menudo exentas de políticas reales sobre museos más allá de leyes biensonantes y reglamentaciones rehuidas. Entre los aportes museológicos cabe señalar los esfuerzos por normalizar un comportamiento profesional que, en ocasiones, no se tenía en consideración llegado el caso. La arqueología (y con ella sus museos) frecuentemente fue un estorbo o un trámite. En el haber, se diseminaron museos arqueológicos por doquier: se renovaron muchos de los provinciales, generalmente con intervenciones categóricas, prontamente diluidas en el prurito de la novedad; se fortalecieron instalaciones imprescindibles y modélicas, el lenguaje expositivo incorporó narrativas, tecnologías, escenografía: una modernidad generalizada los sacudía al fin... Pero junto a ello, carentes de un modelo asentado, diríase que a golpe de ensayo y error, se desplegaron centros de interpretación, aulas arqueológicas, y multitud de *formosa deformitas* que diría Bernardo de Claraval, a veces exitosas, otras llegando al absurdo de sustituir el patrimonio genuino por su remedo (de gusto *kitsch*), en casos hilarantes o meramente tristes [fig. 1].

Finalmente, marcados a fuego por la palabra «crisis» y los abusos justificados por esa excusa, la década reciente afronta un nuevo dilema, surgido de los errores previos, como es lógico. Muchos son los retos que los museos arqueológicos desafían hoy, como concepto y como artefacto de representación cultural: el funcionamiento armonizado y eficiente de tanta infraestructura, la racionalización de recursos menguados, la accesibilidad de sus conocimientos, mediatizados por objetos y presencias extintos, mutilados e incluso arcanos; la gestión de memorias colectivas a menudo intangibles en ámbitos sometidos a debate; la revisión de sus tradicionales deformaciones de lectura: identitarias, interculturales, de género, poscoloniales...; y, finalmente, la inclusión de la arqueología en los usos culturales ciudadanos, esa asignatura todavía pendiente.

FIG. 1
Algunos de los museos arqueológicos más recientes y novedosos de la España contemporánea: el Museo Arqueológico de Alicante (MARQ) y Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira, MECD

Pero los museos arqueológicos gustan. Tal vez porque en sus salas conviven lo excelso y lo vulgar, lo cotidiano y lo extraordinario, aquello que dejan tras de sí pretéritos paradójicos y fugaces. La mirada arqueológica es comprensiva: refiere y reconoce. Para ella no hay nombres propios ni gentes mejores que otras; su interlocutor es colectivo, el coro de las comunidades humanas, los desheredados, los anónimos. Sus azares y descubrimientos componen actos violentos que le enfrentan a la jurisdicción del tiempo para cambiar sus códigos. La arqueología ha de ser crítica al tiempo que volátil, mantener la serenidad junto al escepticismo, la solidez en medio de los desechos. Tal vez por eso los museos arqueológicos nos atraen. Porque son más modestos, menos ufanos o presuntuosos. Y más nuestros, cercanos; familiares como el álbum fotográfico de un linaje que no conocimos pero al que pertenecemos. Quizás nos gustan porque en ellos reconocemos la experiencia de una orfandad que también es la nuestra.

los *targets* y ampliar coherentemente las audiencias, creando museos verdaderamente accesibles —física e intelectualmente— para todos. Para esto las Cartas de Servicios y las distinciones de calidad son herramientas y estímulos muy útiles. Y por último, trabajar con la certeza de que los públicos de museos, museos de sitio, yacimientos presentados y parques arqueológicos difieren entre sí y no deben ser considerados de forma monolítica (Azuar 2013: 206 ss.).

5) La búsqueda constante de su sostenibilidad económica, que no quiere decir solo rentabilidad económica porque debe incluirse la rentabilidad social y educativa. Aunque esto último, a su vez, implica la persecución de equilibrios, siempre difíciles, entre recursos económicos, viabilidad de futuro y resultados culturales y educativos satisfactorios. El patronazgo de empresas y particulares debe ser considerado también siempre que se mantengan a salvo los valores democráticos y ciudadanos de los museos arqueológicos.

Las cifras de visitantes de museos como el MAN, casi un millón de visitantes en su primer año de reapertura, el MARQ de Alicante o el Museo de la Evolución Humana de Burgos indican una buena dirección que habrá que seguir con mucha atención. Como también habrá que tener muy en cuenta las experiencias de grandes museos como el Musée de L'Homme de Paris, recientemente remodelado, el British Museum de Londres, o los más importantes museos de EE.UU.

Las empresas de arqueología

Han pasado a constituir el sector más fuerte, en la medida que entre el 80% y el 90% de las intervenciones arqueológicas las hacen ellos, aunque quizás el término acuñado en el Reino Unido «los arqueólogos invisibles» hace justicia a su gran número pero al mismo tiempo a su escasa visibilidad en la arqueología publicada. De hecho su pura visibilidad física ha sido revelada gracias a los recientes e interesantes trabajos de E. Parga Dans (2010, 2012, 2016) que es quien ha conseguido delimitar sus contornos y diagnosticar sus problemas (Berrocal 2014). Problemas que tras el inicio de la arqueología contractual a finales de los años 1980 han ido siendo crítica, lúcida y continuadamente denunciados, con distintos matices pero de forma contundente por varios autores (Díaz del Río 2000, Moya Maleno 2010, Morin y Barroso 2014, Rodríguez Temiño 2010, Vigil Escalera 2011).

Las denuncias repetidas de los problemas, algunas muy valientes y contundentes (Vidal Encinas 2005), en todo caso, no han conducido a su desaparición. En algunas situaciones, como el empleo de estudiantes en las campañas de excavación se ha llegado a denunciar su peligro potencial para el reconocimiento de un trabajo profesional que tiende a la precarización (González Álvarez 2013). En algunos casos el escenario incluso ha evolucionado a peor, aunque ciertamente en determinados ámbitos la arqueología comercial ha resultado innovadora (Castro Martínez et al. 2012), como también lo es en el ámbito del tratamiento informático de datos y la arqueología digital (González Reyero 2015).

La crisis económica de 2008 ha afectado severamente al sector (Vaquerizo 2015), la pérdida de cerca del 50% de sus efectivos no parece nada exagerada. Y aunque se quiera ver el lado bueno de que ha obligado a la arqueología española a repensarse (Pain 2012), la realidad es que muchas empresas han cerrado o han tenido que reinventarse con fórmulas diversas que sustituyen a los proyectos de excavación, reducidos al mínimo con el estallido de la burbuja inmobiliaria (Criado Boado et al. 2015). La realidad es que los problemas ya señalados hace tiempo (Díaz del Río 2000) no se han resuelto (Vigil Escalera 2011: 18-19): escasa formación universitaria para el ejercicio profesional en este ámbito, pocos controles de calidad por parte de las administraciones, opacidad de los informes y memorias generados y ausencia de proyectos marco en los que incluir las numerosas intervenciones arqueológicas. El resultado ha sido un «pequeño mundo en ruinas», en palabras de Vigil Escalera (2011) que parecen muy acertadas.

Siendo de alguna manera el colectivo más «débil» se entiende, al menos en parte, por qué a pesar del buen análisis de Díaz del Río (2000:16) del panorama del sector que establecía con agudeza la agenda para su debate en el siglo XXI, ese debate lejos de producirse ha sido casi desmantelado por la crisis económica iniciada en 2008. Recuperar los términos de ese debate parece una necesidad importante no solo para los arqueólogos de empresa sino para toda la arqueología española, en la medida que los problemas de fondo son problemas de todos los arqueólogos, o desde luego deberían serlo. Pero son necesarias más reflexiones surgidas del propio sector empresarial (Benet y Rigo 2015).

El desarrollo de la teoría arqueológica

La arqueología española consiguió, a pesar del aislamiento que supuso el primer Franquismo, mantener contacto con las ideas, métodos y objetivos de la arqueología europea a lo largo de las décadas de 1950 y 1960. Los libros reseñados en las revistas españolas y la bibliografía referenciada en libros, artículos y participaciones en congresos de nuestros arqueólogos lo probarían en líneas generales. Pero la situación que se abrió en los años 1970 empezó a ser más compleja, especialmente en lo que se refería a la teoría arqueológica. Ya no servía que

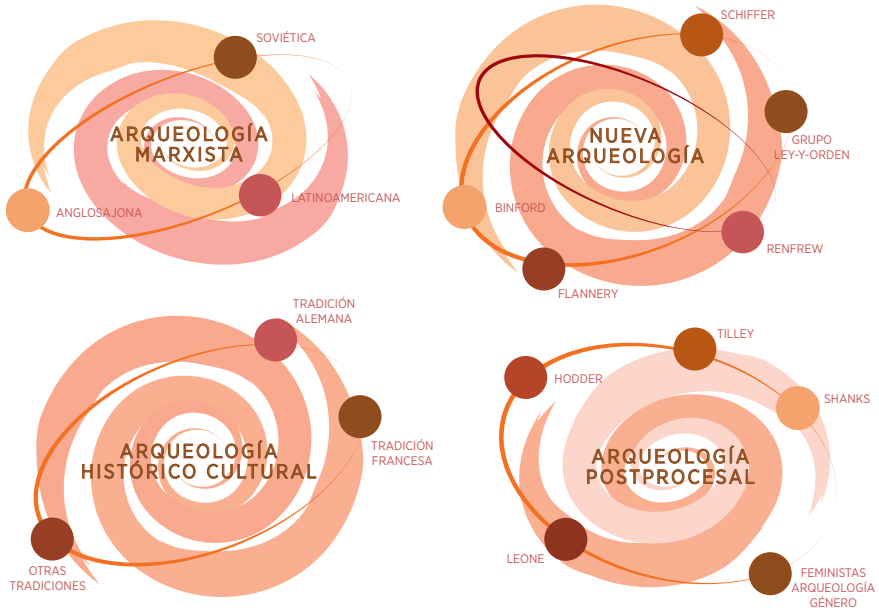


FIG. 8
El «firmamento de la teoría arqueológica» contemporánea. Con las cuatro grandes «galaxias»: 1) arqueología histórico-cultural, 2) Nueva arqueología o arqueología procesual, 3) arqueología postprocesual y 4) arqueología materialista, histórica o marxista. Se indican las tradiciones arqueológicas más relevantes de cada paradigma teórico y algunos de sus investigadores más representativos.

todo fuera excavación y todo se interpretara con el viejo paradigma del historicismo cultural. Y es que, efectivamente, la arqueología es mucho más que la excavación: no puede haber excavación sin arqueología, pero sí que puede y debe haber arqueología sin excavación (Abad 2016-17: 1). Por otro lado hay que recordar que «se miren como se miren, los restos arqueológicos llevan aparejada por su propia naturaleza la categoría de material descompuesto e incompleto, de vestigios fragmentados de una realidad inexistente» (León 2001-02: 3). Y «representar» esos restos materiales en un contexto vivo del pasado exige herramientas metodológicas y, sobre todo, teoría arqueológica. Algo de lo que la arqueología tradicional no se había preocupado [fig. 8].

La *New archaeology* de británicos y norteamericanos, iniciada en los años 1960, fue el primer gran movimiento teórico de la arqueología contemporánea (Gardner *et al.* 2013). En España este movimiento llego con retraso y casi veinte años después, algunos profesores empezaron a leer las obras seminales de Binford y Renfrew; y los enfoques procesuales —como empezó a ser conocida la Nueva Arqueología en los años ochenta— fueron calando en algunos temas como la arqueología espacial y ciertos análisis sociales (García Santos 1997). Otro pequeño grupo, desde el marxismo político de la oposición a la dictadura franquista fue introduciendo el materialismo histórico aplicado a la arqueología (Lull 2007). Y en la década de 1990, el movimiento post-procesual, la crítica de la postmodernidad al funcionalismo de la *New archaeology*, también gestado en los cuarteles generales del mundo anglosajón, fue introducido en España con apenas una década de desfase (Criado 2012).

Por tanto, en los últimos veinticinco años, al lado del historicismo cultural que sigue siendo mayoritario, se han movido arqueólogos procesuales más o menos eclécticos que han ejercido cierta influencia sobre el resto de la comunidad arqueológica española, y pequeños grupos de materialistas históricos y post-procesuales. Lo notable es que, especialmente los dos últimos colectivos, han superado la dependencia inicial exterior y hoy día sus enfoques teóricos son considerados como originales y muy atractivos —como sucede también con la «arqueología de las mujeres» (Sánchez Romero 2007)— por la propia tradición anglosajona y otras grandes *mainstreams*. Alguna publicación reciente (VV.AA. 2012) ha demostrado que la teoría arqueológica española tiene pensamiento propio y que esta a la altura de los mejores debates de la arqueología teórica anglosajona, la que establece la agenda investigadora. La visión más profunda y holística, es la de A. González Ruibal (2012), que en diez puntos reivindica «otra arqueología» para el futuro que reúna las siguientes características: una arqueología sin límites temporales; multitemporal; participativa y pública; auténticamente política; creativa; con su propia retórica; reivindicadora de la materialidad; en pie de igualdad con otras ciencias; una arqueología global, y como colofón, una arqueología que se reconozca como inevitable y abiertamente teórica. La propuesta merece muy seria consideración.

Desde la perspectiva de las especialidades, la efervescencia teórica española ha estado muy ligada a la arqueología prehistórica, algo menos a la medieval y escasamente a la arqueología clásica.

La arqueología española en el extranjero

Víctor M. Fernández Martínez. Universidad Complutense de Madrid

La arqueología española en el extranjero ha estado poderosamente influida por las relaciones exteriores y la situación política interna de nuestro país. Durante los siglos XVI a XVIII, cuando España poseyó un inmenso imperio colonial en América y controló una parte sustancial de la península italiana, nuestro incipiente interés arqueológico no se distinguió mucho del de otros países importantes europeos. Así, tenemos que los primeros informes sobre significativos yacimientos mayas e incas fueron realizados por españoles, y que las excavaciones en las ciudades romanas de Pompeya y Herculano en el siglo XVIII, en tantos sentidos consideradas como el origen de la moderna Arqueología europea, fueron auspiciadas por nuestro futuro rey Carlos III y dirigidas por técnicos españoles, concretamente Roque Joaquín de Alcubierre y Francisco de la Vega, nombres hoy tan injustamente olvidados.

La Guerra de la Independencia contra los franceses a inicios del siglo XIX, cuando triunfó un nacionalismo español cerrado y arcaico cuyos últimos coletazos todavía sufrimos en nuestros días, y la posterior pérdida de la mayoría de nuestras colonias americanas, hicieron que prácticamente durante todo ese siglo el interés español por la Arqueología exterior (igual que por la interior y por la ciencia en general) decayera notablemente. No es por ello casualidad que los primeros trabajos arqueológicos en nuestro país fueran iniciados por investigadores de otros países europeos, que actuaban aquí de una forma no muy diferente de la que seguían en países que entonces se empezaban a colonizar, en el norte de África y el Próximo Oriente.

Durante el período conocido como Restauración Borbónica (1874-1931), la arqueología vio avances importantes con la creación de instituciones que la impulsaron, al igual que al resto de las ciencias, pero los trabajos en el exterior fueron muy escasos y ligados exclusivamente a nuestras pequeñas colonias del norte de África. La primera en ser estudiada fue el Sahara, donde Norberto Font i Sagué descubrió y publicó unos concheros neolíticos en una fecha tan temprana como 1902. El siguiente en la lista sería el protectorado de Marruecos, donde Hugo Obermaier estudió materiales paleolíticos de las terrazas del río Martín en 1928. Durante esos mismos años veinte se comenzó en Marruecos la excavación de las ciudades púnico-romanas de Tamuda y Lixus, aunque la situación predominante de guerra en la región impidió que los estudios alcanzaran el nivel requerido. Tras la pacificación de la zona, a la que siguió la República y la Guerra Civil, se reavivó el interés por la arqueología africana, con los trabajos del padre Martín del Molino en Guinea Ecuatorial, Tarradell y Quintero en Marruecos y Almagro Basch en el Sahara. La escasa influencia que esos trabajos, a menudo teñidos de rancia retórica imperialista, tuvieron en la arqueología española se revela claramente por el hecho de que todos ellos fueron abandonados tras la independencia de esos países.

Además de algunas investigaciones en Italia conducidas por la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, el siguiente episodio de nuestra arqueología exterior fue la importante participación en la Campaña de Salvamento de Nubia, auspiciada por la UNESCO, durante la década de 1960. Dirigidos por Almagro Basch, un equipo relativamente numeroso de arqueólogos y técnicos españoles (Pellicer, Presedo, Ripoll, Aguirre, Altuna, García-Guinea, Blanco, Monreal, Zozaya, etc.) excavaron de urgencia un buen número de yacimientos (sobre todo necrópolis) que iban a desaparecer bajo las aguas de la gran presa de Aswan, y lo que es más importante, publicaron casi todos los resultados de una forma correcta para la época y en un plazo muy corto de tiempo. Algo

FIG. 1
Algunos miembros de la misión española en la Campaña de Salvamento de Nubia, en las excavaciones de 1961-1962. De izquierda a derecha, Jesús Altuna, Juan Zozaya, Emiliano Aguirre, Manuel Pellicer, mujer Nubia, Miguel Llongueras.

FIG. 2
El resultado más espectacular de la arqueología española en el exterior tal vez sea la concesión por Egipto del importante templo de Debod, hoy en el Parque del Oeste de Madrid, a nuestro país, como resultado de nuestra participación en la Campaña de Nubia.

que tantas veces lastra las empresas científicas españolas, el personalismo, también aparece como defecto principal de aquella empresa: al ser en muchos sentidos resultado del empeño de un solo investigador (Almagro), muy pocos de aquellos exploradores españoles de Nubia continuaron trabajando en tierras africanas. Solo el interés de Almagro por continuar en Egipto (en «nuestro» yacimiento de Herakleópolis Magna, donde luego trabajaron Presedo y Pérez Díe hasta nuestros días) y, durante menos tiempo y con financiación privada, en Nubia (excavaciones en Abri dirigidas por Víctor M. Fernández, 1978-1981), permitió que la egiptología y nubiología españolas no desaparecieran tras aquella gran Campaña [fig. 1].

El final del Franquismo fue en buena medida el acto final del largo período de aislamiento español iniciado en las guerras napoleónicas, salvo los cortos períodos de esperanza republicana, y al igual que cualquier otro ámbito de nuestra vida actual, la arqueología en el exterior experimentó una expansión inusitada que nos acerca a la realidad de otros países de nuestro entorno. Ya al final de la dictadura habían empezado algunas empresas individuales, como la de Alcina en Ecuador o de González-Echegaray en Jordania, y la primera década tras el cambio vio la proliferación de los proyectos arqueológicos en el interior, impulsados por las nuevas autonomías con lógicos fines patrimoniales, y algunos proyectos nuevos financiados por el ministerio de Educación se dedicaron a comenzar investigaciones más costosas fuera de nuestras fronteras.

Pero fue la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Cultura (a veces unido al de Educación como ocurre actualmente), a inicios de los noventa, cuando fue director general el arqueólogo de la Complutense José María Luzón, la que comenzó un ambicioso plan de financiación de proyectos arqueológicos anuales en el exterior que, aunque con algunos recortes durante los períodos de gobiernos populares y sobre todo en esta última legislatura, continúa por suerte hasta nuestros días. La lista de proyectos y países abordados por ese plan ocuparía mucho más espacio del aquí disponible, pero las regiones y yacimientos investigados están en los cinco continentes, destacando áreas importantes con abundantes proyectos, como el Próximo Oriente (Egipto, Líbano, Jordania, Siria, Yemen, Iraq, etc.) o el noreste y este de África (Egipto, Sudán, Etiopía, Somalilandia, Tanzania, Mozambique) [fig. 2].

A pesar de los recientes avances, la vieja tradición española de mirarse el ombligo se resiste a desaparecer y todavía surge, aunque cada vez más de tarde en tarde, la vieja pregunta de por qué irse tan lejos cuando aquí tenemos cosas tan interesantes. Afortunadamente, los españoles empezamos a mirar también hacia afuera, algo que parece venir como consecuencia lógica de un ambiente de mayor riqueza, educación y democracia. Ahora que muchos observadores afirman que nos quedan ya muy pocas cosas por descubrir en este planeta, la arqueología muestra casi a diario que debajo de la tierra quedan innumerables restos de enorme interés que nos hablan y nos enseñan sobre nuestros antepasados, y en la larga tarea de traerlos de nuevo a la luz podemos decir que los españoles nos encontramos por fin en la primera línea.

FIG. 9
Los ámbitos de las distintas especialidades arqueológicas y su posición/relevancia respecto a la historia de cada etapa.

La consolidación de las especialidades arqueológicas

Quizás desde el punto de vista organizativo de la arqueología uno de los hechos más significativos de esta tercera etapa —especialmente desde los años 1970— sea la diferenciación, autonomía y madurez de las distintas especialidades que siguen estando estructuradas por grandes periodos crono-culturales. El peso de la tradición explica que sigamos en esa línea y que las especialidades sean por tanto la arqueología prehistórica, la clásica y la medieval. La arqueología industrial (Cerdà 2008) tiene escasa práctica y un reducido número de especialistas (González Vergara 2014), pero una muy aceptable actividad (González Vergara 2009-10) y la «arqueología del pasado contemporáneo» (Harrison y Schofield 2010) solo está empezando a despuntar, con cierto retraso respecto a otros países de nuestro entorno (González Ruíbal 2014). Sin duda alguna la limitada presencia de especialistas de estos períodos históricos más recientes tiene mucho que ver con la rigidez de los planes de estudio, el gremialismo académico y el sistema desfasado de creación de plazas y selección del profesorado en la universidad. Y si no se institucionaliza su enseñanza difícilmente pueden crecer sus practicantes. Solo añadir que en España la riqueza de registros arqueológicos de estos periodos tardíos es más que notable y la necesidad de especialistas resulta muy real. España cuenta con el segundo Patrimonio arqueológico más importante del mundo, solo por detrás de Italia, y su conservación, protección y difusión tiene todavía múltiples tareas pendientes [fig. 9].

Otra cosa será discutir si tiene sentido seguir con el modelo de especialidades crono-culturales o merecería la pena apostar por otros modelos, con una atención preferente en los aspectos temáticos de la arqueología más que en los cronológicos. Aunque también carecemos de datos estadísticos, el reparto de plazas docentes por especialidades es bastante asimétrico: la especialidad más grande en número de especialistas es la de Arqueología Prehistórica, seguida de Arqueología Clásica, con muy reducida presencia de arqueólogos medievalistas y todavía menos de expertos en Arqueología Industrial; no digamos en Arqueología Contemporánea o del presente, casi inexistentes (González Ruibal 2014).

A continuación se analiza brevemente la historia de estas especialidades en los últimos cuarenta años de cara a comprender el estado actual de la especialización arqueológica.

La arqueología prehistórica

La Arqueología Prehistórica tiene la trayectoria más larga de las arqueologías modernas en España. En los años sesenta el profesorado universitario más numeroso en Arqueología era el constituido por los prehistoriadores. Con una prestigiosa tradición que venía de la

FIG. 10
Vista general de las excavaciones en la Gran Dolina de Atapuerca.

«escuela madrileña» de Obermaier y de la *escuela catalana* de Bosch Gimpera y sus discípulos. En poco más de veinte años después de la Guerra Civil la investigación se había recuperado lentamente como evidenciaban el incremento de excavaciones arqueológicas, la fundación de nuevas revistas señeras como *Trabajos de Prehistoria* (1969) y *Pyrenae* (1965), emblema de las escuelas madrileña y catalana respectivamente, y la creación unos años antes, en 1958, del Instituto Español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), primer organismo estatal consagrado por entero a la investigación prehistórica. y antecedente del Departamento de Prehistoria del Centro de Estudios Históricos del CSIC.

La Prehistoria iba configurando una cierta diferenciación entre las investigaciones del Paleolítico y las de la Prehistoria reciente (Neolítico a Edad del Hierro). Las metodologías de excavación diferían y las necesidades de contar con análisis —cada vez más sofisticados en Paleolítico— y el concurso de especialistas de otras disciplinas también iban en la misma dirección. Los años 1960 y primeros 70 vieron la utilización creciente de nuevos sistemas de datación como el Carbono-14, los estudios sedimentológicos, de fauna y flora que preludiaron la amplia gama de técnicas analíticas que hoy denominamos Arqueometría. Los equipos interdisciplinares revelaban su absoluta necesidad en la arqueología de los tiempos más remotos. La importancia de las dataciones radiocarbónicas —la obtención de secuencias temporales absolutas independientes del registro arqueológico—, la necesidad de protocolos y unas primeras bases de datos se concreto en la apertura en 1968 del primer laboratorio de datación de carbono-14 de España (Instituto Rocasolano, CSIC) y en la *Reunión de Carbono-14 y Prehistoria de la Península Ibérica* celebrada en la Fundación Juan March diez años más tarde coordinada por Martín Almagro Gorbea y Manuel Fernández-Miranda (1978). Desde entonces el elenco de dataciones de Carbono-14 se ampliado de forma impresionante y aunque no existe un organismo que centralice esa información un congreso internacional *Cronometrías para la Historia de la Península Ibérica* (Barcelona, UAB, 17-19 de noviembre de 2016) acaba de establecer un estado de la cuestión fundamental.

La arqueología prehistórica española inició un proceso de internacionalización importante a partir de las décadas de 1970 y 1980. Las ayudas ERASMUS pusieron a muchos estudiantes en contacto directo con los mejores centros europeos y el «tapón» en las plazas universitarias obligó a estancias investigadoras en otros países a muchos jóvenes investigadores. Equipos potentes, como el de Atapuerca y otros no tan mediáticamente conocidos, publicaban en inglés en las mejores revistas internacionales y el tema del origen de la Humanidad y los primeros pobladores paleolíticos de la península ibérica se convirtió en el más seguido e investigado. El Equipo de Investigación de Atapuerca publicaba también libros de buena divulgación que extendían el interés a muchas capas de la sociedad, creando

Las relaciones internacionales de la Arqueología española, 1960-actualidad

Margarita Díaz-Andreu. ICREA y Universitat de Barcelona

En las relaciones internacionales en la arqueología española desde 1960 hasta la actualidad se pueden distinguir dos claros periodos, el que llega hasta el final de la dictadura franquista y el posterior. La razón para tal division no es solo política,sino que coincide a grandes rasgos con una importante renovacion generacional.

Entre 1960 y 1975 continúa la asistencia a congresos internacionales, como los de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (UISPP) y los congresos Prehistoria Panafricana, entre los que hay que resaltar, en estos últimos, la celebración de su V edición en las islas Canarias en 1963. El relevante papel de España en el comité ejecutivo de la UISPP lleva a la participación de arqueólogos españoles en una serie de proyectos de carácter internacional desarrollados fundamentalmente en los años sesenta como *Inventaria Archaeologica* y el *Corpus de Sepulcros Megalíticos*, y también a la asistencia a una serie de reuniones científicas de carácter internacional más especializado y restringido como, en España, el Santander Symposium de 1970.

A los viajes realizados para asistir a estas reuniones internacionales hay que añadir las estancias en el extranjero que en este periodo están financiadas por el CSIC, siendo frecuente que los profesores universitarios las consideren esenciales en la formación de sus alumnos. El país preferido para estas es Italia, lo que se debe, por una parte, a las relaciones establecidas entre varios arqueólogos españoles y el Istituto Internazionale di Studi Liguri dirigido por Nino Lamboglia gracias a los cursos internacionales de Ampurias comenzados ya en la etapa anterior, y por la otra a la reactivación de Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma que se implica en las excavaciones de la Grotta dei Pipistrelli en los años cincuenta y de Gabii en los sesenta bajo la dirección de Almagro Basch.

Además de Italia, los arqueólogos españoles tienen lazos especialmente importantes con Alemania, Francia, Reino Unido y Estados Unidos. Al Instituto Arqueológico Alemán, institución que había abierto su sede en Madrid brevemente entre 1943 y 1945, y que experimentó una apertura definitiva en 1953 bajo la dirección de Helmut Schlunk, se incorpora Hermanfrid Schubart en 1960. Las excavaciones del IAA serán una escuela de práctica arqueológica para numerosas generaciones de jóvenes españoles, por su rigurosa y exhaustiva documentación y por la incorporación de un numeroso equipo interdisciplinar para cubrir aspectos concretos como la geología, el paleoambiente y la datación radiocarbónica.

Las relaciones con Francia se restringen fundamentalmente al periodo paleolítico con la influencia de Leroi-Gourhan, François Bordes, Georges Laplace y, brevemente, Henri de Lumley, lo que impulsa la insistencia en una metodología explícita asociada a la estandarización de técnicas estadísticas básicas y la integración de la interpretación de los yacimientos en un contexto multidisciplinar. También en el mundo ibérico se implican los arqueólogos franceses en España. Solo mucho más tarde deciden involucrarse arqueólogos españoles en proyectos internacionales como el *Corpvs Signorvm Imperii Romani,* dirigido en un primer momento por Raymond Lantier [fig. 1].

FIG. 1
André Leroi-Gourhan y José Miguel de Barandiarán al pie de la cueva de Altxerri (Guipúzcoa, España) en 1966.

FIG. 2
Equipo del Proyecto de Tusculum (Italia) en 2009.

En cuanto a los países de habla inglesa, Reino Unido y Estados Unidos, el impacto internacionalizador se vehicula en gran parte por las relaciones establecidas por Luis Pericot, el catedrático de Barcelona, y progresivamente cada vez más por Almagro Basch desde su base en Madrid. Se llevan a cabo sofisticados proyectos de carácter multidisciplinar como el «Early History of Agriculture» liderado por el inglés Grahame Clark, que en parte actúa en suelo español y se producen excavaciones en yacimientos paleolíticos como Torralba, Ambrona o Cueva Morín dirigidas por F. Clark Howell y Leslie Freeman desde los sesenta. También las gestiones de Pericot llevan a la financiación por parte de la Wenner Gren Foundation de varias excavaciones fundamentalmente en el País Valenciano y de las de Pollentia por parte de la Fundación Bryant. Esta creciente influencia de los países angloparlantes se refleja en las traducciones realizadas en estos años que favorecen a obras de Stuart Piggot y Glyn Daniel por la parte británica y luego a los autores de la Nueva Arqueología. Fruto de la relación establecida con la Wenner Gren Foundation, Pericot y Ripoll organizan un simposio de arte rupestre internacional en Austria en 1960.

Un proyecto internacional de gran magnitud que en España tiene un papel activo es la campaña de Nubia dirigida por la UNESCO en los años sesenta como consecuencia de la construcción de la presa de Asuán. El equipo español trabaja en la fortaleza de Sheikh Daudy, las necrópolis del área de Masmás en Egipto y en las necrópolis del área de Argin y las Islas de Kasr Ico y Abkanarti en Sudán.

A finales de los setenta y en los ochenta se produce una inflexión en el carácter de las relaciones internacionales. Por un lado, viene marcada por un cambio en el plan de estudios que añade horas de docencia en las asignaturas arqueológicas y por otro lado, por la llegada de los *baby-boomers* como estudiantes a la universidad, que hace necesaria la entrada en la docencia universitaria de gran número de profesionales jóvenes. Por lo general mal pagados, los llamados PNN logran finalmente que se les facilite una vía rápida de acceso a plazas fijas a partir de 1985, lo que tiene como consecuencia el bloqueo prácticamente total para las siguientes generaciones al acceso a la carrera universitaria. El resultado de esto será el exilio intelectual temporal o no de gran cantidad de nuevos arqueólogos que todavía hoy perdura y ha dado sus frutos en países como Alemania, Estados Unidos, Francia o Reino Unido. De este exilio se salvan los que se integran en la arqueología comercial, que tiene pocos rasgos internacionales, y otros pocos que logran aprovechar las últimas vacantes o las que se crean en épocas de bonanza económica, o aquellos quienes gracias a los muchos programas postdoctorales van alargando el periodo investigador. Sea como sea, incluso con la colaboración de algunos de los que habían logrado asentarse con anterioridad, la arqueología española ha incrementando en estas últimas décadas su aportación internacional. Ejemplos de esto son los congresos como los de la Asociación Europea de Arqueólogos —cuya primera reunión anual tuvo lugar en Santiago de Compostela (1995)— y los de la UISPP (con su reunión en Burgos en 2014). El peso de los artículos en revistas indexadas en la evaluación curricular también ha impulsado de una manera decisiva la participación española en el ámbito internacional [fig. 2].

Finalmente, las relaciones internacionales de la arqueología española en los últimos décadas también se ha visto marcada por la Ley de Patrimonio Histórico Español de 1985, y sobre todo las diferentes legislaciones autonómicas en materia de patrimonio arqueológico, también han llevado a una transformación importante en la naturaleza de las relaciones internacionales, puesto que han reforzado la colaboración entre los arqueólogos extranjeros y españoles trabajando en suelo español.

lo que se ha dado en llamar la «socialización de la arqueología o del pasado» [fig. 10].

Ese proceso de internacionalización de la arqueología prehistórica española se empezó a traducir en proyectos de investigación en el exterior y de manera simbólica ha alcanzado su cenit en *la aventura africana,* los primeros proyectos españoles en la *cuna de la Humanidad*, especialmente el de Olduvai y la creación, en 2010, del *Instituto de la Evolución en África* (IDEA). Buena parte de los profesores españoles que enseñan hoy día en centros de otros países son prehistoriadores que ayudan a elevar el nivel de nuestra investigación en este campo. Y aunque no hay muchos especialistas españoles en organismos internacionales o en los consejos asesores de las mejores revistas internacionales de arqueología resulta igualmente simbólico que la *European Association of Archaeologists* (EAA) este presidida, desde 2015, por un arqueólogo y prehistoriador español, Felipe Criado, Profesor de Investigación del INCIPIT (CSIC, Santiago de Compostela).

Los grandes temas que están polarizando la investigación prehistórica del siglo XXI son: a) los primeros pobladores y su proceso evolutivo, la configuración de la mente humana moderna (tecnología lítica, grafismo y arte) y los procesos de migración y flujo genético, en los que la arqueogenética —los estudios de ADN— está revolucionando la comprensión de nuestro pasado más remoto; b) la emergencia de las primeras «sociedades complejas», a partir de las prístinas comunidades neolíticas agricultoras y ganaderas y los procesos de construcción del poder y aparición de la jerarquización social y c) el estudio de la evolución de las sociedades de la Prehistoria Final relacionando arqueología, paleolingüistica y arqueogenética en un nuevo enfoque llamado a cambiar profundamente nuestra visión arqueológica tradicional, por más que todavía nos encontremos en una fase pionera, difícil y rodeada de cierto confusionismo (Renfrew y Bahn 2014).

Un buen estado de la cuestión de la Prehistoria en España puede verse en los dos volúmenes, uno dedicado al Paleolítico y otro a la Protohistoria, publicados con motivo de la celebración del XVII Congreso Mundial de la UISPP en Burgos en 2014, en los que han participado cerca de 400 autores (Sala 2014 y Almagro Gorbea 2014). Constituyen, sin duda alguna, la mejor cartografía actual de la investigación prehistórica española. Por otro lado, la buena sintonía de la investigación prehistórica con la divulgación está bien representada en el nuevo Museo de la Evolución Humana (MEH) de Burgos inaugurado en 2010 y en las Salas dedicadas a los Orígenes de la Humanidad y el Universo Paleolítico del Museo Arqueológico Nacional (MAN) en Madrid, reabierto completamente remozado en el año 2014.

La arqueología clásica

En la década de los sesenta la arqueología clásica española siguió apoyándose en la brillante escuela tradicional, representada por figuras tan notables como Antonio García y Bellido, Antonio Blanco Freijeiro y Alberto Balil que en distintas universidades marcaron la agenda investigadora en nuestro país (Oria Segura 1999). Por otro lado, el convencimiento de que se trataba de una arqueología con perfil propio la mantuvo entonces —y décadas después también— alejada de los nuevos enfoques que procedentes de la *New archaeology* anglosajona empezaban a cambiar sustancialmente la arqueología prehistórica y, en menor medida, la arqueología medieval. En esa peculiaridad, sin duda, tuvo bastante que ver el aislamiento intelectual que propició el franquismo pero sobre todo es achacable a la propia tradición de la arqueología clásica de los países del Sur de Europa.

En la arqueología clásica el paradigma imperante era el «histórico-artístico», en el que mucha de la arqueología practicada era una versión peculiar de la Historia del Arte Antiguo (Abad Casal 2016-17). En España su ámbito de estudio era el preludio griego, los pueblos prerromanos en su contacto con Roma y, sobre todo, el mundo romano provincial, la Hispania romana desde el inicio de la conquista a finales del siglo III a. C. a las invasiones bárbaras del siglo V d. C. Los temas de arqueología romana —el espinazo de nuestra arqueología clásica— eran muy diversos pero casi siempre abordados con enfoques tradicionales y escalas de análisis muy pequeñas, lo que no es malo si se sabe hacer buenos estudios locales que no localistas. Pero eso no fue siempre así. En aquellos años el referente de la escuela alemana seguía vigente, por su gran prestigio desde los tiempos de Winckelmann y el interés por la elaboración de repertorios y catálogos, ciertamente necesarios, acababa por ser, en no pocas ocasiones, un fin en si mismo con pocos horizontes de investigación más amplios.

La delimitación formal del campo investigador de la arqueología clásica ha sido habitualmente difusa y anclada en el viejo paradigma filológico y artístico, en el que se solapaban la historia antigua y la historia del arte. A nivel europeo, al menos desde los años 1980, han coexistido dos concepciones distintas de arqueología clásica (Millett 2012). La primera la acepción «primordialista» que considera que los restos materiales de Grecia y Roma tienen rasgos tan específicos que configuran una disciplina individualizada, arqueología clásica, fuera de la arqueología de otros periodos, y que es más propiamente una rama de los estudios clásicos con una larga historia desde el siglo XVIII. La segunda aproximación es lo que se denominaría arqueología del mundo clásico, una disciplina humanística y social que utiliza la metodología arqueológica, como en otros pe-

FIG. 11
Vista de Las Médulas (León), famosa explotación aurífera a cielo abierto de época romana. En 1997 fue declarado por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad.

riodos, para hacer historia con la cultura material del mundo grecorromano; otra cosa es que además se disponga del concurso de la historia escrita y la perspectiva de historia del arte. Se ha sugerido que el futuro debería ser la integración de esas dos tradiciones en una «arqueología clásica contextual», que fuera un puente entre los estudios clásicos y la arqueología (Millett 2012). Algo específico y con identidad propia, participando de las dos tradiciones pero, desde luego, ni una arqueología subordinada a los textos (historia antigua) ni identificada con la historia del arte (Oria Segura 1999).

Sintomático de los enfoques de la arqueología clásica española es que su propia memoria disciplinar —la historiografía de la arqueología clásica— ha resultado muy endeble, cuando no considerada casi prescindible. Sí es cierto que ha habido historiografía tradicional, esto es crónicas de cómo se fue acrecentando la documentación arqueológica y algún interés, muy limitado, por las figuras más notables. En el primer caso, la anatomía de las grandes ciudades romanas y el estudio de las producciones cerámicas acaparaban la investigación, casi siempre desde parámetros tradicionales. De hecho cuando en los años 1990 vaya creciendo el interés por la historia de la arqueología desde una perspectiva innovadora y crítica, la arqueología clásica española se mantuvo bastante al margen (Olmos y Arce 1998), a pesar de que obras muy notables, como las del norteamericano I. Morris, el británico A. Snodgrass y algunos otros estaban removiendo los cimientos de la arqueología clásica mediterránea, especialmente de la griega (Dyson 2008) [fig. 11].

Poco de aquel impulso innovador llegó a la arqueología clásica española, sin que ello desmerezca lo más mínimo el valor formal de su investigación (Fernández Ochoa y Morillo 2005). La renovación anglosajona se puede simbolizar en las fundaciones de la revista *Journal of Roman Archaeology* en 1988 y los congresos *Theoretical Roman Archaeology* en 1993 que, de alguna manera, reclamaban «arqueologizar» el paradigma histórico-artístico de la arqueología clásica tradicional. La presencia española en el *Journal of Roman Archaeology* visualiza su «retraso» en ese foro internacional: apenas se cuentan siete artículos en sus veinte primeros años y sólo en el último lustro es habitual una significativa participación española en cada número y además al menos uno de sus representantes más cualificado, la profesora Isabel Rodà, es actualmente miembro del Comité Asesor. También, para ser ecuánimes, habría que añadir que otras revistas y reuniones de la Europa Central y del Sur son tan importantes o más para la arqueología clásica que las anglosajones citadas. Cierto, pero no menos cierto que lo se publica en inglés adquiere más difusión e influencia que en cualquier otro idioma.

Con todo, en los últimos veinticinco años la arqueología clásica ha sido capaz de ampliar notablemente los registros arqueológicos, no en vano es una «Gran tradición» por emplear la terminología de Renfrew, y con ellos abordar el proceso de cambio cultural en un marco provincial del Imperio Romano. Como atestiguan los numerosos estudios sobre la ceramología romana, la musivaria, la escultura y otras artes menores. También ha profundizado en los estudios arqueométricos para definir cadenas productivas, centros de producción y canales de distribución junto a modelos de comercio. Ha abierto nuevos campos escasamente transitados anteriormente como las prospecciones de superficie, las geofísicas, la arqueología del paisaje y la arqueología militar, por citar solo algunos de los más relevantes.

Todo lo anterior esta contribuyendo a redefinir el concepto tradicional de «Romanización» (Pereira Menaut 2010, Le Roux 2004), probablemente el más necesitado de (re)elaborar una metodología estrictamente arqueológica que explique las interacciones «poder romano/comunidades indígenas», más allá de las narrativas exclusivamente historicistas (Woolf 1998) y que al mismo tiempo no diluya por completo el concepto (Krausse 2001). Una Romanización que en otros ámbitos provinciales romanos ya ha recibido nuevas aproximaciones en las que la autonomía de la investigación arqueológica se erige como requisito imprescindible (Pitts y Versluys 2014, Woolf 2012). Y por último, los nuevos estudios sobre agricultura, economía, intercambio y comercio han ampliado el sujeto de estudio de la arqueología clásica que ya no se restringe a las élites para incluir todas las clases sociales, en una suerte de «democratización» de la mirada arqueológica.

La arqueología medieval

La tradición decimonónica de la arqueología medieval española se basó en la recopilación y estudio parcial —raramente integral— de materiales medievales pero no llegó a cristalizar en una verdadera arqueología en el sentido moderno de la disciplina, más allá de actuaciones dispersas, muchas veces fortuitas y casi nunca con objetivos definidos (Salvatierra 2013). Sí lo hicieron la arqueología prehistórica y la clásica. Parece que la importancia de los textos escritos en la Edad Media, la escasez de piezas arqueológicas completas (por la pobreza de ajuares funerarios), el énfasis en la arquitectura y la falta de excavaciones en asentamientos, fortificaciones y otros sitios, que estuvieron casi polarizadas en torno a las necrópolis visigodas, provocaron un cierto estancamiento de los estudios arqueológicos medievales (Salvatierra 2013: 206 y ss.).

Manuel Gómez-Moreno (1870-1970) fue su *padre fundador* en España, aunque su relevancia, por cuestiones idiomáticas, en el extranjero apenas fue percibida (Valdés 2014).

La realidad es que a mediados del siglo XX la arqueología medieval era poco más que la arqueología paleocristiana e hispanovisigoda, junto a algunos estudios arquitectónicos de limitada perspectiva arqueológica. Además lo medieval no formó parte sustancial del nacionalismo español e incluso el pasado islámico era prácticamente ajeno al pasado nacional español (Díaz-Andreu 1996, 2014) (ver pp. 112-113). Otro hecho determinante en la escasa entidad de la arqueología medieval fue su mínima presencia en la universidad. Incluso uno de los pilares fundacionales, Alberto del Castillo en la Universidad de Barcelona, solo se dedicó a la arqueología medieval en sus últimos años académicos (Vidal 2016). Eso ayuda a entender por que en la actualidad la arqueología de al–Ándalus sigue relegada en las universidades españolas y, en general, se puede afirmar que es una especialidad que no ha cuajado académicamente. El profesor A. Malpica ha llegado a sostener que no hay una arqueología medieval académica y que eso coloca a la arqueología medieval en *las afueras* de la legalidad, del medievalismo y de la arqueología profesional (Malpica *et al*. 2016a: 240). Pero veamos como hemos llegado a esta situación [fig. 12].

A finales de la década de 1970 lo que se llamaba arqueología medieval sostenía unas relaciones problemáticas —y aún conflictivas en ocasiones— con la historia medieval y la historia del arte (Izquierdo 1994). Además la Edad Media (711-1492) se repartía entre la arqueología de los reinos cristianos y al-Ándalus, consideradas separadamente, y encima, los cambios territoriales a medida que los reinos cristianos avanzaban hacia el Sur en el cuestionable proceso de la «Reconquista» movían continuamente los escenarios y sus protagonistas (Carvajal 2014: 318-19). Pero también dentro del seno de la arqueología medieval se movían tres líneas: la arqueología visigoda y de la Alta Edad Media, la arqueología de al-Ándalus, que será la más activa e innovadora y referencia obligada para la arqueología medieval del resto de España, y por último, la arqueología de la expansión de los reinos cristianos. En conjunto, no dejaba se ser, de alguna manera, un periodo arqueológicamente marginado.

Entre mediados de los años setenta y mediados de los ochenta se configuró la arqueología medieval, en sentido moderno, cuando se cruzaron varios factores (Carvajal 2014: 319 ss.): 1) una excelente generación de arqueólogos que promovió la institucionalización de lo medieval en los Congresos Nacionales de Arqueología, así como la creación de la *Asociación Española de Arqueología Medieval* (1982) y la fundación de los *Congresos de Arqueología Medieval Española* (1985); 2) un contexto sociopolítico

FIG. 12
Excavación arqueológica de la nave central y lateral izquierda de la iglesia de Santa Eulalia (Mérida, Badajoz), 1990.

—final del franquismo y primeros años de la Transición democrática— que permitió el cuestionamiento de los enfoques tradicionales (Riu 1977) y la innovación teórica, incluidos los enfoques marxistas. Se trataba de reivindicar otras formas de investigar el pasado y de hacer arqueología desde posicionamientos políticos inequívocamente de izquierda (Malpica et al. 2016: 237); y 3) el clima de los ricos debates teóricos y metodológicos que la arqueología medieval estaba produciendo en Europa, especialmente en Francia e Italia, que fueron las tradiciones más influyentes para los arqueólogos medievalistas españoles y que los ha hecho muy abiertos a otras tradiciones arqueológicas. Con todo, el gran déficit siguió siendo, sin duda alguna, la escasez de plazas específicas en la academia y la reducida presencia de la arqueología medieval en los planes de estudio universitarios (Izquierdo 2005).

En aquellos años, fines de 1970 y la década siguiente, se definieron tres grandes áreas de investigación: los estudios de cerámica (García Porras 2013), los de castillos y fortificaciones (García Guinea 2001) y los relacionados con los sistemas de irrigación, una auténtica *arqueología hidráulica*, en cuya configuración fueron decisivos los trabajos pioneros de M. Barceló y su equipo (1988, 1996). Además de esas tres áreas que se han mantenido muy activas hasta hoy, en las décadas siguientes los campos de la arqueología medieval continuaron creciendo, aunque seguía sin estar clara su autonomía y personalidad propia, más allá de una mera técnica que suministraba datos al historiador, necesitada de más reflexión teórica y metodológica y de una estrategia disciplinar holística que superara la concentración de solo ciertas partes del registro arqueológico (Carvajal 2014: 328 ss.). El *boom* de la construcción y los años dorados de las empresas de arqueología —fines de los años 1990 hasta la crisis de 2008— afectaron a la arqueología medieval, especialmente en el caso de muchas ciudades históricas, con la acumulación de materiales sin procesar en los museos.

El crecimiento y fuerza que ha ido ganando la Arqueología medieval se reconoce en la fundación de revistas, de muy distinto signo, como *Boletín de Arqueología Medieval* (1987), *Arqueología Medieval* (1992), *Arqueología y Territorio Medieval* (1994), y *Debates de*

La (incompleta) construcción institucional de la arqueología medieval

Juan Antonio Quirós Castillo. Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

La UNESCO ha declarado en España unos 40 Bienes Culturales como Patrimonio de la Humanidad, y casi la mitad de ellos son de cronología medieval incluyendo cascos históricos, monumentos altomedievales, bajomedievales e islámicos. Se podría esperar, por lo tanto, que la arqueología medieval fuese una de las disciplinas arqueológicas más sólidas en la Universidad Española y que tuviese un protagonismo científico e intelectual destacado. Pero esto no es así. Y en buena medida esta anomalía se puede explicar a partir del análisis del proceso de construcción institucional de la arqueología en España, y de la arqueología medieval en particular. Y aunque en los últimos años han prosperado las reflexiones historiográficas en torno a la arqueología medieval en España (Quirós Castillo 2009, Salvatierra 2013, Vidal 2016), y a la de al-Andalus en particular (Díaz-Andreu 2002, Cressier, Moret 2007, Carvajal 2014, Valdés 2014, García Porras 2014, Salvatierra 2015), aún está pendiente por realizar un estudio crítico de conjunto sobre los éxitos y los fracasos de esta disciplina en el contexto político, social y académico hispano de los últimos 150 años.

Al igual que otras disciplinas arqueológicas, las raíces de la arqueología medieval europea se hunden en el siglo XIX en el contexto de la elaboración de relatos y narraciones que sancionaron el pasado de los estados-nación (Díaz Andreu 2016), así como en el desarrollo de estudios eruditos y de carácter coleccionista vinculados a la creación de los museos y la actividad de las instituciones que permitieron la profesionalización de la arqueología a finales de siglo (Díaz-Andreu, Mora, Cortadella 2009). Con anterioridad ya se habían realizado estudios de carácter anticuarista por parte de los «pioneros de la arqueología» que los especialistas han definido en términos precientificos. Pero en rigor, solo la arqueología clásica reconoce de forma explícita sus antecedentes en el período ilustrado, período en el que la nueva dinastía Borbón buscó su legitimación mediante la exaltación de la herencia grecorromana (Mora 1998).

Un análisis de la recurrencia del término «arqueología medieval» en la colección de Google Books entre 1880 y 2008 muestra un gráfico intermitente con varios montes desde finales del siglo XIX, aunque solamente desde los años ochenta del siglo pasado se produce un verdadero repunte. Y es que, a diferencia de lo que ocurrirá con la consolidación de las arqueologías prehistóricas y clásicas, no hay una continuidad entre varias pulsiones y procesos que han dado lugar a la formación de la arqueología medieval [fig. 1].

En toda Europa, el «mito de las naciones» como ha sido denominado por P. Geary, se ha construido a partir de determinadas lecturas del pasado medieval, y en particular del periodo altomedieval que sucede a la unidad del Imperio Romano (Geary 2002). De hecho, las distintas formas en que se han imaginado y legitimado las nacionalidades y las ideologías dominantes constituyen una de las principales claves de lectura (aunque no la única) para entender lo que ha sido, y en cierto modo sigue siendo, la arqueología medieval en España. En un reciente trabajo Vicente Salvatierra ha caracterizado la primera eclosión de la arqueología medieval entre finales del siglo XIX y las primeras dos décadas del XX como un proceso frustrado (Salvatierra Cuenca 2013). Y en buena medida creo que esta discontinuidad se debe atribuir a la escasa relevancia que tuvo la representación del «origen medieval», y en particular el pasado islámico, en la legitimación de los nacionalismos españoles. Es además interesante subrayar que también en Italia el inicio de la arqueología medieval sufrió un brusco colapso hacia finales del siglo XIX debido a que la Alta Edad Media tampoco fue relevante en el proceso de configuración identitaria de la Italia unida más orientada hacia su pasado imperial romano (La Rocca 1993).

Donde quizás se hace más evidente estas contradicciones en nuestro país es en el inicio de la arqueología islámica. Desde la segunda mitad del siglo XIX se confrontan en tenso equilibrio dos tendencias de signo opuesto: por un lado, el anticuarismo que hizo posible el descubrimiento de Madinat al-Zahra y los trabajos en Medina Elvira, así como el estudio de monumentos, inscripciones, monedas, etc. (Salvatierra Cuenca 2013, 2015). Por otro lado, desde un punto de visto más político, el pasado islámico ha sido considerado ajeno al pasado del nacionalismo hispano, lo que determinó que fuese percibido como algo intruso al pasado nacional (Diaz Andreu 2002). Y a pesar de que fue precisamente la arqueología islámica la primera que se institucionalizó en España mediante la creación de una cátedra de Arqueología Arábiga (1913-1934) en la Universidad de Madrid, también fue la que más tiempo tardó en volver al mapa universitario. De hecho esta cátedra, creada expresamente para Manuel Gómez-Moreno hijo (Valdés Fernández 2014), desapareció con él. Y mientras que en el primer tercio del siglo XX las arqueologías prehistóricas y clásicas se consolidaban, la arqueología islámica se volatilizaba, quedando principalmente en manos de arquitectos (Gutiérrez Lloret 1997).

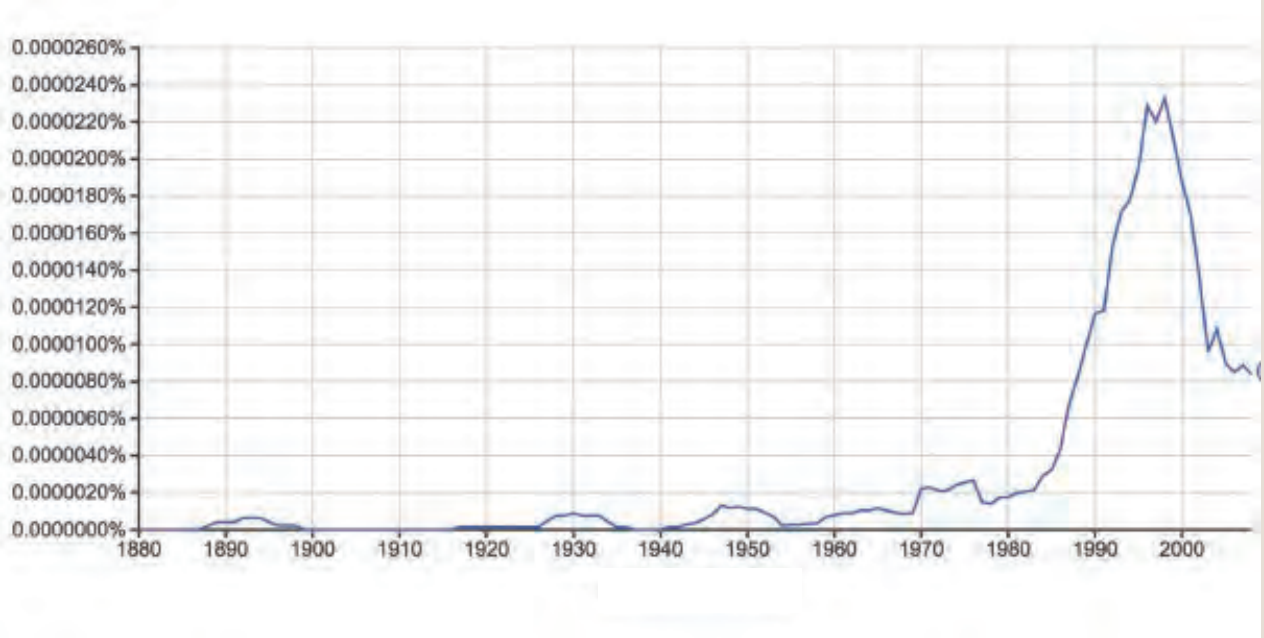


FIG. 1
Gráfico de menciones del término 'arqueología medieval en la colección de Google Books entre 1880 y 2008 en el que se observan el carácter intermitente de la recurrencia del término antes de mediados de los años 80 (realizado con Google Ngram Viewer).

A partir de los años treinta cobra, en cambio, un protagonismo destacado la arqueología de los visigodos en el marco de la primera dictadura franquista. Aunque el descubrimiento y excavación de las primeras «necrópolis visigodas» se había iniciado con anterioridad, la emergencia de los movimientos fascistas favoreció el desarrollo de una práctica arqueológica paneuropea basada en la identificación material de los pueblos germánicos desde las perspectivas del historicismo cultural. Julio Martínez Santa-Olalla es el máximo exponente del desarrollo de una «arqueología germánica» en nuestro país interviniendo en numerosas necrópolis y realizando obras claves. La participación, igualmente, de investigadores alemanes como Hans Zeiss y Wilhelm Reinhart antes y después de la Guerra Civil respectivamente, permitieron construir un paradigma sobre el asentamiento en el interior peninsular de los visigodos a partir de la distribución de las mencionadas «necrópolis visigodas» que, contra todo pronóstico, sigue teniendo gran influencia aún en la actualidad. Y aunque ha habido posiciones críticas respecto a estos planteamientos en centros como el de Valladolid primero y el de Barcelona después que han acentuado la herencia romana e hispana (Olmo 1991) y tras el fin de la segunda guerra mundial el discurso filogermanista decayó, durante decenios la arqueología medieval ha sido, fundamentalmente una arqueología de los visigodos. Y desde mediados de siglo, de los hispanovisigodos.

En paralelo, la consolidación académica de la arqueología clásica durante la dictadura comportó la delimitación cronológica estricta del área de acción de la práctica arqueológica. La definición de una arqueología paleocristiana primero, cristiana después, y la integración del denominado «epigonismo visigodo» contribuyeron a alargar, pero a la vez a contener, lo que debería de ser la arqueología. A pesar de que el relato sobre el origen de España bajo los visigodos fue sustituido por un origen medieval y la ideología del régimen potenciaba el concepto de Reconquista frente a un islam ajeno, solamente autores muy concretos como Alberto del Castillo, que debe ser considerado como uno de los padres de la disciplina, exploraron en términos arqueológicos estas temáticas en la fase final de la dictadura (Vidal 2016). El carácter militante de la arqueología clásica contra el desarrollo de una arqueología medieval que se gesta en este período creó una división en el seno de la arqueología de las sociedades históricas que perdura hasta nuestros días. Hasta los años setenta no hubo una sesión de arqueología medieval en los Congresos Nacionales de Arqueología y aún hoy en día la revista Archivo Español de Arqueología sigue todavía acogiendo solamente trabajos comprendidos entre la Protohistoria y la Alta Edad Media.

No debería, por lo tanto, resultar extraño que el renacer de la arqueología medieval hacia los años setenta haya sido liderado principalmente por historiadores medievalistas y por prehistoriadores que ampliaron sus áreas de interés. La traducción al castellano en el año 1977 del manual de M. De Bouard permitió a M. Riu redactar el primer cuerpo doctrinal para una propuesta de la arqueología medieval. En el año 1982 se fundó la Asociación Española de Arqueología Medieval y en el 1985 se celebró en Huesca el primer Congreso de Arqueología Medieval española al que participaron más de 400 investigadores. En esos mismos

años la arqueología medieval volvía a la universidad. A partir de este momento el gráfico de Google Books se dispara.

Aunque hubo ocasiones perdidas para interactuar con otras tradiciones europeas más avanzadas, tal y como ocurrió con la arqueología polaca, la aportación de algunos investigadores británicos, alemanes y, sobre todo, franceses en estos años fueron fundamentales para construir nuevas narrativas de carácter arqueológico. En particular el papel de la Casa de Velázquez y de la arqueología marxista hispana de los años 70-90 (Cressier, Moret 2007) permitió un desarrollo sin precedentes de la arqueología de al-Andalus, la única que hasta el momento ha logrado construir una *Grand Narrative* sobre las sociedades medievales hispanas. La renovación de la arqueología del período altomedieval, que ahora engloba las trayectorias de la arqueología cristiana y del período visigodo, fue más compleja y requirió de nuevos enfoques teóricos y metodológicos. Y sin duda alguna el papel de la arqueología preventiva, desarrollada de forma masiva desde finales de los años noventa, ha sido también otro de los factores importantes de renovación disciplinar. En cambio, la maltratada arqueología bajomedieval sigue padeciendo los apriorismos de la abundancia de fuentes escritas que limitan su desarrollo.

La dependencia intelectual de la arqueología medieval respecto a un medievalismo que a lo largo de buena parte del siglo XX ha estado condicionado por la construcción de una historiografía nacionalista española basada en la identificación de España con Castilla y la religión cristiana (Manzano 2000), ha terminado por establecer una neta separación entre «arqueologías medievales». De hecho, ya desde el Congreso de Arqueología Medieval española se estableció una clara división entre la arqueología visigoda, islámica o de al-Andalus y la arqueología de los reinos cristianos. En términos comparativos, es interesante subrayar que también en Italia ha habido una ocupación islámica, así como normanda, ostrogoda, lombarda, etc., pero la arqueología medieval se ha dotado de una fuerte cohesión disciplinar. Y a pesar de que desde los años 90 la influencia de la arqueología italiana y el diálogo con la arqueología portuguesa ha sido constante, estas diferencias muestran la diversidad del contexto social y político en el que se ha desarrollado la arqueología medieval en los últimos decenios en estos países.

En los últimos años la hegemonía de la arqueología medieval como espacio de experimentación multidiacrónico que se prolongaba hasta nuestros días ha sido cuestionado por la emergencia de una prometedora arqueología de las sociedades contemporáneas liderada, también en esta ocasión, por arqueólogos de formación prehistórica-antropológica. Pero también en el ámbito temático líneas de trabajo que había surgido en el seno de la arqueología medieval, como es el caso de la arqueología de la arquitectura, van adquiriendo una identidad académica multidiacrónica propia. Dicho de otra forma, aunque de forma incompleta y parcial, las «arqueologías medievales» se han consolidado académicamente y establecido sus límites.

Desde el cambio de milenio se observa una creciente influencia del pensamiento anglosajón en la arqueología medieval hispana en el marco de una creciente globalización de la actividad científica. También las *Archaeological Sciences* tienen cada vez más peso en nuestra disciplina en el marco de una progresiva fragmentación de grupos de investigación.

En definitiva, la arqueología medieval a inicios del siglo XXI es el resultado de la convergencia de una diversidad de tradiciones mal amalgamadas que no han logrado aún dotarse de una coherencia e identidad académica y profesional fuerte. Ni siquiera las numerosas revistas especializadas actúan como instrumento de cohesión, de la misma forma que tampoco hay foros de encuentro en los que dialoguen de forma regular las distintas «arqueologías medievales». Parafraseando a M. Barceló, la arqueología medieval sigue estando en las afueras del medievalismo, pero también de la arqueología.

Arqueología Medieval (2011), que sostienen las instituciones y centros más activos y con grupos de investigadores más numerosos. Mientras los *Congresos de Arqueología Medieval Española* —que arrancaron en 1985 y de los que se han celebrado seis—, se han convertido en el primer foro de reunión y debate de la especialidad, y la mejor expresión de por donde van las tendencias actuales (Molina y Eiroa 2007).

La arqueología medieval más fuerte es la *Andalusi*, desde el punto de vista teórico, metodológico e innovador, pero la de los antiguos territorios cristianos ha ido mejorando su trayectoria en las dos últimas décadas. Se han abierto nuevas líneas de investigación como la zooarqueología, la osteoarqueología humana, con resultados muy sugestivos y, por otro lado se han sentado las bases para la creación de protocolos unificados en el estudio de los paisajes agrarios y la arqueología del paisaje pero también ha sucedido algo parecido en el caso de la bioarqueología y de los métodos de datación (Carvajal 2014: 331). Hay pensamiento propio en temas como la documentación y gestión del registro arqueológico (Malpica Cuello y García-Contreras 2016b), que además resultan de interés para otras arqueologías. Y, en fin, de cara al futuro, las cuestiones de arqueología del culto y la religión y una arqueología de las identidades, especialmente interesante en al- Ándalus, se presentan como áreas de estudio prometedoras de cara a la próxima década (Carvajal 2014: 332-33).

Legislación, patrimonio arqueológico y sociedad

La arqueología tiene tres objetivos centrales: primero, el descubrimiento y conservación de los restos materiales del pasado; segundo, la representación del pasado histórico de cada sociedad actual y tercero, la transmisión de ese conocimiento a toda la sociedad. Esto es, una función conservadora, otra histórica y una última cultural. Y las tres deben estar integradas.

El marco legislativo y normativo de la arqueología en España en los años 1960 seguía anclado en el pasado aunque ciertamente la arqueología no creaba demasiados problemas a las administraciones. Con la muerte de Franco y el inicio de la Transición democrática, resulta evidente la necesidad de adecuarse a la normativa europea, por eso España ratifica en 1975 el *Convenio Europeo para la protección del patrimonio arqueológico,* a pesar de que la legislación española no cumplía los requerimientos internacionales. Tras algunos intentos fallidos, finalmente en 1985 se aprueba la *Ley de Patrimonio Histórico Español* (LPHE). La LPHE supuso un gran avance para la arqueología española y es la ley marco actual (Alegre 1997, Pérez de Armiñán 1987). En todo caso su promulgación fue paralela a la estructuración del *estado de las autonomías,* dentro del cual las competencias en arqueología se traspasaron a la Comunidades Autónomas. Enseguida fue considerada la LPHE como una invasión de las prerrogativas de las Comunidades Autónomas y por eso a los pocos años, en 1990 apareció la primera ley autonómica, la de Castilla–La Mancha. Desde entonces, hasta 2013 con la Ley de Madrid, las Comunidades Autónomas fueron aprobando leyes propias en un lento goteo, que de forma desigual «copiaban» o desarrollaban en mayor o menor medida nuevos planteamientos respecto a la LPHE.

El proceso de profesionalización de la arqueología siguió casi en paralelo al desarrollo legislativo y normativo. En 1984 se constituyo la Asociación Profesional de Arqueólogos de España (APAE) pero los cambios políticos, el desarrollo del «estado de las autonomías» y la emergencia de colectivos potentes sobre todo en las nacionalidades históricas llevaron a la creación de asociaciones autonómicas, que en cualquier caso siempre encontraron la dificultad de reunir a los distintos tipos de arqueólogos en su seno. En 1990 los Colegios profesionales de Doctores y Licenciados de Madrid y Barcelona abrieron secciones de arqueología, que en el primer caso sigue bastante activa. Pero los profesionales de la arqueología en España constituyen un grupo heterogéneo y sus practicantes se ven y califican de distinta forma dependiendo del ámbito en el que se encuentran. De forma que desde la empresa se ve a la Academia fuera de la realidad, a la Administración lastrada por la burocracia y la rutina y a los museos como autoridad exigente a la hora de entregar materiales; la Academia a su vez se considera por encima de la Administración, los museos y las empresas; por su parte los museos se quejan de la Administración, recelan de las empresas y creen que la Academia les mira por encima del hombro, mientras que, finalmente la Administración ve incompetencia para que todos los demás sigan sus normativas (Almansa 2017: 230).

El patrimonio histórico y el arqueológico ha sido contemplado desde una perspectiva demasiado «esencialista», como fin en sí mismo por su valor documental y estético, pero menos como instrumento de cultura al servicio de la ciudadanía. Por otra parte, el compromiso de las administraciones autonómicas con la arqueología se ha ido debilitando en las dos últimas décadas, cierto que con diferencias notables según las Comunidades Autónomas (Martínez 2002, Martínez y Querol 2004), pero como tendencia general creo que es evidente. Así, se han ido olvidando los Consejos Asesores, suprimido los concursos de subvenciones para proyectos de excavación, reducido el número de intervenciones y ralentizado el proceso de publicación de resultados, especialmente las memorias de excavación. Las administraciones autonómicas legislan, establecen normativas y criterios para la práctica arqueológica, son responsables de la protección y preservación del patrimonio arqueológico y de poner al alcance de los ciudadanos su conocimiento y disfrute. Por eso, de alguna forma las administraciones de las Comunidades Autónomas tienen, metafóricamente hablando, el *paletín de la arqueología española* por el mango. Sin embargo, difícilmente alguna de ellas se salvaría de la acusación de que no tienen una verdadera política arqueológica (Vigil Escalera 2011: 18-19).

Uno de los resultados, probablemente no intencionadamente buscado, con la gestión arqueológica de las Comunidades Autónomas ha sido la creación de marcos de investigación muy cerrados en las propias fronteras administrativas actuales. La arqueología, en cierto modo, se fue «provincializando», porque los límites político-administrativos se fueron asumiendo como los propios de la investigación arqueológica. Así, la división territorial parecía marcada más que por las cuerdas que empleamos en los cortes de excavación por alambre de espino.

Un dato desconocido, si exceptuamos algunos casos concretos, es el número de excavaciones o proyectos realizados en cada Comunidad Autónoma, desglosando titulares de los mismos y equipos e importe de la financiación por intervenciones. Resultado también de la carencia de una agencia o institución central que canalice toda la información y los datos de la arqueología del estado. Igualmente desconocemos el grado de *endogamia autonómica* por Comunidades, es decir el porcentaje de intervenciones de equipos de la propia Comunidad y los externos o de otras Comunidades y

FIG. 13
Ejemplo de arqueología pública. Vista del Centro Mercado del Born (Barcelona) con los restos de calles y viviendas de la Barcelona asaltada en 1714.

extranjeros. Pero parece que podrían dibujarse tres categorías, por más que sea una impresión a través de meros indicios: 1) comunidades *cerradas,* sin equipos de otras regiones, 2) comunidades *semi-cerradas,* con una minoría más o menos exigua de arqueólogos de otras comunidades y 3) comunidades *abiertas*, en las que son frecuentes los proyectos y equipos de otras procedencias (Ruiz Zapatero 2016: 58-59).

El Patrimonio arqueológico suena, en ocasiones, a hueco, algo de «cartón-piedra», algo muy genérico con una dimensión muy jurídica y administrativa pero muy poco social (Ruiz Zapatero 2010: 19-21), además de ser un concepto difícil de manejar por su carácter polisémico (Quirós 2013: 22). La irrupción del patrimonio ha sido un fenómeno de las últimas décadas, que parece haberse instalado sobre la necesidad de las administraciones autonómicas de gestionar yacimientos, monumentos y materiales arqueológicos. En muchos casos ha devenido en «patrimonionitis», una obsesión con lo patrimonial, aunque en realidad se podría hablar mejor de «*patrimonicidi»o* (Molinas 2014) por algunos efectos perversos y ha generado un grupo especial de expertos, los «patrimoniólogos» con manuales (Ballart 1997, Ballart y Tresserras 2001, García Cuetos 2012, Querol y Martínez 1996, Querol 2010, Pérez-Juez Gil 2006), reuniones y congresos específicos (López-Menchero 2014) y la proliferación de cursos y másteres universitarios por casi todas las universidades españolas [fig. 13].

Esa acepción tradicional de patrimonio arqueológico queda bastante lejos de la gente (Vaquerizo 2017). Pero en realidad el patrimonio debería tratar más sobre la gente que sobre las piezas y los sitios arqueológicos. Se pone mucho énfasis en las bases materiales del patrimonio —sitios, lugares, monumentos y objetos— que son localizados, inventariados, conservados y gestionados y con la crisis de 2008 pasan a recibir toda la atención por las posibilidades de generar recursos económicos. Aunque más allá de esta aproximación economicista el sentido real de patrimonio es el acto de transmitir y recibir memorias y conocimiento (Smith 2006). En otras palabras, patrimonio no es tanto una cosa física como un proceso cultural y social, usado como una ayuda para revisitar memorias y asociaciones, compartir conocimientos y experiencias, reafirmar relaciones y comunicación y construir identidades y sentidos de pertenencia. La banalización y mercantilización del patrimonio olvida que el sentido real de investigar, conservar y difundir el patrimonio es educar en su valor a la sociedad que lo reconoce como propio (Gutiérrez Lloret 2011: 116).

La sociedad española de principios del siglo XXI va reconociendo mejor el valor de la arqueología y el patrimonio (Vaquerizo *et al.* 2016). En no pocos casos lo ha defendido con más empeño que la propia administración y que el colectivo profesional. En cualquier caso, la legislación arqueológica y patrimonial se enfrenta a importantes retos relacionados, por un lado, con la más efectiva defensa del patrimonio arqueológico en los procesos urbanísticos y contra el expolio y el tráfico de antigüedades y por otro, ante nuevos fenómenos como la incidencia destructora del cambio climático en determinados yacimientos arqueológicos o las peticiones de devolución a sus países de origen de bienes arqueológicos (García Fernández 2011).

Un ámbito de futuro es, sin duda alguna, el turismo cultural arqueológico, que precisa más apoyo institucional y más implicación de la academia. Es sencillamente una modalidad en la que se presentan propuestas y productos culturales y turísticos con la arqueología como ingrediente principal (Moreno y Sariego 2017). El «arqueoturismo» español está escasamente desarrollado si lo comparamos con países de nuestro entorno, aunque con perspectivas muy prometedoras si se saben superar algunos problemas como la falta de información a nivel nacional —sobre todo trabajo en red—, ausencia de evaluaciones críticas de las experiencias realizadas y una cierta descoordinación en la oferta (Morere y Jiménez 2006, Tresseras 2004). Es un reto desarrollar una tipología turística que ayude

a educar y sensibilizar a la sociedad sobre el valor del patrimonio arqueológico y si se hace de forma inteligente y competitiva la demanda seguirá creciendo (Moreno y Sariego 2017: 177).

Cada año, a pesar de la recesión iniciada en 2008, miles y miles de hectáreas de suelo se remueven por toda España, con equipos y maquinaria más destructora que nunca. Se trata de obras de infraestructura en ciudades con sótanos y plantas subterráneas que perforan profundamente el suelo o en el campo a través de la construcción de kilómetros y kilómetros de autopistas y carreteras, canales, tendidos de oleoductos y otras remociones lineales de subsuelo.

No siempre el seguimiento y documentación tienen éxito y las destrucciones parciales —como el yacimiento tardorromano y altomedieval de Cercadilla, para la construcción de una estación ferroviaria en Córdoba en 1991—, no faltan en la crónica negra de la arqueología de los últimos tiempos. Es un fenómeno único y excepcional pues pocas disciplinas como la arqueología ven desaparecer constantemente delante de sus ojos su objeto de estudio de manera definitiva y a veces total. La grave tarea a la que se enfrentan las administraciones autonómicas es como proteger, conservar y divulgar los grandes sitios y monumentos, como implementar planes de arqueología de salvamento para documentar al máximo restos que no son de primer orden pero sí merecen su excavación y documentación aunque no se puedan conservar vistos; y por último, como resignarse a la pérdida continua de los conjuntos o sitios arqueológicos poco relevantes.

La reclamación de objetos arqueológicos, algo casi inédito hace cinco o seis décadas se empezó a generalizar con la gestión arqueológica de las Comunidades Autónomas. Las piezas emblemáticas conservadas en museos desde hace muchas décadas son objeto creciente de reclamación. Quizás el caso más señero sea la Dama de Elche, pero todos los años los principales museos reciben peticiones de devolución de piezas arqueológicas, como, por otro lado, sucede en el resto del mundo. O incluso se llega a los tribunales como en el caso de las pinturas románicas de Sigena (Huesca) por las que litigan Aragón y Cataluña. No hay soluciones sencillas, ni una *doctrina* unitaria y todos los museos, en principio, se resisten a las devoluciones.

La protección de los sitios excavados se extiende hoy a la documentación generada por una excavación arqueológica, es decir, fichas, diarios, planimetrías y dibujos, fotografías, diapositivas y ficheros digitales. En definitiva, todo lo que permitirá que el trabajo de excavación no se pierda en caso de que no se lleguen a publicar sus resultados.

CODA: celebrando 150 años de arqueología

El pasado material, los restos de las sociedades desaparecidas, han atraído el interés de muchos estudiosos y lo siguen haciendo hoy. Desde 1867, con la creación del Museo Arqueológico Nacional y la red de museos provinciales y municipales, los museos han reunido, interrogado y presentado las historias encerradas en los objetos arqueológicos. La ciudadanía ha ido interesándose por las huellas materiales de las gentes desvanecidas para siempre pero representadas, traídas de alguna forma al presente, por la arqueología (Ruiz Zapatero 2012).

Celebrar el pasado es conocer mejor el presente y poder ver mejor el futuro. La arqueología es una disciplina fascinante con métodos científicos muy potentes, herramientas digitales que mejoran las tareas de visualizar el pasado y una inmensa capacidad para interrogarnos sobre la esencia de lo que nos hace humanos. Pero también puede construir infinitas miradas —en múltiples escalas espaciales y temporales— sobre cada rincón de la gran cadena de culturas y generaciones que nos lleva a los tiempos más remotos. En esta proyección futurista (Criado 1996, 2011) que sin duda tiene la arqueología ¿Por qué mirar al pasado de cómo hemos estudiado el pasado? Y la contestación firme es que con la arqueología, ciertamente, avanzamos hacia el futuro pero también hacia el pasado, porque reflexionamos, modificamos y ampliamos la interpretación de lo historiado. Hacemos arqueología de la arqueología realizada por las generaciones pasadas de arqueólogos. Y sobre sus hombros vemos con más claridad y profundidad *nuestro pasado* que, a su vez, otras generaciones remodelarán porque cada presente elabora su propia visión de la historia.

1 http://seharq.blogspot.com.es/
2 http://www.area-archives.org/index.html
3 http://www.urgoitieditores.com/
4 http://www.asociacionadarq.org/
5 http://www.rtve.es/alerta/videos/arqueomania/
6 http://www.tv3.cat/sotaterra
7 http://www.historiayarqueologia.com/p/television.html

Arqueología pública hoy

Gonzalo Ruiz Zapatero. Universidad Complutense y SEHA

Las tradiciones arqueológicas tienen historias diversas y conceptos y categorías que a veces no resultan fáciles de traducir. Sin duda un ejemplo claro de ello es la *Public Archaeology* anglosajona, denominada como arqueología pública en castellano. Aunque su trayectoria temporal es relativamente corta, no más allá de tres décadas, su proceso de gestación y desarrollo ha sido —y es en la actualidad— complejo, con múltiples nombres y denominaciones que oscurecen su significado. Por eso, es cierto que hace falta una historiografía crítica del concepto (Almansa 2017: 77 ss.) [fig. 1].

Los orígenes profundos de la arqueología pública hay que buscarlos en las nuevas ideas y sensibilidades surgidas del *World Archaeological Congress* desde su fundación en 1986 como foro para interactuar con las comunidades de arqueólogos de los países del Segundo y Tercer Mundo. Desde comienzos de los años 1990 todo un conjunto de formas de hacer arqueología están pasando por actuar con la gente, desde sus contextos locales, descubriendo sus intereses y articulando fórmulas que los hagan partícipes activos de unas nuevas prácticas arqueológicas. Aunque en España el fenómeno ha tenido un pequeño *decalage* respecto del mundo anglosajón, cada vez surgen más iniciativas que se inscriben, de una u otra manera, dentro de la *Public Archaeology,* y sin duda creo que lo seguirán haciendo en el futuro próximo (Almansa 2013).

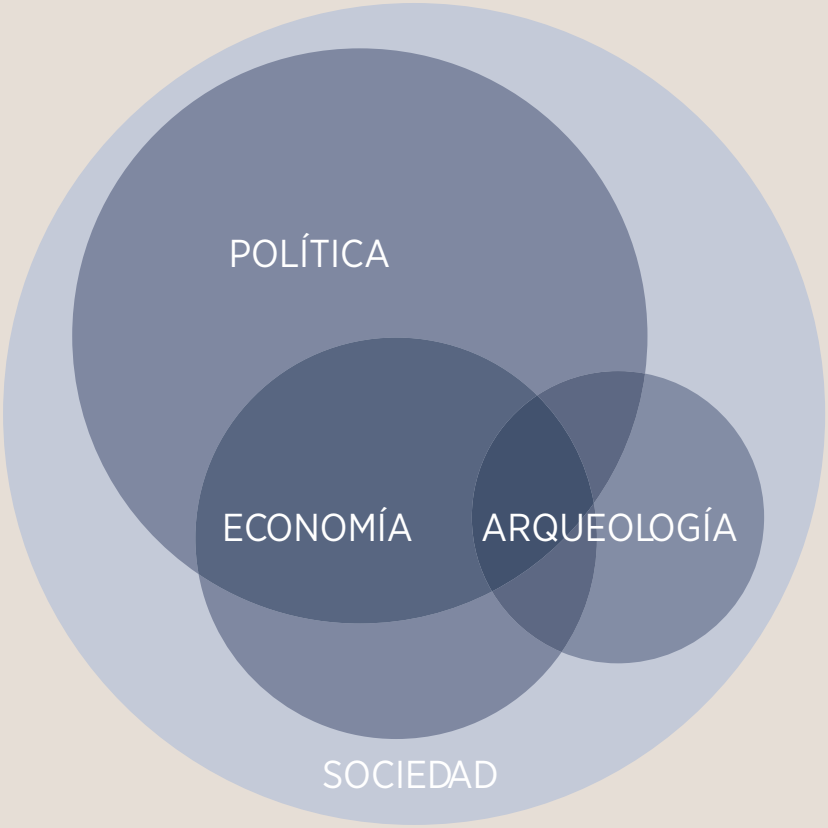
El británico Gabriel Moshenska (2016) es posiblemente quien mejor ha resumido y aclarado su estructura aparentemente confusa. Y lo ha hecho con un gráfico muy útil que colgó en su centro para ayudar a estudiantes y colegas.

Su cuadro recoge siete ámbitos o partes:

1) Arqueología trabajando con el público: se ha llamado en general ar-

FIG. 1
Cuadro de definición de la arqueología pública (según Moshenska 2016).

FIG. 2
Diagrama de la posición y relación de la arqueología en el mundo actual (según Almansa 2017).



queología pública y en algunos casos «arqueología de comunidad». La desarrollan museos, universidades, empresas de arqueología o instituciones locales que implican a las comunidades locales próximas a los yacimientos arqueológicos en iniciativas conjuntas que cada vez van más allá de la excavación.

2) Arqueología por el «público»: es la arqueología *amateur* o de aficionados que en países como Reino Unido cuenta con muy larga historia —de hecho fue la fórmula inicial anterior a la arqueología profesional—, y todavía lucha por su existencia. En España la legislación y las normativas administrativas la hacen inviable. De alguna forma, en Reino Unido fue la primera versión de la *Public Archaeology*.

3) Arqueología del sector público: todo lo que hacen las instituciones de las administraciones, central —y sobre todo autonómicas—, para investigar, proteger y divulgar el registro arqueológico.

4) Arqueología educativa: en sentido amplio una actividad que descansa en la convicción de que los expertos tienen la responsabilidad de compartir sus conocimientos. Las fórmulas son muy diversas como visitas guiadas, escuelas de campo y otras actividades que instruyen pero no de forma como lo hace la educación reglada.

5) Arqueología «abierta» (*Open Archaeology*): frente a otras disciplinas la arqueología en parte de su actividad como la excavación es perfectamente visible, eso significa que la gente puede ver excavaciones en curso, atender jornadas de puertas abiertas para entender mejor lo que ven o asistir a procesos de consolidación y análisis de objetos arqueológicos. Y también leer *blogs* o visualizar grabaciones de *YouTube* de excavaciones arqueológicas en curso

6) Arqueología popular: la arqueología en los medios de comunicación o arqueología de cultura popular. Básicamente se trata de la comunicación de los resultados de la investigación arqueológica al público a través de medios accesibles y *amigables*: revistas, exposiciones, documentales, televisión e Internet.

7) Arqueología académica pública: tiene que ver con los aspectos críticos de la profesionalidad de la disciplina, frente a los anteriores que están relacionados con la práctica arqueológica. Como los códigos éticos, las responsabilidades en las situaciones bélicas en las que —además de la población—, «mueren» o se roban los restos arqueológicos, la delimitación de hasta donde se puede usar el pasado material para la construcción de identidades. Es decir, todas las implicaciones políticas, sociales, económicas, culturales y legales de los profesionales de la arqueología en el mundo actual [fig. 2].

En la práctica real estos siete ámbitos ofrecen solapamientos entre sí, al igual que permiten tender pasarelas / puentes para transitar entre ellos o moverse de uno a otro. Este escenario global evolucionará, sin duda alguna, de diferentes formas que son difíciles de predecir, pero ciertamente no es una moda pasajera, está aquí para quedarse.

Eso demuestran los numerosos proyectos, incluyendo varios europeos, del INCIPIT (CSIC de Santiago de Compostela), los del Grupo Sísifo de la Universidad de Córdoba o la creación en 2014 del GAPP (Grupo de Arqueología Pública y Patrimonio) de la Universidad de Barcelona con propuestas innovadoras en este campo. En definitiva, creo que como conclusión final una buena definición de arqueología pública es la siguiente: «una forma de entender y mejorar las relaciones que se establecen entre la arqueología en sentido amplio y la sociedad en toda su extensión» (Almansa 2017: 124).

La arqueología española: de hoy hacia el futuro

Martín Almagro Gorbea. Real Academia de Historia

La arqueología española ha evidenciado un notable desarrollo en los últimos 150 años, pero se debe analizar con sentido crítico su situación actual para optimizar sus expectativas futuras. La sociedad cada vez se interesa más por su pasado, por ser su memoria colectiva, por lo que es más consciente de su patrimonio arqueológico. El descubrimiento, estudio y valoración del Patrimonio Arqueológico de España depende no solo de los grandes progresos técnicos y científicos actuales y futuros, sino de la formación, como profesionales responsables, de quienes se dediquen a la arqueología y a su gestión, en el contexto de la sociedad española actual y futura dentro de un mundo cada vez más globalizado.

La arqueología española: de hoy hacia el futuro

La arqueología es la ciencia que estudia nuestro pasado, aunque su formación y desarrollo sean relativamente recientes dentro de los estudios humanísticos. Sin embargo, al abordar una síntesis de la arqueología española actual, es necesario recordar el dicho de Juan Donoso Cortés, «en lo pasado está la historia del futuro». Este hecho lleva a plantear nuestra visión actual con una necesaria perspectiva de futuro.

La arqueología, actual y futura, no es el mero estudio de objetos antiguos más o menos bellos que vemos en museos y en grandes exposiciones, ni tampoco ruinas románticas ni descubrimientos espectaculares que atraen a los medios de comunicación. La arqueología es una visión de la historia del hombre basada en los restos materiales dejados por este que ilustran sus actividades y su cultura.

Para esa reconstrucción del pasado, la arqueología recurre a técnicas más próximas a la criminología que a las restantes disciplinas históricas. Esta labor es cada día más compleja e interdisciplinar, pues interactúa con las ciencias físicas, naturales, biológicas o de cualquier y con cualquier campo que permita obtener información sobre el pasado de la humanidad. Además, de la cultura material se puede inferir el desarrollo técnico y social y la ideología y la visión de la vida de sus autores, lo que abre a nuestro conocimiento la evolución de la mente humana. De este modo, se llega a reconstruir nuestro pasado con una precisión que casi parece de ciencia-ficción. Entendida de este modo, la arqueología no es solo dicha reconstrucción y los hallazgos que la documentan, sino la visión del hombre que se obtiene de la misma, al explicar lo que somos a través de nuestros orígenes y nuestro desarrollo hasta alcanzar nuestra forma de ser actual. Por ello es una ciencia histórica, aunque su metodología esté más cerca de las ciencias naturales que de las humanidades.

Desde esta perspectiva, ofrece interés, en estos años iniciales del siglo XXI, analizar la arqueología española con perspectivas de futuro, en una sociedad que desea conocerse mejor para conocer mejor su futuro. Proyectar las experiencias del pasado y del presente hacia el futuro se hace instintivamente cada día a nivel personal al planificar nuestras actividades. Con mayor motivo, debemos hacerlo en una actividad pública, como es la arqueología.

La primera cuestión es saber qué es la arqueología actual, pues esta ciencia ha ampliado su campo, sus métodos y sus formas de trabajo. Otra cuestión es pensar para qué le sirve la arqueología al hombre de hoy, para precisar, con las anteriores respuestas, hacia dónde va a evolucionar la arqueología. No es fácil dar una respuesta *a priori* de qué es la arqueología, pues es una ciencia en continuo cambio y cada vez más abierta a nuevos campos y métodos, aunque su objetivo siempre será estudiar los restos dejados por el hombre en su pasado para reconstruir nuestra memoria colectiva y, de este modo, conocernos mejor, sabiendo cómo hemos llegado a ser lo que somos. Esto hace que la arqueología

sea tan popular en una sociedad moderna, como lo evidencia la concesión en 1997 del Premio Príncipe de Asturias al equipo de Atapuerca y el creciente éxito de grandes exposiciones de arqueología, como ocurre en los países de nuestro entorno. *El Origen del Hombre*, *Celtas y Vettones*, *Los Iberos*, *Hispania como legado de Roma* o *Al-Andalus*, evidencian la creciente proyección internacional de nuestra arqueología en la sociedad de bienestar, junto a las de *Alejandro*, *Pompeya*, etc., que indican el creciente interés por otros ámbitos culturales. Esta popularidad, seguramente, proseguirá en el futuro, pues no es una moda pasajera, ni lo será en los años venideros, aunque es evidente que unos campos tienen un futuro más dinámico que otros. En consecuencia, cabe plantearse que la arqueología seguirá activa en el siglo XXI.

Para comprender el desarrollo en España de la arqueología actual y en el futuro es esencial valorar su profunda vinculación con la sociedad en la que está inmersa. En este sentido, cada día son un lastre más pesado las viejas actitudes clientelares y caciquiles, que se han adaptado a la nueva realidad social y a las estructuras políticas «democráticas», pero que resultan inviables para la investigación científica actual, pues priman al «amigo» o «cliente» frente al más capacitado, lo que supone una utilización perniciosa de los medios públicos, —lo que se denomina «corrupción»—, y, lo que a la larga resulta aún peor, posterga a los más capacitados e impide avanzar en los conocimientos y actuar mejor en el Patrimonio Arqueológico. Basta analizar el acceso a la Universidad, al CSIC o a los museos y servicios arqueológicos autonómicos y locales. Pero, a pesar de estas rémoras, los avances son evidentes en calidad y cantidad, que refuerzan el «optimismo histórico» de todo arqueólogo.

En 1975 se produjo un profundo cambio en la Historia de España, que ha afectado al desarrollo de nuestra arqueología. La Constitución de 1978 consagró el Estado de las Autonomías, con una descentralización de la Cultura. La arqueología pasó a depender de 17 Comunidades Autónomas con 17 legislaciones diferentes, intereses dispares y escasa coordinación. La Ley del Patrimonio de 1985 fue burocrática y estatalizadora, sin la necesaria flexibilidad para gestionar el Patrimonio Arqueológico en la sociedad actual, con la sustitución de profesionales independientes por cargos de confianza del poder político, en ocasiones con marcado signo clientelar o nacionalista, que nada tienen que ver con el espíritu científico y cultural. De ahí deriva la ineficiente desvinculación de museos arqueológicos y excavaciones, su burocratización y la postergación de los profesionales de museos y universidades por una «arqueología de gestión» desarrollada por equipos menos cualificados, así como la escasa planificación de las excavaciones, que muchas veces responden a criterios más clientelares que científicos. En una palabra, predomina la «burocracia» en sentido etimológico sobre la eficacia, que ha desaprovechado una oportunidad histórica en los años de desarrollo económico y cultural.

Sin embargo, la situación actual no puede considerarse negativa, sino que ofrece claro-oscuros. Se echa en falta una profunda reforma del Museo Arqueológico Nacional, como institución señera de la arqueológica de España, para que impulse excavaciones y proyectos científicos de altura, pero centros como el Museo Arqueológico Provincial de Alicante, el Museo de Albacete o el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, por citar tres ejemplos, han desarrollado una importante labor, aunque faltan medios, capacidad investigadora e independencia profesional.

Perspectivas de futuro

Los espectaculares avances logrados por la arqueología han cambiado nuestra visión del hombre al comprender mejor su origen y su esfuerzo continuo por mejorar su calidad de vida, que le ha llevado a controlar la Naturaleza, colonizar toda la tierra y organizarse en sociedades complejas. Sin embargo, aunque la arqueología es una ciencia empírica, basada en los datos que proporcionan los hallazgos y excavaciones, se ve afectada por las ideologías. Pero la arqueología no debe ser campo de disputas teóricas, sino de análisis y estudio de las sociedades humanas del pasado.

Al plantearse cómo será la arqueología futura se pueden apuntar algunas ideas. En primer lugar, hay que valorar las innovaciones tecnológicas. Desde mediados del siglo XX técnicas fisico-químicas y matemáticas conforman la denominada *arqueometría*, así como la arqueozoologia, arqueobotánica, arqueoastronomía, paleogeografía, paleopatología, antropología física, paleogenética, etc. Es un campo sin límites, desde disciplinas humanistas hasta los últimos avances de la física o la biología, pues la Arqueología está abierta a toda información que permita conocer el pasado, lo que la aproxima a la Criminología en su interdisciplinaridad metodológica y en su finalidad de descubrir hechos no conocidos a través de restos y circunstancias que deben ser analizados para explicar lo acaecido.

Esto afecta a la obtención de datos y a su análisis e interpretación. La localización de hallazgos recurre a técnicas cada vez más fiables y menos destructivas, en avance acelerado, que casi parecen de ciencia-ficción: geo-radares, drones, aviones, satélites, sistemas SIG, etc., y cada vez son más sofisticados los análisis de materiales, de ADN, paleopatología, etc., que potencian la información que ofrecen los hallazgos. Sin embargo, su coste aumenta exponencialmente y su complejidad hace que toda excavación o estudio sea una compleja operación que proporciona miles de datos que deben ser accesibles de forma continua y en tiempo real.

Por ello, la informática influirá de forma determinante en el desarrollo futuro de la arqueología, como en otras actividades humanas. Su labor ya es esencial en la descripción y documentación de hallazgos en bases de datos, en tratamientos rutinarios y en la formulación de modelos cada vez más sofisticados para analizar datos cada vez más numerosos y complejos. Pero de la *arqueometría* informatizada se va a pasar a la *ciberarqueología*, neologismo que designa el trabajo conjunto de arqueología, arqueometría e ingeniería informática y que representa un adelanto respecto a la arqueometría del siglo XX.

La informatización será creciente, desde el dictado directo de textos a la traducción automática. Nuevas técnicas permitirán manejar e interpretar los millones de datos de excavaciones, museos, análisis, etc., así como publicaciones en la red cada vez más fiables y «bibliotecas virtuales», pues se calcula que más de 130 millones de libros serán digitalizados. Esta información, reunida en *big data* o grandes conjuntos de datos informáticos, estará interconexionada a través de internet de forma continua y dotada de nuevas aplicaciones y modelos para procesar e interpretar los datos. Con ello se evitarán pérdidas irreparables y ya no será necesario ir a un museo para estudiar sus materiales ni acudir a una biblioteca especializada, pues desde cualquier parte investigadores y público podrán acceder a los datos y estudios en tiempo real y las personas interesadas podrán dedicar su tiempo a estos estudios o se podrán usar imágenes de la red para descubrir restos del patrimonio arqueológico y protegerlo contra el saqueo, hechos que pueden suponer el mayor avance en la historia de la arqueología. Estos nuevos usos representan un profundo cambio en la labor del arqueólogo, adaptado a la ciberarqueología y con más contactos e intercambios a nivel global gracias a internet, lo que potenciará su labor de investigación y permitirá contrarrestar la inevitable atomización de la creciente y necesaria especialización, gracias a contactos continuos, en tiempo real y sin problemas de distancia.

La arqueología es y será cada vez más una ciencia interdisciplinar, al estar abierta a todas las técnicas y campos del saber, desde la Historia o la Lingüística a las Ciencias Naturales y Bio-médicas, como la Genética. Esta interdisciplinaridad constituye una de sus principales características, que aumentará en el futuro, aunque ya sea evidente que solo complejos equipos interdisciplinares bien coordinados pueden, tras una rigurosa excavación, dar a conocer y publicar debidamente los resultados, lo que exige un soporte económico y logístico.

La interdisciplinaridad también supone retos. Uno es su creciente coste económico, que exigirá una creciente atención a la rentabilidad. El incremento de los costes, en medios humanos, materiales y de tiempo, requiere cada vez más una compleja planificación para alcanzar con eficacia los objetivos, lo que exige algo desconocido en la arqueología española: valorar la rentabilidad entre costo y resultados de todo proyecto. Hay que lograr por necesidad concentrar esfuerzos en equipos competitivos y en los temas de interés más general y mayor trascendencia o «rentabilidad» y evitar en el futuro intereses «nacionalistas» o «clientelares», aunque sean encubiertos, pues impiden de hecho el desarrollo de una arqueología adaptada a su tiempo. Otro reto será su propia complejidad. En este sentido, para que España se incorpore plenamente a este desarrollo científico interdisciplinar debe existir una labor impulsora del Estado que coordine con eficacia y sin burocracia los costosos equipos de prospección y teledetección, los laboratorios de análisis y los equipos de restauración y puesta en valor, pues sin estas técnicas, hoy ya rutinarias, no se puede desarrollar la arqueología, ni hoy ni en el futuro, al servicio de la sociedad. Pero el desarrollo de la arqueología también exige cada vez más que estudiosos y centros de investigación se asocien en grandes *joint ventures* internacionales, incluida la creación de «institutos arqueológicos virtuales».

Esta creciente complejidad de la arqueología, consecuencia de su interdisciplinaridad, tendrá repercusiones en su necesaria internacionalización, pues cada vez será más «global», ya que solo los temas de interés general atraerán los medios necesarios, frente a estudios nacionalistas y locales. Hay que incrementar las relaciones entre todos los centros e instituciones españoles y del extranjero, buscar proyectos y excavaciones conjuntas y fomentar el espíritu de colaboración. Esa interacción produce sinergias positivas que amplifican la rentabilidad científica y social del esfuerzo invertido en medios económicos, personas y de tiempo, facilitan el avance continuo interaccionado y rentabilizan las innovaciones técnicas necesarias para manejar e interpretar los millones de datos y conocimientos que se van acumulando. Ya no se puede vivir de espaldas a los tiempos y hay que aprovechar las nuevas técnicas, que permiten y exigen este tipo de colaboración.

Campos de estudio presentes y futuros

Es interesante conocer qué temas de relevancia actual proseguirán en el futuro. Aunque algunos lo consideran superado, el análisis de la cultura material seguirá siendo esencial con estudios tipológicos para avanzar en la cronología e interpretación de todo el sistema cultural, desde la sociedad a la mentalidad. Este proceso requerirá grandes *corpora* de materiales arqueológicos para su seriación, datación, cartografía

e interpretación social e ideológica apoyados en una ciberinformática de *big data*.

El interés general hará que algunos temas sean prioritarios, como el origen de la especie humana, ampliado con el desarrollo demográfico de la población y el inicio del pensamiento abstracto y del lenguaje. Seguirá el interés por los primeros productores de alimento y las adaptaciones medioambientales a lo largo de todo el planeta, con estudios cada vez más precisos sobre la interacción del hombre con el medio ambiente y el clima, tema que cada vez interesa más, al igual que la historia de la demografía y la salud humana. También proseguirán los estudios sobre la formación de las sociedades complejas y las múltiples formas que ofrece la vida urbana y los procesos de diferenciación social. Igualmente, atraerán las causas y procesos de expansión demográfica y su complejo reflejo en la guerra y en procesos de colonización interpretados a escala global asociados a procesos de transculturación, inter-etnicidad y diversidad cultural, temas que siempre atraen pues son necesarios para conocer el mundo actual. Y cada vez será mayor el interés en la arqueología por conocer cómo se ha desarrollado la mente humana, desde la aparición del pensamiento abstracto a la evolución de la religión, el imaginario, la literatura, el arte y la técnica como vías para reconstruir su concepción del mundo y la vida o cosmovisión.

Para conocer mejor los orígenes de la población humana, será esencial el estudio interdisciplinar de la compleja relación entre arqueología, lengua, demografía y genética, esta potenciada con los análisis del ADN antiguo, que van a exigir una creciente dependencia de modelos informáticos dada la complejidad de los fenómenos estudiados. El origen de la población de la Polinesia o de América, sin olvidar temas tradicionales, como los indoeuropeos, celtas o vascos, son temas que seguirán siendo apasionantes para la investigación y para el gran público. Junto a estos campos, seguirán vigentes estudios «tradicionales», como la arqueología clásica, y se desarrollarán campos particulares para valorar determinados patrimonios arqueológicos, como la egiptología, los celtas en Europa, los aztecas en México o los incas en Perú. En España, proseguirán las excavaciones y estudios sobre las colonizaciones y la romanización, la arqueología medieval, árabe y cristiana, y la arqueología moderna y contemporánea, con especial relevancia de la etno-arqueología, olvidada de hecho en el siglo XX, para aprovechar el potencial interpretativo que ofrece para conocer las sociedades del pasado, su mentalidad y cosmovisión, apenas documentadas en el registro arqueológico. Como la arqueología se ha extendido por todo el planeta, es igualmente previsible su desarrollo en zonas menos conocidas, como ha ocurrido en estos últimos años en Asia Central y China, cuya alta cultura atrae a millones de personas interesadas en su pasado. A estos estudios tradicionales hay que sumar la arqueología submarina, facilitada por el desarrollo tecnológico, que ha abierto un campo esencial para conocer la historia de las relaciones humanas y del desarrollo económico. También proseguirán las discusiones teóricas sobre esta ciencia, junto a un creciente interés por la historia de la arqueología, que no estará exenta de tentaciones ideológicas.

Excavaciones

Un hecho positivo, a veces olvidado, es la riqueza y variedad de la arqueología española, con yacimientos como Atapuerca o Altamira, abrigos de Arte Rupestre, culturas como Tartessos y el mundo ibérico, megalitos, castros, grandes monumentos romanos y del mundo islámico, como Medina Azahara o La Alhambra, con descubrimientos como los homínidos de Atapuerca, el palacio de Materno en Carranque, Toledo, o el de la Cercadilla, en Córdoba, los castros y campamentos de las Guerras Cántabras, etc. Mención especial merecen los «galeones» hundidos, propiedad y patrimonio de España, pero abandonados a su suerte a pesar de su interés histórico universal y su valor económico.

Las excavaciones han prestigiado yacimientos como Atapuerca, Altamira, Ampurias, Segóbriga, Mérida, Medina Azahara, etc., pero hay que estar más presentes en el extranjero, para ampliar horizontes y contribuir a la colaboración internacional, aunque son escasas las excavaciones o misiones con solera, como la del Testaccio en Roma. Se debe potenciar la presencia española en Mesopotamia, Egipto y Fenicia, además de en China como nuevo campo en el que hay que actuar. Debiera ser prioritaria la arqueología americana y, dentro de esta, la inexistente arqueología de la colonización española por tantas tierras del mundo. Es una deuda histórica que España aborde la excavación y estudio de una fundación colonial en América o Filipinas, de una misión jesuita o de uno de los numerosos galeones españoles, testimonio de la primera red de navegación a escala mundial y que se descubren y roban sin que España se dé por enterada.

Es evidente que la mayoría de las excavaciones no se publican, a pesar de que al excavar se destruye, por lo que el primer deber de un arqueólogo es publicar todo lo que excava, no solo lo que le interesa, sin que la Administración actúe en este importante tema. Nuestra bibliografía ha crecido considerablemente, pero es todavía escasa y poco reconocida internacionalmente y series ya prestigiadas desaparecen sin motivo, como *Excavaciones Arqueológicas en España* o la reciente suspensión de las editadas por la Real Academia de la Historia, como la *Bibliotheca Archaeologica Hispana* o la *Antiquaria Hispana*. Aunque las revistas científicas han mejorado su calidad, esa mejora es más formal que

cualitativa en la búsqueda de artículos con temas, métodos o síntesis realmente innovadores.

También hay que mejorar la restauración y puesta en valor de los monumentos y evitar prácticas como la destrucción del Teatro de Sagunto a fines del siglo XX o la del Palacio de Asdrúbal en Cartagena en el XXI y cabe decir lo mismo de las labores de restauración en el plano internacional, sin la visibilidad y repercusión que merecen. Como ocurre con las excavaciones, se echa en falta una planificación de conjunto por profesionales independientes para optimizar los medios siempre limitados y cada vez más costosos sin presiones «políticas» ni alianzas clientelares, para que España ocupe el lugar que le corresponde por su gran tradición cultural.

Patrimonio Arqueológico en la España actual

El desarrollo económico y social de España en el último tercio del siglo XX ha hecho que la sociedad sea más madura y se interese más por su Patrimonio Histórico. A ello ha contribuido el aumento de la cultura y la idea de que nos pertenece a todos y de que puede ser fuente de desarrollo sostenible. Esta mayor sensibilidad se refleja en leyes como la de parques arqueológicos, en la creciente valoración del entorno urbano y paisajístico y en la designación de algunos yacimientos como *Patrimonio de la Humanidad*, para contribuir a su valoración universal, aunque generalmente sean un reclamo turístico.

Hacia el futuro, la arqueología debe ampliar sus fronteras desde el campo científico a la divulgación y al disfrute de masas. A la investigación debe acompañar una buena divulgación, para que la sociedad pueda disfrutar de arqueología, naturaleza, cultura y viaje de placer. La arqueología es un elemento de desarrollo sostenido, pero las cuantiosas inversiones que requiere exigen estudios cada vez más rigurosos sobre la viabilidad económica de un proyecto y sobre el impacto del turismo sobre el bien arqueológico en explotación.

Además, la arqueología va a ser cada vez más global, de todo el planeta, pues todo patrimonio arqueológico forma parte del patrimonio de la humanidad. Los restos arqueológicos son objeto de estudio, de curiosidad o de oferta turística, pero al mismo tiempo forman parte de un patrimonio cada vez más valorado por todos, ya que pertenecen a toda la humanidad, presente y venidera, puesto que son su memoria histórica y, en consecuencia, una base fundamental del conocimiento de nosotros mismos necesaria para avanzar hacia el futuro.

La globalización del Patrimonio Arqueológico exige creciente coordinación internacional. El Patrimonio Arqueológico de España debe enmarcarse en el gran Patrimonio Histórico de Europa, formada por culturas tan ricas y diversas, como elemento enriquecedor, sin olvidar que nuestra arqueología colonial en Iberoamérica y Filipinas exige acciones semejantes por formar parte del Patrimonio Arqueológico de la Humanidad, dentro del que debieran protegerse en especial los «galeones» españoles, símbolo del mundo global actual. Este Patrimonio es una hermosa herencia conjunta de nuestro pasado, que cada cual debe interpretar según su cultura, su posición ideológica y su sensibilidad estética. Nos pertenece a todos y al resto del mundo, pues forma parte del patrimonio de la humanidad, presente y futura, para las que hay que saber preservarlo.

Planificación y eficacia

El desarrollo actual y futuro de la arqueología resulta cada día más complejo, por lo que cada vez se necesitan más medios ante el creciente costo de excavaciones e investigaciones arqueométricas y cibernéticas en el contexto de interdisciplinaridad y globalización al que se ha hecho referencia, pues sin las nuevas técnicas usadas no se puede desarrollar una arqueología de calidad.

Lo mismo ocurre respecto a las fuertes inversiones que requiere montar y mantener un pequeño museo local, por no decir un «parque arqueológico». Estos proyectos exigen un estudio riguroso de su viabilidad cultural y económica, tras valorar la integración del yacimiento y su paisaje en la planificación territorial y analizar los gastos necesarios y los recursos generados para lograr un desarrollo sostenido sin caer en improvisaciones ni en falsas expectativas, cosa que tantas veces ocurre al tomarse decisiones «políticas», que muchas veces esconden intereses personales o clientelares. Y también se echa en falta eficacia en la gestión de las inversiones, pues rara vez se trazan objetivos prefijados planificados a corto, medio y largo plazo, para controlar el desarrollo del proyecto y sus resultados a fin de lograr la máxima eficacia [fig. 1].

Todo gran trabajo arqueológico debe incluir entre sus objetivos atraer a los medios de comunicación para llegar al gran público. Es evidente la popularidad que goza la arqueología en los medios de difusión cultural como la prensa, el cine o la TV, y es previsible que continúe y aumente, aunque aparezcan noticias alarmistas o pintorescas. La arqueología depende del apoyo de la sociedad, por lo que hay que saber comunicar los objetivos y los resultados a los profesionales y más todavía al gran público con claridad y eficacia, para lo que hay que usar un lenguaje no especializado que permita comprender con argumentos claros y convincentes la información que ofrece. Esta popularidad también se manifiesta en el voluntariado cultural como colaboración activa en la arqueología de capas de población cada vez más amplias, ya que pueden contribuir a su estudio y difusión y

FIG. 1
El diseño de los proyectos es fundamental para todo el proceso de investigación arqueológica, desde el trabajo de campo a la publicación y la generación de patrimonio. Dos vías complementarias que articulan, a su vez, una preferencia por la investigación y otra por la conservación, en el sector académico y en el de la administración y las empresas (según M. Carver, Archaeogical Investigation. Londres–Nueva York, Routledge 2009: 360).

a promover el cuidado y valoración del Patrimonio Arqueológico a través de asociaciones como las de «amigos de la arqueología». Finalmente, no hay que olvidar que arqueología, naturaleza, cultura y turismo son elementos que se potencian mutuamente y que se valorarán cada día más en la sociedad futura.

Formación y deontología profesional

Es evidente que los avances en la arqueología han conducido hacia una complejidad creciente en la formación del arqueólogo a causa del aumento de informaciones y datos, de los campos de estudio y especialización y de las nuevas técnicas de análisis. A medida que avanzan los conocimientos, se requieren estudios más profundos sobre una realidad cada vez más compleja. Este hecho exige una creciente especialización, que solo se alcanza con una formación cada vez más práctica, sólida y continua. Por ello, es cada día más necesaria una coordinación entre universidad, centros de investigación, museos y servicios de excavaciones y de patrimonio. La atomización actual es contraproducente para los arqueólogos, las instituciones y la sociedad. Por otra parte, la especialización creciente requiere una formación amplia para superar los riesgos que entraña esa especialización y para facilitar el cultivo de la interdisciplinaridad. Al margen de los nuevos medios de información existentes, ver mucho, leer mucho y viajar mucho siempre han sido las claves de una buena formación, cada vez más necesaria en el mundo global.

Una formación profesional seria requiere asimilar sólidos principios éticos y valores profesionales, pues son el índice del desarrollo y maduración de la profesión, hecho muy olvidado en nuestra arqueología. Por ello, hay que exigir una creciente atención a la ética profesional, pues su carencia es el más grave obstáculo para su desarrollo. Sin caer en la ingenuidad de que el mundo futuro va a ser perfecto, es lógico suponer un progresivo aumento de estas preocupaciones profesionales, a medida que se desarrolle la cultura y las exigencias que esta conlleva. Es evidente la creciente preocupación por la ecología o por el Patrimonio Arqueológico, como contra toda manipulación política e ideológica en el campo científico. Del mismo modo, hay que evitar clientelismos parásitos, que en nuestro contexto social tanto distorsionan la selección de los más capacitados y el destino objetivo de las dotaciones para excavaciones e investigaciones, por encima de intereses personales o de grupos, con evidente perjuicio para la sociedad.

Por ello, hay que atenerse a los Principios de Buena Práctica Arqueológica, que indican cómo se debe comportar un arqueólogo respecto a los recursos y a los datos y en su relación con los colegas y con el público, por lo que estas normas de conducta facilitan un desempeño más eficaz de la profesión, al permitir utilizar mejor los recursos que la sociedad pone al servicio de la arqueología.

Conclusión

Las ideas precedentes llevan a una breve conclusión. La arqueología española, en la actualidad y hacia el futuro, transmite optimismo, al advertir cuánto se ha avanzado en el siglo xx. Sin embargo, los avances logrados, espectaculares si se comparan con los de épocas precedentes, dejan muchas cuestiones abiertas y existen claros problemas cuya solución queda abierta hacia el futuro.

La arqueología en España goza y va a seguir gozando en el futuro de creciente interés por su indudable atractivo, tanto por parte de los especialistas que se dediquen con vocación a su estudio y protección como del gran público. En los últimos años se ha avanzado mucho en los conocimientos y en el cuidado y valoración del Patrimonio Arqueológico, lo que ha abierto el camino a generaciones futuras. Pero hay que proseguir esta tarea, con eficacia y modestia, y rectificar y mejorar cuanto sea preciso, sin caer en posturas escépticas, inmovilistas ni utópicas. Pero hay que potenciar la investigación, hacer publicaciones cada vez mejores y que lleguen más a especialistas y al público, contribuir a exposiciones y páginas en la red y estimular los estudios con premios y becas para lograr un mayor apoyo de la sociedad.

La arqueología es una ciencia que estudia el pasado, pero es una ciencia del futuro. Por ello es capaz de ilusionar a los jóvenes con inquietudes humanísticas y con espíritu de aventura, que eso es la investigación, en especial la de nuestro pasado como recuperación de nuestra memoria colectiva. Por ello, la evolución de la arqueología española hacia el futuro depende de dos circunstancias. Una, es la creciente exigencia de la sociedad para que desaparezcan los sistemas clientelares que parasitan los recursos económicos y humanos. Otra es que la arqueología va a ser lo que sean capaces de hacer las jóvenes generaciones, que deben esforzarse para superar las metas y alcanzar los objetivos no logrados en la generación presente. Eso solo se consigue con eficacia y tesón y con una formación cada vez más rigurosa y abierta a los impresionantes cambios que ya vivimos, pues una buena formación actual siempre será la clave del desarrollo futuro.

Y, como resumen final de esta visión, hay que reflexionar, siempre con optimismo, lo que se ha avanzado en el pasado siglo en situaciones históricas difíciles y aprender de los errores cometidos para mejor adaptarse a los nuevos tiempos al servicio de la arqueología, que no es una mera curiosidad o un objetivo turístico, sino un patrimonio cultural cada vez más valorado, que nos pertenece a nosotros y a toda la humanidad, presente y futura, pues, como memoria histórica, ilustra el conocimiento sobre nosotros mismos, necesario para avanzar con acierto hacia el futuro. Ese será siempre el objetivo de la arqueología, hoy y en el futuro.

Catálogo

La etapa pionera de la Arqueología española (1867-1912)

La creación, en 1867, del Museo Arqueológico Nacional y la red de museos provinciales marcó la primera institucionalización de nuestra arqueología. Institucionalización que proseguirá con la introducción de la arqueología en la universidad en 1900 y culminará con la *Ley General de Excavaciones* de 1911 y su Reglamento de 1912, que cierran simbólicamente la etapa.

La metodología de las excavaciones arqueológicas no era muy depurada y la tradición anticuarista, que primaba el valor de los objetos en sí mismos, fue mayoritaria. Con todo, las investigaciones de extranjeros como los Siret, ingenieros belgas, el británico Bonsor, algunos franceses y el alemán Schulten ayudaron a establecer las bases metodológicas de la excavación moderna.

El enfoque positivista centraba todo el interés en los objetos arqueológicos, con poca o ninguna atención a los contextos en los que aparecían. Fue una arqueología historicista, en la que el paradigma filológico predominaba y las piezas arqueológicas se apreciaban, fundamentalmente, por su valor artístico y estético. Con todo, la recopilación de objetos arqueológicos fue creando la base para la construcción de una arqueología que iniciaba su andadura moderna.

Los trabajos de campo se centraron, fundamentalmente, en yacimientos prehistóricos y ciudades romanas. La arqueología prehistórica y la romana se situaron a la cabeza de los intereses de la nueva disciplina.

La arqueología se introdujo en los estudios universitarios de la Universidad Central de Madrid en 1900. En 1910 se crea el *Centro de Estudios Históricos* que contará con una sección de arqueología dirigida por Gómez Moreno y el mismo año se funda la *Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma,* único centro arqueológico español en el extranjero, que ha llegado hasta nuestros días.

La *Ley General de Excavaciones*, la primera legislación española en arqueología, se promulgo en 1911. Uno de sus objetivos era parar el expolio de yacimientos arqueológicos y detener la salida de piezas al extranjero.

Con una legislación específica, su presencia en la universidad y el establecimiento de los primeros centros especializados la arqueología en España había dado un salto importante al iniciarse la segunda década del siglo XX.

cat. 1

Evocación del Gabinete del Museo de Antigüedades y Medallas

Siglo XVIII
Diversos materiales
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

En anaquelerías de cristal se guardaban antigüedades egipcias, griegas, etruscas y romanas junto a obras de arte y objetos etnográficos, además de monetarios. Acompañaban estas instalaciones retratos de emperadores, monarcas y grandes eruditos, mientras que los altos se adornaban con bustos, estatuas ecuestres y otras esculturas.

cat. 2

Bifaz de San Isidro

200.000 a. C., aproximadamente
Sílex
Hallado a mediados del siglo XIX
en el Cerro de San Isidro (Madrid)
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Herramienta del Paleolítico Inferior, con uso polivalente. Su hallazgo supuso el inicio de las investigaciones prehistóricas en España, en uno de los primeros yacimientos donde se documentó elefante asociado a industria lítica.

cat. 3

Mandíbula de Bañolas

66.000 a. C.
Hueso
Hallado en 1887, Llano de la Formiga (Banyoles, Girona)
Colección privada Familia Alsius

Mandíbula fósil humana, clasificada por diferentes estudios como *Homo neanderthalensis*, ante-neandertal u *Homo sapiens*, por la falta de consenso sobre su taxonomía. Fue el primer fósil humano paleolítico encontrado en España y uno de los primeros descubiertos en Europa. Identificado en un primer momento como un tipo intermedio entre neandertal y el hombre actual, al desconocerse otras especies.

cat. 4

Bastón de mando

14.550-12.000 a. C.
Asta
Hallado en 1902, en la Cueva de Altamira (Santillana del Mar, Santander)
Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira, Santander

Fragmento de bastón de mando perforado, decorado con dos cabezas de rebeco. Su uso exacto es aún desconocido. En la época del descubrimiento se interpretó como bastón de mando que representaba el poder, por paralelismo etnográfico con pueblos primitivos. Desde mediados del siglo XX se han propuesto otras teorías más funcionales como tensores o enderezadores de armas.

cat. 5

Espátula

13.300-11.500 a. C.
Hueso
Hallado en 1910-1920, El Pendo (Camargo, Cantabria)
Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria, Santander

Espátula con forma de pez, realizada sobre una costilla de bóvido. Su uso actualmente sigue siendo objeto de debate (herramienta para descamar pescado o el trabajo de la piel). Este hallazgo pertenece a un conjunto de piezas con representaciones artísticas que fueron durante mucho tiempo la mejor colección de arte mueble en la península ibérica.

cat. 6

Diadema de oro

2.700-1.800 a. C.
Oro
Hallado en 1857, cueva de Los Murciélagos (Abuñol, Granada)
Museo Arqueológico y Etnológico de Granada

Cinta de oro fino realizada con la técnica del repujado o martilleado en frío con perforaciones en los extremos. Según sus descubridores (mediados del siglo XIX) se encontraba colocada en la cabeza de un cadáver masculino, que lo identificaba como el jefe del grupo de un enterramiento colectivo, pero su contexto es incierto y la datación complicada ya que la cueva se usó en diferentes periodos.

cat. 7

Vaso con decoración de ciervos

3.200-2.200 a. C.
Arcilla
Hallado en 1891-1892, Necrópolis de los Millares
(Santa Fe de Mondujar, Almería)
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Vaso de cerámica que formaba parte de un ajuar funerario. Su decoración de motivos en forma de ojos, soles y ciervos, se interpreta con una vinculación simbólica a la «Diosa Madre» y a elementos que recuerdan los tatuajes faciales. Los Millares dio nombre a una cultura calcolítica del sureste peninsular.

cat. 8

Vaso campaniforme

2.200-1.500 a. C.
Arcilla
Hallado en 1894, Cuesta de la Reina (Ciempozuelos, Madrid)
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Vaso de forma acampanada y decoración geométrica. Se ha relacionado siempre con una función ritual y funeraria asociada a la élite social. Su hallazgo sirvió para establecer un nuevo estilo cerámico de la cultura campaniforme, que toma el nombre del lugar donde apareció por primera vez, «Ciempozuelos», y supuso el inicio del estudio de este fenómeno en la península ibérica.

cat. 9

Jarro

600-500 a. C.
Bronce
Hallado a inicios del siglo xx,
procedencia desconocida
Museo Lázaro Galdiano, Madrid

Jarro utilizado para el ritual de la libación en el que se realizaban ofrendas con líquidos. Está decorado con una cabeza de felino y el asa, en forma de serpiente, se remata con una palmeta. Se considera procedente de un yacimiento de la zona de Huelva y representa el mejor exponente de la metalurgia de Tartessos.

cat. 10

Cráneo ibérico enclavado

III a. C.
Hueso y hierro
Hallado en 1904, Puig Castellar
(Santa Coloma de Gramenet Barcelona)
Museu d'Arqueologia de Catalunya, Barcelona

Este cráneo humano atravesado por un clavo de hierro de grandes dimensiones fue hallado a los pies de la muralla del poblado de Puig Castellars. Responde a la costumbre indígena, recogida en las crónicas de autores clásicos latinos, de exhibir públicamente las cabezas cortadas de los enemigos sujetas en picas o clavadas en puertas o porches.

cat. 11

Tesoro de la Neápolis de Ampurias

385-375 a. C.
Arcilla y plata
Hallado en 1926, Empúries (La Escala, Girona)
Museu Nacional d'Art de Catalunya,
Barcelona. Gabinet Numismàtic de Catalunya

Tesoro formado por 897 monedas de plata acuñadas en la colonia griega de *Emporion*. Fueron localizadas dentro de una jarrita de cerámica, escondida cerca de la entrada de la plaza principal. Son las primeras acuñaciones monetarias realizadas en la península ibérica.

cat. 12

Dama oferente púnica

V-III a. C.
Terracota
Hallado a principios del siglo XX,
Puig des Molins (Ibiza)
Museu d'Arqueologia de Catalunya, Barcelona

Estatua que representa a la diosa Tanit, la divinidad más importante de la mitología cartaginesa, cuyo culto estuvo muy arraigado en Ibiza. El hallazgo en la Necrópolis de Puig des Molins permitió identificar dos fases antiguas de colonización en Ibiza, la fenicia y la púnica.

cat. 13

Diadema de Moñes

III-I a. C.
Oro
Hallado en 1885, procedencia desconocida (Moñes, Asturias)
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Fragmento de diadema formado por una lámina de oro decorada con dos cenefas que representan una procesión o cortejo fúnebre. Se han ofrecido diversas interpretaciones pero su iconografía está estrechamente relacionada con la mitología céltica. Es una de las obras de orfebrería castreña más importantes.

cat. 14

Caldero de Cabárceno

900-650 a. C.
Bronce
Hallado en 1912, Pozo Mina Crespa (Parque Natural de Cabárceno)
Museo de Arte Moderno y Contemporáneo de Santander y Cantabria, en depósito en el Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria, Santander

Recipiente de chapa de bronce con fondo hemiesférico realizado en una sola pieza unida a las dos que forman la panza mediante remaches de cabeza cónica. Con borde vuelto y dos argollas. Fue manufacturado en las Islas Británicas, en un contexto del Bronce Final Atlántico, y depositado siglos más tarde en el fondo de una mina romana. Su excepcional estado, sin apenas huellas de uso, sugiere una ofrenda votiva en un contexto minero subterráneo, un espacio liminal, de tránsito, entre la vida a cielo abierto y el inframundo de las entrañas de la tierra.

cat. 15

Verraco

I a. C.-I d. C.
Granito
Publicado en 1913, principios siglo XX
Hallado en el lienzo oriental de la Muralla de Ávila
Museo de Ávila

Escultura que representa un toro sobre un pedestal con una inscripción latina en el lomo. Se trata de una manifestación «religiosa» de los pueblos vetones relacionada con la abundancia o protección del ganado. Durante la Edad Media fue habitual reutilizar este tipo de objetos como material constructivo, caso de esta pieza de la muralla de Ávila.

cat. 16

Dama oferente
del Cerro de los Santos

III a. C.
Caliza
Hallado en 1870, Santuario del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Escultura procedente de un templo o santuario. Se encuentra labrada en un solo bloque que representa una dama en actitud oferente. Los atributos corresponden a una mujer joven, y su vestimenta y adornos simbolizan su alto estatus. Supuso una excelente fuente para conocer la indumentaria de la élite social de época ibérica.

cat. 17

Fragmento de clípeo

1-100 d. C.
Mármol
Mérida. Fecha de hallazgo y lugar exacto de procedencia desconocidos
Museo Nacional de Arte Romano, Mérida

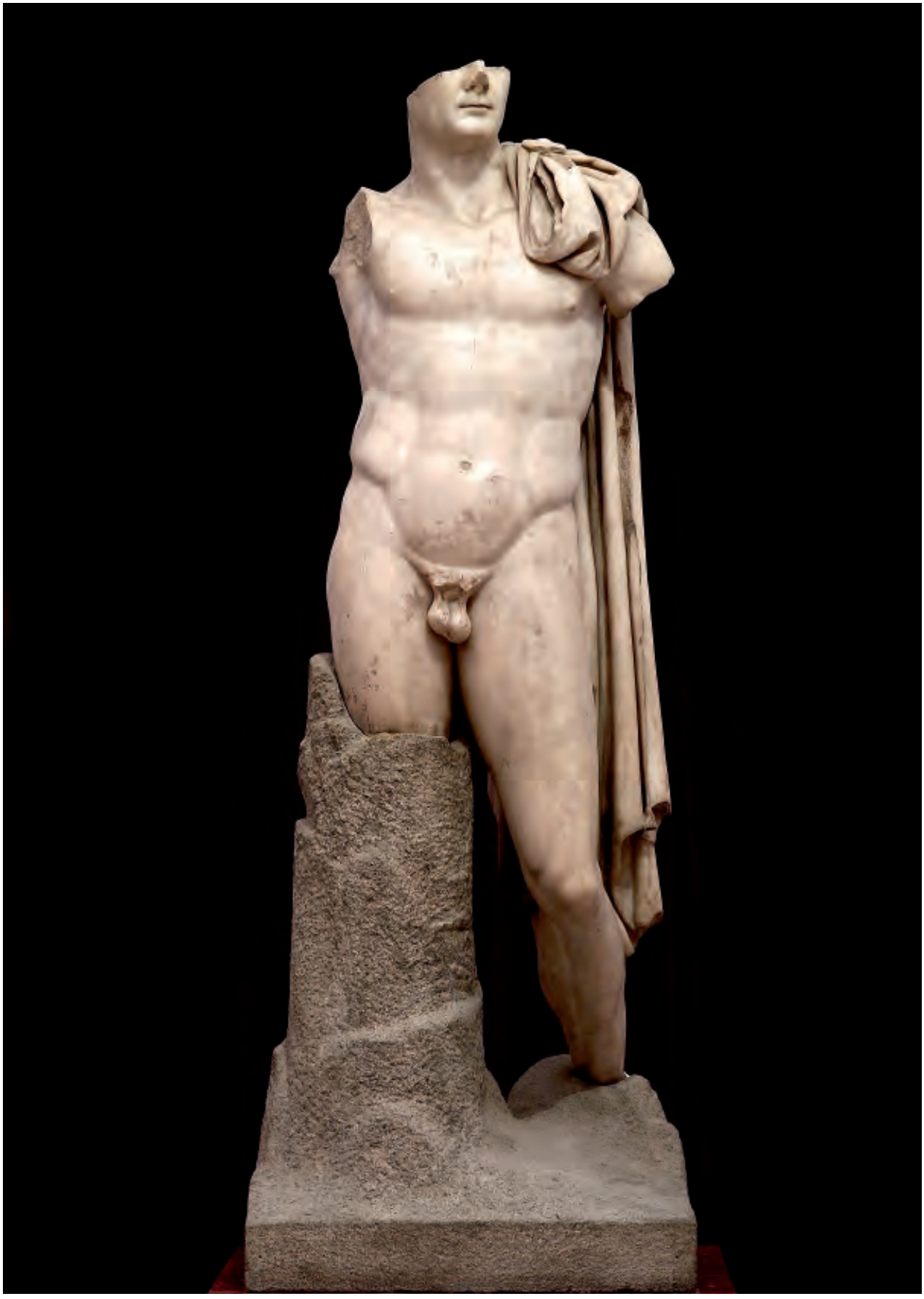
Fragmento de clípeo o medallón con figura femenina. La representación de mechones de cabellos con serpientes corresponde al mito de Medusa. Formaría parte de la decoración arquitectónica del pórtico del foro de Mérida y muestra su monumentalidad en época romana.

cat. 18

Ara de Iulio Amoeno

1-50 d. C.
Mármol
Hallado en 1838-1895, calle Marquesa de Pinares (Mérida)
Museo Nacional de Arte Romano, Mérida

Altar con inscripción funeraria dedicada por la madre de Iulio Amoeno que murió a los 24 años. Representa un templo y es una excelente muestra de la temprana asimilación de las costumbres y arte funerario romano en *Hispania*. La fecha de su hallazgo nos muestra el interés que en el siglo XIX despertaron las antigüedades romanas de Mérida.



<
cat. 19

Trajano de Itálica

II d. C.
Mármol
Hallado en 1788, Itálica (Santiponce, Sevilla)
Museo Arqueológico de Sevilla

Estatua masculina colosal desnuda, de rasgos idealizados y actitud heroica. Se identifica con el emperador romano Trajano, nacido en la propia Itálica. Su descubrimiento forma parte de las primeras excavaciones realizadas en Santiponce que sacaron a la luz la capital romana de la Bética.

cat. 20

Corona de Recesvinto

VII d. C.
Oro, cristal de roca, gemas, perlas y nácares
Hallado en 1858, Huerta de Guarrazar (Guadamur, Toledo)
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Corona votiva ofrecida a la iglesia por el rey visigodo Recesvinto. Es la joya principal del más importante tesoro europeo de la Alta Edad Media, el tesoro de Guarrazar, formado por diversas coronas y cruces. De la zona inferior de la diadema penden las letras que componen la dedicación real. Gran parte del hallazgo fue vendido a plateros, diamantistas y al gobierno francés en 1859 y recuperado, en parte, en 1941.

cat. 21

Arqueta Hissam II

974-976 d. C.
Madera y plata
Hallado en el último cuarto siglo XIX, procedencia desconocida
Museo-tesoro de la Catedral de Girona

Arqueta o cofrecillo de época andalusí. Este testimonio de la orfebrería omeya cordobesa fue realizado por voluntad del califa al-Hakam II, para obsequiar a su hijo Hissam II. Una inscripción que recorre el borde inferior de la tapadera por los cuatro lados hace referencia ambos personajes. Se desconoce cómo llegó a Girona.

cat. 22

Arqueta de San Felices

XI d. C.
Madera, marfil y plata sobredorada
Fecha de hallazgo desconocida, San Millán de la Cogolla, La Rioja
Ayuntamiento de San Millán de la Cogolla, Monasterio de Yuso, San Millán de la Cogolla

Arqueta o caja para guardar las reliquias de San Felices de Bilibio. Conserva una serie de placas de marfil con figuraciones de episodios de la vida de Jesucristo y tres piezas de cristal de roca con forma de ajedrez árabe. Es una de las obras maestras del trabajo del marfil durante la Edad Media, producto de un taller de mozárabes de la zona.

cat. 23

Píxide o Bote de Zamora

Anterior a 964 d. C.
Marfil y plata
Publicado en 1910, Córdoba y Catedral de Zamora
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Arqueta cilíndrica con decoración de elementos vegetales, que recrea un jardín palatino. Encargada por Alhaquen II para una favorita, tiene una inscripción en árabe que indica la fecha de fabricación, quién la encargó, para quién y el nombre del artesano. La pieza fue realizada en Córdoba, aunque acabó en la Catedral de Zamora, y en 1911 fue vendida a un anticuario.

cat. 25

Tablero decorativo visigodo de la Alcazaba de Badajoz

VI-VII d. C.
Mármol
Ingresa en el museo en el siglo XIX, procedente de la Alcazaba de Badajoz
Museo Arqueológico Provincial de Badajoz

Tablero decorado con círculos y motivos florales. Tiene una inscripción incisa en el borde superior izquierdo de época posterior (andalusí). Ha sido interpretada como un testimonio de fe: «Dios, no hay divinidad sino Dios». Con esta pieza se planteó la existencia de ocupación visigoda en Badajoz, aunque actualmente se considera que habría sido reutilizada y llevada allí en época islámica.

cat. 24

Astrolabio de Ibrahim Ibn Said

1.067 d. C.
Latón
Ingresó en el MAN en 1867 procedente de la Biblioteca Nacional. Fabricado en Toledo
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Instrumento utilizado para calcular la posición de los astros, compuesto por un planisferio integrado en una caja en la que se alojan cinco láminas grabadas con la proyección estereográfica del cielo, una red con indicadores para veinticuatro estrellas, una alidada para medir ángulos verticales y una regleta frontal. Fabricado en Toledo y firmado en el dorso por un importante «astrolabista» de esa ciudad.

cat. 26

Pila de Xátiva

XI d. C.
Mármol
Hallado en 1788, Xátiva
Museu de l'Almodí, Xàtiva

Pila decorada con figuras esculpidas que recrean escenas de combate. En el momento de su hallazgo estaba siendo empleada como abrevadero de caballos. En un principio se pensó que podría proceder de un sepulcro pagano o cristiano. La representación figurativa está prohibida por el Corán en edificios religiosos, aunque siguió apareciendo en edificios civiles.

cat. 27

Pila de Al-Rummaniyya

Último cuarto del siglo X d. C.
Mármol
Hallado en 1926, Almunia Alamiriya (Córdoba)
Museo Arqueológico de Córdoba

Pila de fuente con orificio central para la salida del agua. Las cuatro caras están decoradas con palmetas, y cabezas de león y cabra. Tras su descubrimiento se identificó erróneamente como restos de la residencia de campo de Almanzor, demostrándose posteriormente que pertenecía al califa Abd al-Rahman.

cat. 28

Relieve de Quintanilla de las Viñas

VII d. C.
Caliza
Hallado en 1927, Ermita de Santa María (Quintanilla de las Viñas, Burgos)
Museo de Burgos

Relieve decorado con palmeta y uvas. Los motivos decorativos responden a una fusión del mundo grecorromano clásico con influencias de persas sasánidas. Desde su hallazgo se convirtió en uno de los monumentos más significativos del arte altomedieval hispano, declarándose Monumento Nacional en 1929.

cat. 29

Capitel del Rey David y los músicos

XI-XII d. C.
Caliza
Hallado hacia 1867, Catedral de Jaca (Jaca, Huesca)
Museo Diocesano de Jaca

Capitel que representa al Rey David y a once músicos. Supone gran valor artístico y musicológico al mostrar con detalle un amplio repertorio de instrumentos musicales medievales que reflejan la influencia de culturas diversas como el mundo grecolatino, Bizancio, Oriente Medio o el norte de África. Se desconoce la ubicación que tendría en la catedral.

cat. 30

Basa de San Miguel de Lillo

IX d. C.
Arenisca
Ingresa en el museo en el siglo XIX, hallado en San Miguel de Lillo (Oviedo, Asturias)
Museo Arqueológico de Asturias, Oviedo

Fragmento de basa que conserva solamente la parte anterior. Muestra la figura de San Mateo, flanqueado por dos escribientes. Para esa fecha, la representación de figuras humanas esculpidas supone una novedad en la construcción de las iglesias asturianas.

cat. 31

Capitel

1.347 d. C.
Mármol
Hallado en 1892, Madrasa Al-Yadida (Ceuta)
Museo de Ceuta

Capitel de mármol tallado en sus cuatro caras, decorado abundantemente. Formaría parte de un edificio con columnas, probablemente una universidad árabe del siglo XIV, fundada en tiempos de Almanzor. Es un excelente ejemplo de la importancia de Ceuta en época medieval.

cat. 32

Collarino

1347 d. C.
Mármol
Hallado en 1892, Madrasa Al-Yadida (Ceuta)
Museo de Ceuta

Pieza arquitectónica que sujeta un capitel con abundante decoración. Presenta un texto en caracteres cursivos que conforma las aleyas 77 y 78 del Corán. Formaría parte de un edificio con columnas, probablemente una universidad árabe del siglo XIV, fundada en tiempos de Almanzor. Un buen exponente de la importancia de Ceuta en época medieval.

+ H: SITA: GVNDA: REX:
RECCESVINTHVS: PIVS: PRINCEPS: GENTIS
RADAS IAETA: ER: FELIX: FELIX

cat. 33

Lauda sepulcral Sancho III

Principios del siglo XIII a. C.
Mármol
Ingresa en Museo en 1961, hallado en San Isidoro de León (León)
Museo de León

Representa al rey navarro Sancho Garcés III barbado, con espada, corona y cruz procesional. Ejerció una gran influencia en los reinos cristianos, liderándolos hasta el punto de llegar a considerarse un «rey hispano». Su hallazgo en el Panteón de Reyes de San Isidoro de León sugiere que este fue su lugar de enterramiento.

cat. 34

Ídolo de Tara

I-XV d. C.
Arcilla
Hallado hacia 1878, procedencia desconocida
Museo Canario, Las Palmas de Gran Canaria

Figura de forma femenina que se ha convertido en la muestra más emblemática del arte aborigen canario. Se considera que rinde culto a la fertilidad, ya que resalta los atributos sexuales. Se desconoce su hallazgo, aunque perteneció a una colección privada y posteriormente fue donada al Museo Canario, relacionándose posteriormente con el poblado de Tara (Telde, Gran Canaria)

cat. 35

Origen, naturaleza y antigüedad del hombre

De Juan Vilanova i Piera
Impreso de la Compañía de Impresores y Libreros del Reino, 1872
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Obra clásica pionera de la arqueología española. Juan Vilanova y Piera (1821-1893) fue el más reputado especialista de la prehistoria, geología y paleontología española en el siglo XIX. La obra corresponde a una versión de las ideas darwinistas desde una perspectiva cristiana y constituye la primera gran síntesis de Prehistoria en España.

cat. 37

Las primeras edades del metal en el sudeste de España

De Henri y Louis Siret y Cels
Barcelona: Tip. de Henrich, 1890
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Los hermanos Siret —Henri y Louis (1860-1934)— arqueólogos belgas, construyeron con sus estudios y excavaciones la primera secuencia prehistórica del sur de la península ibérica. El libro, en dos volúmenes, es una obra imprescindible para el conocimiento de la Prehistoria reciente del Sureste español.

<

cat. 36

Descripción física y geológica de la provincia de Madrid

De Casiano del Prado y Vallo
Imprenta Nacional, 1864
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Casiano del Prado y Vallo (1797-1866) fue geólogo e ingeniero de minas. Su obra, muy exhaustiva, con amplia recopilación de datos de primera mano, ha sido una obra de referencia hasta nuestros días y sirvió de estímulo a la siguiente generación de geólogos que se interesaron por la arqueología.

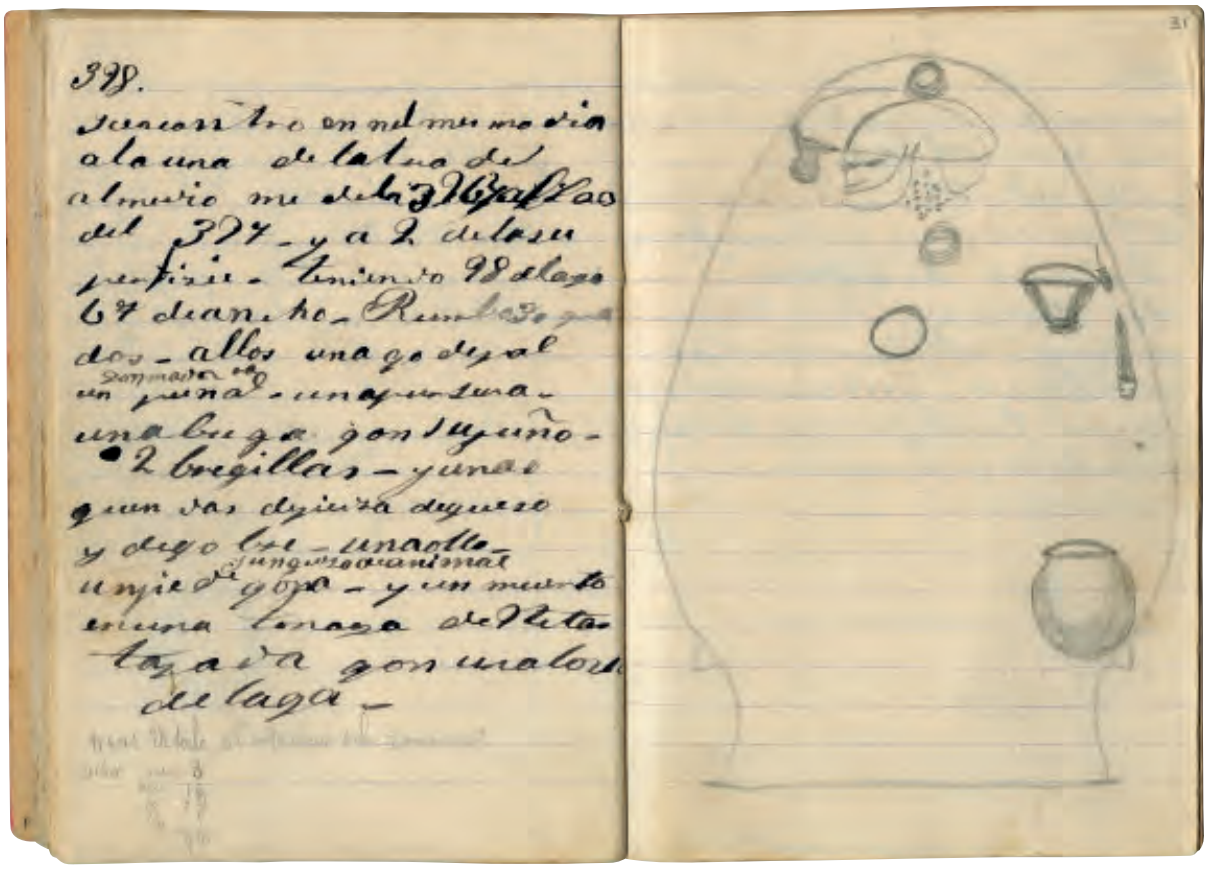
>

cat. 38

L'Espagne Préhistorique

De Louis Siret y Cels, 1891
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Manuscrito del archivo personal del arqueólogo belga Louis Siret (1860-1934), formado por un volumen de texto y dos de láminas, en los que recogió con todo detalle los yacimientos excavados. Se reprodujeron, a tinta y grafitos de colores, las principales piezas halladas. Fue el primer estudio científico de la Prehistoria española que no recurrió a la Biblia para explicar los orígenes, basándose en el evolucionismo y la arqueología. Publicado recientemente por la Junta de Andalucía (2001) en una magnífica edición.



cat. 39

Cuadernos de campo

De Pedro Flores
Finales del siglo XIX- principios del XX
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Pedro Flores (1840-1928) trabajó como capataz en las excavaciones de los hermanos Siret a lo largo de más de 40 años. Fue redactando en sus cuadernos de campo los descubrimientos que realizaba, trazando croquis muy estimables de los hallazgos. Es un conjunto de más de 100 cuadernos, con hojas cosidas o grapadas por el lomo, encuadernados con cartón o hule, que revelan los métodos de trabajo de aquella época.

EDITOR, EXCMO. SEÑOR DON JOSÉ GIL DORREGARAY.

MUSEO ESPAÑOL

DE

ANTIGÜEDADES

DON JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

TOMO I.

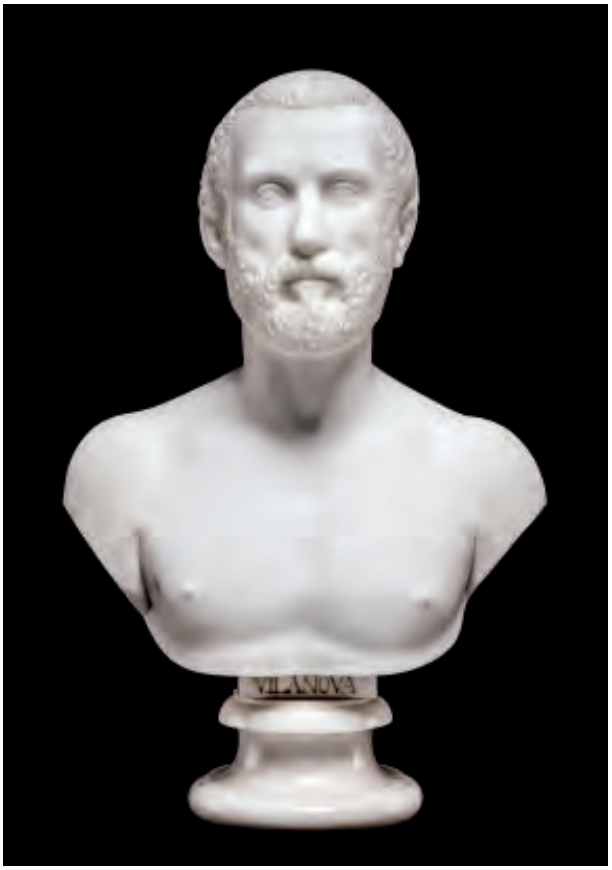
MADRID:
IMPRENTA DE T. FORTANET.

cat. 40

Museo Español de Antigüedades (1872-1880)

Madrid: Imprenta de T. Fortanet, 1874
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Publicación periódica (volumen III) dirigida por Juan de Dios de la Rada y Delgado, en la línea de las grandes revistas europeas del siglo XIX, que se vinculó al Museo Arqueológico Nacional. De gran formato y lujosamente ilustrada con litografías y grabados daba a conocer las principales colecciones arqueológicas, artísticas y etnográficas.



cat. 41

Busto de Marcelino Sáez de Sautuola

XX
Escayola
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Marcelino Sáez de Sautuola y Pedrueca (1831-1888) fue un naturalista y prehistoriador español, descubridor científico de la cueva de Altamira. Fue el primero en plantear la existencia del arte parietal paleolítico y tuvo la agudeza de defender esa cronología con razonamientos modernos.

cat. 42

Busto de Juan de Vilanova i Piera

1856
Mármol
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Busto de Juan Vilanova i Piera (1821-1893), referente de la prehistoria, geología y paleontología española en el siglo XIX, catedrático y primer prehistoriador miembro de número de la Real Academia de la Historia. Por su obra ha sido considerado «padre de la Prehistoria española». La talla es obra de José Vilches (1813-1890).

cat. 43

Mosaico de las Tres Gracias

III-IV d. C.
Mármol y vidrio
Ingresa en el Museo de Antigüedades en 1878, hallado en el solar del antiguo convento de «L'Ensenyança» (Barcelona)
Museu d'Arqueologia de Catalunya, Barcelona

Representación de escena de la mitología clásica, las Tres Gracias (Eufrósine, Talia y Aglaya) que representaban la alegría y la belleza y formaban parte de los séquitos de Apolo o de Venus. Aparecían con una rosa, una rama de mirto o una manzana en las manos, como símbolos inspiradores de las artes. Es uno de los mosaicos más antiguos descubiertos en Cataluña.

La consolidación de la arqueología moderna (1912-1960)

Este período incluye dos etapas diferenciadas: desde 1912 hasta la Guerra Civil (1936-39) y las primeras décadas de la Dictadura franquista. Alrededor de 1960 el crecimiento de la arqueología en la universidad, la presencia activa de instituciones extranjeras, la apertura a nuevos paradigmas y cierto internacionalismo marcan un punto de inflexión.

En estos cincuenta años, la arqueología española se dotó de una más sólida institucionalización en las universidades —con nuevas cátedras— y con la creación de otras instituciones como la *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* (1912-1933) y el *Centro de Estudios Históricos*, creado en 1910 dentro de la *Junta para la Ampliación de Estudios* (JAE).

El régimen franquista estableció una nueva estructura institucional con la *Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas* (1939-1955), a la que sucedió el *Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas.* Por otra parte el *Consejo Superior de Investigaciones Científicas* (CSIC) reemplazó a la JAE.

Grupos muy activos aparecieron pronto, también fuera de Madrid, en Cataluña alrededor de Bosch Gimpera y el *Institut d´ Estudis Catalans,* en Valencia en torno al Servicio de Investigación Prehistórica (1927) y en el País Vasco aglutinados por la Eusko Ikaskuntza. Los museos llegaban a donde no había universidad y un «tejido» arqueológico institucional iba creciendo por casi todas partes.

La metodología de excavación y la documentación fueron mejorando. Las excavaciones con buenos registros estratigráficos se incrementaban y la atención a los objetos dentro de sus contextos experimentaba un fuerte crecimiento. Al final del periodo había proyectos que abordaban problemas históricos. Los objetos empiezan a hablar de su historia a partir de los contextos arqueológicos en los que aparecen y sus cronologías se van precisando gracias a la estratigrafía, la tipología y las asociaciones significativas de objetos (atesoramientos y ajuares de tumbas).

La creación de los *Congresos Nacionales de Arqueología,* en 1949 por iniciativa del profesor Antonio Beltrán, la aparición de algunas nuevas revistas y la creciente publicación de series y monografías constituyeron otros elementos que ayudaron a consolidar una comunidad arqueológica en alza.

cat. 44

Bastón perforado de El Pendo

23.000-2000 a. C.
Asta de reno
Hallado en 1926, Cueva de El Pendo (Camargo, Cantabria)
Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria, Santander

Bastón perforado decorado con imágenes de cabeza de cierva, cabeza de caballo, y signos en equis. Forma parte de una de las mejores colecciones de arte mueble peninsular. Este tipo de piezas se identificaban como elementos de representación de poder, aunque desde mediados del siglo XX se han propuesto otras teorías más funcionales como tensores o enderezadores de armas.

cat. 46

Arpón de Urtiaga

14.550-8.850 a. C.
Asta de cérvido
Ingresa en el Museo en 1932, Yacimiento de Urtiaga (Deba, Gipuzkoa)
Gordailua, Centro del Patrimonio Cultural mueble de Gipuzkoa, Irún

Arpón decorado con incisiones. Se trata de un ejemplo de arte mueble sobre un instrumento de pesca. Fue hallado en la Cueva de Urtiaga que fue ocupada desde el Paleolítico hasta la Edad del Hierro, y es uno de los yacimientos más importantes del País Vasco.

cat. 45

Figura de cierva grabada en plaqueta

19.000-17.000 a. C.
Caliza
Ingresa en el Museo en 1929, hallada en Cova del Parpalló (Gandía, Valencia)
Museu de Prehistória de València

Plaqueta grabada y pintada con figura completa de cierva en una cara y líneas paralelas rectas y curvas con la superficie pintada en la otra. El hallazgo y estudio del yacimiento y del conjunto de plaquetas grabadas aparecidas supuso el inicio de los estudios del Paleolítico en el área.

cat. 47

Vaso del orante

V-IV milenio a. C.
Arcilla
Hallado en 1954, Cova de l´Or
(Beniarrés, Alicante)
Museu Arqueológic Municípal Camil Visedo
Molto de Alcoi

Vaso globular con decoración que representa una figura humana. Desde el principio se comprobó la riqueza de formas y barroquismo de decoraciones en las cerámicas neolíticas, aunque no se identificó la representación humana hasta años más tarde. Se trata de una de las primeras manifestaciones artísticas-religiosas del Neolítico peninsular.

cat. 48

Vaso geminado cardial

V-IV milenio a. C.
Arcilla
Hallado en 1955, Cova de l´Or
(Beniarrés, Alicante)
Museu de Prehistória de València

Pequeño vaso geminado (doble) con decoración impresa realizada con diferentes partes de una concha. El conjunto cerámico recuperado fue clave para el estudio del Neolítico Antiguo valenciano, pensando entonces incluso en la existencia de una cultura cardial con su máximo exponente en esta zona.

cat. 49

Cucharas de hueso

V-IV milenio a. C.
Hueso
Hallado en 1955, Cova de l´Or (Beniarrés, Alicante)
Museu de Prehistória de València

Cucharas con palas ovaladas realizadas sobre huesos largos de animal. La aparición de este tipo de piezas se relaciona con importantes cambios en las costumbres alimentarias y por tanto en las formas de vida de los grupos del Neolítico Antiguo.

cat. 50

Ídolo de Chillarón

III-II milenio a. C.
Cuarcita
Hallado en la década de 1960, Chillarón (Cuenca)
Museo de Cuenca

Hallado de forma casual en el arroyo de Navalón de Cuenca, esta figura es una representación esquemática femenina en una de sus caras, y una masculina en la otra, que se relacionan con cultos o ritos de fecundidad de la Edad del Cobre.

cat. 51

Ídolo placa de Villar del Rey

III milenio a. C.
Pizarra
Ingresa en el Museo en 1984, Villar del Rey, Badajoz
Museo Arqueológico Provincial de Badajoz

Ídolo trapezoidal que recuerda a una figura humana. El orificio indica que pudo usarse como colgante. Los elementos geométricos que aparecen en su decoración podrían representar el estampado de la vestimenta. Este tipo de ídolos placa son una representación religiosa muy abundante en la zona extremeña-portuguesa durante la Edad del Cobre.

cat. 52

Vaso de Zuheros

4.300-3.980 a. C.
Arcilla
Hallado en 1938, Cueva de Los Murciélagos (Zuheros, Córdoba)
Museo Arqueológico de Córdoba

Vaso cerámico con decoración realizada con óxido de hierro denominada «almagra» e incisiones geométricas. Su hallazgo supuso una datación clara para la utilización de esta técnica decorativa en el Neolítico.

cat. 53

Ajuar de la Cista de Atios

1800-1500 a. C.
Oro, plata y bronce
Hallado en 1962, Atios (O Porriño, Pontevedra)
Museo Municipal de Vigo «Quiñones de León»

Ajuar funerario compuesto por dos cilindros de oro, una espiral de plata y dos puñales de bronce, que se descubrieron casualmente. Demuestra el conocimiento tecnológico del uso del metal en la zona gallega en el segundo milenio a. C. Evidencia, además, una sociedad jerarquizada con relaciones comerciales mediterráneas desde donde llegaban avances tecnológicos.

cat. 54

Depósito de Huerta de Arriba

1000 a .C. - 800 a. C.
Bronce
Hallado en 1923, Huerta de Arriba (Burgos)
Museu de Prehistória de València

Hallazgo casual durante la construcción de un camino en un collado. Se trata de un depósito de 16 objetos de bronce con gran contenido de estaño, que sirvió para definir una etapa dentro de la Edad del Bronce Final en la Meseta Norte. Los tipos de objetos – puñales, hachas de talón, navajas y punta de lanza, entre otros —y las aleaciones, se relacionan con la metalurgia atlántica. Aunque muy probablemente fueron manufacturados por las comunidades autóctonas del Grupo Cogotas I.

cat. 55

Tesoro de Villena

XIII-XII a. C.
Oro, plata y hierro
Hallado en 1963, Rambla del Panadero
(Villena, Alicante)
Museo Arqueológico «José María Soler», Villena

Tesoro oculto en el interior de una vasija de cerámica, formado por 60 piezas de oro —básicamente cuencos, brazaletes y botellas— que pesan casi 10 kg, algunas piezas de plata y dos elementos de hierro que se consideran de los más antiguos de España. Uno de los atesoramientos de finales de la Edad del Bronce más espectaculares de Europa.

cat. 56

Tesoro de Caldas de Reis

1.200-1.000 a. C.
Oro
Hallado en 1940, As Silgadas
(Caldas de Reis, Pontevedra)
Museo de Pontevedra

Tesoro compuesto por 36 objetos áureos: un peine, tres vasos decorados, anillas- lingote y lingotes-barra. Originariamente de más 25 kg de los que se conservan cerca de 15 kg. El hallazgo demostró la existencia de contactos y relaciones comerciales entre diferentes territorios atlánticos europeos al final de la Edad del Bronce e identificó un grupo cultural autóctono en el Noroeste peninsular.

cat. 57

Toro ibérico de Porcuna

600-500 a. C.
Caliza
Hallado en 1946, Porcuna, Jaén
Museo de Jaén

Escultura zoomorfa localizada casualmente durante una obra. Representa un toro en actitud de reposo con rasgos orientalizantes (influencia de la escultura mediterránea oriental) y abundante decoración geométrica. Este hallazgo fue el primero de un conjunto que reveló un importante taller de esculturas en época ibérica.

cat. 58

Caballo de La Losa

Hacia el 450 a. C.
Caliza
Hallado en 1970, La Losa
(Casas de Juan Núñez, Albacete)
Museo de Albacete

Escultura que representa el torso de un caballo. Concebida como parte de un conjunto escultórico mayor, representa la identidad del carácter heroico de una clase social aristocrática. Se considera que la pieza fue realizada por un artista ibérico formado en el clasicismo griego.

cat. 59

Bronce Carriazo

VII a. C.
Bronce
Hallado en la década de 1950, procedencia desconocida
Museo Arqueológico de Sevilla

Placa con representación de la diosa Astarté, considerada de origen tartésico. Tiene los brazos alzados, entre dos aves en vuelo. Se desconoce su origen ya que procede de un mercado de antigüedades. Entre sus primeras interpretaciones se presentó como una cama de bocado de caballo, o un fragmento de caldero, de influencia centroeuropea.

cat. 60

Cotilas protocorintias

690 a. C.
Cerámica
Hallado en 1963, Necrópolis de Laurita (Almuñécar, Granada)
Museo Arqueológico y Etnológico de Granada

Vasos griegos preclásicos con decoración geométrica relacionados con banquetes funerarios de influencia helena. Representa el comercio de objetos suntuarios realizado por los fenicios en el Mediterráneo. En un primer momento se clasificó como púnica, pero su correcta identificación supuso el inicio del estudio del asentamiento fenicio de Almuñécar y un importante impulso de las investigaciones sobre el mundo fenicio en la península ibérica.

cat. 61

Guerrero de Moixent

IV a. C.
Bronce
Hallado en 1931, La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia)
Museu de Prehistória de València

Figura de bronce fundido que representa un guerrero, personaje de alto rango desnudo y a caballo, con falcata, escudo y casco con penacho. Este yacimiento fue denominado en el momento como la «nueva Pompeya», siendo un hito para la arqueología valenciana y símbolo de su Museo de Prehistoria.

cat. 62

Vaso de la danza guerrera

III-II a. C.
Cerámica
Hallado en la década de 1930,
Tossal de Sant Miquel (Llíria, Valencia)
Museu de Prehistória de València

Vaso decorado con un friso que desarrolla escenas de guerreros a pie y jinetes entre músicos. Forma parte de una colección de vasos ricamente decorados, muchos de ellos con inscripciones. Su hallazgo supuso la denominación de un estilo narrativo tanto por su temática (escenas de danzas, procesiones, desfiles, etc.) como por el desarrollo en friso y por su literatura.

cat. 64

Kernos del Cabezo de Monléon

800-700 a. C.
Cerámica
Hallado en 1960, Cabezo de Monléon
(Caspe, Zaragoza)
Museo de Zaragoza

Recipiente cerámico consistente en una vasija central y cuatro pequeñas vasijas, llamadas «kotyliskoi» adosadas al cuello de la principal y comunicados con ella. Este tipo cerámico puso en relación el poblado con culturas centroeuropeas, ya que su uso responde a costumbres religioso-funerarias comunes.

cat. 63

Jarra de la máscara de toro

II a. C.
Arcilla
Hallado en 1917, Numancia (Garray, Soria)
Museo Numantino, Soria

Jarra con decoración pintada consistente en una máscara de toro, en la que se aprecian las cuerdas que la sujetarían. La decoración de la cerámica aportó conocimiento a aspectos de la vida cotidiana y costumbres de los numantinos, como la vestimenta, el armamento, las danzas y otras cuestiones rituales.

cat. 65

Ajuar de la Necrópolis Bonjoan.

525-500 a. C.
Cerámica, vidrio y oro
Hallado en 1940, Empúries (L'Escala, Girona)
Museu d'Arqueologia de Catalunya, Empúries

Ajuar funerario formado por recipientes de cerámica griega con decoración de figuras negras, figurita de terracota, alabastrón de vidrio y anillo de oro. Forma parte de la necrópolis griega con ricos ajuares que proporcionaron numerosos datos para la datación cronológica del yacimiento, ya que es una de las primeras necrópolis de la nueva ciudad o *Neápolis*.

cat. 66

Casco griego

VII a. C.
Bronce
Hallado en 1938, Río Guadalete
(Jerez de la Frontera, Cádiz)
Museo Arqueológico Municipal
de Jerez de la Frontera

Casco de estilo corintio. Su hallazgo permitió documentar la presencia griega en el sur de la península ibérica, que buscaría abrir una ruta comercial con Tartesos. Su localización, junto a la orilla del Guadalete, también sirvió para exponer la existencia de rituales en donde objetos de valor, como este casco, se pudieron arrojar a las aguas como ofrendas.

cat. 67

Collar y pectoral del tesoro de «El Carambolo»

VIII a. C.
Oro
Hallado en 1958, Edificio Tiro de Pichón, El Carambolo (Camas, Sevilla)
Colección Municipal Ayuntamiento de Sevilla. Museo Arqueológico de Sevilla

Pertenecen a un atesoramiento formado por 21 piezas de oro. Su hallazgo sirvió para establecer las características de la joyería de la cultura de Tartesos, y para definir un conjunto de materiales cerámicos propios de esta cultura, denominado «cerámicas tipo Carambolo». Actualmente se ha determinado que este emplazamiento corresponde a un santuario fenicio.

cat. 68

Sarcófago del pedagogo

III d. C.
Mármol
Hallado en 1927, Necrópolis Paleocristiana (Tarragona)
Museu Nacional Arqueològic de Tarragona

Sarcófago con frontal dividido en cinco paneles, tres figurados y dos con estrígilos. En la escena central aparece un filósofo o poeta leyendo un volumen y en los extremos los difuntos caracterizados como filósofo y musa, representando la sabiduría y el conocimiento frente a la muerte. Se excavó en una de las áreas funerarias de época tardía más importante del occidente romano.

cat. 69

Guerrero de la Cibdá de Armea.

I a. C. –I d. C.
Granito
Ingresa en el Museo en 1953, hallado en Castro de Armea (Allariz, Ourense)
Museo Arqueolóxico Provincial de Ourense

Fragmento de escultura de guerrero que solo conserva el torso. Descubierta reaprovechada como material constructivo. Se incluye en el grupo de «guerreiros galaicos» que presentan los brazos pegados al cuerpo, espada de hoja ancha y alargada sobre escudo y coraza. Normalmente se localizan fuera de contexto próximos a los castros, interpretándose con un uso funerario, votivo o de carácter honorífico.

cat. 70

Efebo de Antequera

1 d. C.
Bronce
Hallado en 1955, Finca de las Piletas
(Antequera, Málaga)
Museo de la Ciudad de Antequera

Escultura que representa a un niño. Hallado de forma fortuita en el interior de una caja construida en cerámica y rellena de pequeños fragmentos del mismo material y piedras de tamaño reducido. Desde su aparición, ha sido catalogada como la más importante y bella de todas las estatuas de bronce aparecidas en la península ibérica.

cat. 71

Retrato de Germánico

14-37 d. C.
Mármol
Hallado en 1960, Cerro del Castillo
(Medina Sidonia, Cádiz)
Museo de Cádiz

Busto que representa a un hombre joven, identificado como el emperador Germánico (15 a. C.-19 d. C.). Formaría parte de un grupo escultórico mayor dedicado a varios miembros de la dinastía Julio-Claudia. Este tipo de obras eran encargadas por las élites provinciales, y se interpreta como uno de los primeros antecedentes peninsulares de culto a la familia imperial.

cat. 72

Mitra tauróctono

Segunda mitad del siglo II d. C.
Mármol
Hallado en 1952. Villa romana de Fuente las Piedras (Cabra, Córdoba)
Museo Arqueológico de Córdoba

El grupo escultórico de Mitra tauróctono, dios Sol, representa al culto de origen persa asimilado por el panteón romano. Es característico su gorro frigio. Su hallazgo demostró el culto a esta divinidad de origen oriental en Hispania ya desde la época de Adriano. Presenta los símbolos de un dios creador del que emana la vida de animales y plantas.

cat. 73

Muñeca romana de los escarpines

IV d. C.
Marfil
Hallado en 1946, Necrópolis de las Eras (Ontur, Albacete)
Museo de Albacete

Muñeca articulada en brazos y piernas. Su datación se llevó a cabo gracias al peinado que luce la figura. Iba calzada con escarpines, lo que hace pensar que estaría vestida. Apareció con un conjunto de otras cuatro muñecas similares, como parte de un ajuar funerario de juguetes presuntamente infantil.

cat. 74

Conjunto estuche médico

I d. C.
Bronce, hierro y hueso.
Hallado en 1934 – 2000, solar de la antigua Campsa (Mérida)
Museo Nacional de Arte Romano, Mérida

Elementos de ajuar funerario, que forman parte del instrumental utilizado por un médico. El conjunto lo forman una caja —pieza única conocida en España— donde se hallaron diferentes instrumentos, entre otros una cucharilla-sonda y un cuchillo de hierro con mango de hueso con forma de león. Ya se conocía la existencia de médicos en Mérida en tumbas excavadas en los años 1930, por lo que este constituye un nuevo ejemplo que nos recuerda su elevado estatus.

cat. 75

Fíbula de Alovera

Primer tercio del siglo VI d. C.
Bronce, vidrio y oro
Ingresa en el Museo en 1962, hallado en la Necrópolis visigoda Camino de la Barca (Alovera, Guadalajara)
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Fíbula con forma de águila con alas desplegadas, que forma pareja con otra de igual factura, fabricadas con la técnica del «cloisonnée». La superficie está dividida en celdillas rellenas de vidrios sobre una lámina de oro. Su tipología se relacionó con la llegada de los «pueblos godos» a la península ibérica.

cat. 76

Corona votiva visigoda

Mediados del siglo VII d. C.
Oro, cobre, piedras preciosas y vidrio
Hallado en 1926, Torredonjimeno, Jaén
Museu d'Arqueologia de Catalunya, Barcelona

Corona votiva que formaba parte de un conjunto de coronas y cruces ofrecidas por los reyes visigodos a la iglesia. Un campesino la localizó de forma casual, habiendo sido utilizadas como juguetes al ignorar su valor. Finalmente el conjunto acabó repartido en tres museos españoles.

cat. 77

Corona de Sancho IV

XII-XIII d. C.
Plata, zafiros, ágatas y camafeos de marfil
Hallado en 1947, Presbiterio de la Catedral Primada (Toledo)
Cabildo Catedral Primada, Toledo

El hallazgo se produjo durante la búsqueda de los restos de Sancho II, cuando se localizaron los restos intactos de Sancho IV con la corona formada por placas de plata con zafiros y camafeos romanos sobre óvalos de ágatas. Se consideró que podría proceder del tesoro de Tours, mencionado en las crónicas de coronación de Alfonso VII y en el testamento de Alfonso X.

cat. 79

Collar con cuentas de barro cocido realizado a mano

III a. C. - XV d. C.
Arcilla
Hallado en 1959, Los Silos (Tenerife)
Museo Arqueológico de Tenerife

Cuentas de collar realizadas a mano pertenecientes a elementos de adorno personal, hallados frecuentemente en cuevas de enterramiento como parte del ajuar funerario. Se trata de elementos muy característicos de la cultura aborigen de la isla de Tenerife que, desde los años 40 del siglo XX, se relacionan con enclaves funerarios.

cat. 78

Celosía de mármol

Segunda mitad del siglo x d. C.
Mármol
Ingresa en el Museo en 1923, hallado en la plaza de las Bulas (Córdoba)
Museo Arqueológico de Córdoba

Celosía con motivos geométricos que crean una rica composición armónica. Su factura en mármol indica que se realizó para un edificio suntuoso e importante. Por el estilo y la talla se pensó que podría pertenecer a la Mezquita de Córdoba.

cat. 80

Arqueología española

De José Ramón Mélida
Editorial Labor, 1929
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

José Ramón Mélida (1856-1933) ha sido considerado el «padre de la arqueología española». Desempeñó diferentes cargos, como catedrático de Arqueología y director del Museo Arqueológico Nacional. *Arqueología Española* fue el manual universitario por excelencia de la primera mitad de siglo XX.

cat. 81

El hombre fósil

De Hugo Obermaier
Museo Nacional de Ciencias Naturales (editorial), 1916
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Hugo Obermaier (1877-1946) fue un prehistoriador alemán, nacionalizado español. En 1922 fue nombrado catedrático de «Historia Primitiva del Hombre» en la Universidad Central, donde creó una importante escuela de prehistoriadores. *El Hombre fósil* era un excelente manual destinado a un público especialista y tuvo un amplio eco, incluida su traducción al inglés.

cat. 82

La novela de España

De Manuel Gómez-Moreno
Ateneo de granada (editorial), 1928
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Manuel Gómez-Moreno fue un arqueólogo e historiador, miembro, entre otras, de la Real Academia de la Historia. En *La novela de España* narra por medio de cuentos el devenir del país desde la Prehistoria hasta la Edad Media, con la idea de «vulgarizar el conocimiento», lo que consideraba indispensable para la formación de un espíritu nacional.

cat. 83

Etnología de la Península Ibérica

De Pedro Bosch Gimpera
Editorial Alpha, impresión Altés, 1932
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

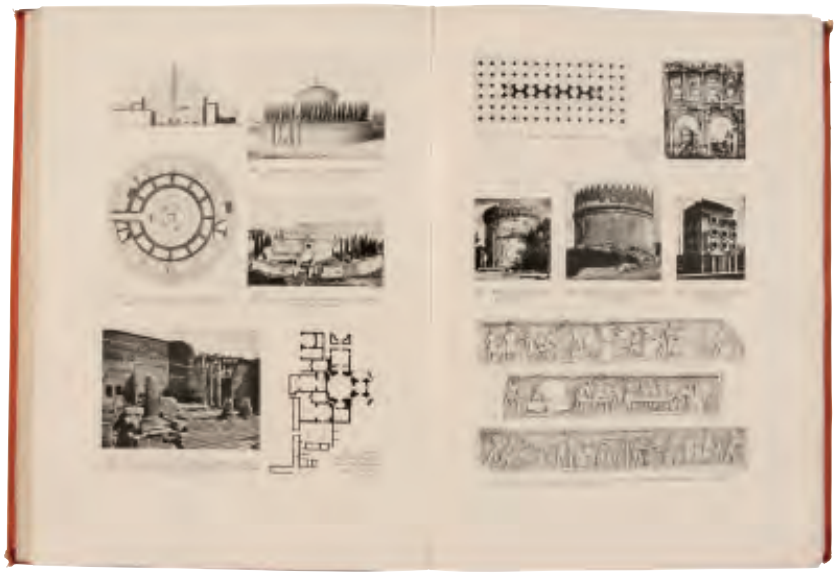
Pedro Bosch Gimpera (1891-1974) fue uno de los más grandes prehistoriadores del siglo XX y con mayor proyección internacional. Su *Etnología de la Península Ibérica* es la primera gran síntesis moderna de la Prehistoria española.

cat. 84

España y los españoles hace 2000 años, según la Geografía de Estrabon

De Antonio García Bellido
Editorial Espasa Calpe, 1945
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Arqueólogo español, miembro de la Real Academia de la Historia. En *España y los españoles hace dos mil años* se recoge el libro III de la *Geografía* de Estrabón con referencias a la península ibérica, comentado y acompañado de un estudio preliminar, en el que se citan distintas fuentes clásicas relativas a la península ibérica.



cat. 85

Arte romano

De Antonio García Bellido
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (editorial), Patronato «Menéndez y Pelayo» Madrid, 1955
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Arqueólogo español, miembro de la Real Academia de la Historia. *Arte Romano* es una obra monumental sobre la arqueología clásica y el arte clásico, dedicado especialmente a la arquitectura y a la escultura romana.

La configuración de la arqueología contemporánea en España (1960-2017)

Los últimos 50 años engloban la arqueología del final del Franquismo y, desde la Constitución de 1978, la arqueología de la España democrática del estado de las Autonomías. Durante esta etapa la arqueología empezó a anunciar los grandes cambios que se iban a producir en la Transición Democrática (1975-1981) con la transferencia de las competencias arqueológicas a las Comunidades Autónomas (1983-1985).

Los cambios fueron sustanciales en todos los órdenes: las universidades aumentaron el número de estudiantes, crecieron las plantillas de profesorado de Prehistoria y Arqueología y se organizaron departamentos específicos. Todo ese impulso concluyó con la creación de los primeros Grados de Arqueología entre 2009 y 2011 acogiéndose a la Declaración de Bolonia.

La promulgación de la *Ley de Patrimonio Histórico Español* (1985), con una más efectiva protección del registro arqueológico, abrió las puertas a la creación de empresas de arqueología para hacer frente a las numerosas intervenciones en contextos urbanos y en las grandes obras públicas.

Los museos arqueológicos crecieron de forma importante y continuada entre 1970 y 2000. Además se crearon nuevos grandes museos: Museo de Altamira (2001), Museo Arqueológico de Alicante (2002), Museo de la Evolución Humana de Burgos (2010) y la reapertura del Museo Arqueológico Nacional (2014) completamente remozado.

La investigación arqueológica ha devenido en una tarea colectiva, de equipos, con grandes proyectos nacionales que se extienden a las misiones arqueológicas en el extranjero. Las especialidades arqueológicas por periodos crono-culturales se han consolidado, como revelan el crecimiento de las publicaciones especializadas y los congresos y reuniones científicas. Se excava para producir conocimiento histórico, resolver problemas, salvar sitios amenazados y crear yacimientos *visitables* para el público.

El estudio de los objetos arqueológicos por medios analíticos, la arqueometría, ha abierto nuevos conocimientos sobre sus procesos de fabricación, circulación, uso y amortización. Pero además los objetos arqueológicos se contextualizan en los paisajes donde se ubican, no solo en los yacimientos, porque la arqueología estudia también los paisajes del pasado. La cronología se construye con métodos de datación absoluta (C-14 y otros) pero también se piensa el tiempo del pasado a escala humana. Todo ello ha permitido un estudio global de los objetos arqueológicos «por dentro», en sus contextos y en sus tiempos precisos.

La socialización del pasado material ha impulsado la arqueología pública y la divulgación se ha convertido en una tarea esencial de la arqueología actual.

cat. 86

Pie «Prometeo» de Atapuerca

500.000 a. C.
Hueso
Hallado en 1994-1999
La Sima de los Huesos, Atapuerca
(Íbeas de Juarros, Burgos)
Museo de la Evolución Humana. Burgos.
Junta de Castilla y León

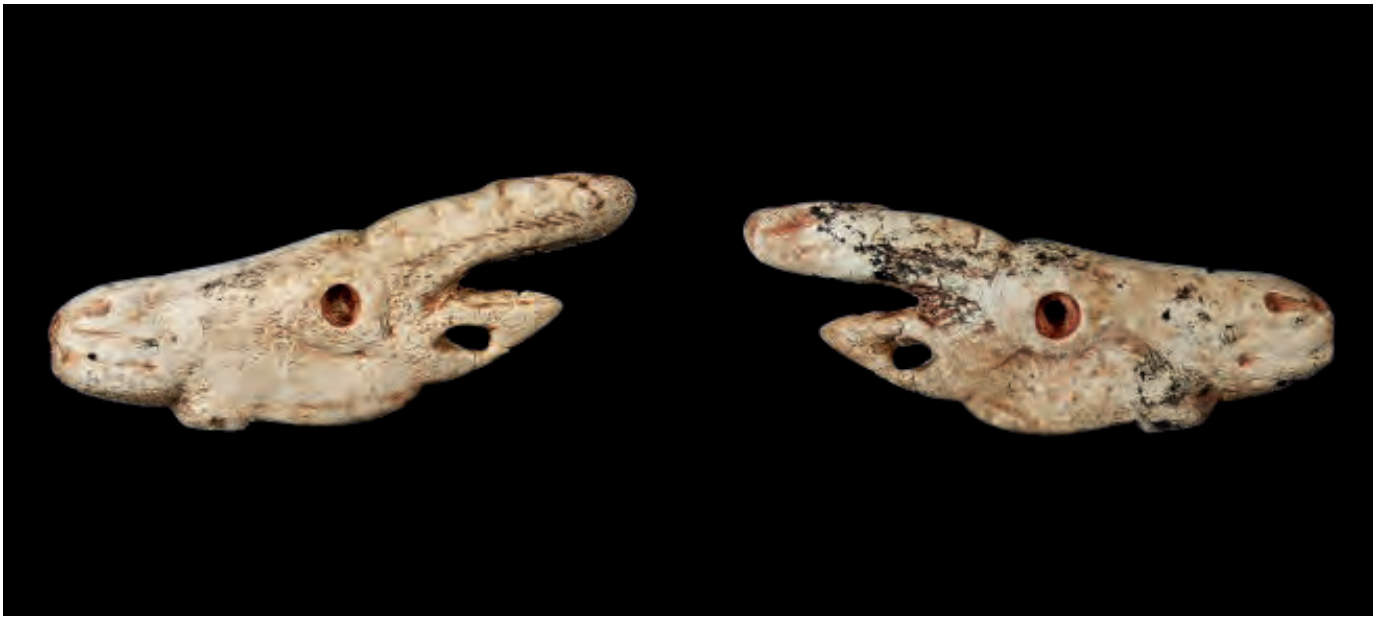
Pie derecho de *Homo heidelbergensis*. El hallazgo ha permitido reconstruir casi por completo los huesos del pie y todos los del tobillo, talón y empeine, algo insólito para fechas tan antiguas. Representa un importante avance en el estudio anatómico de esta especie y su forma de caminar. En Atapuerca se han hallado más de 500 huesos del pie, pero todos mezclados, siendo muy complicada la asignación a un mismo individuo.

cat. 87

Varilla paleolítica de Ezkuzta

12.000 a. C.
Asta de ciervo o reno
Hallado en 2014, Cueva de Ezkusta
(Azpeitia, Gipuzkoa)
Gordailua, Centro del Patrimonio Cultural
Mueble de Gipuzkoa, Irún

Varilla realizada sobre un asta de ciervo, decorada con líneas incisas. Pieza de arte mueble única en la península ibérica. Su funcionalidad es ornamental. Su factura excepcional denota una intencionalidad predefinida del motivo representado. Y posiblemente, por su parecido con piezas de Isturitz, un contacto con grupos de la zona de Francia.



cat. 88

Escultura-colgante

11.000-9.550 a. C.
Asta
Hallado en 1983, Cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias)
Museo Arqueológico de Asturias, Oviedo

Escultura que representa la cabeza de una cabra con perforación en la zona de la oreja, que se interpreta para su uso como colgante. La presencia de piezas de arte mueble en el yacimiento, sirvió para confirmar su excepcionalidad.

cat. 89

Colgante de la Güelga

12.000 a. C.
Hueso
Hallado en 1989-1990, Cueva de la Güelga (Cangas de Onis, Asturias)
Museo Arqueológico de Asturias, Oviedo

Colgante realizado sobre un hueso hioides (hueso de la zona de la garganta) de ciervo. Presenta decoración incisa y perforación que indica su uso como colgante. Los niveles magdalenienses de la cueva, de 16.500 a 10.800 años de antigüedad, han aportado numerosos objetos decorados.

cat. 90

Falange de uro decorada

14.400-13.300 a. C.
Hueso
Hallado en 2003, La Garma (Omoño, Ribamontán al Monte, Cantabria)
Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria, Santander

Pieza de función desconocida, perforada axialmente y decorada en sentido envolvente con la figura de un uro macho. Se encuadra en el Magdaleniense Medio. La flecha clavada en la grupa y una figura fantasmagórica completan una composición que la vincula con el Pirineo francés.

cat. 91

Glotón de Jarama II

14.000 a. C.
Marfil
Ingresa en el Museo en 1985, hallado en Jarama II (Valdesotos de Jarama, Guadalajara)
Depósito del Museo de Guadalajara en el Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Escultura que representa un pequeño carnívoro en actitud estática que ha sido interpretado como un posible glotón, especie documentada en la cercana cueva de los Casares (Guadalajara). Es la única pieza con estas características estilísticas y cronológicas conocida en la Meseta. Hallazgo casual.

cat. 92

Placa de Villalba

Hacia 15.000-14.000 a. C.
Pizarra
Hallado en 1988, Barranco Hondo
(Villalba, Soria)
Museo Numantino, Soria

Pizarra paleozoica negra decorada con 26 figuras animales —cabras y caballos— en dos caras y fracturada en un extremo. Una pieza muy singular en la Meseta, desgraciadamente fruto de un hallazgo casual, que se fecha por estilismo sobre el final del Solutrense o inicios del Magdaleniense. Revela contactos con el occidente meseteño y otras áreas del Paleolítico Superior peninsular.

cat. 93

Arpón de Bora Gran

10.000 a. C.
Hueso
Hallado en 1943-1944, Bora Gran
d´en Carreras (Serinyà, Girona)
Museu Arqueològic Comarcal de Banyoles

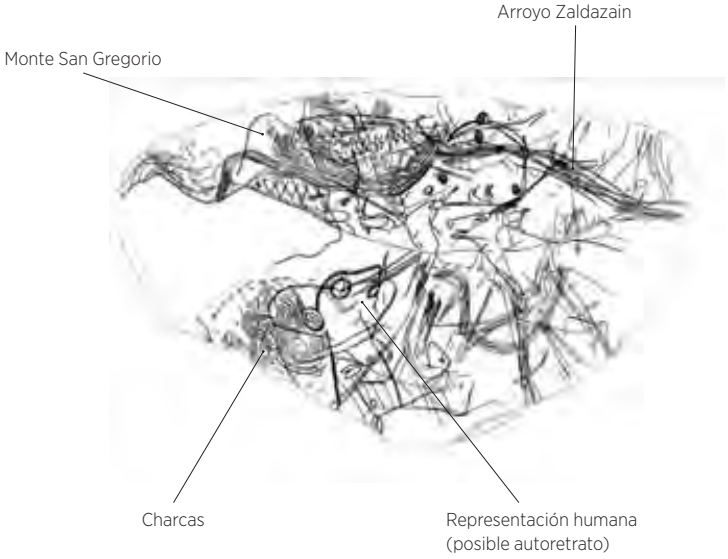
Arpón de hueso con doble hilera de dientes. Esta tipología de arpones, evolucionada de los arpones de una hilera, marca el punto culminante del Magdaleniense Superior en Europa occidental.

cat. 94

Canto decorado de la Peña de Estebanvela

10.000 a. C.
Esquisto
Hallado en 2001, Peña de Estebanvela (Ayllón, Segovia)
Museo de Segovia

Canto con decoración en la cara superior, con grabados geométricos y dos figuras que representan caballos. La profunda diferencia en la ejecución de los caballos sugiere la participación de dos «manos» o artistas diferentes. Bien fechado en el nivel II del abrigo a finales del Paleolítico Superior, en el que apareció una cuarentena de cantos decorados.



cat. 95

Mapa de Abauntz

Hacia 11.660 a. C.
Arcilla carbonatada
Hallado en 1996, Cueva de Abauntz
(Ultzama, Navarra)
Museo de Navarra, Pamplona

Canto rodado con grabados de finales del Paleolítico. Presenta el que posiblemente sea el mapa más antiguo que se conoce en Europa Occidental. Refleja el paisaje que rodeaba la cueva visto desde su entrada. Se dibujaron una montaña, riachuelos, probables sendas e incluso pasos fluviales y grupos de animales: cabras y bóvidos.

cat. 96

Venus de Gavà

4.000-3.750 a. C.
Arcilla
Hallado en 1994, Las Minas de Gavà (Gavà, Barcelona)
Museo de Gavà, Barcelona

Figura descubierta en unas minas neolíticas de explotación de variscita. Una escultura excepcional del Neolítico mediterráneo, con motivos en relieve e incisos rellenos con pasta blanca, que representa una figura femenina embarazada. Se interpreta como una diosa de la fecundidad o fertilidad, reflejo de la nueva cosmología del mundo neolítico.

cat. 97

Puntas de flecha de sílex

3000-2500 a. C.
Sílex
Hallado en 1970, La Atalayuela (Argoncillo, La Rioja)
Museo de la Rioja, Logroño

Conjunto de puntas de flechas localizadas como parte de un ajuar funerario en un túmulo de inhumación colectiva. Se descubrieron también recipientes cerámicos campaniformes, objetos de hueso, variscita y cobre. Se inhumaron entre 70 y 80 individuos y el depósito se debió realizar en un solo momento, como consecuencia de una epidemia o un evento catastrófico.

cat. 98

Hacha neolítica

4.500 – 4.000 a. C.
Ofita
Hallado en 2004, Yacimiento del Zafrín (Islas Chafarinas)
Museos de Melilla

Hacha pulimentada descubierta dentro de una «despensa» en el interior de una cabaña excavada en la roca. El yacimiento es un pequeño habitat típico del Neolítico norteafricano con agricultura y ganadería, cerámicas cardiales y recipientes de cáscara de huevo de avestruz.

cat. 99

Ídolos cilíndricos oculados

III milenio a. C.
Caliza marmórea
Hallado en 2006, Asentamiento la Orden-Seminario (Huelva)
Museo Provincial de Huelva

Ídolos realizados sobre piedra, con decoración que representa ojos- soles, cejas y tatuajes faciales. Se localizaron dentro de una fosa circular, con otros cuatro ídolos cilíndricos sin decoración, tres ídolos de hueso o marfil y un vaso de mármol. En otra estructura próxima aparecieron 22 ídolos. Un depósito con alto valor simbólico relacionado con un ritual de carácter colectivo de la Edad del Cobre.

cat. 101-102

Diadema y vaso de la tumba de la princesa argárica

1660 a. C.
Plata y arcilla
Hallado en 2014, La Almoloya (Pliego, Murcia)
Museo Arqueológico de Murcia

Diadema de plata, única en España, y vasito cerámico con borde y cuerpo cubiertos por finas láminas de plata. Formaban parte del ajuar localizado en la «tumba de una princesa argárica», ubicada en la «sala de audiencias» del poblado, dentro de uno de los primeros conjuntos palaciegos de Europa Occidental. El enterramiento doble, de hombre y mujer, estaba acompañado de una treintena de piezas de metales nobles y piedras semipreciosas, la diadema ceñía la cabeza de la mujer con el disco colocado hacia abajo.

cat. 100

Alabarda y empuñadura

III milenio a. C.
Cristal de roca y marfil
Hallado en las décadas 1980-1990, Montelirio (Valencina de la Concepción, Sevilla)
Museo Arqueológico de Sevilla

Pieza de excepcional factura formada por una hoja tallada en cristal de roca y empuñadura de marfil compuesta de dos partes trabajadas por separado: pomo y empuñadura. Se consideran objetos de lujo correspondiente a una alta clase social, y realizados por un grupo de artesanos especializados, prueba evidente de contactos e intercambios a larga distancia.

cat. 103

Ajuar de tumba campaniforme

1.800-1.700 a. C.
Arcilla, oro, cobre, sílex y arenisca
Hallado en 1973, Perro Alto
(Fuente Olmedo, Valladolid)
Museo de Valladolid

Ajuar funerario formado por tres vasijas campaniformes (vaso, cazuela y cuenco), diadema de oro, armas de cobre (puñal de lengüeta y once puntas de jabalina de cobre), brazal de arquero y una punta de flecha de sílex. Todos estos objetos se consideran «elementos de prestigio», símbolos de estatus relacionado con guerreros.

cat. 104

Vasos de Pico Castro

1200 a. C.
Arcilla
Hallado en 2005, Pico Castro (Dueñas, Palencia)
Museo de Palencia

Vasos con forma troncocónica y decoración en el exterior realizada con las técnicas de «boquique» (punto y raya sucesivos que crean una línea continua), excisión e impresión. Fase de plenitud del periodo Cogotas I (Bronce Final).

cat. 107

Ara de Mas Castellar

200-175 a. C.
Mármol
Hallado en 1991-1992, Mas Castellar-Pontos (Alt Empordà, Girona)
Museu d'Arqueologia de Catalunya, Girona

Altar en forma de columna de fábrica griega, de mármol del Pentélico (Ática, Grecia). El fuste tiene sección circular, estriado y decorado con hojas lanceoladas y quedan muy pocos restos de la policromía original. Se localizó en la habitación principal de una casa porticada, donde se habían practicado sacrificios de perros.

cat. 108

Pugilistas

500-400 a. C.
Calcarenita
Hallado en 1975-1979, Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén)
Museo de Jaén

Relieve que representa una lucha cuerpo a cuerpo de atletas, vestidos con túnicas. Forma parte de un conjunto escultórico que fue enterrado, ya roto, en una zanja cubierta con losas de piedra. Pertenecerían a algún monumento próximo, que habría sido destruido por motivos desconocidos.

cat. 105

Estela funeraria

VIII a. C.
Arenisca
Hallado en 1970, La Tiñica de Royo (Valpalmas, Zaragoza)
Museo de Zaragoza

Estela funeraria antropomorfa que reúne diversos signos de poder de tradición mediterránea oriental: el escudo, la lira de múltiples cuerdas y la forma de representación humana. Originariamente la estela estaba remataba en una cabeza hoy desaparecida. Se encuentra emparentada, pese a la distancia, con las estelas de guerrero del Suroeste de la península ibérica.

cat. 106

Estatua-menhir de Valdefuente de Sangusín

1700-1500 a. C.
Granito
Hallado a mediados años 1970, en Lanchetas
(Valdefuentes de Sangusín, Salamanca)
Museo de Salamanca

Estela con representación de figura humana, con casco o tocado, coraza, una alabarda y una espada. Este tipo de iconografía se relaciona con el progresivo establecimiento de jerarquías en las sociedades prehistóricas. El hecho de encontrarse aislada puede corresponder a un uso como monumento funerario fuera del poblado, o como marca territorial.

cat. 109

Timiaterio o quemaperfumes

VII-VI a . C.
Bronce
Hallado en 1994, Villagarcía de la Torre, Badajoz
Museo Arqueológico Provincial de Badajoz

Quemaperfumes formado por ocho piezas ensambladas entre las que destacan tres estatuillas a modo de cariátides. Su estilo es orientalizante y su uso, relacionado con la combustión de plantas aromáticas o resinas con carácter sagrado, es difundido por los fenicios por el Mediterráneo y adoptado por las élites tartesias.

cat. 110

Ánfora SOS de Guadalhorce

800-600 a. C.
Arcilla
Hallado en 1991, Cerro del Villar (Málaga)
Museo de Málaga

Recipiente anforoide empleado para el transporte de alimentos. Único ejemplo completo que se conserva en la península ibérica de esta tipología, que muestra la «globalización» del tráfico de mercancías en la antigüedad. Aunque la pieza es de origen griego presenta una marca egipcia en el asa, correspondiente a un escarabeo con la imagen de Orus.

cat. 112

Kylix del pintor de Penthesilea

460 a. C.
Arcilla
Hallado en 1974, Puig de la Nao (Benicarló, Castellón)
Museo de Bellas Artes de Castellón

Kylix o copa griega decorada con figuras rojas y atribuida al pintor Penthesilea. Descubierta fragmentada en una calle del poblado, se relaciona con algún tipo de ceremonia de iniciación o fundacional del asentamiento, en la que era frecuente el uso de materiales de importación.

cat. 111

Crátera griega

375-350 a. C.
Arcilla
Hallado en 1990, Poblado ibérico de la Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena)
Museo Arqueológico Municipal de Cartagena

Crátera de campana de figuras rojas con escena dionisíaca. Grupo del Pintor del Tirso Negro. En el interior de una habitación del poblado se localizó un conjunto de ocho cráteras áticas, junto con ánforas ibéricas y de importación. Se interpreta como un importante centro de escala de navegación del comercio colonial y redistribuidor de mercancías.

cat. 113

Vaso orientalizante de los grifos de Carmona

650-550 a. C.
Arcilla
Hallado en 1992, Palacio del Marqués de Saltillo (Carmona, Sevilla)
Museo de la Ciudad de Carmona

Vaso con decoración pintada de figuras de grifos, animales fantásticos con cabezas y alas de ave, cuerpos de ciervo y rabos de toro. Fue descubierto en una estancia de uso religioso, junto a otros vasos con decoración vegetal, cucharas de marfil, y recipientes cerámicos depositados como ofrendas. La decoración sirvió para definir un tipo propio de cerámica de la cultura tartesia con decoración de influencia fenicia.

cat. 115

Vaso de los caballos

II-I a. C.
Arcilla
Hallado en 200, El Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid)
Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, Alcalá de Henares

Vaso con decoración figurativa pintada, que destaca por su calidad y por su buena conservación. Consta de friso enmarcado donde se representan siluetas de caballos de estilo celtibérico. Hasta fechas recientes no se conocían cerámicas con motivos figurativos del periodo carpetano en la región de Madrid.

cat. 114

Placa de bronce

II-I a. C.
Bronce
Hallado en 2006, El Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid)
Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, Alcalá de Henares

Placa repujada de bronce con decoración geométrica y zoomorfa. En la zona superior se presentan dos aves —posibles buitres— y en la parte inferior un ciervo estático, con gran cornamenta. Una posible contraposición de vida y muerte por el simbolismo animal y los motivos astrales. Una pieza excepcional en territorio carpetano que denota influencia celtibérica.

cat. 116

Cajitas de La Hoya

450-250 a. C.
Arcilla
Hallado en 1976/1985, Poblado de la Hoya (Laguardia, Álava)
Bibat Museo de Arqueología de Álava, Vitoria-Gasteiz

Cajitas con decoración excisa (extracción de pasta cerámica) muy elaborada, cuya funcionalidad se ha relacionado con quemadores de hierbas u ofrendas, o también con saleros. Se vinculan con tradiciones de pueblos centroeuropeos de la Edad del Hierro.

cat. 117

Copa calada o quemador

IV-II a. C.
Arcilla
Ingresa ene le Museo en 1992, hallado en
Castrejón de Capote (Higuera de la Real, Badajoz)
Museo Arqueológico Provincial de Badajoz

Copa o quemador con el cuerpo íntegramente decorado con triángulos y romboides calados. Fue localizado junto a abundante vajilla cerámica y a una treintena de recipientes cerámicos similares, en un espacio de claro carácter cultual. Interpretado como un objeto ritual en un santuario o depósito votivo.

cat. 119

Báculo de Numancia

II a. C.
Bronce
Hallado en 1993, Necrópolis celtibérica
de Numancia (Garray, Soria)
Museo Numantino, Soria

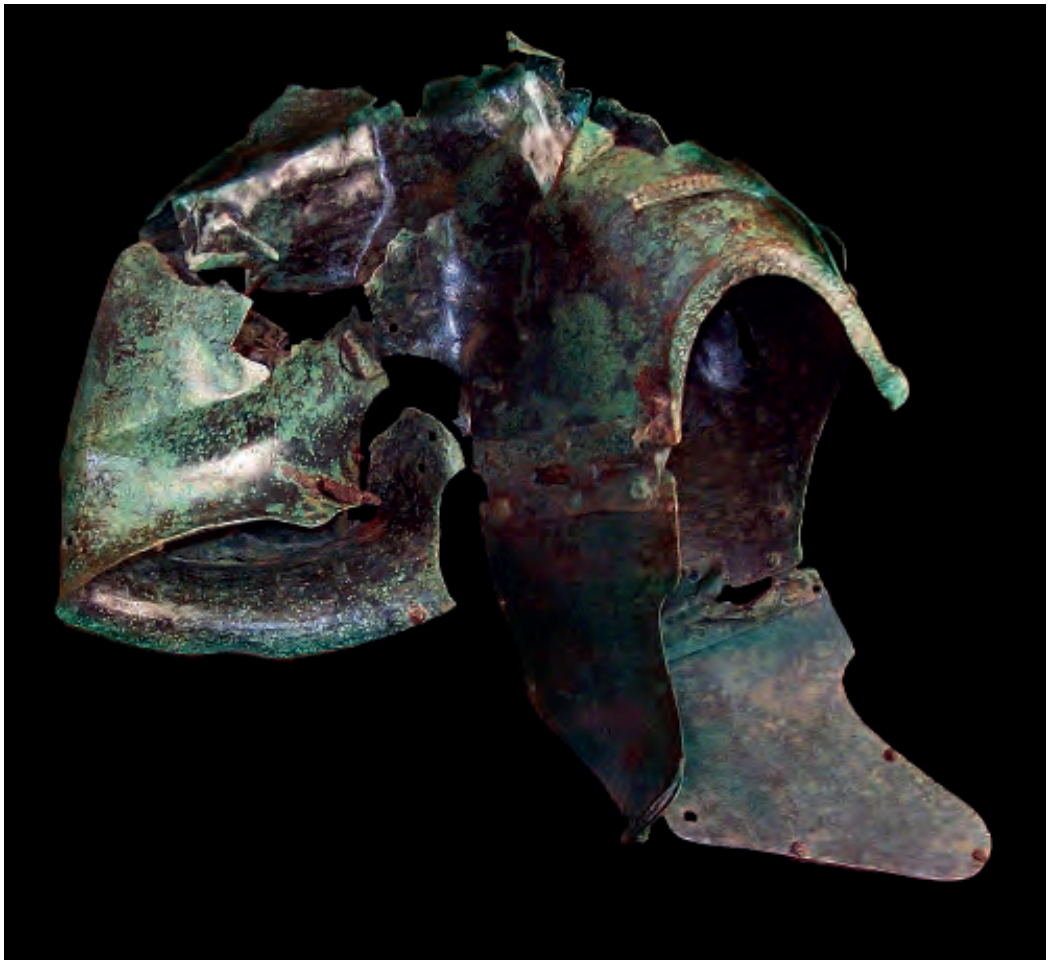
Báculo de distinción o estandarte decorado con dos prótomos de caballo unidos por la grupa, sobre cabezas humanas, montados por un jinete. Pieza de alto valor simbólico vinculan a las elites guerreras. Se relaciona con el rito de cortar cabezas del enemigo y colgarlas del caballo para adueñarse de sus valores y habilidades.

cat. 118

Ajuar tumba vettona

V-III a. C.
Hierro, arcilla y piedra
Hallado en 1970-1971, El Raso de Candeleda (Ávila)
Museo de Ávila

Equipo funerario de una tumba de incineración vettona de guerrero. El cadáver se incineraba y las cenizas se introducían dentro de la urna, junto con recipientes cerámicos y armas. El ajuar se compone de dos urnas, un jarro, catino, falcata, vaina, *soliferrum*, umbo, regatón de lanza, cuchillo afalcatado y piedra afiladora.



cat. 121

Casco de la necrópolis de Los Canónigos

IV-II a. C.
Bronce y hierro
Hallado en 2007, Necrópolis de Los Canónigos (Arcas del Villar, Cuenca)
Museo de Cuenca

Casco de tipología hispano-calcídico, relacionado con cascos de origen griego. Se encuentra casi completo, aunque se aplastó intencionadamente antes de su deposición en la tumba. Forma parte de un ajuar funerario, junto con bocados de caballo y fíbula, de una sepultura considerada como «aristocrática».

cat. 120

Pectoral de Carratiermes

VI-V a. C.
Bronce
Hallado en 1989, Necrópolis de Carratiermes (Garray, Soria)
Museo Numantino, Soria

Pectoral realizado con alambre de bronce, que rematan en espirales a lo largo de la parte superior y una placa central decorada con temas zoomorfos grabados, detrás de la que va la aguja plegada. En la parte inferior penden colgantes cónicos. Pieza de un ajuar funerario celtibérico de un individuo de alto estatus.

cat. 122

Vasija de los caballos

II-I a. C.
Arcilla
Hallado en 2013, Las Eras (Ciadueña, Soria)
Museo Numantino, Soria

Vaso de almacenaje de decoración figurada pintada con cinco caballos de distinto tamaño organizados en un friso, que delimita una cenefa de semicírculos concéntricos. Su decoración refuerza el valor social, económico y simbólico del caballo en la sociedad celtibérica.

cat. 123

Copa decorada

600-200 a. C.
Arcilla
Hallado en 2007, Torre d´en Galmés (Alaior, Menorca)
Museo de Menorca

Copa de forma troncocónica realizada a mano, con pie diferenciado, dos asas «de muñón» y decorada con incisiones de espiga y cordones plásticos. Se descubrió en el interior de una habitación típica de la Edad del Hierro de Menorca. Su función es ritual y se ha convertido en icono del Talayótico final menorquín.

cat. 124

Defensa de elefante

Finales del siglo VII-principios del siglo VI a. C.
Marfil
Hallado en 2007-2010, Yacimiento subacuático Bajo de la Campana (San Javier, Murcia)
Museo Nacional de Arqueología Subacuática–ARQUA, Cartagena

Defensa de elefante procedente de la excavación subacuática de un pecio fenicio, con una carga de más de 50 defensas de elefante, abundantes lingotes metálicos, manufacturas y objetos de lujo. El contenido de la carga revela la extensa red colonial y comercial creada por los fenicios y la profunda transformación cultural de las sociedades indígenas.

cat. 125

Hermafrodita danzante

II d. C.
Bronce
Hallado en 1988-1989, Villa romana
de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba)
Museo Arqueológico de Córdoba

Escultura, elaborada a «la cera perdida», que representa a un hermafrodita. Predomina la parte masculina, excepto en la zona posterior donde adquiere mayores rasgos femeninos. Postura típica de los hermafroditas danzantes de ambientes dionisiacos, reflejado en el baile con la torsión. La cantidad y calidad de los bronces de la Bética romana expresan bien el excelente desarrollo tecnológico y artístico de los talleres locales.

cat. 126

Cabeza de Claudio

I d. C.
Mármol
Hallado en 2009, Torreparedones
(Baena, Córdoba)
Museo Histórico Municipal de Baena

Cabeza del emperador Claudio divinizado. Se descubrió en el entorno de la zona noble de la ciudad, el foro, junto a otras esculturas que estarían expuestas públicamente para su culto. Buena muestra de la grandeza de esta ciudad romana.

cat. 127

Retrato emeritense

25-1 a. C.
Mármol
Hallado en 1963, calle General Aranda
(Mérida)
Museo Nacional de Arte Romano, Mérida

Retrato de varón maduro con remate cónico inferior que sirvió para acoplar al cuerpo de la escultura. Escultura funeraria utilizada en una tumba de Mérida. La irrupción del retrato en el mundo funerario es un signo de romanidad, y un fenómeno extendido por todas las provincias del Imperio que ratifica la adquisición de modelos y costumbres venidos de Italia.

cat. 128

Retrato de Divus Augustus

98-103 d. C.
Carneola o sardónice
Hallado en 1980, Yacimiento Colegio Nacional Allué Salvador (Tarazona, Zaragoza)
Museo de Zaragoza

Retrato del emperador Augusto tallado en sardónice indio, realizado sobre otro anterior alterando los rasgos. La modificación se hizo en la línea del Augusto de Prima Porta (Roma). Se trata de la mayor pieza conservada en este tipo de piedra. Simboliza, según la tradición, el paso de Augusto por la antigua *Turiasso* (Tarazona).

cat. 129

Nueva Tabla de Osuna

Finales del siglo I a. C.-principio del siglo I d. C.
Bronce
Hallado en 1999, Osuna, Sevilla
Museo Arqueológico de Sevilla

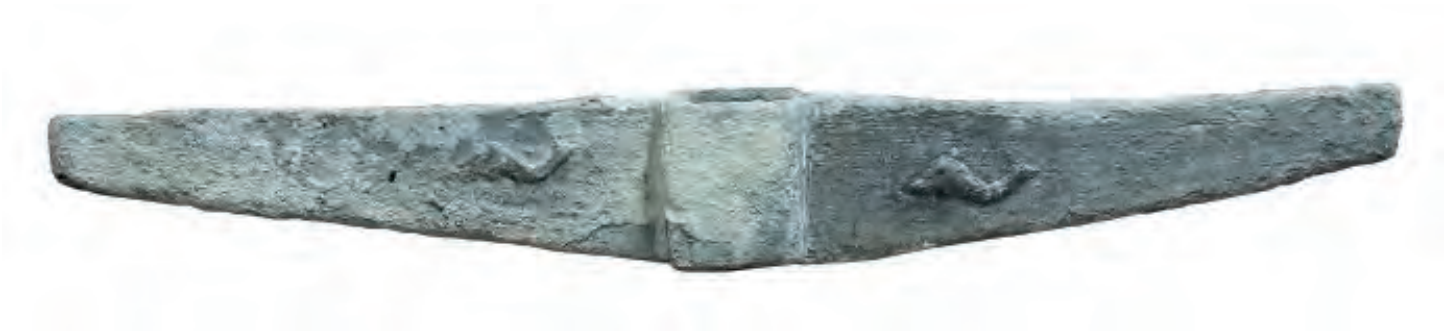
Plancha de bronce fundido con texto inciso, que contiene los capítulos XIII al XX de la ley de Osuna, la más antigua conocida en España, que complementa las encontradas en 1870 y 1873. Estas leyes se exhibían públicamente, y evidencian que la fundación de las ciudades romanas fue una tarea compleja de control militar por parte de Roma.

cat. 130

Codex Pugillaris

Segunda mitad del siglo II-principios del siglo III d. C.
Hueso
Hallado en 1995, El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla)
Museo Arqueológico de Sevilla

Conjunto de tablillas para encerar, también utilizadas, junto con un punzón, como soporte para la escritura personal fácilmente trasladable. Se compone de cinco tablillas y dos tapas de cubrición, con perforaciones para su fijación con cordeles. Es uno de los soportes más frecuentes para este tipo de escritura en el mundo romano.



cat. 131

Cepo de ancla romana

Época romana indeterminada
Plomo
Hallado en 1965-1966, litoral de Ceuta
Museo de Ceuta

Cepo de plomo macizo, perteneciente a un ancla romana de madera. El hueco central recibía la caña de madera del ancla. Presenta en cada una de sus caras un delfín grabado, simbología relacionada con la navegación y la protección de los navegantes.

cat. 132

Mosaico de Mnemosine

Tercer cuarto del siglo II d. C.
Arcilla y teselas de diferentes tipos de piedra
Hallado en 1996, Villa Els Munts (Altafulla, Barcelona)
Museu Nacional Arqueològic de Tarragona

Mosaico de pared sobre una baldosa que hace de soporte y de marco, permitiendo su transporte y colocación en otros lugares. Ejemplo excepcional, pocas veces conservado. Representa a Mnemosine, madre de las nueve musas. Descubierto junto a otros dos similares que representan a las musas Euterpe y Thalia. Estas piezas formaban parte de un exquisito programa decorativo con pinturas y mosaicos.

cat. 133

Mosaico de Euterpe

Tercer cuarto del siglo II d. C.
Arcilla y teselas pétreas
Hallado en 1996 ,Villa Els Munts
(Altafulla, Barcelona)
Museu Nacional Arqueològic de Tarragona

Mosaico realizado sobre baldosa, facilitando su transporte y exposición en diferentes estancias. Representa a Euterpe, musa de la música portando sus atributos, doble flauta o *aulos* y penacho. Hallado junto a otros mosaicos similares. Su factura impecable y su estilo lo relacionan con algún taller de mosaicos del centro de Italia. Son los únicos ejemplos de mosaico para pared hallados hasta el momento.

cat. 134

Ajuar funerario de cristal de roca

I d. C.
Cristal de roca y ágata
Hallado en 1997, calle Escalzo (Cádiz)
Museo de Cádiz

Ajuar funerario de una tumba infantil de la alta sociedad romana, compuesto por piezas de gran valor solo al alcance de familias con grandes posibilidades económicas. Los pequeños objetos tallados en cristal de roca destacan por su rareza y complejidad tecnológica. Se representan frasquitos y motivos zoomorfos como almejas, caracolas o insectos.

cat. 135

Fragmento de escultura monumental

I d. C.
Bronce
Hallado en 2005, Foro de Lucentum, Tossal de Manises (La Albufereta, Alicante)
Museo Arqueológico de la Diputación Provincial de Alicante – MARQ

Fragmento escultórico que formaría parte de la representación de un emperador ataviado con vestimenta militar, obra a «la cera perdida» de un taller del Mediterráneo central u oriental. La mano porta el mango de una espada con dos cabezas de águila, motivo desconocido en la iconografía romana, además es un tipo de espada especial que solo portaban el emperador y altos cargos militares. La estatua, de tamaño algo mayor que el natural, estaba en uno de los pedestales del Foro de *Lucentum*.

cat. 136

Cuenco de terra sigillata hispánica

I-II d. C.
Arcilla
Hallado en 1999, El Quemao (Tricio, La Rioja)
Museo de la Rioja, Logroño

Cuenco del tipo Hisp 29 decorado a molde. En este yacimiento se obtuvieron nuevos datos para el estudio de los talleres cerámicos romanos de la zona de *Tricio*. Se hallaron, entre otros restos, cinco hornos y más de setenta piezas completas, que demuestran la riqueza arqueológica de uno de los principales productores de *Terra Sigillata* en Hispania.

cat. 137

Molde de cuenco con grafito

I-II d. C.
Arcilla
Hallado en 1998-1999, El Quemao (Tricio, La Rioja)
Museo de la Rioja, Logroño

Molde de cuenco del tipo Hisp 37B decorado a molde, con grafito. Con la excavación de este importante taller cerámico se obtuvieron nuevos datos. Y así, gracias a los grafitos y sellos en las piezas recuperadas conocemos la existencia de catorce alfareros, cinco de ellos desconocidos hasta ahora. Una visión personalizada sobre la composición de un gran alfar romano.

cat. 138

Cuenco azul en forma de pez

14-68 d. C.
Vidrio
Hallado en 2003, avenida Vía de la Plata (Mérida)
Museo Nacional de Arte Romano, Mérida

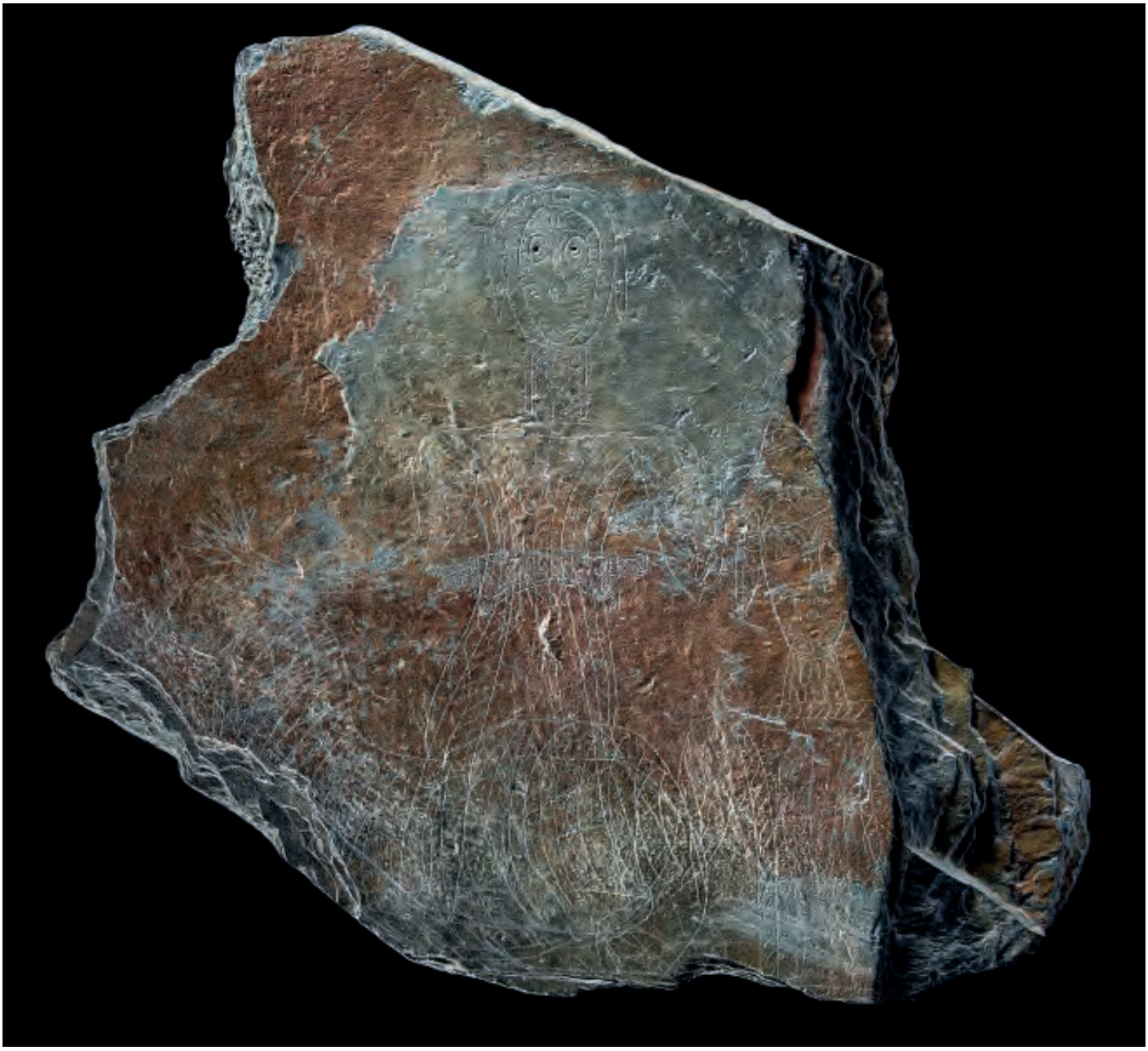
Pieza ovalada y estrecha en forma de pez realizada en vidrio azul mediante técnica de soplado a molde. Se trata de un objeto de prestigio perteneciente a un miembro de la élite provincial, indicativo del lujo que disfrutaban en *Augusta Emerita* en el siglo I d. C.

cat. 139

Incensario

VII d. C.
Bronce
Hallado en 1967, El Bovalar (Seròs, Lleida)
Museu de Lleida: diocesá i comarcal

Incensario con cadena de cuerpo cilíndrico y tres pies acabados en garras de felino. La tapa es hemisférica rematada con una flor coronada por una piña y una paloma. De tres círculos con el anagrama de Cristo saldría el humo del incienso. Su origen podría estar en el Próximo Oriente, Egipto o incluso Italia, y resulta indicativo de la llegada de foráneos relacionada con la reforma de la basílica en el siglo VI d. C.



cat. 140

Pizarra visigoda

VII d. C.
Pizarra

Hallada a mediados de la década de 1980.
San Vicente del río Almar
(Alconada, Salamanca)
Museo de Salamanca

Pizarra con decoración figurada compuesta por mujer a caballo, personaje masculino y serpiente. Se interpreta como un capítulo del Apocalipsis de San Juan, identificado con la «Mujer sobre la Bestia». Las pizarras fueron frecuentemente usadas en época visigoda como soportes para la escritura.

cat. 141

Tesoro calle de Santa Elena (Valencia)

Finales del siglo XI d. C.
Oro
Hallado en 2001, calle Santa Elena (Valencia)
Museu de Prehistória de València

El tesoro almorávide hallado en la calle Santa Elena de Valencia está formado por 1940 piezas de oro (dinares y fracciones de dinares). Es uno de los más importantes de la Europa y el Mediterráneo de la época. Su dueño lo ocultaría y alguna causa fortuita le impidió recuperarlo. Su estudio es determinante para conocer la circulación monetaria en época islámica.

cat. 142

Tesoro de la avenida de la Constitución

Primer tercio del siglo XI d. C.
Oro, plata y arcilla
Hallado en 2009, avenida de la Constitución (Valencia)
SIAM-Museu d'historia de València. Ayuntamiento de Valencia

Tesoro hallado dentro de una vasija cerámica, compuesto por 1453 monedas, 19 dinares de oro y el resto dírhams de plata. Las piezas se encuentran muy desgastadas por el uso, y se esconderían en un momento de inestabilidad, no pudiendo recuperarse después. Este conjunto informa sobre los inicios de la etapa taifa de Valencia, especialmente desconocida hasta ahora.

cat. 144

Mujer tocando mizmar (la flautista de Santa Clara)

XII d. C.
Yeso
Hallado en 1985, Palacio Dar al Sugra, actual convento
de Santa Clara la Real (Murcia)
Museo Santa Clara de Murcia

Fragmento de decoración con mujer que sostiene un mizmâr, un peculiar tipo de flauta andalusí. Pertenecería a una adaraja de mocárabes (elemento arquitectónico decorativo a base de prismas yuxtapuestos colgantes) con una escena grupal de músicos. La representación figurativa estaba prohibida por el Corán en edificios religiosos, aunque siguió apareciendo en edificios civiles.

cat. 143

Candil Cerro del Cubo (Melilla)

IX-X d. C.
Arcilla
Hallado en 1998, Cerro del Cubo (Melilla)
Museos de Melilla

Candil de disco o lámpara de aceite, con acabado vidriado. Hallado en un silo de almacenaje de grano y amortizado tras su uso. El hallazgo ofrece importante información del tipo de costumbres y objetos de uso cotidiano de la sociedad de Melilla en época califal.

cat. 145

Cerámica a mano con apéndice macizo

III a. C. - XV d. C.
Arcilla
Ingresa en el Museo en el 1994, Tenerife, lugar exacto de procedencia desconocido
Museo Arqueológico de Tenerife. Organismo Autónomo de Museos y Centros. Cabildo de Tenerife

Recipiente cerámico realizado a mano, de forma ovoide y apéndice macizo con agujero ciego a modo de mango. Presenta decoración incisa en el labio. En la isla de Tenerife el repertorio cerámico es más básico que en otras islas del archipiélago, ya que presenta menos contactos con grupos exteriores y ofrece rasgos muy genuinos.

cat. 146

Tesorillo de la judería de Briviesca

XIV d. C.
Plata
Hallado en 1988, calle Los Baños (Briviesca, Burgos)
Museo de Burgos

Conjunto formado por platos y cucharillas de plata, junto al que también se encontraron 2172 monedas. Corresponde a una de las ocultaciones halladas en Briviesca que evidencian la destrucción de su judería durante el episodio bélico ligado a la entrada de tropas francesas para apoyar a Enrique II contra Pedro I.

cat. 147

Lámpara de la sinagoga

xv d. C.
Vidrio
Hallado en 2003, Sinagoga de Lorca (Lorca, Murcia)
Museo Arqueológico Municipal de Lorca

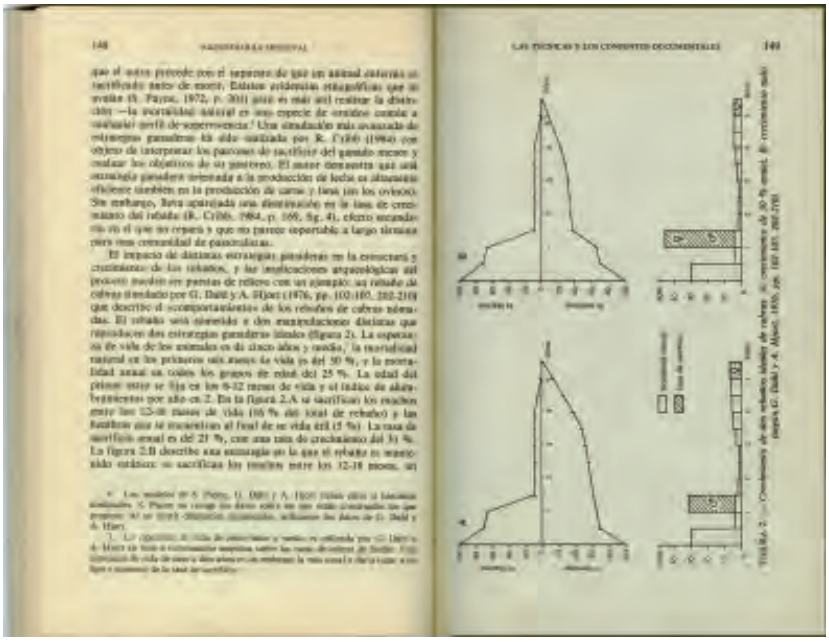
Lámpara de vidrio azul verdoso procedente de la sinagoga de Lorca. Se descubrieron restos del *hejal* o armario donde se guardaba la *torá* y de la *bimá* o tarima donde se hallaron más de 3500 fragmentos de lámparas, guardados tras su rotura. Se han conseguido reconstruir 27 lámparas, piezas únicas conservadas y sagradas en el mundo judío.

cat. 148

Lámpara de la sinagoga

xv d. C.
Vidrio
Hallado en 2003, Sinagoga de Lorca (Lorca, Murcia)
Museo Arqueológico Municipal de Lorca

Lámpara de vidrio marrón procedente de la sinagoga de Lorca, donde la iluminación se realizaba con lámparas de vidrio que colgaban del techo. Tras su frecuente rotura, se guardaban debajo de la *bimá* o tarima, donde se hallaron. Es un descubrimiento excepcional tanto por los restos de la sinagoga, como por el hallazgo único de las lámparas.



cat. 149

Arqueología medieval: en las afueras del medievalismo

De Miquel Barceló
Editorial Crítica, S. A., 1988
Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Miquel Barceló i Perelló (1939-2013) fue historiador y escritor especializado en sociedades andalusíes y catedrático de Historia Medieval en la Universidad Autónoma de Barcelona. Este libro constituye la primera y más importante reflexión teórica sobre el desarrollo de la arqueología medieval en España, configurada en los años 1980.

cat. 150

Figura masculina mutilada

Hacia 1160-1165 d. C.
Granito
Hallado en 2016
Catedral de Santiago (Santiago de Compostela, A Coruña)
Museo Catedral, Santiago de Compostela

Figura decapitada, hallada en la torre sur de la fachada del Obradoiro de la Catedral de Santiago, usada como material de relleno en el interior de la torre. Atribuida al Maestro de los paños mojados, del cual se conservan otras piezas en el Museo Catedral y en la Cripta del Pórtico de la Gloria, pertenecería a alguna portada sin identificar de la catedral compostelana. Tras su restauración, se presenta por primera vez al público en esta exposición.

Bibliografía

UNA HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA EN ESPAÑA

Almagro Gorbea, M. (2002): «La arqueología española en el siglo XX». En Palacio, V. Ed. *Memoria académica del siglo XX*: 77-95. Madrid.

Arce, J. y Olmos, R. (1991): *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX).* Madrid, Centro de Estudios Históricos CSIC.

Ayarzagüena Sanz, M. (1992): *La arqueología prehistórica y protohistórica española en el siglo XIX.* Madrid, UNED. Tesis doctoral inédita. (Puede verse un resumen en: http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:ETFSerie1-74310228-E250-5DC2-5211-3AF8ED5279A8/Documento.pdf).

Ayarzagüena Sanz, M. y Mora, G. (2004): *Pioneros de la arqueología en España.* Alcalá de Henares, Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid

Bahn, P.G. Ed. (1996): *The Cambridge illustrated history of archaeology*, Cambridge, CUP.

Bahn, P. Ed. (2014): *The History of Archaeology. An Introduction.* Londres/Nueva York, Routledge.

Barandiarán Maestu, I. (1985): «El progreso de la Arqueología prehistórica en el País Vasco». En *Entre Euskadi y Euskalherria. Vicisitudes de un concepto*, *Langaiak*, 8-9:85-102.

Barbanera, M. (1998): *L'archeologia degli Italiani: Storia, Metodi, e Orientamenti dell'archeologia classica en Italia.* Roma, Editore Riuniti.

Beltrán Fortes, J. (2004): «Historia de la arqueología en España. Precedentes y líneas actuales de investigación», *Revista de Historiografía,* 1 (1): 38-59.

Broncano, F. (2012): «La estrategia del simbionte. Cultura material para nuevas humanidades.» Salamanca, Ed. Delirio.

Calcani, G. (2007): *Storia dell'Archeologia. Il passato come recerca di attualità*. Roma, Libreria dello Stato.

Corbey, R. y Roebroeks, W. (2001): «Does disciplinary history matter? An Introduction». En Corbey, R. y Roebroeks, W. Eds. *Studying Human Origins. Disciplinary History and Epistemology,* pp. 1-7. Ámsterdam, Ámsterdam University Press.

Daniel, G. (1971): *Historia de la Arqueología. De los anticuarios a Gordon Childe.* Madrid, Alianza Editorial.

Díaz-Andreu, M. (2002): *Historia de la Arqueología en España. Estudios.* Madrid, Ediciones Clásicas.

Díaz-Andreu, M., Mora, G. y Cortadella, J. Eds. (2009): *Diccionario histórico de la arqueología en España (siglos XV-XX).* Madrid, Marcial Pons.

Estévez, J. y Vila, A. (2006): *Una historia de la investigación sobre el Paleolítico en la Península Ibérica.* Madrid, Síntesis.

Fagan, B. M. (2005): *A brief History of Archaeology*: *Classical times to the twenty-first century.* Upper Saddle River, NJ, Pearson Prentice Hall.

Gamble, C. (2014): The anthropology of deep history, *Journal of the Royal Anthropological Institute (N.S.)* 21, 147-164.

Goberna, Mª V. (1985): Arqueología y Prehistoria en el País Valenciano. Aportaciones a la historia de la investigación. En VV.AA. *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas.* Alicante, Anejo de Lucentum, Universidad de Alicante.

González Reyero, S. (2006): *La fotografía en la Arqueología en España (1860-1960). 100 años de discurso arqueológico a través de la imagen*. Madrid, Real Academia de la Historia.

Gran-Aymerich, E. (1998): *Naissance de l'archéologie moderne (1798-1945).* Paris, CNRS Éditions.

Hudson, K. (1981): *A Social History of Archaeology: the British experience.* Londres, Macmillan

Jiménez Díez J. A. (1993): *Historiografía de la pre y protohistoria de la Península Ibérica en el siglo XIX*. Madrid, Universidad Complutense (http://eprints.ucm.es/2367/1/AH0013801.pdf).

Kurin, R. (2013): *History of America in 101 Objects*. Nueva York, Penguin.

Lamboum, E. (2011): «A history of the world in 100 objects», *Journal of Global History*, 6: 529-533.

Lucena Giraldo, M. (2015): *82 Objetos que cuentan un país. Una historia de España*. Barcelona, Taurus.

MacGregor, N. (2010): *A history of the world in 100 objects*. Londres, Penguin Books.

Marsden, B. M. (1983): *Pioneers of Prehistory: leaders and landmarks in English archaeology (1500–1900).* Ormskirk, G. W. & A. Hesketh.

Martínez Navarrete, I. (1998): The development of Spanish archaeology in the 20th century, *Archaeologica Polona,* 35-36: 319-342.

Mora, G. (1998): *Historias de Mármol. La Arqueología Clásica española en el siglo XVIII.* Madrid, Anejos de Archivo Español de Arqueología 18.

Mora G. y Díaz-Andreu, M. Eds. (1997): *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*. Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología en España (siglos *XVIII-XX*). Madrid, Ministerio de Cultura / Universidad de Málaga.

Moro Abadía, O. (2007): *Arqueología prehistórica e historia de la ciencia. Hacia una historia crítica de la arqueología.* Barcelona, Bellaterra Arqueología.

Moshenska, G. (2009): «What is public archaeology?», *Present Pasts*, 1: 46-8.

Moshenska, G. (2013): «Why the history of archaeology matters: A Response to Mees», *Post-Medieval Archaeology*, 14 (1): 247-251.

Murray, T. (2002): Epilogue: «Why the History of Archaeology Matters», *Antiquity,* 76: 234-238.

Murray, T. (2007): *Milestones in Archaeology*. Santa Barbara, ABC-Clio.

Ruiz Zapatero, G. (2011): «Los estudios historiográficos en la arqueología española». En J. Blánquez y L. Roldán (eds.): *Carteia III. Memorial.* Junta de Andalucía y Universidad Autónoma de Madrid: 51-70.

Schnapp, A. (1993): *La conquête du passé: aux origins de l'archéologie.* Paris, Editions Carré.

Schnapp, A. Ed. con von Falkenhausen, L., Miller, P. y Murray,T. (2014): *World Antiquarianism: Comparative Perspectives*. Los Angeles, Getty Research Institute (Issues & Debates).

Shanks, M. (2012): *The Archaeological Imagination*. Walnut Creek, Left Coast Press.

Shyrock, A. y Smail, D. L. Eds. (2011): *Deep history: the architecture of past and present.* Berkeley, University of California Press.

Trigger, B.G. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona, Crítica.

Trigger, B.G. (2006): *A History of Archaeological Thought.* (2ª ed.). Nueva York, Cambridge University Press.

LOS ORÍGENES DE LA ARQUEOLOGÍA MODERNA: EL ANTICUARISMO

Agustín, A. (1587): *Dialogos de medallas, inscriciones y otras antigüedades*. Felipe Mey, Tarragona.

Alcina Franch, J. (1995): *Arqueólogos o anticuarios. Historia antigua de la arqueología en la América española*. Ediciones del Serbal, Barcelona.

Almagro Gorbea, A. (ed.) (2015): *El legado de al-Ándalus: las antigüedades árabes en los dibujos de la Academia* (Catálogo de la exposición). Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y Fundación Mapfre, Madrid.

Almagro-Gorbea, M.; Maier Allende, J. (eds.) (2012): *De Pompeya al Nuevo Mundo. La Corona española y la Arqueología en el siglo XVIII.* Real Academia de la Historia y Patrimonio Nacional, Madrid.

Amores Carredano, F.; Beltrán Fortes, J.; Fernández Lacomba, J. (eds.) (2008): *El rescate de la Antigüedad clásica en Andalucía*. Fundación Focus-Abengoa, Sevilla.

Ayarzagüena, M.; Mora, G. (2004): *Pioneros de la arqueología en España. Del siglo XVI a 1912*. Comunidad de Madrid y Museo Arqueológico Regional, Madrid.

Canto, A. Mª (2001): *La arqueología española en la época de Carlos IV y Godoy. Los dibujos de Mérida de don Manuel de Villena Moziño 1791-1794.* Fundación El Monte, Fundación de Estudios Romanos y Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid: 32-70.

Díaz-Andreu, M.; Mora, G.; Cortadella, J. (eds.) (2009): *Diccionario histórico de la arqueo-*

logía en España. Marcial Pons Ed., Madrid.
Gómez Moreno, Á. (1994): *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*. Ed. Gredos, Madrid.
Kagan, R.L. (ed.) (1986): *Ciudades del Siglo de Oro. Las Vistas Españolas de Anton Van den Wyngaerde*. Ed. El Viso, Madrid.
Mancini, M. (ed.) (2001): *El coleccionismo de escultura clásica en España*. Museo del Prado, Madrid.
Mora, G. (1998): *Historias de mármol. La arqueología clásica española en el siglo XVIII*. CSIC y Ed. Polifemo, Madrid.
Mora, G. (2011): «El coleccionismo anticuario en España en la primera mitad del siglo XIX». *El XIV Duque de Alba coleccionista y mecenas de arte antiguo y moderno / Il XIV duca d'Alba collezionista e mecenate di arte antica e moderna* (B. Cacciotti, ed.), CSIC, Madrid: 15-38.
Raspi Serra, J. (ed.) (1986): *La fortuna di Paestum e la memoria moderna del Dorico, 1750-1830*, 2 vols. Centro Di, Firenze.
Rodríguez Ruiz, D. (1992): *José Hermosilla y las antigüedades árabes de España*. COAM, Madrid.
Sampaolo, V. (ed.) (2016): *Carlo di Borbone e la diffusione delle antichità / Carlos III y la difusión de la Antigüedad*. Mondadori Electa, Milano.
Tortosa, T.; Mora, G. (1996): «La actuación de la Real Academia de la Historia sobre el patrimonio arqueológico: ruinas y antigüedades», *Archivo Español de Arqueología* 69: 191-217.

LA ETAPA PIONERA DE LA ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA (1867-1912)

Alcalde del Río, H.; Breuil, H. y Sierra, L. (1911), *Les cavernes de la región cantabrique (Espagne),* Impr. A. Chêne, Mónaco.
Assas, M (1867): *Crónica de la Provincia de Santander.* Rubio y Compañía Editores. Madrid.
Ayarzagüena, M. (1989). «Pere Alsius y Torrent, prehistoriador». *Espacio, Tiempo y Forma, S. I, Prehistoria y Arqueología*, 2: 433-441.
Ayarzagüena Sanz, M. (2000a): «Surgimiento y creación del concepto de Mesolítico», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología* 13: 11-32.
Ayarzagüena Sanz, M. (2000b): «La cerámica de Ciempozuelos: su descubrimiento», *Archaia I:* 47-55.
Ayarzagüena, M. (2002): El yacimiento de San Isidro y los primeros estudios prehistóricos de campo realizados en España (1863-1893). *Zona Arqueológica 1,* 18-45.
Ayarzagüena Sanz, M. (2006): «Altamira en el Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistóricas de Lisboa de 1880». En Maíllo Fernández, J.M. y Baquedano, E. *Miscelánea en Homenaje a Victoria Cabrera,* vol. I (Zona Arqueológica 7). Comunidad de Madrid, Madrid: 40-47.
Beltrán Fortes, J. (2006): «Historia de la Arqueología andaluza de 1860 a 1936 en el marco vital de Luis Siret (1860-1934)», *Memorial Luis Siret. I Congreso de Prehistoria de Andalucía. La tutela del patrimonio prehistórico*. Junta de Andalucía, Sevilla: 25-38.
Beltrán Fortes, J. (2013): «Nacionalismo andaluz y arqueología. La figura de Blas Infante, 'padre de la patria andaluza». *Revista de Historiografía* 17: 47-64
Beltrán Fortes, J. y Salas Álvarez, J. (2002): «Los Relieves de Osuna». En Chaves Tristán, Fca. (ed.), *Urso. A la búsqueda de su pasado*. Ayuntamiento de Osuna. Osuna: 235-272
Bendala Galán, M. (2007): «Archer M. Huntington y la Arqueología Española». En Beltrán, J; Cacciotti, B. y Palma, B. (eds.), *Arqueología, Coleccionismo y Antigüedad. España e Italia en el Siglo XIX*. Universidad de Sevilla. Sevilla: 65-81.
Blech, M. (2002): «La aportación de los arqueólogos alemanes a la Arqueología española». En Quero, S. y Pérez, A. (coords.), *Historiografía de la Arqueología Española. Las Instituciones*. Ayuntamiento de Madrid. Madrid: 83-117.
Bonsor, G. (1887): «Descubrimiento de un anfiteatro en Carmona». *Memorias de la Sociedad Arqueológica de Carmona:* 135-158
Breuil, H.; Obermaier, H. y Alcalde del Río, H. (1913). *La Pasiega à Puente Viesgo*. Ed. A. Chêne. Mónaco.
Cartailhac, E. (1886), *Les Âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal,* Ch. Reinwald Libraire. Paris.
Cartailhac, E. 1902. Les cavernes ornées des dessins. La grotte d'Altamira, Espagne. "Mea culpa" d'un sceptique. *L'Anthropologie* XIII : 348-354.
Cartailhac, E. y Breuil, H. 1906. *La Caverne d'Altamira a Santillane prés Santander (Espagne).* Imprimerie de Monaco. Mónaco.
Casado RigaltT, D. (2006): *José Ramón Mélida (1856-1933) y la arqueología española*. RAH. Madrid.
Chapa Brunet, T. (2003): "El padre Carlos Lasalde y las excavaciones en el santuario ibérico del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete), en Beltrán Fortes, J. y Belén, M. (Eds.), *El Clero y la Arqueología Española*. Universidad de Sevilla. Sevilla: 113-129.
Chapa Brunet, T. y González Alcalde, J. (2013): «Las esculturas ibéricas del Cerro de los Santos en la Exposición Universal de Viena (1873)». *Lucentum* XXXII: 115-130.
Chichilla Gómez, M. (1993): «El Viaje a Oriente de la Fragata Arapiles», en Pous, M. (coord.*), Tres Siglos de Historia. De Gabinete a Museo*. Ministerio de Cultura. Madrid: 286-299.
Cortadella, J. (1997): «La investigación arqueológica en las asociaciones excursionistas catalanas (1876-1915)», en Mora. G y Díaz-Andreu. M. (eds.), *La Cristalización del Pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Universidad de Málaga. Málaga: 273-286.
Cortadella, J. (2004): «Centro Excursionista de Cataluña», en *Pioneros de la Arqueología en España. Del siglo XVI a 1912*. (Zona Arqueológica 3). Comunidad de Madrid. Alcalá de Henares: 399-400
Delaunay, J.M. (1994): *Des palais en Espagne. L'École des Hautes Études Hispaniques et la Casa de Velázquez au cœur des relations franco-espagnoles du XXe siècle*. Casa de Velázquez. Madrid.
Díaz-Andreu, M. (1996): «Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del siglo XX. Los becarios de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas». *Madrider Mitteilungen* 37: 205-224.
Franco Mata, A. (1993a): «Comisiones Científicas en España de 1868 a 1875», en M. Pous (coord.), *Tres Siglos de Historia. De Gabinete a Museo*. Ministerio de Cultura. Madrid: 300-318.
Franco Mata, A. (1993b): «Las Comisiones Científicas del 1868 a 1875 y las colecciones del Museo Arqueológico Nacional». *Boletín de la ANABAD* 43 (3-4): 109-136.
García Sánchez, M. y Jimenez Brobeil, S. (1985), «Restos humanos neolíticos de Alhama de Granada», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 10: 67-102.
Goberna Valencia, Mª.V. (1981): «La Sociedad Arqueológica Valenciana». *Archivo de Prehistoria Levantina* XVI: 575-608.
Góngora y Martínez, M. (1868), *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía,* Imprenta C. Moro. Madrid.
Gracia Alonso, Fco. (2013): «Arqueología y nacionalismo. El desarrollo de la arqueología en Cataluña a principios del siglo XX», *Complutum* 24(2): 131-144.
Gracia Alonso, F. y Cortadella, J. (2007): «La institucionalización de la Arqueología en Cataluña: el Servei d'Investigacions Arqueológiques del Institut d'Estudis Catalans», en Belén, M. y Beltrán, J. (eds.), *Las instituciones en el origen y desarrollo de la Arqueología en España*. Universidad de Sevilla. Sevilla: 257–321.
Gran-Aymerich, E. (1991): «Les échanges franco-spagnols et la mise en place des institutions archéologiques (1830-1939)», en Arce, J. y Olmos, R. (coord.) *Historiografía de la Arqueología y la Historia Antigua en España (siglos XVIIIXX).* CSIC. Madrid: 117-124.
Hübner, E. (1869): *Corpus Inscriptionum Latinarum. Vol II: Hispania*. Berlín.
Khün, T. (2006), *La estructura de las revoluciones científicas.* Fondo de Cultura Económica. México.
López Rodríguez, A. (2014), «Los hermanos Rotondo y Nicolau, coleccionistas arqueológicos de finales del siglo XIX y principios del XX», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie I, nº 7: 211-238.
López-Yarto Elizalde, A. (2010): *El Catálogo Monumental de España (1900-1961)*. Ministerio de Cultura. Madrid.
Luzón Nogué, J.Mª. (1993): «La Real Academia de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso», en Marcos Pous, A (coord.) *De Gabinete a Museo, tres siglos de Historia*. Ministerio de Cultura. Madrid: 271-278.
Luzón Nogué, J.Mª. (1999): *Sevilla la Vieja. Un paseo histórico por las ruinas de Itálica*. Fundación Focus-Abengoa. Sevilla.
Maier Allende, J. (1997): «Las Sociedades Arqueológicas en España, La Sociedad Arqueológica de Carmona», en Mora. G. y Díaz-Andreu, M. (eds.) *La cristalización del pasado, génesis y desarrollo de la institucionalización de la arqueología en España*. Univesidad de Málaga. Málaga: 303-310.
Maier Allende, J. (1999): *Jorge Bonsor (1855–1930). Un académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y de la Arqueología española*. RAH. Madrid.

Maier Allende, J. y Salas Álvarez, J. (2007): «Los Inspectores de Antigüedades de la Real Academia de la Historia en Andalucía», en Belén, Mª y Beltrán Fortes, J. (eds.) *Las Instituciones en el Origen y Desarrollo de la Arqueología en España*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 175-238.

Manso Martín, E. (1997): «Historia de un hallazgo», en *Cien años de una Dama*. Ministerio de Cultura. Madrid: 33-40.

Mederos Martín, A. (2014): «Análisis de una decadencia. La arqueología española del siglo XIX. II (2), La crisis de la Restauración (1868-1885)», *CuPAUAM 40:* 149-191.

Moure, A. (2006). *Escritos sobre historiografía y patrimonio arqueológico.* Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria. Santander.

Olmos, R.; Tortosa, T. y Bellón, J.P. (eds.) (2010): *Repensar la Escuela del CSIC en Roma, cien años de memoria*. CSIC. Madrid.

Ortiz Romero, P. (2003): *Institucionalización y crisis de la Arqueología en Extremadura. Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Badajoz y Subcomisión de Mérida (1844-1971).* Junta de Extremadura. Cáceres.

Papí Rodes, C. (2002): «La Comisión Científica de Rada y Malibrán a Alicante en 1869», *Archaia* 2: 6-15.

Papí Rodes, C. (2008): *Aureliano Ibarra y La Alcudia. Una mirada a la Arqueología del XIX*. Universidad de Alicante. Alicante.

Papí Rodes, C. (2013): *El Museo Arqueológico Nacional en el Museo Español de Antigüedades.* Museo Arqueológico Nacional. Madrid.

Pavón, F. (1995): «Colecciones de objetos procedentes de las excavaciones de Espejo (Córdoba) conservadas en el Museo Arqueológico Nacional». *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* XIII: 37-44.

Prado, C. (1864), *Descripción Física y Geológica de la Provincia de Madrid,* Junta General de estadística. Imprenta Nacional. Madrid.

Puche Riart, O. y Ayarzagüena Sanz, M. (2016): *El reconocimiento de la Edad del Cobre: la larga luche por su refrendo.* Cátedra Atlantic Copper. Madrid.

Rada y Delgado, J. D. de la (1875a): *Antigüedades del Cerro de los Santos en término de Montealegre*. Madrid.

Rada y Delgado, J.D. de la (1875b): «Antigüedades del Cerro de los Santos en término de Montealegre, conocidas vulgarmente bajo la denominación de 'Antigüedades de Yecla». *Museo Español de Antigüedades* VI: 249-290.

Rada y Delgado, J.D. de la (1876-1882): *Viaje a Oriente de la fragata de guerra Arapiles y de la Comisión Científica que llevó a su bordo*. 3 vols. Barcelona

Rasilla, M. de la (1997). «La Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas y la Arqueología Prehistórica en España (1913-1935)». En Mora. G. y Díaz-Andreu, M. (eds.) *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España,* Universidad de Málaga-CSIC, Málaga: 431-438.

Riaño, J.F.; Rada y Delgado, J. de D. y Catalina García, J. (1894), «Hallazgo prehistórico en Ciempozuelos», *Boletín de la Real Academia de la Historia* XXV, cª VI: 436-450.

Ríos y Serrano, J.A. (1867), «La Arqueología Prehistórica. Memoria presentada a la Real Academia de la Historia», *Revista de Bellas Artes e Histórico-Arqueológica* II, nº 53: 21-29.

Rouillard, P. (2002): «La aportación de los arqueólogos franceses a la Arqueología española», en Quero, S. y Pérez, A. (eds.), *Historiografía de la Arqueología española: Las instituciones*. Ayuntamiento de Madrid, Madrid: 143–163.

Salas Álvarez, J. (2002): *Imagen historiográfica de la antigua Vrso (Osuna, Sevilla)*. Diputación Provincial, Sevilla.

Salas Álvarez, J. (2015): «La utilización de la Arqueología Filológica para la ubicación de escenarios bélicos en época antigua: apuntes historiográficos para el estudio del caso concreto de Munda Pompeyana», en Martínez Ruiz, E. y Cantero Montenegro, J. (dir.), *Perspectivas y novedades de la Historia Militar. Una aproximación global*, Vol. I. UCM. Madrid: 155-169.

Salas Álvarez, J. y Beltrán Fortes, J. (2008): «La labor de las Comisiones Científicas del Museo Arqueológico Nacional en Osuna (Sevilla) en 1875 y 1876. Trabajos arqueológicos de Juan de Dios de la Rada y de Francisco Mateos Gago». En Mora, G.; Papí Rodes, C. y Ayarzagüena, M. (eds.), *Documentos inéditos para la Historia de la Arqueología*. SEHA. Madrid: 241-256.

Salvá, J. (1985): «La Sociedad Arqueológica Luliana y su «Bolletí»». *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana: Revista d'estudis històrics* 41: 3-8.

Sánchez Gómez, Mª L. (1999): «El Cerro de los Santos en el siglo XIX: las excavaciones de Savirón (1871) y las adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional (1871-1885)», en Blánquez, J. y Roldán Gómez. L. (coord.), *La cultura ibérica a través de la fotografía a principios de siglo*. Vol 2 (Las colecciones madrileñas). Comunidad de Madrid. Madrid: 93-102

Santonja, M; Pérez, A. y Flores, R. (2005). «Torralba, Ambrona y el Marqués de Cerralbo. Las dos primeras excavaciones del Paleolítico Inferior en España», *Zona Arqueológica 5*: 18-39.

Sanz de Sautuola, M. (1880), *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la Provincia de Santander.* Imp. y lit. de Telesforo Martínez. Santander.

Savirón, P., (1875): «Noticia de varias excavaciones del Cerro de los Santos en término de Montealegre (Montealegre del Castillo, Albacete)». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 5: 125-129; 161-164; 193-197; 229-234 y 245-247.

Siret, H. y L. (1887): *Les premiers âges du metal dans le sudest de l'Espagne,* Anvers.

Tubino, F.M. (1872), «Historia y progresos de la Arqueología Prehistórica», *Museo Español de Antigüedades I:* 1-21.

Stylow, A.U. y Gimeno Pascual, H. (2004): «Emil Hübner», en *Pioneros de la Arqueología en España. Del siglo XVI a 1912*. Comunidad de Madrid. Alcalá de Henares: 333-340.

Vicent, A.Mª (1984-1985): «Trabajos arqueológicos en Fuente Tójar (Córdoba) de L. Maraver, en 1867». *Corduba Archaeologica* 15: 33-54.

Yáñez Vega, A. (1997): «Estudio sobre la Ley de Excavaciones y Antigüedades de 1911 y el Reglamento para su aplicación de 1912», en Mora, G. y Díaz-Andreu, M. (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Universidad de Málaga, Málaga: 423–429.

DE EMBAJADORES A SERRANO. PRIMERAS DÉCADAS DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL

Amador de los Ríos y Fernández-Villalta, R. (1903): El Museo Arqueológico Nacional. (Notas para su Historia). *La España Moderna*, Año 15, 170: 41-70.

Marcos Pous, A. (Coord.) (1993): *De Gabinete a Museo. Tres siglos de historia.* Ministerio de Cultura. Madrid.

Paris, P. (1936): *Le Musée Archéologique National de Madrid*. Promenades Archéologiques en Espagne. Les Éditions d'Art et d'Histoire. Paris.

Salve, V.; Muro, B. y Papí, C.: (2014): Espacios y objetos a través del tiempo: museografía histórica de las salas del Museo Arqueológico Nacional. *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 32: 59-80.

DARWINISMO Y PREHISTORIA EN LA ESPAÑA DECIMONÓNICA

Hurel A.; Coye N. (dirs.) (2011): *Dans l'épaisseur du temps. Archéologues et géologues inventent la Préhistoire*. Paris, Muséun National d'Histoire Naturelle.

Pelayo, F. (2008): «Darwinism and Paleontology: Reception and Diffusion of the Theory of Evolution in Spain». En: Engels, E.-M ; Glick, T.F. (eds.) : *The Reception of Charles Darwin in Europe*. London / New York, Continuum, vol. II : 386-399.

Pelayo López, F.; Gozalo Gutiérrez, R. (2013): *Confirming Human Antiquity: Spain and the Beginnings of Prehistoric Archaeology*. Complutum, 24 (2): 43-50.

EL SIGNIFICADO DE ALTAMIRA

Breuil, H.; Obermaier, H. (1935): La Cueva de Altamira en Santillana del Mar. Tipografía de Archivos, Madrid.

Madariaga de la Campa, B. (2000): Sanz de Sautuola y el descubrimiento de Altamira. Fundación Marcelino Botín, Santander.

Madariaga de la Campa, B. (2004): Marcelino Sanz de Sautuola y la Cueva de Altamira. Instituto para Investigaciones Prehistóricas de Santander, Santander.

Rasilla Vives, M. de la y Santamaría Álvarez, D. (2004): «La Exposición de Arte Prehistórico Español de 1921: el cometido del arte rupestre en la institucionalización de la arqueología prehistórica hispana». Homenaje al Prof. Eloy Benito Ruano, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Oviedo: 3-47.

Saiz-Jiménez, C., Cuezva, S., Jurado, V., Fernández-Cortés, A., Porca, E., Benavente, D., Cañaveras, J. C. y Sánchez-Moral, S. (2011): Palaeolithic Art in Peril: Policy and Science Collide at Altamira Cave. Science, 334: 42-43. Doi: 10.1126/science.1206788.

EL IMAGINARIO DE LA PRIMERA PREHISTORIA

Mann, A. E. (2003): Imagining Prehistory: Pictorial Reconstructions of the Way We Were, *American Anthropologist,* 105 (1): 139-143.

Moser, S. (1998): *Ancestral Images. The Iconography of Human Origins.* Sutton Publishing. Stroud.

Shanks, M. (2012): *The Archaeological Imagination*. Walnut Creek, Left Coast Press.

Stoczkowski, W. (2000): Le peintre et l'homme préhistorique. En A. et J. Ducros (Dir.), *L'homme préhistorique. Images et imaginaire.* Paris, L'Harmattan: 233-241.

LA CONSOLIDACIÓN DE LA ARQUEOLOGÍA MODERNA (1912-1960)

Amores, F.; Beltrán, J. (coords.) (2012): *Itálica 1912-2012. Centenario de la Declaración como Monumento Nacional*. Fundación Itálica de Estudios Clásicos, Sevilla.

Arce, J. (2015): Introducción. Antonio García y Bellido, arqueólogo e historiador. A. García y Bellido, *Ejércitos, guerras y colonización en la Hispania romana*. Urgoiti, Pamplona: IX- XLVIII.

Belén, M.; Beltrán, J. (eds.) (2007): *Las instituciones en el origen y desarrollo de la Arqueología en España*. Universidad de Sevilla, Sevilla.

Beltrán Martínez, A. (1988): *Ser arqueólogo*. Fundación Universidad-Empresa, Madrid.

Beltrán, J. *et al*. (2009): *Jorge Bonsor y la recuperación de Baelo Claudia (1917-1921)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla.

Beltrán, J.; Habibi, M. (eds.) (2008): *Historia de la Arqueología en el norte de Marruecos durante el período del Protectorado y sus referentes en España*. Universidad de Sevilla y Universidad Internacional de Andalucía, Sevilla.

Bendala, M. *et al*, (coords.) (2005): *La arqueología clásica peninsular ante el tercer milenio en el centenario de A. García y Bellido (1903-1972)*. CSIC, Madrid.

Blánquez, J.; Pérez, M. (eds.) (2004): *Antonio García y Bellido. Misceláneas*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.

Cañete, C.; Pelayo, F. (2014): Entre culturas y guerras: Hugo Obermaier y la consolidación de la Prehistoria en España. H. Obermaier, *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad* (reedición). Urgoiti, Pamplona: IX-CLXXII.

Casado, D. (2006): *José Ramón Mélida (1856-1933) y la arqueología española*. Real Academia de la Historia, Madrid.

Castelo, R. *et al*, (eds.) (1995): *Julio Martínez Santaolalla: Crónicas de la cultura arqueológica española*. Madrid.

Cortadella, J. (1997): El profesor Nino Lamboglia (1912-1977) y la arqueología clásica en España. *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España* (G. Mora; M. Díaz-Andreu coords.). Ministerio de Cultura-Universidad de Málaga, Madrid-Málaga: 553-564.

Cortadella, J. (2003): Historia de un libro que se sostenía por sí mismo. P. Bosch Gimpera, *Etnologia de la península ibérica* (reedición). Urgoiti, Pamplona: IX-CCXLIV.

Cortadella, J. (2016): Història antiga i classicisme a Catalunya. Dels orígens a la Segona República. *Afers: fulls de recerca i pensament*, 31 (85): 665-695.

Díaz-Andreu, M. (2003): Arqueología y dictaduras: Italia, Alemania y España. *Antigüedad y franquismo (1936-1975)* (F. Wulff; M. Álvarez, eds.). CEDMA, Málaga: 33-73.

Díaz-Andreu, M (2004): Mélida: génesis, pensamiento y obra de un maestro (prólogo a la reedición). J. R. Mélida, *Arqueología española* (reedición). Urgoiti, Pamplona: IX-CXCIX.

Díaz-Andreu, M.; Mora, G.; Cortadella, J. (coord.) (2003): *Diccionario Histórico de la Arqueología en España*. Marcial Pons, Madrid.

Díaz-Andreu, M.; Ramírez, M. (2001): La Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas (1939-1955), *Complutum*, 12: 325-343.

Domínguez, S. (2008): La innovación de lo clásico. Una "Medea" para Mérida. L. A. Séneca *Medea* (traducida por M. Unamuno). Consorcio Patronato Festival de Teatro Clásico de Mérida, Mérida: 89-99.

Fernández Martínez, V. (2001): La idea de África en el origen de la prehistoria española. *Complutum*, 12: 167-184.

Gracia, F. (2009): *La arqueología durante el primer franquismo (1939–1956)*. Edicions Bellaterra, Barcelona.

Gracia, F. (2011): *Pere Bosch. Gimpera. Universidad, política, exilio*. Marcial Pons, Madrid.

Gracia, F. (2012): *Arqueologia i política. La gestió de Martín Almagro Basch al capdavant del Museu Arqueològic Provincial de Barcelona (1939-1962)*. Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona.

Gracia, F.; Cortadella J. (2007): La institucionalización de la arqueología en Cataluña, el Servei d'Investigacions Arqueològiques de l'Institut d'Estudis Catalans. *Las instituciones en el origen y desarrollo de la arqueología en España* (Belén, M.; Beltrán, J. eds.). Universidad de Sevilla, Sevilla: 257-322

Gracia, F.; Fullola J. M. (2006): *El sueño de una generación. El crucero universitario por el Mediteráneo de 1933*. Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona.

Hernando, A. (2001): Sociedades del pasado y prehistorias del presente. El caso del calcolítico en la Península Ibérica. *Computum*: 217-236.

López Díaz, J. C. (2011): *Mérida y la II República. Historia de un tiempo y sus protagonistas*. Ayuntamiento de Mérida, Mérida.

Lull, V. *et al*. (2015): Primeras investigaciones en La Bastida (1869-2005). Ed. Integral, Sociedad Para el Desarrollo Rural, Bullas.

Maier, J. (1999): *Jorge Bonsor (1855-1930). Un académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y la Arqueología española*. Real Academia de la Historia, Madrid.

Mederos, A. (2010): Una trayectoria rota. Juan de Mata Carriazo, catedrático de Prehistoria e Historia de España Antigua y Media de la Universidad de Sevilla. *Spal*, 19: 61–96.

Mederos, A. (2010-2011): Hugo Obermaier, el duro camino hacia la cátedra de Historia Primitiva del Hombre (1877-1922). *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 46: 235-260.

Olmos, R. (1989): El corpus Vasorum Antiquorum, setenta años después: pasado, presente y futuro del gran proyecto internacional de la cerámica antigua. *Archivo español de arqueología*, 62 (159-160): 292-303.

Olmos, R. (1994a): Algunos problemas historiográficos de cerámica e iconografía ibéricas: de los pioneros a 1950. *Revista de estudios ibéricos*, 1: 311-334.

Olmos, R. (1994b): Antonio García y Bellido y su época: Una posible lectura. *Archivo Español de Arqueología*, 67: 293-297.

Olmos, R. *et al*. (1993): El origen de las cartas arqueológicas y el Mapa del Mundo Romano. *Inventarios y Cartas Arqueológicas: Homenaje a Blas Taracena* (A. Jimeno *et al*. eds.). *Junta,* Valladolid: 45-64.

Olmos, R.; Tortosa, T., Bellón, J.P. (eds.) (2010): *Repensar la Escuela del CSIC en Roma. Cien años de historia*. CSIC, Madrid.

Parodi, J. M.; Gozalbes, E. (eds.) (2011): *Pelayo Quintero en el primer centenario de 1912*. Diputación Provincial de Cádiz, Cádiz.

Pasamar, G. (1991): *Historiografía e ideología en la postguerra española: La ruptura de la tradición liberal*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza.

Pasamar, G.; Peiró, I. (2002): *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840- 1980)*. Akal, Madrid.

Quero, S.; Pérez, A. (eds.) (2002): *Historiografía de la Arqueología Española: Las Instituciones*. Museo de San Isidro, Madrid.

Rodà, I. (2001): Presentación. *Corpvs Signorvm Imperii Romani. Corpus de Esculturas del Imperio Romano. España* (M. Clavería coord.), vol. I, fascículo I, Los sarcófagos romanos de Cataluña, Murcia, Tabvlarium, XI-XIV.

Ruiz Zapatero, G. (1993): El concepto de Celtas en la Prehistoria europea y española. *Los celtas: Hispania y Europa* (M. Almagro Gorbea coord.). Editorial Actas, Madrid. 23-62.

Ruiz, A. (1993): Vida, muerte y resurrección de los Iberos. *La antigüedad como argumento: historiografía de arqueología e historia antigua en Andalucía* (J. Beltrán, F. Gascó eds.). Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, Sevilla: 191-204.

Wulff, F. (2004): Adolf Schulten. Historia Antigua, Arqueología y racismo en medio siglo de historia europea. A. Schulten, *Historia de Numancia* (reedición). Urgoiti, Pamplona: IX-CCLVVI.

LA ESTRATIGRAFÍA. DEL DIVORCIO AL ENCUENTRO DEL TIEMPO Y EL ESPACIO EN LA ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA.

Machado y Núñez, A.: (1869): «Congreso internacional de Arqueología prehistórica», *Revista Mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias,* I, pp. 33–39 y 281–287.

Junyent, E. (1991): «Prólogo a la Edición Española». En E.C. Harris. *Principios de Estratigrafía Arqueológica*. Barcelona, Crítica.

Pellicer, M. y Schule, W. (1962): *El Cerro del Real, Galera, Granada. El corte estratigráfico IX*. Excavaciones Arqueológicas en España, 12. Madrid. .

Siret, L. (1906): *Villaricos y Herrerías. Antigüedades Púnicas, Romanas, Visigóticas y árabes. Memoria descriptiva e histórica*, Memorias de la Real Academia de la Historia, XIV.

VV.AA. (2011): «La investigación historiográfica en Andalucía: de Gómez-Moreno a la autonomía» Memorial Luis Siret. I Congreso de Prehistoria de Andalucía, pp. 19-108. Sevilla, Junta de Andalucia.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA ARQUEOLOGÍA CLÁSICA EN ESPAÑA. UN PROCESO NUNCA CULMINADO

Oria Segura, M. (1999), *El estado de la Arqueología Clásica en España: propuestas para un debate necesario*. Spal, 8, 9-19.

Blánquez Pérez, J. y Pérez Ruiz, M. Antonio García y Bellido (2004). *Miscelánea. Serie Varia*, 5. Universidad Autónoma de Madrid.

Casado Rigalt (2006), *D. José Ramón Mélida (1856-1933) y la arqueología española*. Real Academia de la Historia. Madrid,.

Berlanga Palomo, M.J. (2001), *La enseñanza de la arqueología en el siglo* XIX*: de las cátedras de Castellanos de Losada a la introducción en los estudios universitarios*. AAC, 12, 13-33.

Romero Recio, M. (2007), «La arqueología en la enseñanza española durante el siglo XIX: nuevas aportaciones a la luz de documentos inéditos», en *Arqueología, Coleccionismo y Antigüedad. España e Italia en el siglo* XIX, Sevilla, 581601.

LAS RELACIONES INTERNACIONALES DE LA ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA I (1912-1960)

Díaz-Andreu, M. (2012): *Archaeological encounters. Building networks of Spanish and British archaeologists in the 20th century*, Cambridge Scholars, Newcastle.

Olmos, R.; Plácido, D.; Sánchez Palencia, J.; Cepas, A. (1993): El origen de las cartas arqueológicas y el Mapa del Mundo Romano. *Inventarios y Cartas Arqueológicas. Homenaje a Blas Taracena, Soria, 1991* (A. Jimeno, J. M. del Val, and J. J. Fernández, eds.), Junta de Castilla y León, Valladolid: 45-64.

LA DISTORSIÓN DE LA ARQUEOLOGÍA EN EL PRIMER FRANQUISMO

Gracia Alonso, F. (2008): Relations between Spanish Archaeologists and Nazi Germany (1939-1945). A preliminary examination of the influence of Das Ahnenerbe in Spain. *Bulletin of the History of Archaeology*, 18-1: 4-27.

Gracia Alonso, F. (2009): *La arqueología durante el primer franquismo*. Bellaterra. Barcelona.

Gracia Alonso, F. (2010): Contactos hispano-italianos en la arqueología durante la Guerra Civil y el primer franquismo. *Repensar la Escuela del CSIC en Roma. Cien años de memoria* (R.Olmos, T.Tortosa, J.P. Bellón, eds.). CSIC, Madrid: 425-439.

Gracia Alonso, F. (2012): *Arqueologia i política. La gestió de Martín Almagro Basch al capdavant del Museu Arqueològic provincial de Barcelona (1939-1962)*. Universitat de Barcelona. Barcelona.

Gracia Alonso, F. (2014): La arqueología durante el franquismo. Instrumentalización identitaria. *Los intelectuales y la dictadura franquista. Cultura y poder en España de 1939 a 1975*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid: 47-76.

Ruiz, A.; Sánchez, A.; Bellón, J.P. (2006*): Los archivos de la arqueología ibérica: una arqueología para dos Españas*. Universidad de Jaén. Jaén.

LA ARQUEOLOGÍA EN EL NO-DO

Cardona, G. y Abella, R. (2008): *Los años del NO-DO*. Madrid, Ed. Destino.

Elwood, S. (1988): «Franco y el NO-DO», *Historia 16*, 147: 12-22.

Gurruchaga, J. L. (2017): «Patrimonio Arqueológico, Histórico y Artístico a través del NO-DO: ¿la Arqueología al alcance de todos los españoles?». En *IV Congreso Internacional de Historia de la Arqueología / III Jornadas de Historiografía SEHA-MAN: 150 Años de Historia de la Arqueología: Teoría y Método de una disciplina.* (Madrid, Museo Arqueológico Nacional, 11-13 diciembre de 2014). Madrid,

Rodríguez Martínez, S. (1999): *El NO-DO, catecismo social de una época.* Madrid, Ed. Complutense.

Sánchez-Biosca, V. y Tranche, R. R. (2006): *NO-DO. El tiempo y la memoria* (2ª ed.). Madrid, Ed. Cátedra.

LA ARQUEOLOGÍA EN LA ESCUELA Y EL IMAGINARIO POPULAR

Boyd, C. P. (2000): *Historia Patria: política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975,* Barcelona, Pomares-Corredor.

Fernández Martínez, Víctor M. (1991): La Arqueología de la Imaginación: notas sobre Literatura y Prehistoria, Arqrítica, 2 (1991), pp. 3-6.

Martín Rodríguez, M. (2015): «En las cavernas» (1912), de Emilia Pardo Bazán, con un breve panorama de la paleoficción literaria española, *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 33: 163-185.

Ruiz Zapatero G. y, Álvarez Sanchís, J. (1997): «La prehistoria enseñada y los manuales escolares españoles», *Complutum,* 8: 265-284.

Vizcaíno Estevan, T. (2017): «Los iberos vistos desde el sofá: el pasado ibérico en la cultura de masas.» *Actas del IV Congreso Internacional de Historia de la Arqueología*. III Jornadas de Historiografía de la Arqueología SEHA-MAN: 919-934. Madrid, SEHA.

LA CONFIGURACIÓN DE LA ARQUEOLOGÍA CONTEMPORÁNEA EN ESPAÑA (1960-2017)

Abad Casal, L. (2016-17). *Archaeologiae Laus* (Elogio de la Arqueología). Lección Inaugural del Curso 2016-2017. Universidad de Alicante. (https://inaph.ua.es/es/documentos/noticias/leccion-inaugural.pdf). Acceso: 6-04-2017.

Aitchison, K. y Rocks-Macqueen, D. (2013) Archaeology Labour Market Intelligence: Profiling the Profession 2012-13. Landward Research Ltd.(http://www.profilingtheprofession.co.uk/uploads/9/3/1/1/9311679/profilling_the_profession_2012-13.pdf). Acceso 10-06-2017.

Aitchison, K. y D. Rocks-Macqueen (2014): Discovering the archaeologists of the United Kingdom 2012–14, Landward Research/EU project. (www.discovering-archaeologists.eu/national_reports/2014/UK%20DISCO% 202014%20UK%20national%20report%20english.pdf). Acceso 10-06-2017.

Alegre Ávila, J. M. (1997): El Patrimonio Arqueológico: aspectos de su régimen jurídico, *Patrimonio Cultural y Derecho*, 1: 121-130.

Almagro Gorbea, M. et al. (1978): *C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica*. Madrid, Fundación Juan March.

Almagro-Gorbea, M. (2002): La arqueología española en el siglo XX. En Palacio, V. (ed.), *Memoria académica del siglo* XX, Madrid, pp. 77-95.

Almagro Gorbea, M. Ed. (2014): *Protohistoria de la Península Ibérica: del Neolítico a la Romanización*. Burgos, Universidad de Burgos-Fundación Atapuerca.

Almansa Sánchez, J. Ed. (2011): *El futuro de la arqueología en España*. San Fernando de Henares. JAS

Almansa Sánchez, J. Ed. (2013): *Arqueología Pública en España*. Madrid, JAS.

Almansa Sánchez, J. (2017): *Arqueología y Sociedad. Interacción y Acción desde la Teoría Crítica*. Tesis doctoral inédita. Madrid, Universidad Complutense.

Arce, Javier y Olmos, Ricardo (eds.) (1991): *Historiografía de la arqueología y la historia antigua en España, (siglos* XVIII*-XX)*. Madrid.

Azuar Ruiz, R. (2013): *Museos, arqueología, democracia y crisis*. Gijón, Ediciones Trea.

Ballart Hernández, J. (1997): *El Patrimonio histórico y arqueológico, valor y* uso. Barcelona, Ariel.

Ballart, J. y Tresserras, J. J. (2001): *Manual de Gestión del Patrimonio Histórico*. Ed. Ariel. Barcelona.

Barceló, M. et al. (1988): *La Arqueología medieval. En las afueras del «medievalismo»*. Barcelona, Crítica.

Barceló, M. , Kirchner, H. y Navarro, C. (1996): *El agua que no duerme. Fundamentos de la arqueología hidráulica andalusí*. Granada, Sierra Nevada 95-El legado andalusí.

Barreiro, D. (2013): *Arqueológicas. Hacia una arqueología aplicada*. Barcelona, Bellaterra.

Beltrán Fortes, J. (2004): Historia de la Arqueología de España. Precedentes y líneas actuales de investigación, *Revista de Historiografía* 1, pp. 38-59.

Bendala Galán, M. (2016): La enseñanza de la arqueología en la Universidad española: una preocupación y una ocupación compartidas, *Anejos a Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 2: 361-369.

Benet, C.y Rigo, A. (2015): La profesió d'arqueòleg i l'activitat arqueológica des del punt de vista d'una empresa. Evolució i actualitat, *Pyrenae,* 46 (2):125-138.

Berrocal, P. (2014): La arqueología profesional en España analizada desde la Sociología. Entrevista a Eva Parga-Dans, socióloga, *La Linde* 3, Valencia, 12-18 (edición electrónica).

Blech, M. (2002): Las aportaciones de los arqueólogos alemanes a la arqueología española. En *Historiografía de la Arqueología española: las instituciones,* Madrid, pp. 83-117.

Carvajal, J. (2014): The Archaeology of Al-Andalus: Past, Present and Future, *Medieval Archaeology*, 58: 318-339.

Casado Rigalt, D. (2009): *El arqueólogo enamorado*. Madrid, La Esfera de los Libros.

Castro Martínez, E. , Fernández de Lucio, I. y Eva Parga-Dans, E. (2012): Commercial archaeology in Spain: a sectoral system of innovation?, *Cuadernos de gestión*, 12, Especial Innovación: 139-156.

Cerdà Pérez, M. (2008): *Arqueología industrial*. Valencia, Publicacions de la Universitat de València

Criado Boado, F. (1996): El futuro de la Arqueología, ¿la Arqueología del futuro?, *Trabajos de Prehistoria*, 53 (1): 15-35.

Criado Boado, F. (2011): El futuro de la arqueología española. En J. Almansa (ed.): *El futuro de la arqueología en España*. JAS, Madrid, pp. 55-60.

Criado Boado, F. (2012): *Arqueológicas. La razón perdida*. Barcelona, Bellaterra.

Criado Boado, F., Barreiro, D. y Varela-Pousa, R. (2015): Sustainable archaeology in postcrisis scenarios. En Dries, M. van den y Strecker, A. Eds. *Fernweh: Crossing borders and connecting people in archaeological heritage management. Essays in honour od Prof. Willem J. H. Willems*. Leiden, Sidestone Press. 56-60.

Díaz-Andreu, M. (1993): Theory and ideology in Archaeology: Spanish Archaeology under the Franco regime, *Antiquity* 67: 74-82.

Díaz-Andreu, M. (1996): Islamic Archaeology and the Origin of the Spanish Nation. En Díaz-Andreu, M. y Champion, T. Eds. *Archaeology and Nationalism in Europe*: 68-89. Londres, UCL Press.

Díaz-Andreu, M. (2002): *Historia de la Arqueología en España. Estudios.* Madrid, Ediciones Clásicas.

Díaz-Andreu, M. (2012): *Archaeological encounters. Building networks of Spanish and British archaeologists in the 20th century*, Cambridge Scholars, Newcastle.

Díaz-Andreu, M. (2014): Spain: Nationalism and Archaeology. En Smith C. Ed. *Encyclopedia of Global Archaeology*: 6970-6976. Nueva York, Springer.

Díaz-del-Río, P. (2000). Arqueología comercial y estructura de clase. En: M. M. Bóveda López (ed.). *Gestión patrimonial y desarrollo social*. CAPA, 12. Santiago de Compostela: 7-18.

Domínguez, R. M., Herce, J. L., Fernández, A. (1994): Empresas de arqueología y arqueología urbana: investigación, negocio, profesión, *Arqueología y Territorio Medieval*, 1, 83–92.

Dyson, S.L. (2006): *In pursuit of ancient pasts: a history of classical archaeology in the nineteenth and twentieth centuries*. New Haven: Yale University Press.

Dyson, S. L. (2008): *En busca del pasado clásico*. Barcelona.

Fernández Ochoa, C. y Morillo, A. (2005): *La Arqueología Hispanorromana a fines del siglo* XX. *Bibliografía temática y balance historiográfico*. Madrid.

García Cuetos, P. (2012): *El Patrimonio Cultural. Conceptos básicos*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.

García Fernández, J. (2008): *Estudios sobre el derecho del patrimonio histórico*. Madrid, Colegio de Registradores de la Propiedad.

García Fernández, J. (2011): Los retos actuales del Patrimonio Histórico, *Patrimonio, Cultura y Derecho*, 15: 217-236.

García Porras, A. (2013): Los estudios de cerámica medieval en España. Puntos de partida, líneas, enfoques y perspectivas de investigación. En Sabaté, F. y Brufal, J. (Dirs.) *Recerca Avançada en Arqueología Medieval. V Curs Internacional d'Arqueologia Medieval*: 53-79. Lleida, Pages Editors.

García Sánchez, J. (2014): *Breve historia de la Arqueología*. Madrid, Ed. Nowtilus.

García Santos, J. C. (1997): La Arqueología española de los 80. Una visión de las raíces teóricas. En MORA, G.-DÍAZ-ANDREU, M., eds. (1997): 685-694.

Gardner, A., Lake, M. y Sommer, U. (2013): *The Oxford Handbook of Archaeolgical Theory*. Oxford, OUP.

González Álvarez, D. (2013): Del precariado a la nada. La situación laboral de la Arqueología Comercial en el Estado Español a comienzos del s. XXI, en J. Almansa (ed.), *Arqueología Pública en España*, Madrid, 151-168.

González Morales, M. (1992): Racines: la justification archéologique des origines régionales dans l'Espagne des communutes autonomes. En *The limitations of archaeological knowledge*, (eds.) Shay, T. y Clottes, J., Université de Liége, Liége, 15-27.

González Reyero, S. (2006): *La fotografía en la arqueología española (1860-1960). 100 años de discurso arqueológico a través de la imagen*. Madrid, Real Academia de la Historia.

González Reyero, S. (2015): Arqueologías digitales. Una reflexión sobre el cambio en la relación entre la academia, los profesionales y el público, *La Albolafia*, 3: 31-52.

González Ruibal, A. (2011): El desastre académico de la arqueología en España. En J. Almansa (ed.): *El futuro de la arqueología en España*. JAS, Madrid, pp. 99-104.

González Ruibal, A. (2012): Hacia otra arqueología: diez propuestas, *Complutum*, 23(2): 103-116.

GonzálezRuibal, A. (2014): Contemporary Past, Archaeology of the. En Claire Smith (Ed.): *Encyclopedia of Global Archaeology*: 1683-1694. Nueva York, Springer.

González Vergara, O. (2014): El arqueólogo industrial del siglo XXI y paradigmas de una disciplina arqueológica para el mundo contemporáneo, Arqueoweb, 15 (http://pendientedemigracion.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/15/GonzalezVergara.pdf) Acceso: 20-06-2017.

González Vergara, O. (2009-10): Arqueología industrial. Un comentario bibliográfico tras medio siglo de historiografía, *Anales de Prehistoria y Arqueología de Murcia*, 25-26: 275-300.

Gracia Alonso, F. (2009): L*a arqueología durante el primer franquismo (1939-1956)*. Barcelona, Bellaterra.

Gutiérrez Lloret, S. (2011): La arqueología ensimismada, En J. Almansa (ed.): *El futuro de la arqueología en España*. JAS, Madrid. pp. 111-118.

Harrison, R. y Schofield, J. (2010): *After modernity. Archaeological approaches to the contemporary past*. Oxford, Oxford University Press.

Hernández Hernández, F. (2010): *Los museos arqueológicos y su museografía*. Gijón, Ediciones Trea.

Hernando Álvarez, C. y Tejerizo García, C. (2011): La arqueología y la academia: del siglo XIX al «Plan Bolonia», *Revista Arkeogazte*, 1: 53-69.

Izquierdo, R. (1994): La arqueología medieval en España: antecedentes y estado actual, *Arqueología y Territorio Medieval*, 1: 119-127.

Izquierdo, R. (2005): La arqueología medieval en un Grado de Arqueología, *Complutum*, 16: 221-230.

Junyent, E. et alii (1993): L'Arqueologia com a área de coneixement universitária, *Revista d'Arqueologia de Ponent* 3: 335-349.

Krausse, D. (2001): Farewell to Romanization ?, *Archaeological Dialogues*, 8, 2, p. 108-115.

León Alonso, P. (2001-2002): *Arqueología y Comunicación en la Sociedad Contemporánea*. Lección Inaugural, Curso 2001-2002. Universidad de Sevilla. (ttps://www.academia.edu/14286545/_Arqueolog%C3%ADa_y_comunicaci%C3%B3n_en_la_sociedad_contempor%C3%A1nea._Lecci%C3%B3n_Inaugural_del_Curso_2000-2001_de_la_Universidad_Pablo_de_Olavide_). Acceso: 15-06-2017.

Le Roux, P. (2004) : La romanisation en question , *Annales. Histoires, Sciences sociales*, 59 (2) : 287-311.

López Menchero Bendicho, V. M. (2014): Balance. La musealización del patrimonio arqueológico en España en el siglo XXI, *Vínculos de Historia*, 3: 397-401. (https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4739981.pdf) Acceso 2-06-2017.

Lorenzo Lizalde, J. I. (2009): Presente y futuro de la arqueología profesional en el estado español. *Apuntes de Arqueología*, 25: 25-28 (https://www.google.es/webhp?sourceid=chrome-instant&ion=1&espv=2&ie=UTF-8) Acceso 15-06-2017.

Lull, V. (2007): *Los objetos distinguidos: la arqueología como excusa.* Barcelona, Bellaterra.

Malpica, A., García, A., García-Contreras, G. y Villar, S. (2016a): Entrevista a Lauro Olmo Enciso. Reflexión social sobre la arqueología medieval en España, *Debates de Arqueología Medieval*, 6: 235-245.

Malpica, A. y Gracía-Contreras, G. Eds. (2016b): *El registro arqueológico y la Arqueología Medieval.* Alhulia.

Martínez, B. (2002): La arqueología en el estado de las autonomías. En *Historiografía de la arqueología española: las Instituciones*: *223-247.* Madrid, Museo San Isidro.

Martínez, B. y Querol Fernández, Mª A. (2004): La gestión del patrimonio arqueológico en las comunidades autónomas: balance y situación actual, *PH: Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, 48: 101-109.

Martínez Díaz, B. y Castillo, A. (2007): Preventive Archaeology in Spain. In European Preventive Archaeology. Papers of the EPAC Meeting. Consejo de Europa, Vilnius: 187-208.

Martínez Navarrete, Mª I. (1997): The development of Spanish Archaeology in the 20th century, *Archaeologia Polona*, 35-36: 319-342.

Millett, M. (2012): What is Classical Archaeology? Roman Archaeology. En Alcock, S. E. y Osborne, R. Eds. *Classical Archaeology* (2ª ed.): 30-50. Oxford, Blackwell Publishing Ltd.

Molina, A. L. y Eiroa, J. A. Eds. (2007): *Tendencias actuales en Arqueología Medieval.* Murcia, Universidad de Murcia.

Molinas, R. (2014): *Patrimonicidi*. Barcelona, Edicions Els Llums.

Mora Rodríguez, G. (2002). Archivo Español de Arqueología: notas para una historia de la revista. *Archivo Español de Arqueología*, 75 (186-86): 5-20.

Mora, G. y Díaz-Andreu, M. Coords. (1997): *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España.* Málaga, Universidad de Málaga.

Moreno Melgarejo, A. y Sariego López, I. (2017): Relaciones entre Turismo y Arqueología: el Turismo Arqueológico, una tipología turística propia, *Pasos*, 15 (1): 163-180. (http://www.pasosonline.org/Publicados/15117/PS117_10.pdf).

Morere, N. y Jiménez, J. (2006): Análisis del turismo arqueológico en España. Un estado de la cuestión, *Revista de Estudios Turísticos* 171: 115-139.

Morín de Pablos, J. y Barroso Cabrera, R., (2014): De la arqueología de la mortadela a la arqueología de la resistencia. La democratización fallida de la Arqueología española, *Arqueoweb,* 15, 315-321 (http://pendientedemigracion.ucm.es/ info/arqueoweb/pdf/15/MorinBarroso.pdf).

Moya Maleno, P. R. (2010): Grandezas y miserias de la arqueología de empresa en la España del siglo XXI, *Complutum*, 21 (1): 9-26.

Oria Segura, M. (1999): El estado de la arqueología clásica en España: propuestas para un debate necesario. *SPAL,* 8: 9-19.

Pain, E., 2012, Economic crisis forces Spanish archaeology to rethink its roots, *Science Magazine* 24, vol. 337, n.º 6097, 909.

Parga Dans, E. (2012): Estructura y desafíos de la arqueología comercial en España. Un proceso de innovación social, *Revista d'Arqueología de Ponent*, 22: 87-199.

Parga-Dans, E. y Varela Pousa, R. (2011): Caracterización socioeconómica de la Arqueología Comercial española. Resultados de la primera encuesta nacional dirigida a empresas del sector, *Complutum*, 22 (1): 9-25.

Parga-Dans, E., Barreiro, D. y Varela-Pousa, R. (2016): Isomorphism and legitimacy in Spanish contract archaeology: the free-fall of an institutional model and the caveat of change, *International Journal of Heritage Studies,* 22 (4): 291-301.

Peiró, Ignacio y Pasamar, Gonzalo. «El nacimiento en España de la arqueología y la prehistoria (academicismo y profesionalización 1856-1936)». *Kalathos*, 1989-1990, vol. 9-10, pp. 9-30

Pereira Menaut, G. (2010): El moderno debate sobre la Romanización, *Veleia*, 27: 239-253.

Pérez de Armiñán, A. Ed. (1987): *Ley del Patrimonio Histórico Español*. Madrid, Cortes Generales, Trabajos Parlamentarios.

Pérez-Juez Gil, A. (2006): *Gestión del patrimonio arqueológico*. Barcelona, Editorial Ariel.

Pitts, M. y Versluys, M. J. Eds. (2014): *Globalisation and the Roman world. Perspectives and opportunities.* Cambridge, CUP.

Querol, M. A. (1992-93): El parque arqueológico: definición y filosofía, *Tabona*, VIII (1): 27-37.

Querol, M. A. (1998): La arqueología en las universidades españolas, *PH: Boletín del Instituto del Patrimonio Histórico,* 22: 15-18.

Querol, M. Á. (2001): La formación y la profesión del arqueólogo. La formación arqueológica universitaria: un futuro por el que luchar, *PH Boletín del Instituto del Patrimonio Histórico*, 37: 32-34.

Querol, M. A. (2010): *Manual de Gestión del Patrimonio Cultural*. Madrid, Akal.

Querol, M. A., Martínez, B. (1996). *La gestión del Patrimonio Arqueológico en España*. Alianza Editorial. Madrid.

Quirós Castillo, J. A. (2005): Excavar en las ciudades o historiar las ciudades ?. El debate sobre la Arqueología Urbana a la luz de algunas experiencias europeas, *Arqueología y Territorio Medieval* , 12, 1: 107-132.

Quirós Castillo, J. A. (2013): *La materialidad de la historia. La arqueología en los inicios del siglo* XXI. Madrid, Akal.

Renfrew, C. y Bahn, P. Eds. (2014): *The Cambridge World Prehistory* [3 vols.]. Cambridge, CUP.

Rodriguez Temiño, I. (2003): *Arqueología urbana en España*. Barcelona, Ariel.

Rodríguez Temiño, I., (2010): Arqueología urbana en tiempos de crisis, en *Arqueología, patrimonio histórico y urbanismo en las ciudades Patrimonio de lo Humanidad de España. Actas de las Jornadas Técnicas sobre Arqueología, Patrimonio Histórico y Urbanismo (Tarragona. 2009)*, Tarragona, 17-29.

Riu, M. (1997): La Arqueología Medieval en España. En Boüard, Michel de. *Manual de arqueología medieval. De la prospección a la historia*. Madrid, 1977, pp. 375-490.

Rouillard, P. (2002): La aportación de los arqueólogos franceses a la arqueología española. En *Historiografía de la Arqueología española: las instituciones,* Madrid, pp. 143-164.

Ruiz, A.; Sánchez, A.; Bellón, J.P. (2006*): Los archivos de la arqueología ibérica: una arqueología para dos Españas*. Universidad de Jaén. Jaén.

Ruiz de Arbulo, J. (1998): El patrimonio arqueológico y la enseñanza universitaria. En *Cursos sobre patrimonio histórico. Vol I. Actas de los VII Cursos monográficos sobre el patrimonio histórico (Reinosa, Julio-Agosto, 1997)*. Universidad de Cantabria. Ayuntamiento de Reinosa. Reinosa: 85-98.

Ruiz Zapatero, G. (1993): La organización de la arqueología en España. En M ª I. Martínez Navarrete Coord. *Teoría y práctica de la Prehistoria: perspectivas desde los extremos de Europa / Theory and practice of Prehistory: views from the edges of Europe*: 45-76. Santander, Universidad de Cantabria - CSIC.

Ruiz Zapatero, G. (1998): Fragmentos del pasado: la presentación de sitios arqueológicos y la función social de la arqueología, *Treballs d'Arqueología*, 5: 7-34.

Ruiz Zapatero, G. (2005): ¿Por qué necesitamos una titulación de arqueología en el siglo XXI?, *Complutum,* 16: 255-270.

Ruiz Zapatero, G. (2009): ¿Qué arqueología enseñar en la universidad del siglo XXI?, *Complutum*, 20(2): 225-238.

Ruiz Zapatero, G. (2010): La divulgación arqueológica: las ideologías ocultas, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Granada*, 19: 11-36.

Ruiz Zapatero, G. (2011): Los estudios historiográficos en la Arqueología española . En L. Roldán Gómez y J. Blanquez Péres Eds. *Carteia III. Memorial*: 61-80. Madrid, Junta de Andalucía / Universidad Autónoma de Madrid /CEPSA.

Ruiz Zapatero, G. (2012): Presencia social de la Arqueología y percepción pública del pasado, en AA.VV., *Construcciones y usos del pasado. Patrimonio Arqueológico, territorio y museo*, Valencia, 31-73.

Ruiz Zapatero, G. Ed. (2015): El valor del doctorado en arqueología a comienzos del siglo XXI, *Revista d'Arqueología de Ponent*, 25: 350-369.

Ruiz Zapatero, G. (2016): Publicar revistas de arqueología: cartografía académica y retos de futuro, *Revista d'Arqueología de Ponent*, 26: 275-269.

Ruiz Zapatero, G. y Jimeno Martínez, A. (1999): Archaeological inventories in Spain: problems and solutions in a decentralized country. En Hansen, H.J. y Quine, G. (eds.): *Our Fragile Heritage. Documenting the Past for the Future*: 35-49. Copenhague, National Museum of Denmark.

Sala, R. Ed. (2014): *Los cazadores recolectores del Pleistoceno y del Holoceno en Iberia y el Estrecho de Gibraltar: estado actual del conocimiento del registro arqueológico*. Burgos, Universidad de Burgos-Fundación Atapuerca.

Salvatierra Cuenca, V. (1994): Historia y desarrollo del modelo andaluz de arqueología, *Trabajos de Prehistoria*, 51 (1): 1-13.

Salvatierra, V. (2013): La primera arqueología medieval española. Análisis de un proceso frustrado (1844-1925), *Studia historica. Historia Medieval*, 31: 183-210.

Sánchez Romero, M. Ed. (2007): *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género*. *Dossier, Complutum* 18.

Santacana, J. y Hernández , F.X. (2006): *Museología crítica.* Gijón, Ed. Trea.

Smith, L. (2006): *Uses of Heritage.* Londres, Routledge.

Smith, C. Garvey, J., Burke. H. y Domingo, I. (2015): Success Strategies for a Career in Archaeology, *Archaeologies:Journal of the World Archaeological Congress*, 11 (2): 300-336.

Tresseras, J. J. (2004): El arqueoturismo o turismo arqueológico: un paso más para la valorización del patrimonio arqueológico, *Boletín de Gestión Cultural*, octubre 2004 (http://www.gestioncultural.org/ficheros/1_1316775146_JJuan.pdf).

Valdés Fernández, F. (2014): Manuel Gómez-Moreno Martínez: the birth of Islamic Archaeology in Spain, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 40: 193-208.

Vaquerizo Gil, D. (2015): Arqueología para un futuro incierto... La profesión de arqueólogo tras la crisis devastadora del «pelotazo», *Pyrenae*, 46 (2): 89-120.

Vaquerizo, D. (2017a), «Arqueología Pública, o el uso social del patrimonio», *Revista Otarq* 2, Madrid, pp. 251-284.

Vaquerizo, D.; Ruiz, A.; Delgado, M. Eds. (2016): *RESCATE. Del registro estratigráfico a la sociedad del conocimiento: El patrimonio arqueológico como agente de desarrollo sostenible*, Córdoba., Universidad de Córdoba.

Vázquez, J. M. y Risch, R. (1991): Theory in Spanish Archaeology since 1960. En Hodder, I., ed.: *Archaeological theory in Europe. The last three decades.* Londres: 25-51.
Vicent, J. M. (1994): Perspectivas de la teoría arqueológica en España. En *6º Congreso Hispano-Ruso de Historia*. Madrid : 215-223.
Vidal, J. (2016): Alberto del Castillo y la arqueología medieval, *Revista de Historiografía*, 24: 291-305.
Vidal Encinas, J.M. (2005): La inmodélica gestión de la arqueología en España: de servicio público a mercancía. *PHBoletín,* 53: 78-82.
Vigil-Escalera Guirado, A. (2011): El pequeño mundo en ruinas de la arqueología contractual española, *Revista Arkeogazte*, 1: 17-20.
VV.AA. (2002): *Historiografía de la arqueología española. Las Instituciones,* Madrid, Museo de San Isidro.
VV.AA. (2012): *Teoría Arqueológica*, Complutum, 23 (2).
Woolf, G. (1998): *Becoming Roman. The origins of Provincial civilization in Gaul*, Cambridge, CUP.
Woolf, G. (2012): *Rome. An empire's story*. Oxford. OUP.

LA ARQUEOLOGÍA EN TELEVISIÓN

Kulik, K. (2006): «Archaeology and British television», *Public Archaeology*, 5: 75-90.
Lucas Pellicer, R. (1991): «La arqueología no profesional: antecedentes y panorama actual». En Olmos Romera, R. y Arce Martínez, J. (Coords.): *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España: siglos* XVIII-*XX*: 237-242.
Paynton, C. (2002): «Public Perception and 'Pop Archaeology': A Survey of Current Attitudes Towards Televised Archaeology in Britain», *The Archaeological Record*, 2 (2): 33-36 y 44.
Ruiz Zapatero, G. (2009): «La divulgación arqueológica: las ideologías ocultas», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Granada*, 19: 11-36.
VV.AA. (2015): «Dossier Archaeological Practice on Reality Television», *The SAA archaeological record*, 15 (2): 10-39.

LAS REVISTAS DE ARQUEOLOGÍA EN ESPAÑA

Armada, X.-L. (2016): Explorando el panorama actual de las publicaciones periódicas de Arqueología: *Revista d'Arqueologia de Ponent* en contexto. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 26: 295-310.
Díaz-Andreu, M.; Mora, G.; Cortadella, J. (coords.) (2009): *Diccionario histórico de la Arqueología en España*. Marcial Pons, Madrid.
Mora, G.; Ramírez, M. (2014): La institucionalización científica de la Arqueología en España a través de sus revistas y series periódicas. *IV Congreso Internacional de Historia de la Arqueología*. Madrid, Museo Arqueológico Nacional, 11-13 de diciembre de 2014. [URL: https://www.youtube.com/watch?v=FbmOQXVazPs]. Acceso el 10/03/2017.
Peiró, I.; Pasamar, G. (1996): *La Escuela Superior de Diplomática (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*. ANABAD, Madrid.

MUSEOS ARQUEOLÓGICOS, 1960-2010: LA EXPERIENCIA DE LA ORFANDAD

Bolaños, M. (1997): *Historia de los museos en España*, Gijón (Asturias).
Hernández, F. (2010): *Los museos arqueológicos y su museografía*, Gijón (Asturias).
Sanz-Pastor, C. (1990): *Museos y colecciones de España*, Madrid.

LA ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA EN EL EXTRANJERO

Ayán Villa, X.; González Ruibal, A. (2012): Spanish archaeology abroad. *European Archaeology Abroad. Global Settings, Comparative Perspectives*. (S.J. van der Linde, M.H. van den Dries, N. Schlanger, C.G. Slappendel, eds.). Sidestone Press, Leiden: 85-104
Fernández Martínez, V.M. (1997): La arqueología española en África. *La cristalización del pasado: Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología española* (G. Mora y M. Díaz-Andreu, eds.). Universidad de Málaga, Málaga: 705-720.
Fernández Murga, F. (1989): *Carlos III y el descubrimiento de Herculano, Pompeya y Estabia.* Universidad de Salamanca, Salamanca.

LAS RELACIONES INTERNACIONALES DE LA ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA II: 1960-ACTUALIDAD

Blech, M. (2002): Las aportaciones de los arqueólogos alemanes a la Arqueología española. *Historiografía de la Arqueología Española. Las Instituciones* (S. Quero Castro and A. Pérez Navarro, eds.), Museo de San Isidro, Madrid: 83-117.
Étienne, R.; Mayet, F. (eds.), 1993: *Histoire et Archéologie de la Península Ibérique Antique. Chroniques Quinquennales, 1968-1987*. Publications du Centre Pierre Paris (UA 991) 24, Diffusion de Boccard, París.
Olcina, M. H.; Soler, J. A. (eds.), 2010: *Arqueología en Alicante. Homenaje a Hermanfrid Schubart*, Museo Arqueológico de Alicante - MARQ, Alicante.
Olmos, R.; Tortosa, T.; Bellón, J. P. (eds.), 2010: *Repensar la Escuela del CSIC en Roma. Cien años de memoria*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
Straus, L. G. (2016): The Chicago Connection in Spanish Paleolithic Prehistory. *History of Archaeology - international perspectives* (G. Delley, M. Díaz-Andreu, F. Djindjian, V. Fernández, A. Guidi, and M. A. Kaeser, eds.), Archaeopress, Oxford: 111-119

LA (INCOMPLETA) CONSTRUCCIÓN INSTITUCIONAL DE LA ARQUEOLOGÍA MEDIEVAL

Carvajal López, J. C. (2014): The Archaeology of Al-Andalus: Past, Present and Future. *Medieval Archaeology* 58, 318-339
Cressier, P., Moret, P. (2007): La Casa de Velázquez y la Arqueología: algunos apuntes históricos, En M. B. Deamos, J. Beltrán Fortes (eds). En *Las instituciones en el origen y desarrollo de la Arqueología en España*, Sevilla, 343-360
Díaz Andreu, M. (2016): Spain: Nationalism and Archaeology. En C. Smith (ed.), *Encyclopedia of Global Archaeology*, Springer, London- New York, 6970-6976
Díaz-Andreu, M., Mora G., Cortadella J. (2009): *Diccionario Histórico de la Arqueología en España (siglos* XV-*XX)*, Madrid
García Porras, A. (2014): Spain and North Africa: Islamic Archaeology. En C. Smith (ed.), *Encyclopedia of Global Archaeology*, Springer, London- New York, 6955-6964
Geary, P. J. (2002): *The Myth of Nations. The Medieval Origins of Europe*, Princeton University Press
Gutiérrez Lloret, S. (1997): *Arqueología. Introducción a la historia material de las sociedades del pasado*. Alicante: Universidad de Alicante
La Rocca, C. (2003): Uno specialismo mancato. Esordi e fallimento dell'archeologia medievale italiana alla fine dell'Ottocento, *Archeologia Medievale* XX, 13-44
Manzano Moreno, E. (2000): La construcción histórica del pasado nacional, En *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Madrid, 33-62
Mora, G. (1998): *Historias de mármol: la arqueología clásica española en el siglo* XVIII, Madrid
Olmo, L. (1991): Ideología y arqueología: los estudios sobre el periodo visigodo en la primera mitad del siglo XX, En J. Arce, R. Olmos eds., *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos* XVIII-*XX)*, Madrid, pp. 157-160
Quirós Castillo, J. A. (2009): Medieval Archaeology in Spain. En R. Gilchrist, Roberta and A. Reynolds (eds) *50 years of medieval archaeology in Britain and beyond.* London: Society for Medieval Archaeology Monograph 30, London, 173-189
Quirós Castillo, J. A. (2014): Iberia: Medieval Archaeology. En C. Smith C. (ed), *Encyclopedia of Global Archaeology*. New York: Springer, 3631-3642
Salvatierra Cuenca, V. (2013): La primera Arqueología Medieval española. Análisis de un proceso frustrado (1844-1925). *Studia Historica. Historia Medieval* 31, 183-210
Valdés Fernández, F. (2014): Manuel Gómez-Moreno Martínez: the birth of Islamic Archaeology in Spain. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 40, 193-208
Vidal, J. (2016): Alberto del Castillo y la arqueología medieval, *Revista de Historiografía* 24, 291-305

ARQUEOLOGÍA PÚBLICA HOY

Almansa, J. (2013): *Arqueología Pública en España*. Madrid, JAS Arqueología Editorial.
Almansa, J. (2017): *Arqueología y sociedad: interacción y acción desde la Teoría Crítica.* [Tesis doctoral inédita]. Madrid, Universidad Complutense.
Moshenska, G. (2016): Introduction: public archaeology as practice and scholarship where archaeology meets the world. A typology (https://ucldigitalpress.co.uk/Book/Article/22/47/1610/)

Este catálogo se publica con motivo de la exposición *El poder del pasado: 150 años de arqueología en España* presentada en el Museo Arqueológico Nacional (Madrid, España) el 11 de octubre de 2017 hasta el 1 de abril de 2018.

EXPOSICIÓN

ORGANIZACIÓN
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte
Museo Arqueológico Nacional
Acción Cultural Española (AC/E)

COMISARIO
Gonzalo Ruiz Zapatero

DOCUMENTACIÓN
Arqueoestudio S. Coop.

DISEÑO MUSEOGRÁFICO
Frade Arquitectos

COORDINACIÓN TÉCNICA
Manuel Mortari Fernández (AC/E)
Monique Lambie (AC/E)
Carmen Pérez de Andrés (MAN)

RESTAURACIÓN DE COLECCIONES
Departamento de Conservación del Museo Arqueológico Nacional
BIC Materiales y Conservación
Patrimonio Inteligente
Fátima Marcos Fernández
Irene García Alonso

MONTAJE
Horche

TRANSPORTE
Ordax Transporte Arte & Exposiciones
TTI

SEGUROS
Garantía del Estado
Hiscox (a través de correduría AON)
Helvetia (a través de correduría Confide)
AXA Art

DISEÑO GRÁFICO
Bov Estudio

AUDIOVISUAL
Wasabi
Samsung

CATÁLOGO

EDITAN
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte
Acción Cultural Española (AC/E)
Editorial Palacios y Museos

DIRECCIÓN CIENTÍFICA
Gonzalo Ruiz Zapatero

TEXTOS
Gonzalo Ruiz Zapatero
Gloria Mora
Mariano Ayarzagüena Sanz
Jesús Salas Álvarez
Concha Papí Rodes
Francisco Pelayo
Marco de la Rasilla Vives
José Beltrán Fortes
Jordi Cortadella Morral
Arturo Ruiz
Lorenzo Abad Casal
Margarita Díaz-Andreu
Francisco Gracia Alonso
Juan Antonio Quirós Castillo
Xosé-Lois Armada
Luis Grau Lobo
Víctor M. Fernández Martínez
Martín Almagro Gorbea

COORDINACIÓN EDITORIAL
Anabel Hernández (Palacios y Museos)

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Nicolás García Marque

DISEÑO DE CUBIERTA
Lucía Baeza (Palacios y Museos)

IMPRESIÓN Y FOTOMECÁNICA
Punto Verde, S.A.

ENCUADERNACIÓN
Sucesores de Felipe Méndez

TIPOGRAFÍA
Schotis
Gotham Narrow

ISBN: 978-84-8003-723-5
(Palacios y Museos)
ISBN: 978-84-15272-90-8
(Acción Cultural Española)
ISBN: 978-84-8181-686-0
(Ministerio de Educación, Cultura y Deporte)
NIPO: 030-17-181-2
DL: M-25790-2017

AGRADECIMIENTOS

Acción Cultural Española y el Museo Arqueológico Nacional (MAN) agradecen la colaboración de las siguientes instituciones y personas que han hecho posible esta exposición, así como de aquellas que han preferido quedar en el anonimato

INSTITUCIONES

Ayto. de San Millán de la Cogolla
BIBAT. Museo de Arqueología de Álava. Vitoria-Gasteiz
Cabildo Catedral Primada. Toledo
Museo Catedral. Santiago de Compostela
Monasterio de Yuso. San Millán de la Cogolla
Museo Arqueológico de Sevilla
Museo Arqueológico de la Diputación Provincial de Alicante - MARQ
Museo Arqueológico de Asturias. Oviedo
Museu Arqueològic Comarcal de Banyoles
Museo Arqueológico de Córdoba. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, y Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía
Museo Arqueológico y Etnológico de Granada. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía
Museo Arqueológico Municipal de Jerez de la Frontera (Cádiz, España)
Museo Arqueológico de Murcia
Museo Arqueológico Municipal de Cartagena
Museo Arqueológico Municipal de Lorca. ©Archivo Fotográfico del Museo Arqueológico de Lorca. Fotógrafo: Jesús Gómez Carrasco.
Museo Arqueológico «José María Soler». Villena
Museo Arqueológico Provincial de Badajoz
Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid. Alcalá de Henares
El Museo Canario. Las Palmas de Gran Canaria
Museo de Albacete
Museu d'Arqueologia de Catalunya – Sedes de Barcelona, Empúries y Girona.
Museo de Ávila
Museo Histórico Municipal de Baena
Museo de Bellas Artes de Castellón
Museo de Burgos
Museo de Cádiz
Museo de Ceuta
Museo de Cuenca. Colección Estatal y Colección de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha
Museo de Gavà
SIAM-Museu d'Historia de València. Ayuntamiento de valencia
Museo de Jaén
Museo de la Ciudad de Antequera
Museo de la Evolución Humana. Burgos
Museo de La Rioja. Logroño
Museo de León
Museu de Lleida: Diocesá i Comarcal
Museo de Málaga
Museos de Melilla
Museo de Menorca
Museo de Navarra. Pamplona
Museo Arqueolóxico Provincial de Ourense
Museo de Palencia
Museo de Pontevedra
Museu de Prehistòria de València
Museo de Arte Moderno y Contemporáneo de Santander y Cantabria. Santander
Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria. Santander
Museo de Salamanca. Ministerio de Educación, Cultura y Deportes
Gordailua, Gipuzkoako Kultur Ondare Higigarriaren Zentroa / Gordailua, Centro del Patrimonio Cultural Mueble de Gipuzkoa. Irún
Museo Santa Clara de Murcia
Museo de Segovia. Junta de Castilla y León
Museo Arqueológico de Tenerife. Organismo Autónomo de Museos y Centros. Cabildo de Tenerife
Museo de Valladolid
Museo de Zaragoza
Museu de l'Almodí. Xàtiva
Museo Diocesano de Jaca
Museo Lázaro Galdiano. Madrid
Museo de la Ciudad de Carmona. Colección de la Junta de Andalucía
Museo Municipal de Vigo «Quiñones de León»
Museu Nacional Arqueològic de Tarragona
Museo Nacional de Arqueología Subacuática – ARQUA. Cartagena
Museu Nacional d'Art de Catalunya. Barcelona. Gabinet Numismàtic de Catalunya.
Museo Nacional de Arte Romano. Mérida
Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira
Museo Numantino. Soria. Junta de Castilla y León
Museo Provincial de Huelva
Museo-Tesoro Catedral de Girona
Museu Arqueològic Municípal Camil Visedo Molto de Alcoi

PARTICULARES

Alberto Bescós del Corral
Ana Lería Ayora
Ana Navarro Ortega
Andrés Martínez Rodríguez
Ángel Velasco Berzosa
Armando Llamosas Rubio
Aurora Martín Nájera
Belén Luque
Carolina Desel González
Conrado Rodríguez Martín
Daniel Lorenzo Santos
Dean Juan Miguel Ferrer Greneche
Elena Hernando Gonzalo
Elías Terés Navarro
Eloísa Wattenberg García
Emilia Aglio Mayor
Enrique Baquedano Pérez
Familia Alsius
Ferrán Olucha Montins
Francisca Hornos Mata
Guillermo Kurtz Shaefer
Helena Bonet Rosado
Ignacio Alonso García
Isidro Aguilera Aragón
Isidro Toro Moyano
Iván Negueruela
Javier Fernández Bordegarai
Javier Jiménez Gadea
Javier Martí Oltra
Joan Piña Pedemonte
Jorge Fernández González
José Antonio Morena
José Antonio Tirado Martínez
José Ballesta de Diego
José Carlos Valle Pérez
José Luis Rodríguez Muñoz
José María Álvarez Martínez
José María Segura
Josep Giralt i Balagueró
Josep Manuel Rueda
Josep Serra i Villalba
Juan Alonso de la Sierra
Juan Luis Arsuaga
Laura Hernández Alcaraz
Lluís Figueras Casademont
Luis A. Grau Lobo
Luis Enrique de Miguel Santed
Mª Angélica Castellano Suárez
Mª de los Ángeles Gómez Ródenas
Mª Dolores Baena Alcántara
Magdalena Barril Vicente
Manuel Aragón Gómez
Manuel Gozalbes Fernández de Palencia
Manuel H. Olcina Doménech
Manuel Romero Pérez
María Marta Suñer Casadevall
María Morente del Monte
María Teresa Sánchez Trujillano
Marta Negro Cobo
Mercedes Jover Hernando
Miguel Martín Camino
Mónica Borrell Giró
Núria Molist Capella
Pablo S. Guisande Santamaría
Pedro Merino Camprovín
Pilar Egea
Pilar Fatás Monforte
Ramón Buxó Capdevila
Raquel Fernández Tejerina
Ricardo Lineros
Roberto Ontañón Peredo
Rosalía González Rodríguez
Rubí Sanz Gamo
Salvador Carretero
Santiago Martínez Caballero
Xavier Llovera
Xulio Rodríguez González

COPYRIGHT

© De los textos: sus autores.
© De esta edición: Palacios y Museos SLU/ Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Secretaría General Técnica/ Sociedad Mercantil Estatal de Acción Cultural, S.A.
© De las imágenes: sus propietarios:

ILUSTRATIVAS DE LOS TEXTOS
© Archiv der Hugo Obermaier-Gesellschaft, Erlangen, pp. 55, 67
© Archivo de la Sociedad de Ciencias Aranzadi, Fondo Jesús Elósegui, p. 106
© Archivo Fotográfico MAN, pp. 22, 26, 29, 31, 34, 36ab, 48, 60, 63, 64/ Colección Santa Olalla, p. 11/Miguel Ángel Camón, 28c, 39b, 43, 90a/Ángel Martínez Levas, pp. 28a, 33, 44-45/Verónica Schulmeister Guillén, p. 40/Dr. Sombra, p. 97
© Archivo Fotográfico MNAR, 58b y 68
© Archivo Familia Pericot, p. 72a
© Archivo General de Andalucía, 62a
© Archivo Nacional de Catalunya, p. 56a
© Ateneo de Madrid, p. 42
© Biblioteca Nacional de España, pp. 17-21, 22b, 26b y 90b
© Biblioteca Universidad de Sevilla, p. 22a
© Enrique Saénz, 107
© Familia Almagro, p. 72b
© Familia Beltrán Llori, p. 76
© Familia García-Bellido García de Diego, p. 65
© De Filmoteca Española, pp. 74-75
© Fondo Jorge Bonsor, p. 44c
© Gonzalo Ruíz Zapatero, pp. 12, 13, 86, 91-94, 101, 104, 113, 116, 119 y 126
© José Latova, p. 111
© Jordi Maluquer/Universitat de Lleida, p. 72c
© Museo de Catalunya de Ampurias, p. 67b
© Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, p. 16
© Museu de Prehistòria de València, pp. 39a y 56c
© Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira, pp. 46, 96 y 99b
© Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, p. 72d
© Palacios y Museos/José Barea, pp. 28b, 84, 103
© Tomás Martín Gil, 62b

PIEZAS DE CATÁLOGO
© Archivo Fotográfico del Museo Arqueológico de Lorca/Jesús Gómez Carrasco, pp. 258, 259
© Archivo Fotográfico MNAR/José Luis Sánchez, pp. 196, 197
© Archivo Museo Arqueológico Nacional, p. 202/Fundación ITMA. Santiago Relanzón, pp. 24, 149, 152/ Raúl Fernández Ruiz, pp. 134, 146, 198/ Verónica Schulmeister Guillén, pp. 139, 209/Susana Vicente Galende, p. 138/ Ángel Martínez Levas, pp. 162, 163, 164, 202, 203, 260
© Archivo Museu Arqueológic Municípal Camil Visedo Molto de Alcoi/Ismael Carratalá, p. 172a
© Bibat - Arabako Arkeologia Museoa/ Quintas Fotógrafos, p. 229
© Cabildo de la Catedral Primada de Toledo, p. 200ab
© Familia Alsius/Almudena Alcazar de Velasco y Alejandro Bonmati, p. 135
© Fondo Fotográfico del Museu Arqueològic Comarcal de Banyoles, p. 210b
© Gordailua, Gipuzkoako Kultur Ondare Higigarriaren Zentroa, pp. 170b, 206b
© Junta de Castilla y León- Museo Numantino.- Soria, pp. 185, 210a, 231, 235, 236
© Monasterio de Yuso, p. 151
© Museo Arqueológico de Asturias, pp. 158b, 207
© Museo Arqueológico de Córdoba, MECD y Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp. 129, 156b, 176, 194, 201
© Museo Arqueológico de la Diputación Provincial de Alicante - MARQ, p. 246
© Museo Arqueológico de Sevilla, pp. 148, 182a, 189, 242a
© Museo Arqueológico de Tenerife, Organismo Autónomo de Museos y Centros, Cabildo de Tenerife, pp. 200c, 255
© Museo Arqueológico « José María Soler », Villena, Alicante, p. 178
© Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, p. 225a
© Museo Arqueológico Municipal de Jerez de la Frontera, Cádiz, p. 188
© Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, pp. 227, 228
© Museo Arqueolóxico Provincial de Ourense, p. 191
© Museo Canario, p. 161
© Museo de Albacete/Alberto Pérez, p. 181/Marian Vencesla, p. 195
© Museo de Arte Moderno y Contemporáneo de Santander y Cantabria/Jorge Fernández Bolado, 1999, p. 144b
© Museo de Bellas Artes de Castellón, pp. 120, 225b
© Museo de Cádiz, pp. 193, 244-245
© Museo de Ceuta, 159, 242b
© Museo de Cuenca. Colección Estatal/ Aurelio Lorente, p. 173b/Colección JCCM/ Aurelio Lorente, p. 234
© Museo de Gavà/Josep Casanova, p. 213a
© Museo de la Ciudad de Antequera/ Juan Moreno, p. 192
© Museo de la Evolución Humana. Burgos. Junta de Castilla y León, p. 206a
© Museo de La Rioja, pp. 213b, 247
© Museo de León, p. 160
© Museo de Málaga/Ignacio del Río, p. 224
© Museo de Menorca, p. 237a
© Museo de Navarra, p. 212
© Museo de Palencia, p. 219
© Museo de Pontevedra, pp. 179
© Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria, Santander /Pedro Saura, pp. 136b, 170a, 208
© Museo de Segovia, Junta de Castilla y León/J. M. Cófreces Ibáñez, p. 211
© Museo de Valladolid, p. 218
© Museo de Zaragoza/José Garrido Lapeña, pp. 184b, 222a, 240
© Museo Diocesano de Jaca. Archivo/ Ana Belén Bistué Garcés, p. 158a
© Museo Lázaro Galdiano, Madrid, p.140
© Museo Municipal de Vigo «Quiñones de León», p. 176
© Museo Nacional de Arqueológía Subacuática, p. 237b
© Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira/Alfredo Prada Freixedo, p. 136a
© Museo Provincial de Huelva/Salvador Delgado Aguilar, p. 214b
© Museo Santa Clara de Murcia, pp. 82, 253
© Museo Tesoro Catedral de Girona, p. 150
© Museos de Melilla, pp. 214a, 254
© Museu d 'Arqueologia de Catalunya – Barcelona, pp. 141, 143
© Museu d 'Arqueologia de Catalunya – Empúries, pp. 186-187
© Museu d 'Arqueologia de Catalunya – Girona, p. 220
© Museu de l 'Almodí. Xàtiva, p. 156a
© Museu de Lleida : Diocesá i Comarcal, p. 250
© Museu de Prehistòria de València, pp. 171, 172b, 173a, 177, 183, 184a, 252a
© Museu Nacional Arqueològic de Tarragona, pp. 190, 243
© Museu Nacional d 'Art de Catalunya, Barcelona. Gabinet Numismàtic de Catalunya, p. 199/Calveras-Mérida-Sagristà, p. 142
© Palacios y Museos/José Barea, pp. 3, 14, 27, 137, 144a, 145, 147, 153, 154-155, 157, 165, 166-167, 174, 180, 182bc, 215, 216, 221, 222b, 223, 226, 230, 232-233, 239, 241, 248, 249, 251, 256-257, 261
© SIAM-Museu d 'Història de València, Ayuntamiento de Valencia, p. 252b
© Titularidad Junta de Andalucía, Museo Arqueológico de Córdoba, pp. 238

Los editores han hecho el mayor esfuerzo para localizar a los propietarios de los derechos de cada imagen reproducida en este libro. Se apreciará cualquier información adicional de derechos no mencionados en esta edición para ser corregida en posteriores ediciones o reimpresiones.

MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

AC/E ACCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA

P&M EDICIONES

9 780201 379624